UNA NOVELA DE SUSPENSE DEL FBI DE ELLA DARK - LIBRO 23

LA CHICA, INADVERTIDA



BLAKE PIERCE

LA CHICA INADVERTIDA

(UNA NOVELA DE SUSPENSE DEL FBI DE ELLA DARK - LIBRO 23)

B L A K E P I E R C E

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor más vendido de USA Today de la serie de misterio RILEY PAGE, que consta de veintitrés libros. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, que comprende catorce libros; de la serie de misterio AVERY BLACK, que comprende seis libros; de la serie de misterio KERI LOCKE, que comprende cinco libros; de la serie de misterio MAKING OF RILEY PAIGE, que comprende seis libros; de la serie de misterio KATE WISE, que comprende trece libros; del misterio de suspense psicológico CHLOE FINE, que comprende seis libros; de la serie de thrillers de suspense psicológico JESSIE HUNT, que comprende cuarenta y tres libros (y contando); de la serie de thrillers de suspense psicológico AU PAIR, que comprende tres libros; de la serie de misterio ZOE PRIME, que comprende seis libros; de la serie de misterio ADELE SHARP, que comprende dieciséis libros, de la serie de misterio acogedor EUROPEAN VOYAGE, que comprende seis libros; del thriller de suspense FBI LAURA FROST, que comprende once libros; del thriller de suspense ELLA DARK FBI, que comprende treinta y un libros (y sigue sumando); de la serie de misterio acogedor A YEAR IN EUROPE, que comprende nueve libros; de la serie de misterio AVA GOLD, que comprende seis libros; de la serie de misterio RACHEL GIFT, que comprende veintitrés libros; de la serie de misterio VALERIE LAW, que comprende nueve libros; de la serie de misterio PAIGE KING, que comprende ocho libros; de la serie de misterio MAY MOORE, que comprende once libros; de la serie de misterio CORA SHIELDS, que comprende ocho libros; de la serie de misterio NICKY LYONS, que comprende ocho libros, de la serie de misterio CAMI LARK, compuesta por diez libros; de la serie de misterio AMBER YOUNG, compuesta por ocho libros; de la serie de misterio DAISY FORTUNE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio FIONA RED, compuesta por trece libros; de la serie de misterio FAITH BOLD, compuesta por veinte libros (y contando); de la serie de misterio JULIETTE HART, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio MORGAN CROSS, compuesta por dieciocho

libros; de la serie de misterio FINN WRIGHT, compuesta por once libros (y contando); de la serie de suspense SHEILA STONE, compuesta por catorce libros; de la serie de suspense RACHEL BLACKWOOD, compuesta por ocho libros; de la serie de suspense psicológico THE GOVERNESS, compuesta por nueve libros (y contando); y de la nueva serie de misterio JENNA GRAVES, compuesta por diez libros (y contando). Blake es un lector ávido y fanático de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, a quien le encanta recibir noticias suyas, así que no dude en visitar www.blakepierceauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.

Copyright © 2025 de Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Salvo lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma o por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia únicamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprado solo para su uso, por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Imagen de la chaqueta Copyright Alexey_Medvedev utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

PRÓLOGO
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
CAPÍTULO CUARENTA
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES
CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO
CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS
CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE
CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO
CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE
CAPÍTULO CINCUENTA
CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO
EPÍLOGO

PRÓLOGO

A unos treinta kilómetros de la ciudad de Nueva York, Marcus Thornton se encontraba en su elemento. Literalmente, porque su pasión eran las rocas, los minerales y los fósiles, así que deambular por una cantera abandonada un sábado por la tarde le parecía algo completamente normal. Aunque estaba lejos de los estériles pasillos académicos, Marcus nunca se había sentido más en casa.

Aquí fuera, entre los huesos de la tierra, casi podía engañarse y sentirse joven de nuevo. Antes del divorcio, antes de que la lenta podredumbre de la rutina se instalara como un cáncer. El aula era su sustento, pero el campo era donde realmente estaba su corazón.

Dos horas después de iniciar su búsqueda, el amargo viento de noviembre había empezado a hacer mella. Sin embargo, Marcus siguió adelante, porque su mente estaba firmemente fijada en el premio: una extraña formación rocosa que se encontraba en algún lugar de esta cantera, diferente a todo lo que había visto antes. Para el ojo inexperto, era solo otra parte del terreno deformada por la erosión, pero para alguien que sabía lo que estaba mirando, era un potencial cambio de juego.

El correo electrónico que le había traído aquí era escaso en detalles pero rico en intriga, y las fotos adjuntas habían sellado el trato. Extraños símbolos descubiertos en cantera a las afueras de la ciudad. Diferente a todo lo que he visto. Pensé que podría interesarle, Dr. Thornton.

Marcus había quedado enganchado desde la primera línea. Había pasado la mayor parte de sus 45 años persiguiendo misterios grabados en piedra, y este tenía "decisivo para su carrera" escrito por todas partes.

Ajustó su mochila, se bebió el último sorbo de café y se dispuso a cubrir las últimas hectáreas de terreno. Ya llevaba dos horas y lo último del sol se estaba apagando. Pronto, la oscuridad descendería y acabaría con cualquier intento de búsqueda, y Marcus no estaba muy entusiasmado con la idea de acampar hasta el amanecer. No con este tiempo. Pero había aparcado su coche lo más alto que pudo conducir para que cualquier helicóptero de búsqueda pudiera verlo desde el aire en caso de que quedara atrapado.

Hubo un tiempo en que esta cantera era un hervidero de actividad, con decenas de hombres y máquinas trabajando día y noche para arrancar piedra caliza de la tierra. La piedra que extraían había llegado a formar los propios huesos de la ciudad: los imponentes rascacielos y grandes edificios que hacían de la Gran Manzana lo que era.

Pero el tiempo había seguido su curso, como siempre. Nuevos materiales de construcción e importaciones más baratas habían ido ahogando lentamente la demanda, hasta que un día la cantera simplemente cerró, las máquinas enmudecieron y los hombres se fueron en busca de otro trabajo. Ahora se pudría en el olvido, visitada solo por algún excursionista ocasional o aficionado a la geología. O, supuso Thornton, el raro chiflado que pensaba que había encontrado algo extraordinario grabado en la piedra.

Mientras subía penosamente por la rampa hacia la cima, Marcus sacó las fotografías de su mochila una vez más. La persona que le había enviado estas fotos no había proporcionado ninguna ubicación específica ni coordenadas, y había dejado de responder después de tres intercambios. Dado que el entusiasmo de Marcus prácticamente goteaba de la pantalla, tuvo que preguntarse si el descubridor habría intuido que había tropezado con algo extraordinario y desde entonces habría vuelto aquí para reclamar el descubrimiento él mismo.

Por supuesto, también existía la posibilidad de que estas fotos fueran falsificaciones y todo esto fuera una gran búsqueda infructuosa. Marcus no era ajeno a ellas, pero incluso si esto no era

nada, le daba una excusa para pasar un día volviendo a su tipo de naturaleza. En el peor de los casos, habría tenido tres horas de ejercicio y una tarde lejos de su casa vacía.

Coronó una elevación y se detuvo para recuperar el aliento. Las fotos en sus manos mostraban lo que parecía un simple montón de rocas, a primera vista indistinguible de los innumerables otros montones de escombros en la cantera. Las rocas parecían ser principalmente caliza, lo cual no era sorprendente dada la historia de la cantera. Pero había otros tipos mezclados también: distinguió el característico bandeado del gneis, el brillo reluciente del esquisto micáceo. Eso en sí mismo era extraño. Eran rocas metamórficas formadas bajo intenso calor y presión en las profundidades de la Tierra. No tenían nada que hacer mezcladas con la caliza sedimentaria en una cantera como esta.

El conjunto le recordaba algo al Esquisto de Vishnu, una formación antigua en el Gran Cañón, conocida por su caótica mezcla de diferentes tipos de rocas amasadas juntas. El montón de la foto era idéntico a un pequeño parche del Vishnu, hasta en la capa arremolinada, casi contorsionada.

Pero, ¿cómo podía ser? El Esquisto de Vishnu tenía más de mil millones de años, formado durante el Eón Precámbrico. No tenía nada que hacer existiendo en una cantera del noreste, y menos aún en una especializada en caliza mucho más joven. Sería como encontrar un hueso de dinosaurio en medio de Central Park: teóricamente posible, pero tan improbable que resultaba risible.

Si esto era una broma, era condenadamente sofisticada. Alguien habría necesitado un conocimiento íntimo de geología para construir una falsificación tan convincente. Y si no lo era, las implicaciones eran asombrosas.

Marcus volvió a examinar las fotos e intentó orientarse. Basándose en el ángulo de las sombras y las caras de roca visibles, calculó que la formación se encontraba aproximadamente a mitad de camino de la pared de la cantera, probablemente en uno de los bancos más altos donde los lechos de caliza se adelgazaban en

capas intercaladas de pizarras y lutitas. Llegar allí requeriría escalar, pero nada que no hubiera hecho cientos de veces antes en expediciones de campo.

Guardó las fotos de nuevo y comenzó a ascender la pendiente casi vertical hasta el único trozo de tierra que aún no había inspeccionado. Mientras escalaba, Marcus dejó volar su imaginación. Si esta formación era realmente artificial, producto de un diseño inteligente en lugar de procesos geológicos ciegos, ¿quién la había creado? ¿Y con qué propósito?

Los pueblos indígenas de la región tenían una rica tradición de arte rupestre y monumentos de piedra, pero nada parecido a esto. La precisión, la pura improbabilidad de todo ello, hablaba de un nivel de sofisticación técnica muy superior a lo que comúnmente se atribuía a las culturas precolombinas.

Pero si no fueron ellos, ¿entonces quién? ¿Alguna civilización perdida? ¿Antiguos visitantes de ultramar? O quizás, por mucho que la mente racional de Marcus se resistiera a la idea, ¿algo aún más exótico?

La noción era fantasiosa, y no tenía tiempo para el tipo de pseudoarqueología en la que algunos de sus colegas traficaban. Pero aun así, el germen de la especulación descabellada persistía, y resultaba extrañamente atractivo. Podía verse a sí mismo como tertuliano en uno de esos programas sobre alienígenas con nombres intercambiables: Antiguos OVNIs, Misterios Antiguos, Antiguos Misterios OVNI. No hay pruebas de que esto sea obra de una forma de vida extraterrestre, pero tampoco hay pruebas de que no lo sea. Marcus se sentaría encantado en el muro por el mero hecho de salir en televisión. Eso les demostraría a los otros tipos de la NYU de lo que era capaz.

La subida hasta el banco fue agotadora, y Marcus tenía las manos en carne viva cuando se izó por el borde. Los músculos de las piernas le ardían y sus hombros habían llegado al colapso muscular completo, pero el malestar se olvidó en cuanto vislumbró su premio.

Allí, anidada en una depresión poco profunda en la cara de la roca, estaba la formación de las fotos.

La boca de Marcus se abrió en un momento de asombro sin reservas. Su ritmo cardíaco se aceleró de repente, y algo parecido al miedo corrió por sus venas.

Era real. Esa fue su primera y asombrosa constatación. No un engaño, no una fabricación, sino un fenómeno real y tangible que desafiaba todos los principios geológicos conocidos. Las fotos no le habían hecho justicia. En persona, la pura extrañeza, la desconcertante yuxtaposición de tipos de roca y eras, era suficiente para hacerle dar vueltas la cabeza.

Marcus extendió una mano temblorosa. Una parte de él temía tocarla, como si el contacto pudiera hacer añicos la ilusión y devolverle al reino de lo racional. Pero otra parte, la que le había impulsado a estudiar geología en primer lugar, anhelaba sentir su textura bajo las yemas de los dedos. Confirmar con certeza táctil que no era un mero truco de la luz.

Así que se armó de valor y cerró la distancia. La superficie era irregular y áspera bajo su tacto. Recorrió las bandas ondulantes de gneis, los destellos brillantes de mica. Todo era tan dolorosamente familiar y a la vez profundamente ajeno.

Marcus intentó apartar la imagen parpadeando porque este ensamblaje imposible debía ser producto de un sueño. Sintió un vertiginoso arrebato de emoción, como no había experimentado desde su primera búsqueda de fósiles de niño. El mundo pareció inclinarse sobre su eje, y la realidad se reconfiguró en torno a este único y extraordinario punto de datos.

Ante él se alzaba una formación que simplemente no debería existir. Gneis y esquisto metamórficos, con su característico bandeado y brillo, estaban intercalados con caliza sedimentaria. El basalto ígneo, oscuro y de grano fino, sobresalía en ángulos extraños. Y a través de todo ello, enhebrados como venas en el mármol, había vetas de cuarcita. Era como si alguien hubiera tomado una porción de la corteza terrestre, desde la superficie hasta

el manto, y lo hubiera mezclado todo en una batidora. Rocas que se formaron en condiciones muy diferentes, en épocas y entornos distintos, estaban ahora fusionadas en una única amalgama que podría cambiar lo que incluso los mejores investigadores creían sobre la geología del noreste.

Pero lo que más desconcertaba a Marcus eran los símbolos.

Grabados en la superficie de las rocas, entrecruzando el mosaico de geología, había formas geométricas precisas y formas ondulantes, casi orgánicas.

A diferencia de la formación rocosa, estos grabados no eran naturales, pero ¿qué mano podría haberlos hecho? Marcus dudaba que alguien subiera hasta allí y tallara patrones en las rocas como una broma. Y dado que la erosión natural también había afectado a los grabados, veinte años de conocimientos geológicos le decían que estos símbolos llevaban allí mucho tiempo.

Tras sus ojos ardientes, las preguntas se agolpaban en la cabeza de Marcus, y de repente se dio cuenta de que estaba llorando. Lágrimas de alegría, asombro, estupefacción. Las dejó caer sin vergüenza porque, ante tal maravilla, nada más importaba.

Marcus sacó el móvil, pasó por alto el mensaje de SIN COBERTURA y abrió la cámara. Se alejó un poco e hizo veinte, treinta fotos desde todos los ángulos, y luego se acercó para hacer algunos primeros planos.

Y mientras fotografiaba su nuevo hallazgo, absorto en sus pensamientos, le sobrevino un repentino mareo.

El mundo pareció desplazarse y difuminarse por los bordes. Los colores se mezclaron como una acuarela dejada bajo la lluvia. Marcus trastabilló y extendió una mano para apoyarse en la pared rocosa que aún temía tocar. El contacto le provocó una sacudida, como una corriente eléctrica que pasaba de la piedra directamente a sus venas. Parecía ondular bajo su tacto, y la superficie se volvió blanda y maleable como la masilla.

Y entonces, con una brusquedad que le cortó la respiración, el mundo se desvaneció por completo. La oscuridad le envolvió por todos lados, y Marcus experimentó un fugaz momento de terror cristalino. La comprensión le sobrevino, una conciencia de que había cruzado un umbral irrevocable que nunca debió traspasar.

Luego, el pozo ennegrecido bajo la tierra se alzó para recibirle, y al impactar, Marcus Thornton perdió el conocimiento.

CAPÍTULO UNO

Ella Dark mantenía una relación de amor-odio con ser el centro de atención, y después de noventa minutos bajo los focos, había desarrollado un nuevo respeto por cualquiera que hiciera esto con regularidad. Estaba sudando como un sospechoso en la sala de interrogatorios, pues su trabajo consistía en diseccionar el arte del perfil criminal para los rostros ansiosos frente a ella sin que ninguno se quedara dormido.

Hasta ahora, todo iba bien, aunque estaba convencida de que el tipo corpulento al final de la tercera fila había cabeceado un par de veces. Pero aun así, uno de 200 no estaba mal, pensó.

—En resumen —dijo Ella. Miró sus notas para causar efecto, pero se sabía este discurso de memoria. Había pasado las últimas dos semanas practicándolo con Luca a diario, para su fastidio—. El perfil conductual no es una ciencia, a pesar de lo que algunos afirman. No podemos averiguar qué pasta de dientes usa un delincuente solo mirando la escena del crimen, pero podemos deducir rasgos físicos, altura, peso, forma de andar, tipo de personalidad, raza, sexo, a veces incluso cosas como trabajos, aficiones, condiciones de vida, relaciones. Es psicología, reconocimiento de patrones, sentido común y pura suerte, todo en uno. Un perfil conductual es como los cimientos de una casa, y las pruebas sólidas son las puertas y ventanas. Júntalos, y así es como mantenemos a los malos entre rejas. Gracias.

Ella inclinó la cabeza, y siguió una ronda de aplausos. Los estudiantes en el auditorio eran los futuros jueces, abogados, psiquiatras, detectives, trabajadores sociales, cualquier cosa que entrara en la categoría de fuerzas del orden. Si convencía a uno solo de que trabajar para el FBI no era una idea terrible, consideraría su trabajo cumplido.

Los aplausos se apagaron, y Ella ordenó sus papeles. Ahora venía la parte divertida.

—¿Hay alguna pregunta? No tiene que ser sobre perfiles, puede ser sobre el FBI en general. Soltaos.

Ella escaneó la sala y se sacudió para devolver la sensibilidad a sus piernas mientras esperaba que se levantaran las manos. Hace dos semanas, había perseguido a un asesino en serie en Oregon, ahora apodado el Espantapájaros por la prensa, y había terminado arrastrando su cuerpo a través de las llamas para mantenerlo con vida. Las ampollas en sus piernas serían un recordatorio durante al menos unos meses más, pero era parte del trabajo. Si bailas con el diablo, te vas a quemar. Simplemente no tenía el valor de decírselo a su audiencia.

Un brazo blanco como un lirio se agitaba en la segunda fila como una bandera de rendición. Ella señaló al humano adjunto, una rubia de aspecto vivaz con una sonrisa deslumbrante.

—Sí, señorita.

—Agente Dark, ¿qué cualificaciones se necesitan para hacer su trabajo?

—Buena pregunta. La mayoría de los agentes especiales son ascendidos internamente o contratados de otras agencias. Tendrás más posibilidades de entrar en el Bureau con una licenciatura, pero la materia es lo de menos. Lo que importa más es la experiencia, idealmente en fuerzas del orden o justicia criminal. No es algo que se pueda aprender de un libro de texto.

Más manos se levantaron ahora. Ella señaló a una mujer de aspecto gótico en la quinta fila; pelo negro, todo negro, una cicatriz visible en la mejilla que había intentado ocultar con maquillaje. Un piercing de plata brillaba en su fosa nasal izquierda, y un tatuaje de algún símbolo místico se asomaba bajo su manga. Un triángulo dentro de un círculo, por lo que Ella podía ver. Inclinó la barbilla hacia la chica.

—Sí, Miércoles Addams. Adelante.

Eso provocó una risa en algunas personas, incluida la chica en cuestión, afortunadamente. Pero luego su mirada se endureció.

—Ha dicho que las asesinas en serie tienen motivos diferentes a los hombres. Con los roles de género cambiando, ¿cree que eso podría cambiar en el futuro?

Pregunta aguda, mirada más aguda aún. Esta tenía un cerebro detrás de esa capa de maquillaje.

—Es posible. Históricamente, las asesinas tienden a ser más pragmáticas. Matan por dinero, seguridad, para resolver un problema. Los hombres, por otro lado, son impulsados por el ego, la rabia, compulsiones perversas. Pero tienes razón, las líneas se están difuminando. En los últimos veinte años hemos visto asesinas como Joanna Dennehy, Melanie McGuire, Katherine Knight. Mujeres que no encajan en el molde típico. Trabajé en un caso hace unos meses en Atlantic City que involucraba a una asesina en serie llamada Adele Rose, y tenía uno de los modus operandi más únicos que he visto jamás, hombre o mujer. Preparaba acrobacias temerarias para que los artistas murieran en plena actuación. Así que podrías tener razón. Los tiempos están cambiando.

Ella señaló una mano unida a un chico desgarbado con gafas gruesas tipo Clark Kent. Le hizo un gesto con la muñeca para que continuara.

—Iba a preguntar cuál era el modus operandi más único que ha visto, pero acaba de responder a eso —se rió—. Así que... ¿cómo afecta el trabajo a su vida personal?

Ella hizo una pausa, considerando la pregunta. El trabajo, la vida... no era para los débiles de corazón, eso estaba claro. Había visto cientos de cosas que daría cualquier cosa por no haber visto, pero no podía descargar todo ese equipaje en una sala llena de estudiantes ilusionados.

—No es fácil —admitió—. Ves lo peor de la humanidad y no tienes más remedio que llevártelo a casa. No importa lo dura que creas que eres, las cosas de este trabajo se quedan contigo. Solo tienes que compartimentar y encontrar lo bueno en el mundo.

Mejor sacar la verdad a la luz que venderles a estos chicos un cuento de hadas. El trabajo no era todo placas relucientes y detenciones dramáticas como en la tele. Eran noches largas y café frío y el constante conocimiento corrosivo de que no importaba cuántos asesinos atraparas, siempre habría más esperando entre bambalinas.

Pero justo cuando el ambiente se estaba volviendo demasiado lúgubre para su gusto, otra mano se alzó, esta vez perteneciente a un chico de aspecto pulcro con una camisa impecable.

—Agente Dark, la vi en las noticias hace un tiempo, enviando a ese asesino en serie Austin Creed al corredor de la muerte. ¿Es eso algo habitual?

La mención del nombre de Creed le revolvió el estómago. Austin Creed. El Imitador. Su primera detención como agente de pleno derecho y un circo mediático de principio a fin. Hace dos semanas, había proporcionado un perfil psicológico que había ayudado a la fiscalía a condenar a Creed a la inyección letal.

—¿Enviar asesinos al corredor de la muerte? No, eso no es habitual. La mayoría de los delincuentes que he atrapado aún están esperando juicio. Las ruedas de la justicia giran despacio, pero giran. Ha llevado casi dos años condenar a Creed y, entre nosotros, la pena de muerte nunca me pareció bien, pero no tienes muchas opciones en ese sentido... —Se detuvo. Dejó que el comentario quedara en el aire porque no estaba segura de cómo concluir su idea. Algunas caras la miraban intrigadas. Algunos incluso parecían estar replanteándose sus elecciones de carrera allí mismo. Bien. Que lo hicieran. Mejor tener esa crisis de conciencia ahora, en la seguridad de un auditorio, que en el campo con una pistola en la mano y un asesino en la mira.

Vaya manera de terminar con broche de oro, Dark.

Pero antes de que Ella pudiera elaborar, o responder a las inevitables preguntas de seguimiento, una mujer con un traje pantalón elegante y un moño severo se materializó al borde del escenario. La decana, o algún otro pez gordo académico, venía a

sacar a Ella antes de que pudiera corromper más mentes jóvenes con sus historias de ambigüedad moral.

—Bueno, eso es todo el tiempo que tenemos por hoy —gorjeó la mujer—. Demos un gran aplauso a la agente Dark.

El público aplaudió obedientemente con algunos vítores y silbidos entusiastas para rematar. Ella esbozó una media reverencia, feliz de haber cumplido con su parte, plantando semillas de interés en algunos reclutas prometedores. Ella llegó a la sala de profesores donde se dirigió directamente a su compañero que estaba apoyado con naturalidad contra una pared.

—Siempre déjalos con ganas de más, Ell —dijo él.

Ella se quitó la chaqueta y la colgó sobre un brazo. El área tras bastidores tenía muchas más tuberías expuestas de las que Ella esperaba de una universidad de primera, pero ese era siempre el caso con establecimientos como este. Mostrar la belleza, ocultar las cosas desagradables bajo la superficie.

—¿Qué te pareció? No los aburrí hasta la muerte, ¿verdad?

—Vi a tres personas mirando sus móviles, pero eso fue todo.

—No está mal. Un tío se durmió también.

Luca se apartó de la pared con una mueca. Los vendajes se asomaban por debajo de las mangas de su chaqueta. Quemaduras de tercer grado, cortesía del mismo monstruo que había mapeado las piernas de Ella con ampollas. A falta de un milagro, las quemaduras de Luca serían una compañía para el resto de sus días, algo que Luca había evitado abordar desde que sucedió. A ambos les habían dado permiso para recuperarse, así que él la había acompañado a Nueva York.

—Lo hiciste bien, en serio. Pero si me pusieras una pistola en la cabeza...

—No te cortes, Hawkins.

—Te pasaste con esa sección sobre... el ensañamiento.

—¿Ah, sí?

Ella había desacreditado el mito común de que el ensañamiento sugería una conexión personal entre el asesino y la víctima. Era una de esas falsedades que había ganado tanta tracción que ahora era difícil desmentirla, como que aparentemente los mentirosos nunca te miran a los ojos. No se había dado cuenta de que se había ido por los cerros de Úbeda.

—Un poco.

—¿Algo más?

Luca hizo como que meditaba. Se dio golpecitos en la barbilla y dijo:

—Quizás la próxima vez anímalo un poco. Mete algunos números musicales. O un truco de magia.

Ella miró su móvil. Poco después de las seis de la tarde.

—Conozco un buen truco de magia. Hacer desaparecer la cena. ¿Qué te parece?

Luca se llevó la mano al pecho en un gesto de horror fingido.

—Esto es Nueva York. ¿Has visto los precios aquí?

—Supongo que invito yo.

—Gracias a Dios.

Alguien se aclaró la garganta detrás de ellos. Ella se giró y vio a una mujer esperando al borde de su burbuja de privacidad. Era delgada como un junco, con el pelo castaño claro hasta la barbilla y unas gafas de montura metálica sobre una nariz fina. Todo en ella gritaba academia, desde sus zapatos prácticos hasta la cinta que llevaba alrededor del cuello.

—Disculpen, agentes. ¿Podrían atenderme un momento?

—Por supuesto. ¿Va todo bien?

La mujer se retorció las manos. Un tic nervioso, observó Ella.

—Es uno de nuestros profesores. El Dr. Thornton. Está... desaparecido.

CAPÍTULO DOS

El despacho 305 del edificio de Ciencias Sociales parecía más una sala de interrogatorios que una oficina de la facultad. Había una única mesa colocada de forma extraña en el centro de la habitación y las persianas venecianas necesitaban una buena limpieza. Ella se inclinó hacia delante, manteniendo una postura abierta y no amenazante.

Se había sentado en la silla detrás del escritorio mientras Luca se apoyaba en un archivador. Las personas desaparecidas no eran su especialidad habitual, pero algo en los ojos de Whitman había activado el radar de Ella. Veinte años estudiando el comportamiento humano le habían enseñado una cosa: las personas desesperadas no solían fingir tan bien.

—¿Por qué no empezamos desde el principio, señorita...?

—Westbrook. Olivia Westbrook —dijo la mujer con voz temblorosa, aunque pareció encontrar consuelo en el familiar ritual de las presentaciones—. Doy clases en el departamento de geología, junto a Marcus... el Dr. Thornton.

Ella empezó a tomar notas mentalmente. Compañeros de trabajo, entonces. Probablemente buenos amigos, a juzgar por la genuina angustia en el rostro de Olivia.

—¿Y cuándo fue la última vez que vio al Dr. Thornton?

—El viernes, hace cuatro días. Tuvimos una reunión de facultad que se alargó. Marcus estaba allí, tan animado como siempre.

Cuatro días. No era una situación de quedarse tirado en una carretera rural. Lo más probable es que dondequiera que Marcus hubiera ido, no planeaba volver.

—¿Habló con él?

—Sí, pero nada demasiado intenso. Solo charla casual.

Luca preguntó:

—¿Marcus mencionó algún plan para el fin de semana?

—No. No que yo recuerde.

—¿Cómo era Marcus? Personalidad, carácter, algo así.

Las manos de Olivia se entrelazaron.

—Es de lo más fiable que hay. Nunca faltó a una clase, nunca llegó tarde a una reunión de facultad. Si decía que estaría en algún sitio, podías poner el reloj en hora por él.

Ella lo anotó mentalmente. Tipo confiable. Responsable. Bajo riesgo de fuga.

—¿Qué edad tiene? —preguntó.

—Cuarenta y cinco.

—¿Qué me dice de su vida personal?

—No tiene, que yo sepa. Divorciado desde hace diez años, sin hijos, vive para su trabajo. Es el tipo de persona que llega temprano y se va tarde.

Ella memorizó los detalles. Un hombre casado con su trabajo, sin vínculos reales fuera de la universidad. El tipo que podría desaparecer sin causar revuelo. No le gustaba hacia dónde se dirigía esto.

—Entonces, el Dr. Thornton era un profesor dedicado. ¿Tenía alguna afición fuera del trabajo? ¿Algo que le apasionara? —indagó Ella.

Los ojos de Olivia adquirieron una mirada distante.

—La geología era su pasión, agente Dark. No era solo un trabajo para él. Marcus vivía y respiraba por ella. Siempre estaba hablando de algún mineral poco común que había rastreado. Solía bromear diciendo que su ex mujer le dejó porque amaba más a las rocas que a ella.

Ella intercambió una mirada con Luca. Un hombre con pasión, un hombre que perseguía secretos en la tierra. La imagen se hacía

más clara, pero el marco seguía vacío.

—Cuando dice que rastreaba algún mineral poco común, ¿se refiere a que lo hacía él mismo?

—Sí. Siempre estaba viajando a saber dónde. El año pasado fue a Islandia solo para ver los Reynisdrangar.

Ella no sabía qué era eso, pero sonaba majestuoso.

—¿Marcus mencionó alguna vez algo específico en lo que estuviera trabajando? ¿Un proyecto de investigación, quizás, o algún lugar en particular que le interesara?

—No recientemente, no. Es decir, siempre estaba trabajando en algo, pero nunca compartía mucho. Así era Marcus.

Las respuestas de Olivia habían pintado una imagen más clara del hombre, pero aún faltaba el detalle más crucial: ¿dónde demonios estaba?

—¿Ha contactado con la policía? —preguntó Ella.

—Ayer por la tarde. Le había estado enviando mensajes todo el día, luego fui a su casa por la noche para comprobar. No había señales de él, así que denuncié su desaparición.

—¿Se han puesto en contacto con usted?

—Me llamaron esta tarde, pero no tenían nada que informar. Dijeron que iban a rastrear su teléfono cuando tuvieran autorización, pero —Olivia sacó su móvil del bolsillo y le mostró a Ella una pantalla de mensajes— no creo que sirva de nada. Mis mensajes de ayer ni siquiera se entregaron.

Ella tomó el móvil y leyó rápidamente el intercambio.

¿Estás enfermo hoy?

¿Necesitas que alguien cubra tus clases? Susan está preguntando.

Holaaaa, ¿Marcus?

Voy a tu casa.

Ella devolvió el teléfono. Los mensajes pintaban su propia imagen: preocupación escalando a angustia.

—¿Estaba su coche frente a su casa?

—No. Luego fui al jardín trasero, donde tiene su pequeño cobertizo.

—¿Algo fuera de lo normal?

—Entré y... su martillo de geólogo no estaba —Olivia se secó los ojos—. Sé que suena una tontería, pero Marcus era meticuloso con sus herramientas. Las tenía colgadas en la pared de su cobertizo como si fueran obras de arte.

Luca se apartó del archivador.

—¿Así que podría haber ido a algún sitio a examinar rocas?

—Es posible. Podría ser una coincidencia, pero le conozco desde hace doce años. He estado en su casa cincuenta veces. Esas herramientas en ese cobertizo eran lo único que nunca cambiaba.

Ella se tomó un momento para reflexionar y poner la lógica en primer plano. Marcus Thornton: divorciado, dedicado, predecible como el amanecer. El tipo de hombre que antes se saltaría las comidas que faltar a una clase. Pero las personas tenían capas; ella había aprendido esa lección a la fuerza tras años de desvelar fachadas humanas. Nunca descartaría que alguien pudiera prender fuego a su propia existencia. A veces el peso de la rutina aplastaba más que el hormigón, y la única escapatoria era deslizarse hacia una piel completamente nueva. Pero las suposiciones eran las sepultureras de la verdad: enterraban las pruebas a dos metros bajo tierra y bailaban sobre la tumba.

—Su coche —dijo ella—. ¿De qué tipo?

—Mustang. Un coche americano. No sé el año, pero sé que lo restauró él mismo. La única vez que le he visto hacer algo en su tiempo libre que no fuera estudiar rocas.

—¿Tenía Marcus algún enemigo? —preguntó Luca—. ¿Alguien que pudiera querer hacerle daño?

Olivia negó con la cabeza.

—Qué va. Era... del montón. Lo más polémico que hizo nunca fue discutir sobre métodos de datación de formaciones rocosas.

—¿Y su situación económica?

—Estable, por lo que sé. No era rico, pero tampoco andaba mal. Eso te lo da la plaza fija.

Ella tamborileó con los dedos sobre el escritorio. El ritmo le ayudaba a separar la señal del ruido.

—Su teléfono. Has dicho que los mensajes no se entregaban. ¿Era eso normal?

—No. Marcus no era el más entendido en tecnología de por aquí, pero tampoco era un ignorante.

Un profesor desaparecido. Un martillo de geólogo desaparecido. Un teléfono muerto. Tres puntos que se negaban a formar una constelación. Ella tenía que admitir que era un rompecabezas intrigante aunque trágico. Se volvió hacia Luca y vio reflejada la misma curiosidad en su rostro.

—De acuerdo, señorita Westbrook, necesitaremos la dirección de Marcus, su número de móvil, la matrícula si la tiene. Quizás una lista de lugares de investigación, yacimientos, cualquier cosa de ese tipo. También necesitaré el nombre del agente de la policía de Nueva York con el que habló.

La mujer asintió.

—Puedo conseguiros eso. Entonces, ¿me ayudaréis?

—Sí. Haremos lo que podamos.

—Gracias. Odio entorpecer vuestra agenda, y sé que estas cosas llevan tiempo, pero...

Ella se inclinó hacia delante y puso una mano sobre la muñeca de Olivia.

—Trabajamos rápido. Y tenemos protocolos diferentes a los de la policía.

—¿Ah, sí?

Ella sacó su teléfono móvil.

—Sí. Y por suerte para nosotros, el director del FBI me debe un favor.

CAPÍTULO TRES

La llamada a William Edis podía ir de dos maneras. O bien la cortaría antes de que pudiera decir tres palabras, o le daría suficiente cuerda para ahorcarse. Marcó su número desde el pasillo frente a la habitación 305 y esperó a que cayera la guillotina.

Tres tonos, luego cuatro. Justo cuando pensaba que saltaría el buzón de voz, William Edis contestó.

—¿Sabes qué hora es, Ella?

Ni un hola. Típico de Edis.

—La misma que en tu despacho. Sigues ahí, ¿verdad?

—Temporada de presupuestos —Un golpe atravesó la línea: Edis pateando su papelera. Lo hacía cuando las cuentas no cuadraban—. Tengo tres informes diferentes de comités en mi mesa y todos cuentan historias distintas. Alguien me está mintiendo.

—¿Quieres que haga un perfil de tus contables?

—No me tientes —Papeles crujieron—. ¿Qué es tan urgente para llamar a las siete de la tarde?

Ella se apoyó contra la pared. Le dolían las piernas de estar de pie durante la conferencia, y las ampollas del incendio de Oregón de hace dos semanas aún le recordaban con cada paso lo que había pasado.

—Tengo un caso inusual de persona desaparecida en la NYU.

—¿Desde cuándo nos ocupamos de personas desaparecidas?

—Desde que este desapareció como en un misterio de habitación cerrada —Ella evocó la imagen mental del expediente de Marcus Thornton—. Profesor de Geología. Asistencia perfecta durante doce años. Nunca faltó a una clase, ni siquiera llamó para

decir que estaba enfermo. Luego el viernes desaparece. Teléfono muerto. Coche desaparecido.

—¿Y?

—Y su martillo de geólogo ha desaparecido.

—¿Su qué?

—Exacto. ¿Quién se lleva un martillo de geólogo cuando planea desaparecer?

—Dark... —La advertencia en la voz de Edis podría haber despintado una pared—. Tenemos casos reales. De verdad. Con cuerpos y jurisdicción y esas cosas molestas llamadas pruebas.

Ella supuso que esta sería la respuesta del director. Era hora de jugar su as.

—Vamos, señor, siempre dice que necesitamos mantener buenas relaciones con la universidad. Especialmente con la NYU.

—¿Cómo fue la charla? No les aburriste, ¿verdad?

—No, señor.

—Bien. ¿Cómo te enteraste de esta situación del profesor desaparecido?

—Una de las otras profesoras nos abordó a Hawkins y a mí. Está muy alterada.

Ella podía oír a Edis tecleando furiosamente.

—Dile que lo tendremos en cuenta, pero que depende de la policía convocarnos, no de los ciudadanos.

Parece que el as no funcionó. Quizás su carta de triunfo funcionaría mejor.

—Conduce un Mustang.

El tecleo al otro lado se detuvo en seco. Ella sonrió. Todo el mundo, incluso los directores del Bureau, tenían sus puntos débiles. Para Edis, los coches clásicos estaban a la altura de la seguridad nacional.

—¿De qué año?

—No estoy segura. Pero lo restauró él mismo. Desde cero.

—Me estás manipulando.

—Solo porque está funcionando.

Un sonido que podría haber sido una risa.

—Vale. Convénceme de que esto no es un simple caso de persona desaparecida.

Ella pensó en la expresión atormentada de Olivia Westbrook, en cómo sus manos no dejaban de retorcerse mientras hablaba. El miedo tenía sus señales, al igual que la mentira.

—Algo no cuadra aquí. La gente ya no desaparece sin más. Dejan huellas digitales, rastros de tarjetas de crédito, señales de teléfono móvil. Este tipo, Marcus Thornton, no parece tener nada de eso.

—¿Ya has mirado sus extractos bancarios?

—No. Estaba siendo dramática.

—¿Qué te hace pensar que este tipo no necesitaba simplemente un descanso de corregir exámenes?

—¿Con un martillo de geólogo?

—Touché —Edis removió algunos papeles—. ¿Qué dice la policía local?

—Aún intentan rastrear su teléfono muerto, pero ya sabes que solo están ganando tiempo por si acaso aparece de nuevo.

—¿Y crees que se equivocan?

—Creo... —Ella hizo una pausa, organizando sus pensamientos. Edis odiaba los rodeos—. Creo que tenemos a un académico respetado que pasó doce años construyendo una rutina, y luego la rompió sin avisar. Sin preparativos, sin despedidas. Simplemente cogió sus herramientas geológicas y desapareció.

El silencio se extendió entre ellos. Ella casi podía oír a Edis sopesando las opciones, haciendo su propio análisis de coste-

beneficio. Podía sentir que se estaba convenciendo, pero aun así jugó su última baza.

—Además, señor, recuerde lo que dijeron los médicos. Dijo que me debía una.

Después del enfrentamiento de Ella con el Espantapájaros, la habían enviado a la junta médica del Bureau. Habían sumado todas las lesiones que había sufrido a lo largo de los años como una cuenta de la compra: cicatrices permanentes en las piernas, daño pulmonar por inhalación de humo, múltiples conmociones cerebrales, una consolidación defectuosa en el antebrazo.

El daño era suficiente para justificar una intervención médica, así que los médicos le habían presentado un formulario SF-50, un documento de Acción de Personal que tramitaría su jubilación médica con una indemnización de 500.000 euros.

Bastaba con firmar una renuncia que la inhabilitaba para el trabajo de campo. Cambiar definitivamente su placa por una pensión y un despacho en alguna parte. Volver a su antigua vida, quizás en Inteligencia o Contraterrorismo.

Había lidiado con la idea, le había dado vueltas durante algunas noches. Ripley le había enseñado a salir de este juego antes de que una bala decidiera por ti, y con todas las veces que Ella había estado cerca de la muerte a lo largo de los años, aceptar la oferta parecía lo más sensato.

Pero entonces Edis la había llevado aparte y le había ofrecido la opción B: seguir en servicio activo, y él se aseguraría de que la Oficina cubriera todas las facturas médicas, todas las sesiones de terapia, todas las recetas. Sin hacer preguntas. Porque al parecer perder a Ella le costaría al FBI mucho más que medio millón de euros.

Ella había roto el formulario SF-50 ese mismo día.

—Golpe bajo, Ella. Usar eso contra mí —dijo.

—Te dije que lo haría —respondió ella.

Un largo suspiro crepitó a través de la línea.

—Vale. Échale un vistazo. Pero tienes hasta mañana por la mañana para sacar algo de esto, ¿entendido?

—Por supuesto. Si te envío algunos detalles, ¿puedes hacer tu magia?

—Joder, Dark. ¿Quieres que también te lave el coche?

—No, pero puedes poner un localizador en el coche de nuestro desaparecido si quieres. Te mandaré la matrícula por mensaje.

—Envíasela a Vigilancia. Les mandaré un correo para que lo agilicen.

—Gracias, señor. ¿Necesito avisar a la policía de Nueva York de que estamos investigando?

—Depende de si es un caso activo por su parte o no. Envíame el nombre del contacto y haré una llamada rápida.

—Te lo agradezco. Te mantendré informado.

—Hazlo, pero no esta noche. Llámame por la mañana.

La línea se cortó. Ella guardó su móvil y se dirigió de vuelta al despacho de Olivia. Pensó en todas las veces que el nombre de Edis había aparecido en su móvil trayendo esa sensación de pavor paralizante porque sabía que estaría hasta el cuello de cadáveres antes de que terminara el día. Ahora, aquí estaba, ingiriendo ese pavor por voluntad propia, persiguiendo un misterio que no tenía obligación de resolver.

Lo más cerca que Ella había estado de las drogas duras fue limpiar los porros de su antigua compañera de piso los domingos por la mañana, pero se imaginaba que así se sentía: ese primer golpe de incertidumbre, esa alarma de no saber qué esperaba a la vuelta de la esquina. Algunas personas necesitaban agujas o pipas para conseguir su dosis. Ella solo necesitaba un enigma que no encajara del todo.

Y la desaparición de Marcus Thornton era lo que Jenna habría llamado un buen costo.

Era hora de encontrar a una persona desaparecida.

CAPÍTULO CUATRO

Ella pensó que el despacho de Marcus Thornton parecía como si un museo de historia natural hubiese vomitado su colección de rocas. Había piedras en todas las superficies disponibles; se posaban sobre archivadores, acechaban en vitrinas y dominaban estanterías enteras. Algunas estaban pulidas hasta brillar como espejos, mientras otras permanecían ásperas como el pecado.

Las paredes contaban su propia historia. Mapas geológicos y secciones transversales cubrían cada centímetro de espacio, superpuestos como los estratos que representaban. Una enorme tabla periódica dominaba una pared, y debajo de ella se encontraba una colección de minerales ordenados por número atómico. Todo el conjunto gritaba que era obra de una mente que encontraba belleza en el orden, incluso cuando ese orden estaba enterrado bajo millones de años de caos.

—Olivia no exageraba. El tío realmente amaba sus rocas. Se podría decir que era una estrella del rock —dijo Ella.

—No son rocas —Luca levantó un trozo de algo gris y cristalino —. Son especímenes.

—¿Hay alguna diferencia?

—Según las veinte etiquetas que acabo de leer, sí —Volvió a colocar la piedra en su sitio exacto—. Mira esto: las tiene organizadas por edad. Precámbrico por aquí, Paleozoico junto a la ventana. Hasta el polvo parece catalogado.

El portátil de Ella zumbaba sobre el escritorio de Thornton, que era la única superficie no cubierta de especímenes geológicos. Había despejado un espacio entre un trozo de cuarzo rosa y lo que parecía ser un caracol fosilizado.

—No finjas que sabes lo que significan esas palabras —dijo Ella.

—Puede que no, pero sé lo que son el Jurásico y el Cretácico. ¿Sabes que podría haber ADN de dinosaurio en estas cosas?

Ella revisó su nuevo mensaje. Era del equipo de Vigilancia en la central. Habían adjuntado el último avistamiento del vehículo de Marcus Thornton. Ella hizo clic en el archivo adjunto y esperó el molestamente largo tiempo de carga.

—¿ADN? ¿En una roca?

—Sí, así es como clonan dinosaurios. Vi un documental llamado Jurassic Park una vez, y...

—Mira esto, Hawkins —La imagen apareció. Era una toma granulada de CCTV de un Mustang negro —del tipo que haría llorar a Edis— circulando hacia el norte por la I-684, con fecha y hora del sábado pasado a las 12:17. Luca se inclinó para verlo más de cerca.

—Bonito Mustang —dijo—. Así que Marcus se dirigía al norte. ¿Y después adónde?

—Podría haber ido a cualquier parte después de esto. Hay una docena de salidas entre allí y Connecticut.

—No necesariamente —Luca señaló la pantalla—. La 684 tiene cámaras cada 16 kilómetros más o menos. Si no obtuvimos otra imagen, debe haber salido antes de que la siguiente lo captara.

—Entonces, ¿qué, hay cinco salidas que podría haber tomado?

—Bueno, no. Mira la posición.

—¿Qué pasa con ella?

—Está en el carril derecho. Un tramo vacío de autopista, un día despejado, un coche deportivo que probablemente ronronea como un tigre. ¿Qué tipo de persona conduce un Mustang restaurado por el carril lento?

Ella estudió la imagen de nuevo. El Mustang se pegaba al carril derecho como si estuviera magnetizado allí. Sin desviaciones, sin fanfarronería, sin actitud de coche deportivo.

—Se estaba preparando para salir.

—Exactamente —Luca alcanzó su propio portátil—. Déjame sacar un mapa.

Ella reprimió una sonrisa. Odiaba lo fácil que Luca hacía esto: meterse en la cabeza de la gente, ver el mundo a través de sus ojos. Bueno, quizás odiar no era la palabra. Más bien celos profesionales con un toque de admiración. Ella había pasado años perfeccionando sus habilidades de elaboración de perfiles; Luca parecía absorber las perspectivas de otras personas como una especie de esponja psicológica.

Pero a veces, esa habilidad innata lo llevaba por caminos que ella no podía seguir. Caminos que dejaban marcas, tanto visibles como invisibles.

—Vale, listo. Digamos que tienes razón. ¿Adónde fue después? —preguntó Ella.

—Aquí —Luca giró su pantalla—. Aquí es donde la cámara lo captó, justo después de la salida de Croton Falls. Si planeaba salir en la siguiente salida, eso lo pondría...

—Cerca de Brewster —Ella se inclinó—. ¿Qué hay por allí?

—Un parque industrial, un par de almacenes, algunos complejos de oficinas —Los dedos de Luca volaban sobre las teclas—. Pero es probable que al menos una de sus cámaras sea mantenida por la misma empresa que las cámaras de la autopista, lo que significa que Vigilancia habría obtenido una imagen.

Ella siguió su línea de pensamiento. Su irritantemente acertada línea de pensamiento.

—Pero no la obtuvieron.

—Pero no la obtuvieron. Lo que significa que no pasó por allí.

—Trabajemos esto metódicamente —Ella acercó su silla—. Si salió en Brewster, ¿adónde puede ir desde allí?

—La Ruta 6 se divide hacia el este y el oeste —Luca hizo zoom —. El oeste te lleva hacia Mahopac. El este va a Danbury.

—Y lo habrían captado las cámaras si hubiera tomado alguna autopista en esas direcciones. Lo mismo que si hubiera dado la vuelta hacia el sur. Es como si se hubiera metido en un agujero negro.

Estudiaron el mapa en silencio. La zona se extendía como una telaraña de carreteras secundarias que se ramificaban desde las arterias principales. Antiguos caminos de fincas, rutas de servicio, caminos privados. Cien lugares donde desaparecer.

—Espera —dijo ella señalando un enredo de finas líneas azules —. ¿Qué son estas?

—Carreteras locales. Principalmente residenciales —Luca amplió la imagen—. Aunque esta... Barrett Road. Parece que era una vía principal antes de que construyeran la autopista.

—¿Era?

—Sí, va paralela a la 684 durante unos kilómetros y luego termina en... —Luca se interrumpió, con el cursor suspendido sobre una mancha marrón claro en el terreno.

—¿En qué?

—La cantera de Bedford. Abandonada desde el 86 —Hizo una búsqueda rápida—. Antes extraían caliza aquí. Suministraba la mayor parte del material de construcción para el centro de Manhattan en su época.

Ella sintió que las piezas encajaban. Un profesor de geología con un martillo de geólogo desaparecido. Una cantera de caliza abandonada sin vigilancia. Y una carretera que no aparecería en ningún sistema de tráfico moderno.

—¿En qué tipo de piedra dijiste que se especializaba Marcus?

—Según las etiquetas de aquí... —Luca señaló la colección de minerales de la oficina—. La caliza era lo suyo. Escribió su tesis sobre las formaciones de caliza de Nueva York.

El pulso de Ella se aceleró. La emoción de la caza corría por sus venas, ese momento perfecto en que las piezas dispersas encajaban

en una imagen que cobraba un sentido horrible y hermoso a la vez. Un geólogo apasionado por la caliza. Una cantera que ayudó a construir Manhattan. Una carretera olvidada por el tiempo.

—¿Crees que merece la pena investigarlo?

—Mejor que recorrer polígonos industriales —Luca cerró su portátil—. Aunque tengo que preguntar, ¿qué tipo de proyecto de investigación necesita un martillo de geólogo y silencio radiofónico?

—Vamos a averiguarlo —Ella se puso de pie, sus piernas recordándole que las llamas de Oregón aún no habían terminado con ella—. ¿Qué tal se te da escalar?

Luca inspeccionó las quemaduras en su antebrazo. —Mejor que a ti ahora mismo.

—Qué gracioso —Se dirigió hacia la puerta y se detuvo para examinar un trozo de obsidiana de aspecto particularmente amenazador—. Vamos a ver qué era tan importante como para romper una rutina de doce años.

Ella echó un último vistazo al caos organizado del reino geológico de Marcus. En algún lugar entre estos especímenes cuidadosamente catalogados y esa cantera abandonada estaba la respuesta a su desaparición. Solo esperaba que les gustara lo que encontraran.

Pero la esperanza, como la caliza, tenía la costumbre de erosionarse bajo presión.

CAPÍTULO CINCO

La noche pintaba el Valle del Hudson en tonos negros y azules mientras Ella conducía su todoterreno por lo que quedaba de Barrett Road. El asfalto había perdido su guerra contra la naturaleza hacía décadas; las malas hierbas se abrían paso a través de las grietas como manos ahogadas que buscaban aire.

—¿Estás seguro de que este es el camino correcto? —dijo Ella esquivando otra caja.

—A menos que haya otra carretera abandonada que lleve a otra cantera abandonada —Luca consultó su móvil—. El GPS ni siquiera reconoce que este lugar existe, y sigue fallando, así que no te despistes.

—Perfecto —Una rama arañó el capó—. Parece que Marcus conocía bien los caminos secundarios.

Llevaban veinte minutos conduciendo desde que dejaron la autopista, cada giro les llevaba más profundo a una parte de Nueva York que el tiempo había olvidado. Los árboles se apretujaban a ambos lados y sus ramas formaban un túnel que parecía engullir la poca luz de luna que se filtraba entre las nubes.

—Espera —Luca señaló a través del parabrisas—. Eso tiene que ser.

La cantera se alzaba ante ellos como una herida en la tierra. La valla de alambre se extendía frente a ellos, coronada por alambre de espino oxidado que hacía tiempo había perdido su mordisco. Un cartel colgaba torcido en la puerta: CANTERA DE CALIZA BEDFORD - PROHIBIDO EL PASO.

—Acogedor —Ella apagó el motor.

El silencio que siguió parecía absoluto. Ningún ruido de tráfico les llegaba aquí, ni un atisbo de civilización. Solo el tictac de su

motor enfriándose y el susurro del viento entre las hojas muertas.

Ella cogió su linterna de la guantera.

—¿Vas armado?

—¿Para las rocas?

—Nunca se sabe.

—Cierto —Luca saltó fuera, y Ella le siguió hacia la valla. Su aliento se materializaba frente a su cara.

—La puerta tiene un candado.

—Sí, pero mira —El haz de Luca barrió las huellas de neumáticos en la tierra. Recientes, cortando a través de surcos más antiguos—. Alguien ha estado aquí.

Siguieron la línea de la valla hasta que encontraron lo que buscaban: una sección retirada lo justo para que un coche pudiera pasar. El metal estaba doblado con precisión, como si alguien se hubiera tomado su tiempo.

—Después de ti —Luca sujetó la valla.

La cantera se extendía ante ellos en la oscuridad, como si un gigante hubiera dado un mordisco enorme a la tierra. El haz de la linterna de Ella parecía patéticamente inadecuado contra la escala del lugar. Niveles en terrazas descendían como escalones para gigantes, cada uno cubierto de maleza y rocas caídas.

Luca dijo:

—Buen sitio para un paseo de medianoche.

—¿Cuánto crees que baja?

—Unos ciento veinte metros en su punto más profundo según los planos. Múltiples niveles, cada uno de unos quince metros de alto.

—La escalera de Dios.

—Sí. Me encantan las alturas.

—¿Tienes miedo de caer, Hawkins?

Sus ojos se encontraron con los de ella durante una fracción de segundo antes de desviarse. Hubo un tiempo en que habría respondido con algún comentario sarcástico. Ahora, un muro de silencio se extendía entre ellos. Ella intentó leer la expresión bajo esa sonrisa irónica, pero la distancia estaba ahí. La que había comenzado en Oregón y les había seguido a casa en D.C. y ahora a Nueva York.

—No. Solo de lo que pasa al final. ¿Por dónde empezamos?

—Por el nivel del suelo —Ella empezó a bajar por lo que quedaba del camino de acceso—. Si Marcus entró aquí en coche, tiene que estar en alguna parte.

Siguieron las huellas por el camino de servicio. Las paredes de la cantera se alzaban a su alrededor como fortificaciones antiguas, con caras marcadas por décadas de perforación y voladura. Aquí y allá, restos de actividad industrial asomaban entre la maleza. Equipos oxidados, edificios auxiliares derrumbados, marañas de cables que parecían serpientes petrificadas.

—Este sitio debió de ser algo en su día —dijo Ella—. Míralo ahora.

—El progreso sigue su marcha. Es más barato importar caliza hoy en día que sacarla del suelo.

Ella miró a su compañero. A veces, olvidaba que bajo ese encanto se escondía una mente que se fijaba en cosas que otros pasaban por alto. Era lo que le hacía bueno en su trabajo, esa capacidad de ver las historias enterradas bajo la superficie.

El camino de servicio se nivelaba en la primera terraza. El camino de grava terminaba en un improvisado aparcamiento, pero el Mustang de Marcus no estaba por ninguna parte. Si vino aquí, debió de encontrar otra forma de subir.

Sus haces de luz cortaban franjas amarillas en la oscuridad revelando una extensión plana del tamaño aproximado de un campo de fútbol. Los muelles de carga se abrían como cuencas vacías a lo

largo de una pared mientras una grúa decrépita se alzaba sobre ellos como un esqueleto prehistórico.

Luca dijo:

—Deberíamos separarnos. Cubrir más terreno.

—¿Estás loco? Estamos en un laberinto a oscuras y sin cobertura.

—Buen punto. ¿Qué estamos buscando exactamente?

—A Marcus. Un martillo de geólogo. Cualquier cosa —Ella examinó la escena—. Pero nos llevará hasta la mañana cubrir todo este sitio.

—Entonces seguimos hasta la mañana.

Ella barrió la terraza con su luz.

—Si Marcus vino aquí para investigar, habría querido altura. Mejor vista de las formaciones rocosas.

—¿Así que subimos?

—Subimos.

Encontraron la rampa de acceso al siguiente nivel oculta tras un grupo de pinos enanos. La subida era empinada, obligándoles a avanzar con cuidado sobre la grava suelta y el hormigón roto. Las piernas de Ella protestaban con cada paso mientras las quemaduras de Oregon entonaban un coro de quejas. Ella estaba un poco molesta porque Luca no parecía tan afectado por sus heridas como ella. Habían sobrevivido al mismo infierno, aunque en defensa de Ella, ella había vuelto corriendo a las llamas para salvar la vida de un asesino. Esa decisión fue suya.

—¿Estás bien? —dijo Luca.

—De maravilla. No hay nada como una caminata a medianoche por una trampa mortal para que la sangre fluya.

—¿Ya te arrepientes de haber rechazado ese pago?

—Creía que habíamos acordado no mencionar eso.

—Tienes razón. Lo siento —dijo Luca.

El segundo nivel se abría a otra amplia terraza, esta llena de equipos mineros abandonados. Una fila de camiones volquete oxidados se acurrucaba contra una pared. Sus neumáticos se habían podrido hace tiempo, dejándolos asentados sobre sus ejes como barcos varados.

—Mira esto —Luca se acercó a uno de los camiones—. Estos trastos deben pesar fácilmente treinta toneladas. ¿Y simplemente los dejaron aquí?

—Probablemente era más barato que sacarlos —Ella iluminó la cabina con su linterna—. Aunque apuesto a que los chatarreros se llevaron todo lo que valía la pena hace años.

Avanzaron metódicamente por la terraza y revisaron cada posible escondite. La temperatura había bajado unos grados más, y su aliento se condensaba en el haz de las linternas. Algo en el frío hacía que el silencio pareciera más absoluto, roto solo por sus pasos y el ocasional crujido de la grava al moverse.

—¿La tercera es la vencida? —dijo Luca cuando llegaron a la siguiente rampa.

—¿Ya te estás cansando?

—No. ¿Y tú?

—No. Solo me pregunto si Marcus realmente subió todo esto con su martillo y lo que sea que haya traído —dijo Ella.

—Ya sabes cómo es una obsesión, Ell. Alguien como Marcus habría subido hasta la luna para encontrar lo que quería.

Ella no pudo negarlo, así que subió al siguiente nivel. Este era diferente. En lugar de equipos o muelles de carga, encontró un laberinto de pilares de piedra, columnas de soporte dejadas en su lugar para evitar derrumbes.

—Esto es más interesante —dijo Ella—. El lugar perfecto para estudiar formaciones rocosas.

—Y el lugar perfecto para perderse también.

Se abrieron paso entre los pilares y revisaron cada hueco. Sus pasos resonaban de forma extraña aquí, rebotando en la piedra de maneras que hacían imposible determinar la dirección. Más de una vez, Ella se sorprendió girándose hacia lo que creía que era la voz de Luca, solo para encontrar aire vacío.

—Adiós a un agradable viaje a Nueva York —dijo Luca—. Si esto no funciona, ¿aún nos vamos a casa mañana?

—Menos cháchara, Hawkins. Más búsqueda.

Había algo inquietante en este lugar. Tal vez era la forma en que el sonido te engañaba, o cómo los pilares parecían moverse en tu visión periférica. O tal vez era simplemente el saber que estabas de pie en medio de una cueva artificial con millones de toneladas de roca suspendidas sobre tu cabeza.

Estaban a mitad de camino de la terraza cuando Luca se detuvo de repente.

—¿Hueles eso?

Ella inhaló. Bajo el sabor mineral de la piedra caliza y el olor a humedad, había algo más. Algo químico.

—¿Gasolina?

—Sí. Y fresca.

Siguieron el olor hasta su origen. Al rodear el último pilar, sus luces cayeron sobre algo que no pertenecía a este cementerio de industria y abandono: un reluciente Mustang negro, su pintura aún perfecta como recién salido del concesionario a pesar de la capa de polvo de cantera que lo cubría.

—Te pillamos —dijo Ella.

El coche estaba allí como un trozo de medianoche hecho forma, pero algo en él hizo que a Ella se le erizara la nuca. Tal vez era lo inmaculado que se veía en este páramo de óxido y ruina. O tal vez era la forma en que estaba aparcado. Perfectamente paralelo a la pared de la cantera, como si su conductor hubiera tenido especial cuidado al posicionarlo.

—Comprueba la matrícula —Ella rodeó hacia el lado del conductor mientras Luca verificaba lo que ya sabían. El coche era el orgullo y la alegría de Marcus Thornton, restaurado a un estado mejor que nuevo. A través de la ventana podía ver el inmaculado interior de cuero, el salpicadero perfectamente pulido.

—Es el suyo —Luca se unió a ella—. Pero, ¿dónde está Marcus?

Ella intentó abrir la puerta. Cerrada. Pasó su luz por los asientos, buscando cualquier signo de lucha o violencia. Nada llamaba la atención excepto el orden de todo.

—¿Abrimos el maletero? —dijo.

Luca arqueó una ceja.

—¿Me estás pidiendo que lo haga? ¿O pidiéndome permiso?

—¿Sabes cómo abrir un maletero?

—No.

—Bueno, entonces —Ella sacó su llavero del bolsillo y encontró la pieza plana de metal que guardaba para estas situaciones. La metió en la ranura entre la parte trasera y la puerta del maletero. Tras un segundo de forcejeo, el maletero se abrió de golpe.

—La maestra de las cerraduras ataca de nuevo.

Ella guardó sus llaves.

—Estos coches pueden verse geniales, pero no son precisamente seguros.

—Como muchas mujeres con las que he estado. ¿Qué tenemos?

El maletero iluminado reveló lo que parecía equipo estándar de geología: martillo, cinceles, bolsas para muestras. Todo organizado con la misma precisión que había visto en el despacho de Marcus.

—Vino preparado —dijo Luca cogiendo un martillo—. Pero, ¿para qué?

—Y, ¿por qué no se ha marchado? —El coche de Marcus llevaba aquí al menos tres días. No había comida ni agua a la vista. Tampoco equipo de acampada. Solo herramientas.

Algo frío se instaló en el estómago de Ella. La emoción del descubrimiento se agrió convirtiéndose en temor al darse cuenta de lo que no estaban encontrando. Ningún signo de violencia. Ninguna señal de pelea. Solo un coche perfectamente mantenido con un maletero perfectamente organizado, aparcado en un lugar perfecto para desaparecer.

—Tenemos que registrar toda la cantera —dijo Ella cerrando el maletero—. Cada nivel, cada rincón. Marcus, o lo que quede de él, sigue aquí en alguna parte.

CAPÍTULO SEIS

Una hora y cien falsas alarmas después, las piernas de Ella habían pasado del dolor a un nuevo territorio de agonía. Los pulmones le ardían por el aire frío de la noche, y su mente no dejaba de volver a aquel impoluto Mustang en el nivel inferior. Algo en toda aquella situación le parecía extraño, como un escenario preparado para una obra en la que el actor había perdido su entrada.

La cantera jugaba con ellos, ofreciendo esperanza en cada sombra solo para arrebatársela después. Una vieja chaqueta resultó ser un enredo de enredaderas. Un destello de piel pálida se convirtió en plástico decolorado por el sol. La falta de cobertura móvil significaba que llamar a refuerzos requeriría un viaje de vuelta al continente, y Ella solo lo haría si no podía encontrar a Marcus con sus propios ojos.

—Dime otra vez por qué no esperamos hasta la mañana —dijo Luca.

—Porque Marcus no lo hizo —Ella barrió con su linterna otra cara de roca—. Y quiero saber por qué.

La verdad era más complicada. Algo en este caso la había enganchado: esa tensión familiar entre la curiosidad y el temor que precedía a cada gran avance en su carrera. La mente humana era un laberinto de rincones oscuros y falsos fondos; Ella había pasado su vida aprendiendo a navegar por esas sombras. Y ahora mismo, todos sus instintos le decían que estaban cerca de obtener respuestas.

El nivel superior de la cantera era diferente a los otros. Aquí no había equipos abandonados, ni señales de actividad humana más allá de los cortes básicos en la roca. Solo piedra cruda bajo un cielo que se había nublado por completo.

—Un nivel más —Ella apuntó el haz de su linterna hacia la rampa que tenían delante. Se enroscaba como la columna vertebral de una serpiente, más empinada que las otras—. Luego nos iremos.

—Eso dijiste hace dos niveles.

—Sí, bueno, mentí —empezó a subir—. ¿Vienes?

Luca murmuró algo que podría haber sido anatómicamente imposible, pero sus pasos crujieron detrás de ella. Las quemaduras en sus piernas gritaban con cada paso, pero Ella siguió adelante. El dolor no era más que debilidad abandonando el cuerpo, o eso solía decirle Ripley.

El nivel superior era diferente. En lugar de las amplias terrazas de abajo, esto era más bien un estante tallado en la cara de la cantera. Apenas tres metros de ancho en algunos lugares, con una caída en picado a un lado y roca sólida al otro. Sus luces revelaron antiguas marcas de taladro en la piedra, como si alguna criatura gigante hubiera intentado abrirse paso fuera de la tierra.

—Cuidado dónde pisas —dijo Luca—. Es una caída larga.

—Gracias por la información —Ella se mantuvo cerca de la pared, tratando de no pensar en el vacío a su derecha—. ¿Ves algo interesante?

—¿Aparte de una muerte segura? No.

Sus luces bailaron por la cara de la cantera. La caliza aquí era diferente: más fracturada, atravesada por venas de piedra más oscura que atrapaban la luz como relámpagos congelados. Ella se encontró estudiando los patrones a pesar de su agotamiento. Podía entender por qué Marcus podría haberse sentido atraído por este lugar.

Luca gritó:

—¡Ella, mira esto!

Ella se unió a él en una sección de pared que sobresalía como un tumor. La roca aquí era un caos de diferentes tipos, todos mezclados, aunque Ella no podía identificarlos por su nombre. Todo

lo que sabía era que, al menos por inspección visual, ninguno de ellos tenía nada que hacer en una cantera de caliza.

—Eso no es natural —dijo.

—Ni de lejos. Mira esto.

El haz reveló marcas talladas en la cara de la roca. No era el típico grafiti: ni iniciales toscas ni declaraciones de amor adolescente. Estas eran formas geométricas precisas. Triángulos anidados dentro de círculos. Espirales que desaparecían en la nada. Y algo más, algo que hizo que a Ella se le erizara la piel: símbolos que nunca había visto antes, pero que su mente insistía en leer como palabras. Como letras de un alfabeto que había visto en sueños.

—¿Son... tallados?

—Eso parece. ¿Marcas de estudio geológico?

Ella trazó uno de los símbolos con el dedo, y algo eléctrico recorrió su sistema nervioso. Su estómago se contrajo como si hubiera tragado agua helada: esa reacción instintiva a lo incorrecto que había mantenido vivos a los humanos desde que se acurrucaban en cuevas.

Estas no eran marcas de estudio. Le recordaban a algo, pero la conexión bailaba justo fuera de su alcance.

El vello de su nuca se erizó. Había visto suficientes escenas para saber cuándo algo no cuadraba, y toda esta situación estaba activando todas las alarmas en su cabeza.

Ella y Luca recorrieron los tallados con sus linternas, y entonces sus haces combinados revelaron lo que la oscuridad había estado ocultando.

Un agujero en el suelo de la cantera.

Perfectamente circular, de aproximadamente un metro de diámetro.

No había sido volado ni erosionado. Los bordes eran demasiado limpios. Como si algo hubiera simplemente decidido existir donde

debería haber roca maciza.

—Esto es nuevo —dijo Luca.

Ella se acercó al agujero con cautela, probando cada paso. La roca alrededor parecía lo bastante sólida, pero algo en la geometría perfecta del hoyo le inquietaba. Se colocaron en lados opuestos con las linternas apuntando hacia la oscuridad. El haz de luz se perdía en la nada. El agujero era más profundo de lo que sus luces podían alcanzar.

—No me gusta esto —dijo Luca.

—A mí tampoco —dijo ella mientras metía la mano en el bolsillo y sacaba una moneda de 25 céntimos—. ¿Quieres ver lo profundo que es?

Dejó caer la moneda antes de que Luca pudiera responder. Pasó un segundo. Dos. Tres. Cuatro.

El impacto resonó desde las profundidades.

—Joder, menuda caída —dijo Luca.

Ella ajustó su linterna e intentó penetrar la oscuridad de abajo. Por un momento, no había más que sombras. Entonces algo captó el haz de luz: un destello de piel pálida, un enredo de formas más oscuras que podrían haber sido ropa.

—Hawkins —susurró—. Dime que no es lo que creo que es.

Él no respondió. No podía. Porque la luz había revelado más detalles ahora, y su cerebro los estaba catalogando con despiadada eficiencia.

Una mano, con los dedos retorcidos como garras. La manga de lo que una vez fue una chaqueta cara, ahora rasgada y manchada de oscuro.

Y debajo, atisbos de algo que había dejado de ser Marcus Thornton hacía unos tres días.

CAPÍTULO SIETE

El amanecer se deslizó sobre la cantera de Bedford como un ladrón, robando sombras una a una. Ella observaba desde el capó de su coche cómo una procesión de vehículos serpenteaba por el camino de acceso. Coches patrulla, furgonetas forenses y la enorme grúa que necesitarían para recuperar lo que quedaba de Marcus Thornton.

Habían pasado casi ocho horas desde que encontraron el cuerpo, pero había llevado todo ese tiempo que la policía resolviera la logística de desenterrar un cadáver que estaba a veinte metros bajo tierra. Ella y Luca habían pasado lo que quedaba de la noche en su todoterreno, cogiendo fragmentos de sueño entre episodios de pensamientos inquietos. Tuvieron que conducir medio kilómetro por Barrett Road solo para conseguir suficiente cobertura para llamar, y cuando volvieron, Ella esperaba a medias regresar y encontrar que todo había desaparecido: los símbolos, el agujero, el cuerpo de Marcus. Como si la cantera pudiera tragarse sus secretos por completo.

Pero todo permanecía exactamente como lo habían dejado, lo que de alguna manera resultaba aún peor.

Ahora, el sol de la mañana no hacía nada para calentar el aire de noviembre. Si acaso, la luz del día solo enfatizaba lo profundas que eran las paredes de la cantera, lo lejos que podría caer un cuerpo.

—Cuéntamelo otra vez —dijo Luca, paseando junto al coche, claramente demasiado nervioso para quedarse quieto—. Un tío viene aquí un sábado por la tarde. Aparca su Mustang en perfectas condiciones tres niveles más arriba, lo que no tiene sentido, por cierto. ¿Por qué no conducir hasta arriba si piensas hacer investigación?

—Quizás el camino estaba bloqueado —Ella se frotó los ojos. La falta de sueño hacía que todo pareciera ligeramente irreal—. O no sabía lo que estaba buscando, así que apuntó al medio.

—Vale, de acuerdo. Así que aparca a medio nivel, sube a la cima de la cantera con su martillo de geólogo. ¿Y qué? ¿Simplemente resulta que cae por un agujero perfectamente redondo?

—La gente se cae —Pero incluso mientras lo decía, Ella sabía que estaba haciendo de abogado del diablo—. Incluso los cuidadosos.

—Así que podría haber sido un accidente. Marcus podría haberse sentido atraído por las rocas, no vio el agujero. El resto es historia.

—No soy experta en canteras, pero ¿deberían existir agujeros así en un lugar como este?

—Ni idea. ¿Tú qué piensas?

—Esa es la pregunta del millón. Necesitamos consultar a un experto en geología.

—Hablando de preguntas —Luca miró su reloj—. Nuestro vuelo es en tres horas. ¿Crees que podríamos llegar?

Ella asintió, pero algo seguía molestándola. Ese mismo instinto que la había llevado a buscar en la cantera en la oscuridad, que le decía que había más en esto que un simple accidente o suicidio.

—Sí. Una vez que recuperen el cuerpo, no hay mucho más que podamos hacer aquí. Es jurisdicción de la policía de Nueva York.

Una figura con una chaqueta impecable se acercó a ellos, ya con la placa fuera.

—¿Agentes? Detective Michael Ross, Crímenes Mayores de la policía de Nueva York.

Ross se veía exactamente como Ella esperaría de un detective senior: pelo entrecano, ojos que habían visto demasiado, y el aspecto ligeramente arrugado de alguien que había sido sacado de la cama a una hora indecente.

—Agente Ella Dark —Ella le estrechó la mano—. Este es el Agente Luca Hawkins.

Ross guardó su placa.

—¿Dark? Te vi en las noticias hace unas semanas. Acabaste con ese asesino en serie.

Ella hizo un ruido ambiguo.

—Sí, eso todavía se siente como un sueño febril.

—Me lo imagino. En fin, agradezco que hayan informado de esto. Aunque tengo curiosidad por saber qué trajo al FBI aquí en primer lugar.

Luca dijo:

—Estábamos en la NYU. Una de las profesoras nos llamó aparte y nos dijo que su colega había desaparecido. Lo rastreamos hasta aquí. Dos horas de búsqueda después... bueno, ya sabes el resto.

Ross frunció el ceño.

—¿Lo rastrearon hasta aquí? ¿Cómo?

—Matrícula del coche. Luego nos pusimos creativos.

—Ya veo. ¿Y qué encontraron exactamente aquí?

Ella hizo un gesto hacia la escena.

—Esto es lo que encontramos. El coche de Marcus en el tercer nivel y su cuerpo en un agujero.

—Esas marcas cerca de donde cayó la víctima. ¿También estaban ahí anoche?

—Bueno, nosotros no las pusimos ahí. ¿Sabes lo que son?

—Ni idea. Solía colarme en esta cantera de crío. Solíamos llenarla de grafitis. Podría ser lo mismo.

Un grito se elevó desde el equipo de recuperación. La grúa había sido posicionada con su brazo extendiéndose sobre el agujero como un buitre metálico. Dos técnicos con arneses estaban revisando su equipo, preparándose para descender.

—Supongo que vuestro trabajo aquí ha terminado, pero ¿queréis quedaros para la recuperación?

Ella asintió. Necesitaba ver esto hasta el final, necesitaba saber si la luz del día revelaría algo que habían pasado por alto en la oscuridad. Más cerca de la operación, Ella vio que el médico forense había instalado una estación de procesamiento. Una bolsa negra para cadáveres yacía lista sobre una mesa plegable.

Hora del espectáculo.

Veinte metros no parecían mucho hasta que estabas de pie sobre ellos. Nada más que un cable de acero entre tú y un mal día.

Ella se quedó a tres metros mientras los operarios de la grúa trabajaban como cirujanos realizando una extracción delicada. Tres técnicos con arneses habían descendido por cuerdas al agujero con una cesta de rescate, y durante veinte minutos Ella los observó asegurar el cuerpo de Marcus con el tipo de cuidado que normalmente se reserva para la desactivación de bombas. Sus voces rebotaban desde la oscuridad, distorsionadas por la acústica del pozo.

—Línea asegurada. Comenzando recuperación.

No había nada romántico en sacar un cuerpo de la tierra, se dio cuenta Ella. Solo músculos, maquinaria y matemáticas. El tipo de operación donde un paso en falso significa que estás pescando trozos de un agujero en lugar de un cadáver entero.

—Sujeto localizado. Múltiples fracturas.

Sujeto. Eso es lo que te hacía la muerte: convertía a los profesores en papeleo. Ella recordó el despacho de Marcus con sus especímenes perfectamente ordenados. Tampoco había desorden en la muerte; el tío mantuvo su estilo hasta el final.

La grúa crujió. Los cables metálicos se tensaron. Algo pálido emergió del pozo como un fantasma a través de agua negra.

Marcus Thornton colgaba suspendido entre la tierra y el cielo. Su ropa estaba cubierta de polvo de cantera, pero por lo demás impoluta. No había sangre a la vista, y la falta de sangre externa

significaba mucho sangrado interno. Donde más daño hacía. Incluso desde esa distancia, Ella podía ver que sus huesos se habían astillado al impactar. Había visto suficientes caídas desde gran altura para saber lo que la gravedad le hacía a los huesos y tejidos. Las piernas de Marcus se habían plegado como un acordeón al impactar, convirtiendo los fémures en piezas de un rompecabezas. El resto de él no había corrido mejor suerte, pero su rostro permanecía intacto, casi en paz, como si hubiera resuelto algún enigma cósmico en esos últimos segundos de caída libre. El pobre aún llevaba su mochila a la espalda.

—Vaya cosa —dijo Luca—. Aún lleva la mochila puesta.

—Lo que significa que murió rápidamente. Pequeñas misericordias.

—Una muerte de soldado. Morir con las botas puestas. Al menos esto es más interesante que dar clases.

Ella le lanzó una mirada. —Cállate, Hawkins.

—Solo digo.

—Pues mejor no digas nada. Tenemos un cadáver a tres metros.

Luca levantó las manos en señal de rendición. —Vale, lo siento.

Le quería, pero no sabía leer el ambiente ni para salvar su vida. El tío habría contado un chiste en Auschwitz si le hubieran dado la oportunidad.

El equipo de recuperación colocó a Marcus en una camilla de acero como si estuvieran organizando una pieza de museo. De cerca, la muerte tenía la capacidad de encoger a las personas. Marcus parecía más pequeño ahora, frágil de una manera que la carne viva nunca lo era. Sus extremidades estaban extendidas en ángulos que hicieron que las quemaduras de Ella parecieran un leve escozor.

La forense se abalanzó sobre el cuerpo mientras su equipo fotografiaba a Marcus desde todos los ángulos. Dictaba sus observaciones a una grabadora digital. —Varón, aproximadamente

cuarenta y cinco años. Múltiples fracturas compuestas en ambas piernas. Trauma severo en la cavidad torácica.

Ross encendió un cigarrillo y ofreció uno a Ella y Luca. Ambos declinaron. —¿Cuál es vuestra opinión sobre esto, agentes?

Ella aún estaba lidiando con esa pregunta. Una parte de ella decía accidente, otra que había algo más en juego aquí. —Estoy indecisa. ¿Y tú?

—¿Sinceramente? Me parece un suicidio —Ross exhaló una nube de humo—. El tío conduce hasta el medio de la nada. Sube a lo alto de una cantera. Quizás simplemente no podía enfrentarse al lunes por la mañana.

—¿Y qué hay del agujero? —preguntó Luca.

—¿Qué pasa con él?

—Es perfectamente redondo. Como si lo hubieran cortado en la roca.

—La gente se vuelve creativa cuando está desesperada.

Ella observaba trabajar al equipo de la forense. Habían quitado la ropa a Marcus, revelando toda la extensión del daño. Su torso era una acuarela de moratones, hemorragias internas congeladas en el tiempo. —La gente desesperada deja señales. Depresión, ansiedad, cambios en la rutina. Todo lo que sabemos sobre Marcus indica que era estable. Organizado. El tipo de tío que codificaba por colores sus muestras geológicas. ¿Y qué hay de esos símbolos tallados en la pared?

—Me parecen garabatos sin sentido. Mi teoría es que nuestro sujeto pensó que había descubierto algo grande. Luego se acercó demasiado para su propia seguridad.

La forense finalmente se apartó del cuerpo. Su equipo embolsó la ropa de Marcus y lo preparó para el transporte.

Ella necesitaba acercarse más.

—¿Te importa si echamos un vistazo? Antes de que lo metan en la bolsa.

Ross sacó dos pares de guantes y se los pasó.

—Claro. Pero daos prisa. La forense tiene un horario que cumplir.

Ella y Luca se pusieron los guantes y se acercaron a la camilla. De cerca, Marcus aparentaba más de cuarenta y cinco años. Quizás era la muerte lo que lo había envejecido, o tal vez el peso de lo que fuera que lo trajo a este hoyo en el suelo. Sus ojos estaban entreabiertos, vidriosos con esa mirada perdida que acompaña la despedida del mundo mortal.

La mochila llamó su atención. De nailon negro, desgastada por el tiempo pero resistente. Colgaba de sus hombros en un ángulo incómodo, retorcida por el impacto pero por lo demás intacta.

—¿Te importa si examinamos el contenido?

Ross asintió.

—La Policía Científica ya ha fotografiado todo.

Ella miró a Luca.

—¿Quieres hacer los honores?

—Todo tuyo. Tienes las manos más firmes —dijo Luca retrocediendo para darle espacio.

Ella se acercó y manipuló las correas de la mochila con dedos cuidadosos. Dentro, todo tenía su lugar. El martillo de geólogo encajado en su propio bolsillo. Bolsas de muestras ordenadas por tamaño, cada una etiquetada con letra precisa. Una cantimplora de acero. Un botiquín de primeros auxilios que podría haberle salvado la vida si hubiera tenido un poco más de suerte.

—Tan organizado como siempre —dijo Luca.

—Más que organizado —dijo ella sacando un cuaderno encuadernado en piel—. Mira esto.

Las páginas estaban llenas de columnas ordenadas de datos. Tipos de rocas, composiciones minerales, coordenadas. Cada entrada estaba fechada y marcada con la hora. La última entrada era de hace dos semanas, mencionando una formación rocosa inusual

en Peak Mountain en Connecticut. El resto estaba en blanco, esperando observaciones que nunca llegarían.

Luca metió la mano en la bolsa y sacó tres barritas de proteínas.

—Solo el almuerzo de un currante. Sin nota.

Tenía razón. Ni una dramática despedida del mundo. Nada que sugiriera que Marcus había subido hasta aquí con la intención de morir.

Un bolsillo lateral reveló más tesoros. Una pequeña cámara digital, probablemente conteniendo fotos que nunca verían debido al daño por el impacto. Una lupa de aumento para examinar minerales. Y debajo de todo, un sobre manila que desentonaba entre el equipo especializado.

—Vaya. ¿Qué es esto?

Ella lo sacó con cuidado. El papel era de buena calidad, del tipo que encontrarías en un departamento universitario. Sin etiquetas, sin marcas. Solo una simple solapa metida en sí misma.

—Cuidado —advirtió Ross—. Es una prueba.

—Por eso llevo guantes —dijo ella.

Abrió el sobre y sacó su contenido. Una pila de fotografías se deslizó en su palma, junto con lo que parecía un único correo electrónico impreso.

Las fotos le cortaron la respiración. Imágenes nítidas y profesionales de la misma formación rocosa que habían encontrado anoche. Pero estas mostraban detalles que sus linternas habían pasado por alto: la geometría precisa de los grabados, la forma en que diferentes tipos de roca parecían fluir unos en otros como el mármol en una mezcla de pastel.

Y entonces vio el correo electrónico.

Símbolos extraños descubiertos en cantera a las afueras de la ciudad. Algo que nunca he visto. Pensé que podría interesarle, Dr. Thornton.

El pulso de Ella se aceleró. Las piezas encajaron en su cabeza como una puerta siendo derribada de una patada. Estas no eran solo fotos de una anomalía geológica. Eran un rastro de migas de pan.

—Hawkins —dijo—, parece que no vamos a volver a casa hoy.

—¿Por qué?

Ella miró a Marcus una última vez. El pobre tipo había seguido un misterio inexistente hasta su tumba.

—Porque esto no fue un accidente. A Marcus Thornton lo asesinaron.

CAPÍTULO OCHO

Antes del mediodía en Nueva York y la ciudad bullía como siempre. Demasiado rápido, demasiado ruidoso, demasiado vivo. Ella se apoyó contra un aparcabicicletas frente a The Daily Grind, donde los capuchinos costaban más de lo que ella ganaba por hora. Observaba a los neoyorquinos pasar apresuradamente, todos demasiado ocupados con sus propios dramas como para fijarse en una mujer lidiando con un asesinato.

Michael Ross, el detective del NYPD, le había pedido que se reuniera con él allí a las once. Algo sobre "comparar notas", pero la mirada en sus ojos sugería algo más. Así que tenía diez minutos para convencer a su jefe de que esto merecía la pena investigar.

Luca estaba dentro, probablemente encandilando a la camarera para conseguir una recarga gratis. Había insistido en pedir mientras ella hacía su llamada. Algo sobre que la cafeína era esencial para las investigaciones de asesinatos. Pero en realidad, ella sabía que le estaba dando espacio para pensar.

Y vaya si pensaba.

Sobre un agujero perfectamente redondo en piedra caliza antigua. Sobre símbolos tallados con precisión quirúrgica. Sobre un hombre que amaba tanto el orden que organizaba su colección de rocas por época geológica.

Las piezas estaban ahí, pero la imagen que formaban le revolvía el estómago. Sacó su teléfono y buscó el número de Edis. Era hora de fastidiarle el día al director.

Contestó al segundo tono.

—Ella. Pensé que ya estarías en un avión de vuelta a casa —dijo.

—Cambio de planes —respondió ella mientras observaba a una mujer bien vestida discutir con un vendedor de perritos calientes. La vida sigue, incluso cuando la muerte llama a la puerta—. ¿Recuerdas a ese profesor desaparecido del que te hablé?

—¿El tipo del Mustang? ¿Lo encontraste?

—Sí, lo hicimos.

—¿Vivo?

—Para nada —Ella observó a una paloma pavonearse frente a sus pies. Los enterradores de la naturaleza, siempre los primeros en llegar a la escena—. A veinte metros de profundidad en un agujero en una cantera.

Una pausa. Un crujido de fondo. Edis nunca estaba lejos de su papeleo.

—¿Accidente? —preguntó.

—Eso es lo que piensa el NYPD. Un tipo cae en un agujero, mala suerte para todos —Se crujió el cuello. La tensión de la mañana se había asentado allí como hormigón—. Pero están equivocados.

—¿Cómo es eso?

—Asesinado.

Otra pausa.

—Suenas muy segura de eso.

—Porque Marcus Thornton no simplemente tropezó y cayó en esa cantera. Alguien lo llevó allí —Ella observó a un camión de reparto aparcar en doble fila. El conductor saltó y comenzó a descargar cajas con eficiencia de ametralladora.

—Menuda afirmación, Dark. Explícamelo.

Ella respiró hondo. Organizó sus pensamientos.

—Marcus recibe un correo electrónico con fotos de una anomalía geológica. Tipos de rocas que no deberían existir juntas, talladas con símbolos que parecen antiguos pero no lo son. El

remitente sabía exactamente qué teclas tocar. Marcus era un experto en piedra caliza.

—Así que fue a investigar —dijo Edis.

—Un sábado por la tarde. Condujo por una carretera abandonada que ni siquiera aparece en el GPS. Aparcó, encontró exactamente lo que las fotos prometían: rocas imposibles con símbolos imposibles. Luego cayó en un agujero que parece cortado por un láser.

—La gente se cae, Dark.

—No así —Dejó de caminar—. El agujero era perfectamente circular, de un metro de diámetro, justo en el punto donde alguien se habría parado para inspeccionar las rocas. Y esos símbolos. No eran pintadas al azar.

—Podrían ser restos industriales. Los equipos mineros antiguos dejan marcas.

—Estos no eran industriales —Ella cerró los ojos, recordando cómo esos símbolos parecían retorcerse bajo el haz de su linterna—. Eran un mensaje. Confías en mí, ¿verdad?

—Vamos, Ella. Ya has usado mi buena voluntad en tu contra una vez.

—Eso fue ayer.

Edis suspiró.

—Entonces, ¿tienes un solo cuerpo?

—Sí.

—¿Alguna parte de esto cruzó fronteras estatales?

—No.

—Entonces no es un crimen federal. No tenemos motivos para involucrarnos. Como si no tuviéramos suficiente de qué preocuparnos por aquí.

—Marcus era profesor en una importante universidad. Y esto tiene el potencial de ser algo más grande —Ella observó a una

multitud de ejecutivos pasar, envueltos en abrigos de lana y burbujas invisibles de indiferencia—. Alguien se tomó muchas molestias para llevarlo a esa cantera. El correo electrónico, las fotos, esos símbolos... todo estaba preparado. Como un escenario de teatro esperando a su estrella.

—Estás exagerando, Dark.

—Tal vez, pero he visto muchas cosas locas talladas en paredes. Reconozco ese tipo de locura a kilómetros. Alguien quería a Marcus muerto, y necesito averiguar por qué.

El silencio se extendió entre ellos. De fondo, Ella escuchó el familiar golpe de Edis pateando su papelera. Solo lo hacía cuando estaba pensando seriamente.

—¿De verdad quieres este caso? —preguntó finalmente.

—Sí.

—¿Incluso con tus lesiones? La junta médica...

—La junta médica puede besar mi placa —Ella suavizó su tono —. Estoy bien, señor. Mejor que en casa viendo cómo se curan mis piernas.

—¿Y qué hay de Hawkins? —preguntó Edis.

Ella miró a su compañero detrás del cristal, que ahora claramente estaba coqueteando con una camarera entrada en años. —Es constante —dijo con más acritud de la que pretendía. Luca parecía encantado de usar ese encanto cuando lo necesitaba, pero no lo había usado con ella en semanas.

—¿Y si te ordeno volver a casa?

—Entonces gastaré algunos días de vacaciones.

Otro suspiro, pero este llevaba un toque de rendición.

—Vale. Pero tenemos que hacerlo como es debido. Consigue que la policía local lo apruebe, y luego envíame todo lo que tengas. Fotos, informes preliminares, declaraciones de testigos. Necesitaré algo concreto para justificar la asignación de recursos federales.

Ella apretó el puño en señal de triunfo. En sus siete años en el FBI, pocas personas habían logrado convencer al director. Incluso a Ripley le había costado conseguir algo así.

—Ya estoy en ello. El inspector Ross quiere reunirse precisamente para eso.

—Técnicamente, aún estás de baja médica. Y Hawkins también. Así que no te metas en ningún edificio en llamas otra vez, ¿entendido?

—Entendido, señor.

La línea se cortó. Ella guardó el móvil en el bolsillo y miró al cielo gris plomizo. Quizás estaba exagerando. Quizás esto era solo un trágico accidente que su mente, siempre buscando patrones, había convertido en algo siniestro.

Antes de que pudiera pensar más, un movimiento llamó su atención. El inspector Ross se acercaba desde el otro lado de la calle, con las manos metidas en los bolsillos de un abrigo que había conocido tiempos mejores. Su rostro mostraba el tipo de vacilación que suele preceder a las malas noticias.

—Agente Dark.

—Inspector.

Él miró a través de la ventana de la cafetería hacia Luca, y luego de nuevo a ella.

—Tenemos que hablar dentro.

Algo en su voz hizo saltar las alarmas.

—¿Qué ocurre?

—Aquí no —Ross abrió la puerta—. Vas a querer sentarte para esto.

CAPÍTULO NUEVE

Luca colocó tres cafés en la mesa. Había hecho su magia de nuevo: la espuma del café con leche de Ella formaba un corazón perfecto. En cualquier otra ocasión, ella podría haberse burlado de él, pero no ahora. Se habían acomodado en un reservado en la esquina del fondo, lejos de la ventana donde ojos curiosos podrían notar a tres personas intentando no parecer policías.

Tres tazas de café, tres personas a punto de tener una conversación que nadie quería. Ella ya había vivido esta situación antes: la reunión silenciosa, la cuidadosa elección de palabras. Nunca terminaba bien.

—Hay furgonetas de prensa en la cantera —dijo Ross sin preámbulos—. Las noticias vuelan.

—Vaya. No pierden el tiempo —dijo Ella.

—Bienvenida a Nueva York —Ross se aflojó la corbata como si le estuviera ahogando—. Todos los medios importantes tienen ojos y oídos en esta ciudad. Escáneres de la policía, fuentes internas, seguimiento de redes sociales. Algunos probablemente supieron del cuerpo antes que yo.

Luca dijo:

—¿Por eso nos reunimos aquí en lugar de en la comisaría?

Ross no respondió de inmediato. Escaneó el café como si estuviera memorizando rostros, marcando salidas. Los viejos hábitos de policía no morían fácilmente.

—Entre otras razones. ¿Profesor encontrado muerto en una cantera abandonada? Eso es primera plana para el Times.

Ross echó un vistazo alrededor. Aparte de ellos, solo un par de clientes habituales ocupaban el lugar. Algo en su tono hizo que a Ella

se le erizara la nuca. Había escuchado ese tono antes, justo antes de que los casos se torcieran.

—¿Qué no nos estás contando?

Ross se agachó y sacó una carpeta manila de su maletín. Los bordes estaban desgastados, como si la hubiera abierto y cerrado cien veces.

—Esos símbolos en la escena del crimen. No son nuevos.

Ella se enderezó.

—¿No son nuevos?

—Por eso quería reunirme aquí. Lo que estoy a punto de mostraros... digamos que prefiero que la prensa no se entere todavía. Ni nadie de mi oficina, de hecho.

El estómago de Ella se tensó. Conocía ese tono: el sonido de un buen policía a punto de salirse de la norma. Cuando los policías se volvían reservados, generalmente significaba que algo feo estaba a punto de salir a la superficie. Notó que las manos de Ross no habían dejado de moverse desde que se sentó, como si lo que fuera que contenía esa carpeta estuviera quemando el papel.

—La discreción está garantizada —dijo Ella. Luca hizo un gesto de cerrar la boca con una cremallera.

Ross inhaló y luego abrió la carpeta. Fotos policiales se esparcieron por la mesa, de las buenas, tomadas con cámaras reales en lugar de teléfonos móviles.

—Hace tres meses, empezamos a recibir informes de marcas extrañas por toda la ciudad. Principalmente en lugares que los turistas no ven: callejones, edificios abandonados, obras en construcción.

Extendió las fotos. Símbolos tallados en paredes de ladrillo, pintados con spray en contenedores de basura, grabados en puertas metálicas. Patrones geométricos que hacían daño a los ojos de Ella.

—Lo atribuimos a marcas de pandillas —continuó Ross—. Un nuevo grupo marcando territorio. Pasa todo el tiempo aquí. Nada

que mereciera la intervención de Delitos Mayores.

—¿Pero? —insistió Luca.

—Pero entonces esto empezó a suceder —Ross colocó más fotos. Estas hicieron que el café en el estómago de Ella se convirtiera en ácido.

Más fotos se unieron al primer conjunto. Las imágenes golpearon el cerebro de Ella en ráfagas rápidas. Un caballo de la policía tendido en unos establos con la garganta abierta de oreja a oreja y símbolos tallados en su costado. Un carnero arrojado en un callejón, cuernos pintados con patrones geométricos. Una cabra colocada como un sacrificio en los escalones de una iglesia.

—Joder —dijo Ella—. ¿De dónde salieron estos animales? No es precisamente zona rural por aquí.

—En realidad, comenzó con gatos y perros. Mayormente callejeros. Pudimos rastrear el caballo hasta la unidad montada de Central Park. El carnero desapareció de una granja al norte del estado. La cabra... —Ross se encogió de hombros—. Ese sigue siendo un misterio. No hubo informes de ganado desaparecido que coincidiera.

Ella grabó las fotos en su memoria. Los símbolos parecían más toscos que las marcas de la cantera, pero el ADN coincidía: triángulos encerrados en círculos, espirales devorando sus propias colas.

—Vandalismo y animales muertos. Eso sigue siendo de la liga menor. ¿Por qué el encuentro secreto?

El rostro de Ross se volvió de granito.

—Porque eso solo fue el calentamiento.

Más fotos cayeron sobre la mesa. Tomas nocturnas de tierra violada y piedra rota. El estómago de Ella se hundió hasta el suelo cuando las imágenes encajaron.

—¿Profanación de tumbas?

—Cinco cementerios en ocho semanas. Trinity Church, Woodlawn, New York City Marble. Los lugares históricos. Marcaron las lápidas con estos símbolos y luego desenterraron lo que quedaba.

Las marcas estaban grabadas en el granito con precisión láser, la misma precisión que en la pared de la cantera.

—¿Se llevaron los huesos? —dijo ella.

—Todo lo que pudieron transportar. Dejaron los ataúdes abiertos como huchas vacías. Todas las tumbas tenían más de un siglo de antigüedad —dijo él.

Ella examinó las fotos. Los símbolos se retorcían en su visión como humo, negándose a tomar forma significativa. Pero eran idénticos a los que había visto en la cantera. Alguien había estado practicando su arte antes de pasar al asesinato.

—¿Alguna conexión entre las víctimas? —preguntó ella.

—Ninguna que haya podido encontrar. Diferentes edades, orígenes, épocas. El único factor común era la antigüedad de las tumbas. Nada más reciente que 1970 —respondió él.

Luca preguntó:

—¿Cámaras de seguridad?

—Inutilizadas. Siempre. Y antes de que lo preguntes: ni huellas, ni ADN, ni rastros de ningún tipo —el café de Ross seguía intacto, enfriándose—. Esta gente sabe lo que hace.

—¿Gente? —Ella alzó la mirada—. ¿Crees que es más de una persona?

Ross recogió las fotos y cerró la carpeta.

—No lo sé, pero fíjate en la progresión: de daños materiales a mutilación de animales y profanación de tumbas. Ahora tenemos nuestra primera víctima humana.

—Pero ¿por qué Marcus? —preguntó Luca—. ¿Por qué un profesor de geología?

—Porque entendería lo que estaba viendo —la mente de Ella iba a toda velocidad, conectando puntos que ni siquiera sabía que existían—. Esas formaciones rocosas en la cantera... eran imposibles. Diferentes tipos de piedra que no deberían existir juntos, todos fundidos en una sola masa. Cualquier otro habría visto un montón de rocas raras, pero Marcus...

—Marcus habría visto un milagro —concluyó Ross—. O un mensaje.

—Así que alguien quería que lo encontrara. Que verificara que era real —las implicaciones hicieron que a Ella le diera vueltas la cabeza—. Pero ¿por qué? ¿Cuál es el objetivo final?

Ross se inclinó hacia delante, olvidando su café.

—Tengo una teoría sobre eso. Una que no te va a gustar.

—No creo que estemos lidiando con un asesino —dio un golpecito a la carpeta—. Los símbolos, el momento, los huesos sacados de las tumbas... Esto es más grande que una sola persona. Más organizado.

Ella lo sintió venir, como la caída de presión antes de una tormenta.

—¿Qué estás diciendo?

—No creo que sea obra de un asesino. Creo que es obra de una secta.

CAPÍTULO DIEZ

—Los cultos no existen —dijo Ella.

Ross había requisado un despacho de esquina para ella y Luca en la comisaría 23, lejos del resto del cuerpo. Ella se había apropiado del extremo más alejado de la mesa, cerca de la pizarra, para poder atacarla con sus pensamientos cuando le surgiera el impulso. Ahora era uno de esos momentos. Dibujó una gruesa línea negra bajo la palabra «MÓVIL».

—¿Estás segura de eso? —Luca estaba instalando su portátil, luchando con cables que parecían empeñados en enredarse entre sí —. Porque esas fotos que nos mostró Ross...

—Son raras, sí. Pero ¿cultos satánicos? ¿Sociedades secretas realizando asesinatos rituales? —Negó con la cabeza—. Todo eso son leyendas urbanas.

—¿La Familia Manson?

—Delincuentes de poca monta que se drogaban y mataban a gente. Eso no es un culto, es un sábado por la noche en Detroit.

—¿Y qué hay de los otros? ¿Cienciología y todo eso?

—Claro, tenemos Cienciología, la Puerta del Cielo, el Templo del Pueblo... grupos que manipulan a la gente para sacarles dinero o llevarles al suicidio en masa. Pero ¿cultos satánicos sacrificando vírgenes bajo la luna llena? Pura fantasía.

Luca preguntó: —¿Y qué me dices de esas bandas noruegas de black metal que quemaron iglesias?

—Los adolescentes que se colocan y escuchan Slayer no cuentan.

—Me encanta Slayer.

—Por supuesto que sí —Ella se apartó de la pizarra—. Mi punto es que todos los supuestos casos de cultos satánicos han resultado ser o bien un engaño, un encubrimiento, o un chiflado solitario con demasiado tiempo libre y esmalte de uñas negro. El FBI pasó años investigando denuncias de abusos rituales en los ochenta. No encontraron absolutamente ninguna prueba.

Luca finalmente ganó su batalla con los cables y se sentó frente a su portátil. —Bueno, siempre hay una primera vez para todo.

Ella no respondió. Sus ojos recorrieron la línea de tiempo que había dibujado. Viernes: Marcus asiste a su última reunión de facultad. Sábado: conduce hasta la cantera. Desde el sábado por la tarde hasta el martes: muerto en un agujero mientras sus colegas se preguntan dónde está. Hoy, todo se va al traste.

—Vale. Vamos a exponer lo que sabemos —Destapó de nuevo el rotulador y esbozó un análisis de vínculos básico. Marcus Thornton en el centro. Líneas que irradiaban hacia otros elementos: la cantera, los símbolos, los robos de tumbas, los animales muertos. Signos de interrogación por todas partes.

—Primer problema —Rodeó con un círculo el nombre de Marcus —. ¿Quién sabía lo suficiente sobre él para tenderle esta trampa?

—Olivia Westbrook —sugirió Luca—. Trabajaron juntos durante doce años.

Ella asintió y escribió el nombre. —¿Quién más?

—Otros miembros de la facultad. Estudiantes. ¿Ex esposa, quizás?

Más nombres aparecieron en la pizarra. —¿Qué hay del correo electrónico que le atrajo allí?

Luca sacó su libreta. —La dirección de correo era solo un montón de letras y números al azar. Mira, intentaré decirlo en voz alta. Cero-pumag-dos-uno-cuatro arroba Burnbox punto com.

—Déjame ver —Ella echó un vistazo a las notas de Luca. 0pumag214@burnbox.com—. Pumag. ¿Es eso una palabra?

—No que yo sepa. ¿Qué probabilidades tenemos de rastrearla?

Luca dijo: —No están a nuestro favor. Burnbox es uno de esos dominios que se autodestruyen. Crea una dirección temporal durante unas tres horas.

—Envíasela a Amelia de todos modos. Muchos psicópatas han sido pillados por sus delirios de grandeza tecnológica. ¿Qué hay de las fotos?

—Aún no lo sabemos. Podríamos extraer los metadatos si logramos acceder al correo de Marcus, pero no sé cómo funciona eso con las direcciones que se autodestruyen. Podría borrar los metadatos también.

—En resumen, nuestro asesino sabe manejarse con la tecnología —Ella añadió eso a la pizarra—. Pero el asesino no podía saber que Marcus imprimiría el correo.

—¿Y?

Ella consideró la yuxtaposición entre la muerte teatral y el cuerpo que supuestamente debía permanecer sin ser encontrado. —Los símbolos sugieren teatro, pero el teatro necesita público. Este tipo dejó el cuerpo de Marcus a veinte metros bajo tierra durante tres días. Si hubiera querido que lo encontraran, podría haber hecho una llamada anónima a la policía.

—Así que los símbolos son su ritual, y su ritual es personal. O sabía que la policía eventualmente revisaría los correos de Marcus.

Ella no estaba segura. Algo aquí no cuadraba. —¿Encontraron el teléfono de Marcus?

Luca se estiró. Sus quemaduras también debían dolerle, pero no se había quejado ni una vez. —Sí. En su bolsillo. Deberíamos tener autorización para registrarlo en 24 horas. ¿Crees que esto está relacionado con los robos de tumbas?

Ella estudió la pizarra. Cinco tumbas profanadas. Animales muertos dispuestos como piezas de arte. Y ahora Marcus, colocado en el fondo de un agujero geométricamente perfecto. Los símbolos

pintados con espray en las lápidas coincidían exactamente con los de la cantera.

—Creo que debemos centrarnos en lo que sabemos —dijo, señalando con el rotulador el nombre de Marcus—. Profesor muerto. Rocas imposibles. Símbolos tallados. Todo lo demás es ruido hasta que se demuestre lo contrario.

—¿Y los animales?

—Quizás ensayos. Probando técnicas, ganando confianza —añadió PATRÓN DE ESCALADA a la pizarra—. Pero trabajemos el caso que tenemos. Marcus primero. Si existen conexiones con los otros incidentes, saldrán a la luz.

—De acuerdo —dijo Luca estudiando su diagrama—. ¿Por dónde empezamos?

—Por el mismo sitio de siempre. ¿Quién le conocía? ¿Quién tenía acceso? ¿Quién tenía motivo? —dibujó tres círculos y los etiquetó. Primer círculo: colegas y estudiantes. Segundo círculo: contactos académicos, colaboradores de investigación. Tercer círculo: relaciones personales.

—No hay mucho en ese último círculo, según Olivia.

—Todo el mundo tiene relaciones. Aunque solo sea la persona que le entrega el correo o le prepara el café —dijo tapando el rotulador—. La gente deja rastros. Marcus dio clases aquí durante doce años, eso es mucho contacto humano que analizar.

Luca se levantó y se tambaleó hacia el único cristal que daba al resto de la comisaría. —Pregunta rara, pero ¿por qué dijo Ross que no quería que se filtrase esa información sobre el supuesto culto? ¿Crees que sospecha de alguien de dentro?

Ella se había estado preguntando lo mismo. —No sería la primera vez.

Como si lo hubieran invocado al mencionar su nombre, el detective Ross apareció en la puerta. —Agentes, ¿todo listo?

—Todo hecho, gracias —dijo Ella.

Ross asintió mirando la pizarra. —Tenéis razón, trabajáis rápido.

—No hay tiempo que perder. ¿Alguna novedad?

—Nos llevará un día acceder al ordenador de la víctima. Hay muchas leyes de confidencialidad en nuestra contra. Pero he informado a la universidad. Les dije que tal vez pasaríamos hoy para entrevistar a cuanta gente pudiéramos. La decana dijo que reuniría a todos los que pudiera.

—Buen trabajo. Hawkins y yo iremos en una hora o dos.

—De acuerdo. Estaré al otro lado del pasillo si necesitáis algo.

—Ross, ¿podrías enviarme las fotos de los robos de tumbas? ¿Y las de las mutilaciones de animales? —preguntó Ella.

Ross se lo pensó un momento y luego asintió. —Os las enviaré ahora mismo.

Ella se volvió hacia la pizarra después de que Ross desapareciera. Los hechos le devolvían la mirada en blanco y negro, pero ella sabía mejor que nadie que la verdad vivía en las zonas grises. En las manchas de café en las esquinas de los escritorios, en la forma en que la gente respondía a preguntas que no se les habían hecho, en los espacios entre lo que decían y lo que querían decir.

Era hora de averiguar quién era realmente Marcus Thornton. No solo el profesor amante de las rocas que clasificaba por colores su colección de minerales, sino el hombre que había debajo de toda esa cuidadosa organización. Porque alguien lo había conocido lo suficientemente bien como para atraerlo hacia su muerte.

Puede que los cultos asesinos no existieran, pero los asesinos que querían que creyeras en ellos, desde luego que sí.

CAPÍTULO ONCE

Después de dos horas investigando la vida de Marcus Thornton, Ella había aprendido una cosa: el hombre era patológicamente anodino. Sus extractos bancarios se leían como el diario de un monje: alquiler, servicios públicos, compras en el supermercado que nunca variaban más de diez euros. Todos los lunes y miércoles, como un reloj, se detenía en Angelo's Coffee de camino al campus. Todos los viernes, pedía comida para llevar de un sitio llamado La Mer Rouge.

—Ni siquiera sabía que existía la comida francesa para llevar —dijo ella.

Luca levantó la vista de su propia pantalla. Llevaba una hora sumergido en los informes financieros de Marcus.

—Quizás Marcus iba por delante de la curva. Su compra más exótica en los últimos seis meses fue pulidor de rocas de grado superior.

—No sabía que existiera el pulidor de rocas, y menos de grado superior.

—Cada día se aprende algo nuevo. Incluso sacaba el dinero siempre del mismo cajero. ¿Quién paga la factura de la luz tres días antes de que venza?

Ella se puso de pie y se sacudió para devolver la sensibilidad a las piernas. Aún le dolían, pero había aprendido a ignorar la molestia, como el dolor en el hombro que sentía cuando iba a llover.

Habían revisado todos los registros a los que pudieron acceder. Extractos bancarios, declaraciones de impuestos, multas de aparcamiento, multas de biblioteca, préstamos. Todo bien presentado a tiempo o simplemente inexistente. Marcus vivía como

un hombre que se había aprendido las reglas de la vida y las seguía al pie de la letra.

—¿Redes sociales? —preguntó ella.

—Zona muerta. Ni Facebook, ni Twitter. Tenía un perfil de LinkedIn pero no lo había actualizado desde 2018 —Luca siguió revisando más datos—. Su ex mujer está ahora en Ann Arbor. Se volvió a casar con un dentista. Tienen cuentas de Peloton a juego.

—¿Ha visitado algún lugar fuera de lo común recientemente?

—No. Fue a Islandia el año pasado, y las cámaras de seguridad le pillaron yendo y viniendo por algunas autopistas, pero nada que levante sospechas. Las declaraciones de impuestos también están limpias. Sueldo de profesor titular, algunas tarifas de consultoría por estudios geológicos. Nada inusual.

—¿Qué hay de los clientes de consultoría?

—Todos legítimos. Sobre todo empresas de ingeniería que querían informes de estabilidad del terreno para proyectos de construcción —Se echó hacia atrás en la silla—. Admítelo, Marcus Thornton era aburrido.

Ella repasó la línea de tiempo que habían construido a partir de las cámaras de seguridad y los registros de transacciones. El Mustang de Marcus aparecía en las mismas cámaras de tráfico más o menos a las mismas horas cada día: en dirección sur por la I-684 alrededor de las 7:30, en dirección norte entre las 18:30 y las 19:00. Compras regulares en la cafetería de la universidad, siempre entre las 12:15 y las 12:45. Los registros del aparcamiento de la facultad rara vez variaban más de diez minutos.

Ella se frotó las sienes. Los casos solían darle un subidón, una dosis de dopamina cada vez que conectaba otro punto. Este solo le daba dolor de cabeza.

Luca preguntó:

—¿Qué hay de su investigación? ¿Rivalidades académicas?

—Nada que sugiera un asesinato —Señaló la pila de revistas en su escritorio—. Su último artículo trataba sobre las tasas de formación de piedra caliza en el Valle del Hudson. Antes de eso, patrones de erosión en las Catskills. Escribió algo controvertido sobre un tipo de roca sedimentaria, pero ¿son las rocas suficiente motivo para matar?

—Ella, nuestro último tipo mataba gente porque pensaba que su casa estaba embrujada. ¿Qué hay de sus finanzas?

—Limpias. Los pagos de la hipoteca son como un reloj. Nada de juego, ni cuentas secretas en las Caimán —Golpeó la parte posterior de su cabeza contra la pared, luego se acercó a la mesa de pruebas al otro lado de la habitación.

Luca dijo:

—Para ser una víctima de asesinato, es notablemente poco susceptible de ser asesinado.

—El tipo vivía con un sueldo académico y parecía perfectamente contento. ¿Han sido procesados estos? —Ella observó la colección de las últimas pertenencias de Marcus. Su teléfono ya estaba en el laboratorio, pero el resto estaba esparcido como artefactos en un museo de bajo presupuesto: un martillo de geólogo, algunos cinceles, bolsas de muestras y ese cuaderno encuadernado en piel.

—Sí. La Unidad de Ciencias Forenses ya se ha divertido. Todas las huellas coinciden con las de Marcus, y el resto es equipo geológico.

Ella se puso un par de guantes de nitrilo nuevos. El cuaderno llamó su atención, el tipo de cosa que encontrarías en una tienda de artesanía. Marcus lo había cuidado. El tipo de hombre que catalogaba toda su vida trataría sus notas de campo como escrituras sagradas.

Sostuvo el lomo mientras lo levantaba. Las páginas tenían esa textura específica del papel caro, el tipo que absorbe la tinta sin correrse. Volvió a su escritorio y lo hojeó desde el principio.

Era pura geología: coordenadas, composiciones minerales, bocetos técnicos que bien podrían haber sido jeroglíficos.

12 de marzo: Formación Catskill (Devónico Superior) Muestra C-14: Arenisca roja con estratificación cruzada. Granos de cuarzo subangulares a redondeados. El cemento de hematita da el color característico. Las marcas de ondulación sugieren un ambiente marino poco profundo. Nota: Comprobar correlación con la Formación Hampshire.

15 de marzo: Calificar el trabajo de Wilson. Pedir más bolsas de muestras.

29 de marzo: Exposición de esquisto de Manhattan. Ubicación: afloramiento de Central Park. Conjunto de muscovita-biotita-cuarzo. Fuerte foliación con tendencia N40E. Granates de hasta 2 cm de diámetro. Seguimiento: Comparar con muestras del Bronx.

14 de abril: Reunión de presupuesto del departamento. Discutir asignación de equipos para el semestre de primavera. Recordar seguimiento sobre calibración del espectrómetro de masas.

20 de abril: Reunión de facultad 14:00 - traer datos de tasa de erosión.

Ella tuvo que reiniciar su cerebro mirando fijamente a la pared. Luca la miró.

—¿Demasiado? —dijo.

—Casi —respondió ella.

Las entradas continuaban de la misma manera: observaciones geológicas entrelazadas con tareas académicas mundanas. Marcus lo registraba todo con desapego científico, como si estuviera catalogando especímenes en lugar de viviendo una vida. Ella siguió leyendo hasta llegar a finales de octubre, hacía dos semanas.

Pasó otra página. Más notas de campo, más reuniones de facultad, más quejas suaves sobre la comprensión de los estudiantes. Entonces algo diferente llamó su atención.

30 de octubre: Felix Blackwood - ¿textos restringidos? Ver al decano urgentemente.

Se enderezó. La escritura era diferente aquí - presionada más profundamente en el papel, más urgente. Como si Marcus hubiera estado emocionado. O asustado.

Él se acercó a la mesa y leyó por encima de su hombro.

—Felix Blackwood. ¿A qué se refiere con textos? ¿Como mensajes de texto? —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez, pero ¿qué tendrían de restringido?

—Ni idea. ¿Podría ser otro profesor de allí?

—Tendremos que investigarlo.

Siguió leyendo, pero la siguiente entrada saltaba a notas de campo rutinarias sobre muestras de piedra caliza. Fuera lo que fuese lo que había inquietado a Marcus sobre los textos de Felix Blackwood, no lo había escrito. O no había vivido lo suficiente para hacerlo.

—Bueno, ahora es el momento perfecto, porque la gente de la universidad nos está esperando —dijo él.

Ella miró el reloj. 13:30. Hora de irse. Fotografió la página y luego volvió a sellar cuidadosamente el cuaderno en su bolsa de pruebas. Dos horas de investigación habían revelado a un hombre que vivía por la rutina y murió por sorpresa, pero alguien había visto más allá de esa fachada aburrida hasta el secreto que valía la pena matar por él.

Antes de que terminara el día, Ella se prometió a sí misma que descubriría cuál era ese secreto.

CAPÍTULO DOCE

El despacho del decano parecía pertenecer a un Hogwarts de la Ivy League. Paneles de roble, sillones de cuero y suficientes libros como para mantener un fuego ardiendo durante un año. Ella se sentó en el borde de su asiento, sacudiéndose la frustración de dos horas de entrevistas, cada una una repetición de la anterior. El mismo guion con caras diferentes.

Habían empezado con Olivia Westbrook, quien les había recibido con los ojos enrojecidos y la barbilla temblorosa. Había hablado de Marcus como si fuera un santo, pero no pudo —o no quiso— decir nada que indicara por qué había terminado a dieciocho metros bajo tierra. Luego vino un desfile de ayudantes de cátedra, conserjes y trabajadores de la cafetería, todos cantando la misma melodía. Sí, era brillante. Sí, era fiable. No, no podían imaginar quién querría hacerle daño.

Al otro lado del escritorio, la decana Katherine Harper juntó las manos como si estuviera a punto de dar una conferencia. Cincuenta y tantos años, traje de diseño, pelo arreglado hasta el último detalle. El tipo de mujer que había escalado la torre de marfil con uñas perfectas y una expresión severa que probablemente había hecho confesar plagio a mil estudiantes. Ella la reconoció como la mujer que la había sacado del escenario después de su conferencia ayer. Ya les había dado el mismo discurso que habían escuchado todo el día. Marcus el meticuloso. Marcus el trabajador incansable. Marcus el santo patrón de las rocas.

Luca tomaba notas, pero Ella podía notar que estaba funcionando a base de vapor. Se habían saltado el almuerzo para terminar las entrevistas, y su estómago había estado rugiendo como un animal enjaulado durante la última hora.

—¿Tenía algún enemigo? —preguntó Ella, más por costumbre que por esperanza—. ¿Alguien que pudiera querer hacerle daño? ¿Quizás desacuerdos con otros miembros del personal?

—Nunca. Era casi patológicamente no conflictivo —Harper enderezó una pila de papeles que no necesitaba ser enderezada—. Sus estudiantes le adoraban. Su investigación era impecable. Sé que suena a tópico, pero Marcus realmente era...

—El profesor perfecto —Ella mantuvo un tono neutral, pero algo debió filtrarse porque los ojos de Harper se estrecharon—. Lo siento. Es solo que hemos oído cosas similares toda la mañana.

—Porque son ciertas. Marcus Thornton era un crédito para esta institución. Todo este lugar está conmocionado.

—¿Qué hay de los problemas personales? —preguntó Luca—. ¿Algún cambio en su comportamiento recientemente?

—Nada obvio. Aunque... —La decana dudó—. Parecía preocupado las últimas semanas. Menos concentrado en las reuniones. Pero todos tenemos nuestros días malos.

Ella había escuchado suficientes elogios genéricos. Era hora de cambiar de táctica. Sacó su teléfono y mostró la foto que había tomado de la anotación en el cuaderno de Marcus.

—Felix Blackwood. ¿Le suena ese nombre?

La mano de Harper se crispó, alterando la alineación perfecta de su bolígrafo.

—¿Perdón?

—Felix Blackwood —Ella giró el teléfono para que Harper pudiera ver—. Marcus hizo una anotación sobre él solicitando acceso a textos restringidos. Decía que necesitaba hablar con usted al respecto.

El rostro de la decana hizo algo interesante, como si estuviera tratando de tragar algo desagradable sin mostrarlo.

—El señor Blackwood era... un estudiante aquí. Geología y geofísica.

—¿Era? —Los instintos de Ella se agudizaron. El tiempo pasado era una señal de alarma en su línea de trabajo.

—Ya no está matriculado.

Luca levantó la vista de sus notas.

—¿Geología y geofísica? Entonces, ¿Marcus le daba clase?

La decana entrelazó los dedos, un gesto nervioso tan obvio como un cigarrillo encendido en una iglesia.

—Sí, así es.

—¿Qué pasó con Felix? ¿Por qué ya no está matriculado?

Los dedos perfectamente manicurados de Harper tamborilearon una vez sobre su escritorio y luego se detuvieron.

—Nos enorgullecemos de aceptar estudiantes de todos los orígenes, de todos los sistemas de creencias. Pero el señor Blackwood no encajaba bien en NYU.

Ella se inclinó hacia delante y comenzó a canalizar a su tiburón interior. Podía oler sangre en el agua.

—¿En qué sentido?

—Era... difícil. Conflictivo. Tenía problemas con la autoridad. Lo cuestionaba todo. Discutía con los profesores sobre sus propias materias. Fomentamos el pensamiento independiente, pero hay límites.

Ella leyó entre líneas.

—¿Él y Marcus no se llevaban bien?

La decana dudó. Algo pasó por detrás de sus ojos, tal vez cálculo o preocupación.

—Solo una vez. Tenía que ver con los textos restringidos de los que habla Marcus. Verán, tenemos una colección de materiales en nuestro archivo, en el sótano. Libros antiguos. Principalmente las traducciones al inglés. Textos raros sobre temas marginales. Misticismo, demonología, ese tipo de cosas anticuadas. Los mantenemos bajo llave por su valor histórico, nada más.

Ahora tenía sentido. Textos restringidos como en libros de texto. Ella y Luca intercambiaron una mirada. Esta era la primera pista que parecía sólida.

—¿Felix quería acceso a estos textos restringidos? —dijo ella.

—Más bien lo exigía. Se puso bastante agresivo al respecto. Marcus también era el archivista aquí, así que cualquier solicitud de materiales tenía que pasar por él.

—¿Cómo fue eso?

—No muy bien. Marcus y yo rechazamos la solicitud de Felix.

—¿Por qué?

Harper se ajustó las mangas.

—Porque esos materiales son para historiadores e investigadores. No para chavales impresionables que han visto demasiados vídeos sobre teorías de la conspiración.

Ella entendió el punto de Harper, aunque no pudo evitar preguntarse por qué la universidad se molestaba en guardar esos materiales si negaban el acceso a las pocas personas que realmente querían verlos. Le recordaba a Ella cómo los museos mantenían el 99% de sus colecciones en sus bóvedas.

—¿Cómo se lo tomó Felix?

—Bueno, no muy bien. Marcus le pilló intentando entrar en el sótano. Estaba tratando de forzar la cerradura. Marcus llamó a seguridad y, bueno... ya te puedes imaginar lo que pasó.

El pulso de Ella se aceleró. Ahora entendía el uso del pasado.

—Así que le expulsasteis de la universidad.

Harper entrelazó las manos de nuevo.

—Sí, lo hicimos. No nos gusta la expulsión, pero no tuvimos otra opción.

Ella lanzó una mirada a su compañero. Debía estar pensando lo mismo que ella porque tenía la mandíbula desencajada. Este chico Felix Blackwood, quienquiera que fuese, tenía una afición por lo

oculto y una venganza contra un hombre que apareció muerto anoche. Si no estaba involucrado en esto, era una maldita casualidad, y a los policías no se les permitía creer en casualidades.

—¿Cómo se tomó Felix la noticia de su expulsión? —dijo.

—Tan bien como cabría esperar. Se alzaron voces, se llamó a seguridad, se hicieron amenazas.

—¿Contra Marcus?

—No —dijo Harper—, contra mí. Marcus no estaba presente en ese momento.

Ella se aferró a ese detalle. Se inclinó hacia delante y dijo:

—Esos libros que Felix quería. ¿Alguna vez especificó cuáles?

—Ese es el caso: no lo hizo. Dijo que necesitaba "echar un vistazo a la colección". Cuando insistimos en que fuera más específico, se volvió evasivo. Simplemente seguía insistiendo en que había "verdades ocultas" en nuestra colección que estábamos suprimiendo.

—¿Y Marcus no mencionó nada más sobre él? —dijo Luca.

—No a mí. Aunque después del intento de allanamiento, Marcus solicitó medidas de seguridad adicionales para el archivo. —Harper se alisó la chaqueta—. En su momento pensé que estaba siendo paranoico.

Esto era. Ella necesitaba saber todo sobre Felix Blackwood, ya. Estaba a punto de presionar más cuando su teléfono vibró. El número del detective Ross iluminó la pantalla.

—Disculpadme. —Se levantó—. Tengo que atender esto. Hawkins, ya sabes qué hacer.

Luca asintió mientras ella salía al pasillo. Podía oír los murmullos distantes de las clases en curso.

—Ross —contestó—. Estoy con la decana de la NYU.

—Bueno, deja lo que estés haciendo.

Ella se quedó paralizada. Aunque solo había conocido a Ross esta mañana, reconocía ese tono a kilómetros. Era el mismo tono que usaban policías y sheriffs en toda España. El tipo de tono que significaba que había visto algo hoy que le atormentaría esta noche.

—Por favor, no me digas que...

—Sí. Tenemos otro cuerpo. Y este es... diferente.

CAPÍTULO TRECE

El embalse de Kensico se extendía como un cristal negro bajo el cielo de noviembre. Se esparcía a lo largo de veintinueve kilómetros del condado de Westchester, suministrando casi cuatro mil millones de litros de agua a la sed infinita de Nueva York. Hoy, guardaba un secreto más bajo su superficie.

Ella había divisado la escena del crimen desde ochocientos metros. Detuvo el todoterreno y observó cómo una lata de refresco desechada bailaba por el camino de grava y caía en la maleza donde la cinta amarilla de la escena del crimen ondeaba entre los árboles. Las quemaduras en sus piernas le ardían por el trayecto, y su mente aún lidiaba con Felix Blackwood y aquellos textos restringidos. Pero el asesinato no esperaba a nadie, así que Ella lanzó una mirada a su compañero que decía que las cosas iban a complicarse. Los coches patrulla ya habían reclamado la orilla. Contó cuatro uniformados, dos de paisano y lo que parecía la furgoneta del forense.

—¿Cómo sabemos que esto está relacionado? Debemos estar a treinta kilómetros de la cantera —dijo Luca.

—Vale. Nueva York ve un homicidio al día, pero Ross no nos habría llamado si no estuviera seguro.

Ella salió del coche. El viento la golpeó como una bofetada. Aquí, dieciséis kilómetros al norte de la ciudad, el invierno llegaba pronto y se quedaba hasta tarde. Al oeste, la presa del embalse se alzaba como un muro de hormigón, sus aliviaderos gorgoteando con lo último de la lluvia de la mañana. Toda la escena tenía esa calidad deslavada de una foto en blanco y negro: cielo gris, agua más oscura y parches de hierba muerta que parecían como si Dios hubiera abandonado a mitad de colorearlos. El detective Ross esperaba en el perímetro, y su rostro tenía ese tono específico que solo viene de ver algo que tu cerebro se niega a procesar.

—Gracias por venir —dijo, levantando la cinta para ellos—. Un paseador de perros la encontró hace una hora. Los uniformados confirmaron que era un cuerpo real y la Unidad de Delitos Graves llegó hace una hora.

Siguieron a Ross por un sendero embarrado que serpenteaba entre un grupo de árboles que la temporada había dejado desnudos. El camino se curvaba alrededor de una ensenada donde el brazo del embalse se adentraba profundamente en la orilla.

Las botas de Ella chapoteaban en un barro que probablemente no se secaría hasta la primavera. El embalse se había hinchado con las lluvias recientes, dejando un anillo de residuos a lo largo de la orilla: ramas, botellas de plástico, los detritos habituales de la existencia humana. Un lugar perfecto para esconder un cuerpo, pensó. El agua tenía una manera de guardar secretos.

—Allí —señaló Ross.

El cuerpo yacía medio dentro, medio fuera del agua, como algo que el embalse hubiera intentado escupir. Mujer. Pelo oscuro pegado a un rostro varios tonos demasiado pálido. Llevaba lo que parecían ropas de diseño: una blusa de seda ahora arruinada por el agua, pantalones a medida, sin zapatos ni calcetines. Quienquiera que fuese había sido atractiva en vida: pómulos altos, rasgos delicados. La muerte había blanqueado su piel al color del papel viejo, pero no le había quitado la dignidad. Sin reloj. Sin anillos. Ella la situó en sus últimos treinta, pero el agua hacía difícil saberlo. Tenía una manera de difuminar los límites, borrar la identidad. De lavar todas las cosas que hacían real a una persona.

Sin sangre, sin embargo. Sin heridas o traumas evidentes. Solo un cuerpo que había estado en el agua mucho más tiempo del que cualquier ser vivo debería.

Ella exhaló un suspiro e intentó mantenerse en modo analítico, pero era un esfuerzo inútil. No podía evitar ver a esta mujer, quienquiera que fuese, como la hija, hermana, madre, amiga o colega de alguien. Se tomó un momento para rendirle un silencioso

tributo en la muerte, luego miró a Luca, que se estaba poniendo un par de guantes. Le ofreció un par a Ella.

—Odio sonar como un disco rayado —dijo—, pero ¿cuáles son las probabilidades de que esto no sea un homicidio?

Ella se puso los guantes.

—¿Suicidio?

—Sí. Quiero decir, mírala. Sin marcas de ataduras, sin agujeros de bala, sin heridas defensivas. Incluso se quitó los zapatos. Si añades agua a esa ecuación, las matemáticas se simplifican mucho. ¿Sabes lo difícil que es ahogar a alguien?

Ella lo sabía. Las víctimas adultas de ahogamiento solían mostrar evidencias de lucha: uñas rotas, ropa desgarrada, heridas defensivas. El cuerpo humano tenía millones de años de evolución gritándole que sobreviviera. No se iba silenciosamente al agua oscura.

—Sí, tendrías razón, pero... seguidme —dijo Ross.

Hizo un gesto hacia un afloramiento rocoso que se adentraba en el agua, y se abrieron camino entre rocas resbaladizas hasta que llegaron al otro lado del afloramiento.

Allí, parcialmente ocultos por arbustos crecidos, había cinco símbolos pintados con spray en trazos negros precisos. Un triángulo dentro de un círculo. Una espiral que se comía su propia cola. Un laberinto que se enroscaba sin fin en sí mismo. Otro que mostraba diamantes encerrados en patrones imposibles. El quinto representaba una escalera ascendiendo hacia la nada.

Las mismas marcas exactas de la cantera.

—Joder —susurró Luca—. ¿Idénticas?

—Aún no hemos llegado tan lejos —dijo Ross.

Estaba a punto de sacar el móvil y cargar las fotografías que había tomado en la cantera, pero no hacía falta. Había grabado esas imágenes en sus retinas, y al mirar estos nuevos símbolos, no tenía duda de que eran idénticos.

—Son los mismos —dijo—. Hasta la última curva.

Ross dijo:

—Se llama Sarah Chen. Su bolso aún estaba en el cuerpo, el carné de conducir estaba dentro.

—¿Qué sabemos de ella?

—Aún estamos recopilando información —Ross consultó su teléfono—. Pero los datos preliminares indican que era bióloga marina. Trabajaba en el Acuario de Nueva York en Brooklyn.

Ese detalle impactó a Ella como un puñetazo. Una bióloga marina encontrada ahogada. La coincidencia parecía tan poco natural como esos símbolos pintados en la pared detrás de la maleza.

Un técnico llamó a Ross, dejando a Ella y Luca para examinar la escena. La ensenada se curvaba como una herradura creando una cala natural protegida por árboles y rocas. El lugar perfecto para cometer un asesinato: aislado, difícil de acceder en coche, con aguas profundas cerca de la orilla.

—Mira su ropa —dijo Luca—. Marcas de diseñador. No estaba aquí de excursión.

Ella asintió. Sarah llevaba lo que parecía ropa de trabajo, el tipo de atuendo que te pondrías para reuniones, no para pasear por embalses.

—Alguien la trajo aquí.

—Pero ¿cómo? No hay acceso para vehículos a este lugar.

—Podrían haber aparcado arriba y haberla bajado caminando —Ella estudió el camino embarrado que habían tomado—. Aunque no encontraremos huellas después de la lluvia.

Trabajaron alrededor del cuerpo mientras los técnicos documentaban todo. Ella no era patóloga, pero la decoloración del cuerpo sugería que esta pobre mujer llevaba aquí más de 24 horas, lo que significaba que su desconocido ya les llevaba un paso de

ventaja. La revelación envió una nueva oleada de temor a su estómago.

—Joder, Hawkins, nuestro asesino ya había acumulado dos cuerpos antes de que encontráramos uno.

—Esto me recuerda al Asesino en Serie de Long Island. ¿Cuántos más habrá que no hemos encontrado?

Luca tenía razón. Tenían que considerar que quizás las víctimas eran anteriores a Marcus Thornton.

—¿Sigues pensando que no es una secta? —continuó.

Ella ignoró la absurda pregunta. Las sectas no existían, y menos aún con múltiples cadáveres a su nombre. Tres hombres solo podían guardar un secreto si dos estaban muertos.

—No hay signos de agresión sexual —observó Ella—. La ropa está intacta, solo dañada por el agua.

—¿Y las drogas? ¿Podría haber sido sedada?

—El forense lo comprobará, pero el agua tiende a borrar las evidencias de los puntos de inyección —se agachó junto al cuerpo, ignorando la protesta de sus piernas—. Aunque eso explicaría la falta de heridas defensivas.

Los símbolos volvieron a llamar su atención. Cinco marcas que parecían retorcerse en su visión periférica, como si intentaran decirle algo justo fuera de su alcance.

Pero antes de que pudiera profundizar en ellos, Ross regresó con una expresión sombría.

—Hemos encontrado marcas de arrastre arriba, junto a la carretera. Parece que el cuerpo fue bajado desde el área de aparcamiento.

—¿Alguna huella de neumáticos?

—No. La lluvia las borró.

Ella volvió a mirar el cuerpo de Sarah Chen e intentó ver todo esto con ojo analítico. Dos cuerpos. Victimología inconsistente. Modus operandi dispares antes y después de la muerte. Marcus

Thornton fue atraído a su muerte, pero Sarah Chen probablemente no, porque Ella no conocía a nadie que caminara hacia un embalse por voluntad propia. Dos lugares de abandono diferentes. Sobre el papel, esto podría haber sido obra de dos delincuentes distintos.

Luca debía estar pensando en la misma línea, porque dijo:

—Es una suerte que nuestro asesino dejara esos símbolos, o nunca sabríamos que estaban conectados.

—Sí —dijo Ross.

—Es el único elemento consistente. Su ritual.

Las palabras de Luca golpearon algo en el cerebro de Ella. No el habitual chasquido de sinapsis que acompañaba al pensamiento normal, sino esa rara descarga eléctrica que se sentía como un relámpago embotellado. El tipo que hacía que le temblaran las manos y se le secara la boca. El embalse, el viento, el murmullo de los técnicos procesando la escena, todo se desvaneció en un ruido blanco. Incluso el dolor en sus piernas desapareció mientras su mente se aferraba a algo justo fuera de su alcance.

—Repite eso.

Luca levantó la vista del cuerpo.

—¿Qué?

—Lo que acabas de decir. Sobre la consistencia.

—¿Su ritual?

—No —el corazón de Ella empezó a latir con fuerza—. Antes de eso. El único consistente...

—¿Elemento?

Ella no respondió. Estaba demasiado ocupada viendo cómo las piezas del rompecabezas se reordenaban en su mente. Marcus Thornton en su agujero en la tierra. Sarah Chen en su tumba acuática. Dos víctimas asesinadas de formas completamente diferentes, conectadas solo por cinco misteriosos símbolos.

—¡Madre mía! —la revelación explotó en su conciencia—. Eso es lo que estamos viendo. Elementos. Elementos clásicos.

Luca arqueó una ceja. Ross se cruzó de brazos. Ella apenas se percató de su escepticismo porque estaba demasiado sumergida en la zona ahora, en ese espacio sagrado donde todo tenía un terrible y hermoso sentido.

—Mirad a las víctimas. Marcus Thornton no solo murió en la tierra, vivía para ella. La geología era todo su mundo. ¿Y Sarah? —Hizo un gesto hacia el cuerpo en las aguas poco profundas—. Bióloga marina. Alguien que estudia el agua.

El viento azotaba el embalse, pero Ella ya no sentía el frío. Ardía con la fuerza de su revelación. Dos víctimas. Dos elementos. Ross descruzó los brazos.

—Espera. ¿Qué estás diciendo exactamente?

Pero Ella ya se movía, su mente tres pasos por delante de su boca. Porque ahora lo entendía. Ahora veía el patrón escrito en sangre y agua, en tierra y cielo. Un patrón tan antiguo como el pensamiento humano mismo.

—Estas víctimas no solo fueron asesinadas por sus elementos, los encarnaban.

Luca miró a la víctima y luego a los símbolos.

—Eso es lo que representan. Los elementos.

—Tiene que ser eso.

—Eh, un momento —interrumpió Ross—. Estás sacando conclusiones precipitadas basándote solo en dos cuerpos.

—Es suficiente, detective. Normalmente hacemos perfiles basándonos en lo que tenemos, pero aquí podemos hacerlo basándonos en lo que no tenemos. Sin sangre. Sin laceraciones. Nada consistente en absoluto. Lo mismo ocurre con las víctimas. Un hombre de cuarenta y tantos, una mujer de treinta y tantos. Los asesinos en serie se ceban con ciertos grupos demográficos, y con solo dos víctimas este tipo ya se ha desviado del patrón. Eso significa que estas víctimas son sustitutos. Representan algo.

—¿Como qué?

Ella miró fijamente los símbolos al otro lado.

—Elementos. Y ha habido cinco símbolos en ambas escenas del crimen.

—Lo que significa que nos quedan al menos tres más por venir —concluyó Luca.

Ross miró a ambos.

—Bueno, será mejor que empecemos a buscar respuestas, porque si la prensa se entera de esto, tendrán material para portadas durante meses.

—Creo que alguien está siguiendo un guion muy específico —Ella observó otra ola lamer los pies de Sarah Chen—. Ross, necesito todo lo que puedas conseguir sobre Sarah Chen. Dónde vivía, dónde trabajaba, a quién conocía. Y quiero saber si tenía alguna conexión con la NYU o Marcus Thornton.

Él sacó su móvil.

—Pondré a un equipo en ello.

—Bien —Ella echó un último vistazo a la escena. Al cuerpo de Sarah Chen, a los símbolos que parecían burlarse de ellos con su precisión—. Hawkins, tenemos que encontrar a ese tal Felix Blackwood, ya.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo por el camino embarrado, su mente ya corriendo hacia el sótano de la NYU y los secretos que esperaban en aquellas páginas antiguas.

Porque en algún lugar de la ciudad, alguien estaba coleccionando elementos en forma humana.

Y su colección estaba lejos de estar completa.

CAPÍTULO CATORCE

La policía había encontrado el cuerpo de Marcus Thornton, y ese pequeño detalle arruinó una mañana que, de otro modo, habría sido perfecta.

El Alquimista medía el pentobarbital sódico en un vial de cristal mientras el Canal 4 mostraba imágenes aéreas de la cantera. Tres décimas de mililitro de más. Vuelta a empezar. La voz del presentador tenía ese tono de falsa seriedad que usaban para las tragedias, hablando de «circunstancias sospechosas» e «investigación en curso».

Nadie debía encontrar a Marcus, al menos no todavía. La cantera debería haberlo mantenido a salvo hasta que la Obra estuviera completa. El embalse haría un mejor trabajo con Sarah Chen. El agua tenía mejores formas de guardar secretos que la tierra.

El Canal 4 parecía tener la mejor cobertura. Sus tomas desde el helicóptero mostraban todos esos niveles en terrazas bien ordenados que descendían hacia la oscuridad. Sin embargo, no había imágenes de los símbolos. Eso era bueno. Los patrones debían mantenerse puros, sin ser contaminados por gráficos de la CNN y memes de Twitter. Que especularan sobre «marcas extrañas». Los símbolos no estaban destinados al consumo público.

De todos modos, no tenía sentido llorar sobre la leche derramada. La adaptación era parte de la Obra. Los antiguos lo enseñaban así.

La segunda medición salió perfecta. El líquido captaba la luz de la mañana, claro como el pensamiento. Quedaban tres componentes más por añadir, y luego estaría listo. Cada paso debía ser preciso. No había margen de error cuando se trabajaba con el aire.

La geometría en la pared había llevado tres días perfeccionarla. Círculos que contenían triángulos que contenían más círculos, cada línea exactamente donde debía estar. Hilos rojos conectaban todo en patrones que parecerían aleatorios para cualquier otra persona. Pero aquí había orden. Los antiguos lo habían entendido así: cómo todo se conectaba, cómo cada elemento fluía hacia el siguiente.

La transformación nunca era fácil. Los libros esparcidos por el escritorio lo demostraban: cientos de páginas sobre la purificación de los elementos, el refinamiento de la materia base en formas superiores. Los antiguos alquimistas habían intentado convertir el plomo en oro, lo cual era bastante gracioso cuando lo pensabas. Tenían la idea correcta pero los materiales equivocados.

La televisión cambió a una rueda de prensa. Algún detective con un traje de mal gusto diciendo a todos que se mantuvieran tranquilos, que tenían pistas, que la investigación avanzaba. Tonterías totales, pero es lo que tenían que decir. No se puede permitir que el público piense que hay un asesino por ahí convirtiendo a la gente en elementos.

Porque eso sonaría a locura.

Marcus había sido tierra, hasta los huesos, y su transformación había sido perfecta hasta que lo encontraron. La bióloga marina también: una criatura de agua de pies a cabeza. Los periódicos aún no la habían encontrado. Tal vez no lo harían.

Pero el aire. El aire era complicado. No podías simplemente agarrar a cualquiera que trabajara con gases o el clima. El recipiente debía entender la verdadera naturaleza del aire, debía vivirlo, respirarlo, conocerlo en sus células. Los textos antiguos eran muy claros en ese punto, aunque necesitaran veinte páginas para decirlo.

El pentobarbital sódico fue a parar a un contenedor especialmente preparado, seguido de los otros componentes. Todo medido al microgramo. Los antiguos alquimistas habrían apreciado ese tipo de precisión, aunque sus propias medidas se basaran más en «pizcas» y «dracmas».

Conseguir los libros había sido la parte difícil. Las universidades mantenían los realmente buenos bajo llave, disponibles solo para «investigadores serios» con las credenciales adecuadas. Como si cuatro años de posgrado te hicieran más digno de leerlos. Pero había formas de evitar eso. Siempre hay formas si deseas algo lo suficiente.

Las noticias habían pasado a los deportes. El Alquimista las apagó. Suficiente distracción. El recipiente estaba ahí fuera en alguna parte, probablemente ya trabajando, haciendo lo que sea que hicieran las personas que encarnaban el aire los miércoles por la tarde. Sin saber que estaban a punto de convertirse en parte de algo vasto y eterno.

El recipiente había sido elegido cuidadosamente. Llevó semanas de observación, de comprobar y volver a comprobar contra los criterios de los textos. Tenía que ser alguien que entendiera la naturaleza dual del aire: invisible y esencial a la vez. Alguien que viviera entre la tierra y el cielo. El aire era diferente de los otros. No podías simplemente transformarlo mediante la fuerza o la inmersión. El aire necesitaba... persuasión. Los textos también hablaban de esto: de cómo cada elemento requería su propio enfoque. La tierra aceptaba. El agua abrazaba. El aire tenía que ser convencido.

Para eso era el pentobarbital sódico. Soluciones modernas para problemas antiguos.

La foto yacía boca abajo sobre el escritorio. Era mejor no mirarla demasiado. Encariñarse con los recipientes derrotaba el propósito. Ya no eran personas una vez elegidos, solo vehículos para la transformación. Como tubos de ensayo o crisoles.

Tres periódicos diferentes esparcidos por el suelo, todos con la misma historia sobre Marcus. Palabras como «brutal» y «salvaje» aparecían constantemente. No lo entendían. No había nada de brutal en ello. Las medidas habían sido exactas, los símbolos precisos. Incluso el agujero: 91,44 centímetros de diámetro, 18,29 metros de profundidad. Números perfectos. Geometría sagrada.

El instrumental de laboratorio desentonaba junto a los textos antiguos. Cristal y acero moderno al lado de libros encuadernados en piel y gráficos dibujados a mano. Pero ese era el objetivo, ¿no? Combinar la sabiduría antigua con los métodos modernos. Los antiguos habrían matado por una báscula digital que midiera hasta el microgramo.

Era hora de concentrarse. La transformación del aire no era solo un proceso físico, también requería preparación mental. Los símbolos debían ser perfectos. El tiempo debía ser exacto. Un error y toda la Obra se vería comprometida.

No es que nadie más lo entendiese. Lo llamarían asesinato, porque es lo único que podrían comprender. Buscarían motivos, patrones psicológicos, traumas infantiles o ira reprimida. Jamás entenderían que la muerte era solo un efecto secundario. Un paso necesario en el proceso, como separar reactivos o filtrar precipitados.

Esto no se trataba de matar. Se trataba de transformación. De completar algo que había comenzado siglos atrás, cuando los primeros alquimistas se dieron cuenta de que los elementos no eran solo cosas físicas, sino estados del ser, fases de la existencia, peldaños en una escalera que llevaba a algún lugar mucho más allá.

Bueno. Mejor no pensar aún en la etapa final. Un elemento a la vez.

Entonces todo cobraría sentido.

CAPÍTULO QUINCE

Los símbolos antiguos no deberían doler al mirarlos, pero estos sí. Ella llevaba una hora observando la pizarra de la comisaría, y los cinco patrones habían empezado a hacer cosas extrañas en su visión periférica. Como si intentaran reordenarse cuando no les prestaba atención.

Al menos Edis estaba finalmente de su lado. La había llamado antes para ponerse al día, y Ella le había convencido de que estaban tratando con un caso en serie. Edis había aceptado su palabra y dijo que tramitaría el papeleo para convertirlo en una investigación oficial hoy, lo que significaba que los recursos de la Oficina estaban oficialmente a su disposición.

Había revisado catorce pestañas de investigación en su portátil, cada una llevándola por otro agujero de conejo. Había encontrado diseños similares en una docena de lugares: sellos babilónicos, cerámica griega, textos en sánscrito... pero nada exacto. Coincidencias cercanas que resultaron ser marcadores lingüísticos o signos astronómicos. Símbolos agrícolas. Iconos religiosos. Pero no estas configuraciones específicas.

Su teoría sobre los elementos parecía acertada, pero demostrarlo era como clavar humo en una pared.

—Esto es una locura —murmuró mientras volvía a su portátil y cambiaba a su decimoquinta pestaña. Un PDF oscuro de la Universidad Carolina de Praga le llamó la atención: algo sobre simbolismo proto-alquímico en manuscritos premedievales. La mayor parte estaba en checo, pero al menos los diagramas eran legibles.

—¿Qué es? —Luca levantó la vista de su propio agujero negro de investigación. Había estado intentando localizar una dirección para Felix Blackwood desde que regresaron del embalse, pero no estaba en el sistema. Sin antecedentes, sin carné de conducir, sin

declaraciones de impuestos. Así que estaban a merced de que Katherine Harper obtuviera su dirección de los registros de la NYU. Hasta ahora, no se había puesto en contacto con ellos.

Ella giró su portátil.

—Los símbolos alquímicos estándar son bastante fáciles de encontrar. El triángulo apuntando hacia arriba significaba fuego. El triángulo apuntando hacia abajo significaba agua. Cosas modernas, limpias y simples. Pero los que usa nuestro asesino son anteriores a todo eso.

—Sí —dijo Luca—, porque si hay algo que la alquimia antigua hace es... cambiar.

—Hablo en serio. Debo haber leído a toda velocidad unas cien páginas sobre esto.

Había empezado con textos históricos básicos, luego bases de datos universitarias, luego revistas académicas cada vez más oscuras. Ahora, estaba examinando manuscritos escaneados que no habían visto la luz del día desde que se inventó la imprenta. El latín le daba dolor de cabeza. El francés medieval era peor.

—Entonces, ¿qué solían ser?

—No lo sé. Para el Renacimiento, lo habían estandarizado todo en formas geométricas básicas. Pero antes de eso, era un caos. Cada alquimista tenía su propio sistema. Algunos usaban animales, otros planetas. Los textos realmente antiguos... —Sacó la imagen escaneada de un viejo libro de texto que había encontrado—. Mira esto. Manuscrito del siglo XI. ¿Ves cómo los símbolos están todos superpuestos? Múltiples formas combinadas en formas únicas.

Luca entrecerró los ojos mirando la pantalla.

—¿Como los de las escenas del crimen?

—Similares. Pero no exactos. —Esa era la parte frustrante. Había encontrado muchos símbolos que se parecían, pero ninguno que coincidiera perfectamente—. Es como si nuestro asesino hubiera tomado fórmulas antiguas y las hubiera modificado de alguna manera. Añadiendo su propio toque.

Hizo clic en más pestañas. Su historial de navegación parecía un sueño febril: Símbolos elementales antiguos. Alquimia pre-renacentista. Misticismo geométrico. Rituales de transformación. Química medieval.

—Esta es la parte rara —continuó—. La mayoría de los alquimistas intentaban convertir el plomo en oro, ¿verdad? Transformación básica de la materia. Pero algunos tenían ideas más grandes. Pensaban que podías transformar cualquier cosa si entendías su naturaleza elemental. Plantas, animales...

—¿Personas?

—Sí. Había teorías sobre el uso de los elementos para lograr la transformación física. No solo cambiar una sustancia por otra, sino realmente trascender la forma física. —Se frotó las sienes—. El objetivo final no era el oro, era alcanzar un estado superior del ser.

—¿A través del asesinato?

—A través del sacrificio. Que no es lo mismo, al menos no para los verdaderos creyentes. Y mira. —Resaltó texto de una tesis escaneada—. Los estudiosos ni siquiera se ponen de acuerdo sobre lo que significaban estos símbolos más antiguos. Algunos dicen que son marcadores elementales, otros dicen que son mapas dimensionales, otros piensan que son solo decorativos.

Luca entrecerró los ojos mirando la pantalla.

—¿Entonces cuál es?

—Ni idea. Pero alguien cree que lo sabe. —Cambió a las fotos de la escena del crimen en la cantera—. Estos no son símbolos ocultistas modernos copiados de alguna página web. Son específicos. Oscuros. Nuestro asesino tuvo que cavar hondo para encontrarlos.

Comenzó otra búsqueda, esta vez apuntando a repositorios académicos. La mayoría de las universidades digitalizaban sus tesis ahora, pero cualquier cosa anterior a 1990 era una apuesta. Además, necesitabas contraseñas, credenciales, acceso especializado.

Igual que los libros de la colección restringida de la NYU.

Lo meditó. El tipo se obsesiona con símbolos antiguos, se da cuenta de que la mayoría de los estudios serios siguen en papel, intenta obtener acceso por los cauces oficiales pero se lo deniegan, así que opta por entrar a la fuerza.

Luca debió de leerle el pensamiento, porque dijo:

—No hace falta que te calientes la cabeza con estas chorradas, Ell, porque en cuanto tengamos la dirección de Felix Blackwood no tendremos que volver a pensar en alquimia.

Ella dudaba que fuese tan sencillo, quizás era su lado escéptico el que hablaba.

—¿Aún no te ha enviado la decana la dirección de Felix por correo?

—No. He intentado llamarla hace cinco minutos, pero no ha contestado.

De vuelta a la investigación. Los símbolos parecían retorcerse en su pantalla, negándose a revelar un significado claro. Encontró referencias a diseños similares en la geometría pitagórica, en mandalas védicos, en grabados celtas en piedra. En todas partes y en ninguna, como ecos de algún patrón original que nadie recordaba con exactitud.

Ross apareció en la puerta, con pinta de estar hecho polvo. Dejó unos archivos en el escritorio de Ella.

—La forense está lista. Ahí tienes sus datos.

—¿Aún nada de la decana?

—Por mi parte no. ¿Quieres que la persiga?

—Por favor. O saca la dirección de Felix de tu sistema local, si está ahí. No tenemos nada en los federales —Ella cogió su chaqueta. Tal vez la forense pudiera decirles algo que no supieran ya. Algo que les ayudara a confirmar la culpabilidad de Felix Blackwood si alguna vez encontraban la dichosa dirección del tipo.

Lo único que sabía era que, fuera quien fuese este asesino, no había terminado. Tres elementos más significaban al menos tres víctimas más.

—¿Vienes, Hawkins?

Luca se puso de pie de un salto.

—No, es solo la forma en que estoy sentado. ¿Estás segura de que quieres ver a la forense ahora? ¿Cuando estamos cerca de encontrar a Blackwood?

—Sí. No puedo seguir aquí sentada mirando símbolos.

—Te mandaré un mensaje en cuanto tenga la ubicación de Blackwood, ¿vale?

—Sí, hazlo —Ella echó un último vistazo a los símbolos. Cinco patrones, ninguna respuesta. Encontrarían a Felix Blackwood tarde o temprano, pero algo le decía que eso no sería el final. Ni mucho menos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

La Oficina del Médico Forense de Manhattan parecía exactamente lo que era: un edificio diseñado para almacenar a los muertos. Ella estaba sentada en la zona de recepción observando a Luca marcar el ritmo de "Another One Bites The Dust" con los dedos sobre sus muslos. Hubo un tiempo en que sus interludios musicales le parecían entrañables. Ahora quería romperle los dedos.

—¿Vas a estar así todo el día?

—¿Así cómo?

—Dando golpecitos.

La sala de espera olía a limpiador industrial y a algo más que ninguna cantidad de lejía podía enmascarar. Revistas antiguas cubrían la mesa de café, ejemplares de National Geographic de cuando la gente aún pensaba que el efecto 2000 acabaría con la civilización.

—Ah, perdona —dijo Luca, y pasó a tararear Sweet Caroline.

—Eso no es mejor.

—Bueno, ¿qué quieres que haga? Tararear me ayuda a pensar.

—¿Sobre qué? ¿Los Red Sox? —Ella había recibido recientemente un curso intensivo sobre NASCAR y béisbol, pero todo lo que había aprendido sobre ellos había sido en contra de su voluntad.

—Sobre lo que vamos a ver —Sus piernas empezaron a temblar. Otro tic nervioso que había pasado de ser adorable a criminal—. Dos cuerpos. Ambos asesinados de formas completamente diferentes. Ambos conectados por símbolos más antiguos que América.

Ella tuvo que admirar cómo funcionaba su mente, aunque quisiera pegarle las manos a la silla con cinta adhesiva.

—Te lo estás tomando bastante bien.

—¿Tú crees? Ya sabes por qué estoy nervioso.

—¿Porque odias ver cadáveres?

—No. Porque odio las morgues —Por fin dejó de temblar—. Tú también.

No se equivocaba. Ella se había acostumbrado a las morgues con los años, pero eso no significaba que tuviera que gustarle. Las luces fluorescentes que hacían que todo pareciera un mal programa de televisión. El zumbido de las unidades de refrigeración que impedían que la carne volviera a la tierra demasiado rápido. La forma en que el sonido parecía morir en estos pasillos, como si los muertos absorbieran el ruido junto con el calor.

El teléfono de la recepcionista sonó. Tenía unos ochenta años, con gafas de ojo de gato y suficiente colorete como para abastecer a un circo. Su placa decía "Gladys" y tenía fotos de doce gatos alrededor de su monitor.

—¿Agentes? La doctora Zhao les atenderá ahora. Sala 3.

Ella asintió en señal de agradecimiento y se dirigió por un pasillo que parecía diseñado para incomodar a la gente. Sin cuadros en las paredes, sin plantas, nada que te recordara que existía vida fuera de estos pasillos. Ella y Luca encontraron el par de puertas dobles de acero marcadas como SALA DE AUTOPSIA 3 y llamaron dos veces. Una voz amortiguada les invitó a pasar.

La doctora Zhao resultó ser una mexicana menuda que parecía tener unos doce años hasta que te fijabas en las arrugas alrededor de sus ojos. Llevaba un pijama quirúrgico morado bajo su bata de laboratorio y tenía mechones teñidos de azul eléctrico en su pelo negro. Dos mesas de examen dominaban la sala, ambas ocupadas por formas cubiertas con sábanas que intentaban con mucho ahínco no parecer cuerpos.

—¿Agentes Dark y Hawkins? Disculpad la espera. Los recortes presupuestarios nos obligan a trabajar con el personal mínimo —Se dio cuenta de lo que había dicho—. Mala elección de palabras.

—No pasa nada —La profesión médica siempre tenía el sentido del humor más extraño—. ¿Por dónde nos sugiere que empecemos?

—Las damas primero —La doctora Zhao se acercó a la primera mesa—. Aunque recomendaría empezar por el señor Thornton. Lleva más tiempo con nosotros.

—De acuerdo. ¿Qué tenemos?

La sábana se retiró con un susurro de tela sobre carne. Marcus Thornton yacía exactamente como la naturaleza lo había dispuesto, menos algunas dignidades básicas como los latidos del corazón. Cuatro días de muerte habían comenzado su trabajo, pero la refrigeración había ralentizado el proceso. Su piel había adquirido ese tono grisáceo específico que significaba que la sangre se había asentado, arrastrada por la misma gravedad que lo había matado.

La doctora Zhao cogió un puntero metálico de una bandeja cercana.

—El trauma principal está aquí —Señaló sus piernas—. Fracturas compuestas bilaterales de ambas tibias y peronés. Basándome en los patrones de rotura, diría que aterrizó de pie.

—¿Consciente? —preguntó Ella.

Movió el puntero hacia arriba.

—Casi con toda seguridad. Impacto secundario aquí. La fuerza se transmitió a través de sus piernas hasta la cavidad torácica. Hemorragia interna masiva, especialmente alrededor del hígado y el bazo.

Ella miró a Luca. Su cara se había puesto un poco más pálida.

—¿Cuánto tiempo...?

—¿Vivió? Ocho o diez minutos como máximo. La hemorragia interna le habría provocado un shock hipovolémico en cinco minutos. Después de eso, la muerte cerebral era inevitable debido a la pérdida de presión sanguínea. Lo llamamos síndrome de shock traumático: cuando el cuerpo sufre lesiones tan graves que el sistema cardiovascular simplemente se rinde.

Ella estudió el rostro de Marcus. Incluso en la muerte, parecía que intentaba mantener la dignidad.

—¿Alguna herida defensiva? ¿Signos de lucha?

—Ninguno que haya podido encontrar. Solo un hombre que cayó desde gran altura.

Ella hizo una mueca ante la idea. Había visto algunas causas de muerte horribles a lo largo de los años, pero rara vez eran tan simples como un hombre cayendo sobre una roca.

—¿Qué hay de la segunda víctima?

El Dr. Zhao volvió a cubrir a Marcus y se dirigió a la otra mesa. Al retirar la sábana que cubría a Sarah Chen, quedó al descubierto lo que varios días en el agua del embalse podían hacer con la carne humana. La piel había empezado a adquirir ese aspecto hinchado tan característico que el agua daba a sus víctimas. Sin embargo, su rostro estaba casi intacto, lo que de alguna manera lo hacía aún peor. Como si en cualquier momento pudiera abrir los ojos y preguntar a qué venía tanto alboroto.

—La causa de la muerte es bastante clara —dijo el Dr. Zhao señalando la cavidad torácica—. Secuencia clásica de ahogamiento. La víctima inhala agua, lo que provoca un laringoespasmo, es decir, cuando las cuerdas vocales se cierran de golpe para evitar que entre más agua en los pulmones. Finalmente, la falta de oxígeno las obliga a relajarse, permitiendo la entrada de agua. Podemos confirmarlo por la presencia de diatomeas en el tejido pulmonar.

—¿Diatomeas? —preguntó Luca.

—Algas microscópicas. Cada masa de agua tiene especies diferentes. Nos ayuda a confirmar si se trata de un ahogamiento o de la eliminación de un cadáver —explicó mientras mostraba una imagen en una pantalla cercana—. ¿Veis estas? Son específicas del embalse de Kensico. Significa que estaba viva cuando entró en el agua.

Ella frunció el ceño. —¿No hay marcas de ligaduras? ¿Nada que sugiera que estuviera inmovilizada?

—Nada evidente.

—¿Y pesos? ¿Algo para mantenerla sumergida?

—Si los hubo, fueron retirados después de la muerte. Aunque ahogar a alguien sin ataduras no es imposible. Si la llevas a aguas lo suficientemente profundas, la desorientas de alguna manera...

—O la drogas —concluyó Ella.

—Exacto. Aún estamos esperando los resultados completos de toxicología, pero las pruebas preliminares muestran rastros de algo en su organismo. No sabremos qué es hasta que el laboratorio termine su trabajo.

—¿Y el momento de la muerte?

—Es difícil precisarlo por los elementos. Pero entre hace 24 y 48 horas.

Es difícil precisarlo por los elementos. Ella no podía estar más de acuerdo. —Así que apenas un día o dos después de Marcus. Nuestro desconocido está actuando rápido.

El móvil de Ella vibró. Un mensaje de Ross iluminó su pantalla. Tengo la dirección de Blackwood. 442 Old Mill Road, Bedford Hills. Una especie de granja.

El pulso de Ella se aceleró. Por fin algo concreto. Le mostró el mensaje a Luca, cuyo rostro se endureció hasta convertirse en algo que no parecía él en absoluto.

—Tenemos que irnos —dijo volviéndose hacia el Dr. Zhao—. Gracias por su tiempo. ¿Puede enviarme todo lo que tenga?

—Ya estoy redactando el informe. Debería recibir los resultados de toxicología mañana.

Ella agradeció de nuevo al Dr. Zhao y salió al pasillo. El olor a antiséptico les siguió hasta fuera, pegándose a su ropa como el humo de cigarrillo en un bar de mala muerte.

—Una granja —dijo Ella cuando estuvieron bien lejos de la sala de autopsias—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Los animales muertos de los que nos habló Ross —el rostro de Luca había recuperado algo de color, pero no mucho—. El carnero que no pudieron rastrear.

—Exacto. ¿Cuáles son las probabilidades de que nuestro principal sospechoso viva en una granja y que un pobre carnero acabe tallado con los mismos símbolos que encontramos en ambas escenas del crimen?

—El tipo de probabilidades por las que apostaría. ¿Llamamos a refuerzos?

—Ya le estoy enviando un mensaje a Ross. Pero llegarán como mínimo 20 minutos después que nosotros —Ella se apresuró por el pasillo y salió a la débil luz del sol de noviembre. Después del frío artificial de la morgue, hasta el otoño de Nueva York parecía tropical —. No vamos a esperar. Si Blackwood está allí, podría huir. Si no está...

—Podría estar eligiendo a su próxima víctima.

Se dirigieron apresuradamente hacia el coche de Ella. Cada segundo parecía precioso ahora, porque alguien ahí fuera estaba coleccionando elementos en forma humana, y puede que acabaran de encontrar su laboratorio.

CAPÍTULO DIECISIETE

Los caminos se estrechaban a medida que se alejaban de la ciudad. Cuatro carriles se convertían en dos, el asfalto se desmoronaba en grava, y las señales de tráfico escaseaban hasta desaparecer por completo. Ella volvió a mirar su móvil: seguía sin cobertura. La tecnología tenía la costumbre de abandonarte cuando más la necesitabas.

El Camino del Viejo Molino se extendía ante ellos. El GPS seguía fallando, alternando entre "recalculando" y un abismo vacío de incertidumbre digital. Tenía que confiar en la navegación a la antigua usanza: puntos de referencia, números de buzones y puro instinto.

—En un sitio así, hasta Dios necesita un mapa —dijo Luca. Llevaba los últimos diez minutos masticando metódicamente un chicle. Su habitual energía frenética se había reducido al movimiento constante de su mandíbula.

A través de los huecos entre los árboles desnudos de otoño, equipos agrícolas abandonados se oxidaban en campos olvidados. La naturaleza había empezado a reclamar lo que el hombre había dejado atrás; la hierba silvestre crecía a través de los bloques de motor y las enredaderas estrangulaban los viejos postes de las vallas. Cuanto más se adentraban en el campo, más sentía Ella esa familiar tensión eléctrica acumulándose en la base de su cráneo: la sensación que siempre precedía a que las cosas se torcieran.

Una oxidada verja para el ganado marcaba la entrada del número 442. El nombre "GRANJA VIEJO ACRE" había sido soldado en letras que quizás fueron artísticas alguna vez, antes de que el óxido y el clima hicieran mella. Más allá, un camino de tierra desaparecía en un pasillo de árboles sin hojas.

Ella apagó el motor.

Este era el lugar.

—Momento de la verdad —dijo Luca.

Ella no respondió. Su mente estaba procesando la escena, descomponiéndola tal como Ripley le había enseñado. Cincuenta hectáreas de aislamiento. Tres caminos de acceso, todos visibles desde la casa principal. Líneas de visión perfectas en todas las direcciones. El tipo de lugar donde alguien podría hacer lo que quisiera y nadie se enteraría jamás.

—¿Listo? —preguntó.

Él no respondió. Su mano derecha recorrió inconscientemente su antebrazo izquierdo, donde los vendajes aún ocultaban lo peor de las quemaduras. Luego apretó las manos sobre sus rodillas. —La muerte no espera a nadie.

Ahora Ella lo entendió. La última vez que se habían acercado a un edificio de granja como este, ambos casi mueren. El Espantapájaros les había estado esperando con gasolina, cerillas y un rencor contra el mundo. Las cicatrices en los brazos de Luca eran solo el daño visible. Ella sabía que el resto iba más profundo.

—No tenemos que hacer esto —dijo ella—. Ross está a diez, veinte minutos.

—Sí, tenemos que hacerlo. Solo... dame un minuto.

Ella observó cómo libraba su guerra privada. Lo entendía mejor que nadie. Sus propias piernas aún llevaban el mapa de las llamas de aquella noche, pero había una diferencia entre entender y ayudar, y en este momento no estaba segura de qué necesitaba más Luca.

—Esto no es Oregón —dijo ella—. Caso diferente. Granja diferente.

—La misma mierda, diferente estado. Aún huelo a humo.

Ella había leído suficientes estudios sobre trauma como para llenar una biblioteca, pero nada en esas páginas te preparaba para ver a tu compañero luchar contra demonios con rostros familiares. Esperó, dejando que él procesara lo que fuera que estuviera pasando por su mente. Su mano encontró su hombro, luego se deslizó por su brazo. Luca se estremeció ligeramente ante el

contacto, y el estómago de Ella se retorció. ¿Desde cuándo necesitaba una excusa como un trauma por quemaduras para tocar a su propio novio?

Dijo: —Tú quédate atrás. Entraré sola.

Eso lo hizo reaccionar. Luca parpadeó, luego sacudió la cabeza como si estuviera despejando telarañas. —Ni hablar. Somos un equipo.

Ella puso una mano en su hombro. —Una ronda de reconocimiento. Felix no es el Espantapájaros. Es un chico de 21 años confundido.

Luca abrió la puerta. —Todos fuimos chicos de 21 años confundidos alguna vez. Vamos.

Ella siguió a Luca fuera, pero lo mantuvo vigilado. Dejar el trauma a un lado era la columna vertebral de este trabajo, pero Luca llevaba menos de cinco meses en el campo. Ripley le dijo una vez que el trauma era como la mantequilla: solo digerible si se extiende fino. Fuera, el frío de noviembre la golpeó con fuerza. Un generador zumbaba en algún lugar fuera de la vista. El sonido se llevaba con el viento, haciendo imposible localizarlo. Las granjas viejas nunca estaban realmente en silencio: siempre había algo funcionando, rompiéndose, muriendo.

Contó las estructuras mientras caminaban. Tres graneros dispuestos en un triángulo irregular alrededor de la casa principal. Cortinas en las ventanas. Antena parabólica en el tejado. Una vieja camioneta Ford aparcada delante como si estuviera montando guardia. Había un gallinero inclinado hacia un lado como un borracho cansado y lo que parecían cobertizos para equipos dispersos entre medias. Demasiados lugares para esconderse. Demasiados ángulos que cubrir.

—¿Cuántos edificios cuentas? —preguntó.

—Cuatro.

Un movimiento captó su atención. Segundo piso, ventana este. Solo un movimiento de cortina, pero suficiente. Alguien sabía que

estaban allí.

—¿Has visto eso?

—Sí —Luca desenfundó su arma y comprobó el cargador—. Adiós al factor sorpresa.

Avanzaron con cautela por el patio hacia la granja. Los aperos de labranza yacían donde habían quedado abandonados: una cosechadora desdentada, algo que podría haber sido una empacadora y varios artilugios que Ella no supo identificar. Toda la escena parecía extraña, como una de esas imágenes donde nada encaja del todo. De repente, una puerta se cerró de golpe en algún lugar de la parte trasera, pero Ella no pudo determinar la ubicación exacta. Su pulso se aceleró cuando la adrenalina invadió su cuerpo.

—¿Policía? —resonó una voz áspera. Ella se giró. Un hombre estaba de pie en la entrada del granero más cercano: sesenta y tantos años, corpulento como si levantara fardos de heno por diversión. Su mono probablemente había sido azul alguna vez, antes de que el sol y el trabajo lo decoloraran a gris.

Ella mostró su placa.

—Agente Especial Dark. Este es el Agente Especial Hawkins. Estamos buscando a Felix Blackwood.

El hombre se acercó y se apoyó contra su furgoneta. Su rostro se endureció como si estuviera tallado en roble viejo.

—¿Mi chico? ¿Qué ha hecho ahora?

—¿Es su hijo?

—Sí, lo es. ¿Por qué?

—Solo necesitamos hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre qué? —Los ojos del anciano recorrieron sus placas. Su mano nunca dejó la compuerta de la furgoneta. Ella había entrevistado a suficientes granjeros para saber que probablemente había una escopeta montada en la ventana trasera. Legal en estas zonas, pero eso no haría los agujeros más pequeños.

Ella cambió el peso de su cuerpo. Las quemaduras le gustaban recordarle que existían cada vez que se quedaba quieta demasiado tiempo.

—Eso es asunto nuestro. ¿Está en casa, señor Blackwood?

Los ojos del anciano se entrecerraron. Años de lidiar con impuestos sobre la propiedad y préstamos bancarios le habían enseñado que la autoridad nunca traía buenas noticias. Plantó los pies como si se estuviera preparando para un largo asedio.

—Todo en esta granja es asunto mío. Incluido mi hijo.

Ella observó las manos del padre: nudillos gruesos, marcadas por décadas de trabajo manual. El tipo de manos que podían romper huesos sin pretenderlo. Pero había algo más en su postura. Una tensión que iba más allá de la simple protección de un propietario de granja.

Tenía miedo.

—Señor Blackwood, cuanto antes hablemos con Felix, antes...

Pero entonces sintió un toque en su hombro. Las palabras murieron en su garganta. Ella miró a Luca y luego siguió su mirada hacia la granja. Allí, apenas visible en la sombra de un porche destartalado, estaba de pie un joven. Parecía que un viento fuerte podría derribarlo. Ropa negra, pelo negro cayendo sobre sus ojos, piel que nunca había visto la luz del sol.

—¿Felix Blackwood?

Su cabeza se levantó de golpe al oír su nombre. Sus miradas se cruzaron a través de treinta metros de barro y hierba muerta. No parecía en absoluto un asesino. Pero, claro, rara vez lo parecían.

Durante unos segundos, nadie se movió. El viento cesó. El zumbido del generador se desvaneció hasta desaparecer. El tiempo se estiró como vidrio caliente, listo para romperse. Los ojos de Felix se movieron entre Ella y Luca, asimilando sus placas, su postura, todo el paquete federal.

Entonces algo cambió en su expresión, ese cambio de microsegundos que Ella había visto cientos de veces antes. El momento en que la huida ganaba a la lucha. Activó todas sus alarmas.

Y entonces Felix salió corriendo.

—¡FBI! ¡Alto!

CAPÍTULO DIECIOCHO

Tessa Webster creía en tres cosas: la vida era demasiado corta para tomar un mal café, Nueva York se veía mejor desde trescientos metros de altura, y cualquiera que dijera que no tenía miedo en su primer vuelo en globo era un mentiroso. Veinte años pilotando le habían enseñado eso.

—Segundo vuelo del día —dijo. Dio otro sorbo a su taza de viaje y miró el reloj. Las dos de la tarde. Condiciones perfectas: el viento de noviembre se había asentado en ese punto justo entre demasiado y no suficiente. Su grupo de la mañana había sido una familia de cuatro de Minnesota. Ahora, solo eran ella y un pasajero—. No hay nada como un ascenso por la tarde.

La chica estaba junto a la cesta con un móvil de lujo en la mano. Lo miraba como si contuviera los secretos del universo. Los jóvenes de hoy en día no sabían cómo estar presentes. Siempre con un ojo en sus pantallas, como si pudieran perderse algún meme trascendental si apartaban la vista durante más de cinco segundos. La chica se presentó como Hermes, lo que hizo que Tessa arqueara una ceja.

—¿Como el dios griego? —había preguntado.

—Nombre de familia —dijo la chica, quizás de veintidós o veintitrés años, que llevaba un equipo de senderismo caro que nunca había visto un sendero—. Mis padres eran... peculiares.

Ahora, Tessa preguntó:

—¿Primera vez que vuelas? —Tessa se aseguró de que su sonrisa fuera extra tranquilizadora. Los pasajeros nerviosos eran parte del trabajo. Su título no oficial era domadora jefa de ansiedades.

—Primera vez en globo. He estado en aviones antes —Hermes arrastró los pies, dibujando patrones en la tierra con su zapatilla. Algún símbolo ilegible, allí y desaparecido—. ¿Es realmente seguro?

Tessa se rió.

—La forma más segura de volar, estadísticamente hablando. Sin alas que se paren, sin motores que fallen. Solo aire caliente a la antigua usanza —Dio una palmadita cariñosa al quemador—. Aunque siempre digo que si Dios hubiera querido que voláramos, nos habría dado alas.

Eso le valió un atisbo de sonrisa.

—Pensaba que el dicho era: si Dios hubiera querido que voláramos, no habría inventado los aviones.

Chica lista.

—Cada uno lo ve a su manera —Tessa señaló el globo que se alzaba sobre ellas, un despliegue de nailon rojo y amarillo lo suficientemente grande como para tragarse una casa—. ¿Lista para repasar las medidas de seguridad?

Hermes asintió y guardó su móvil. Progreso.

—Muy bien —Tessa cambió al modo instructora—. ¿Ves ese tanque de propano? Lo usamos para calentar el aire dentro de la envoltura, que es la parte del globo. El aire caliente sube porque es menos denso que el aire frío que lo rodea. Física básica. Mete suficiente aire caliente ahí dentro y subimos.

—¿Así de simple?

—Así de simple. Aunque hay un poco más —Tessa se acercó a la cesta. El mimbre crujió bajo su mano—. Primero, hacemos nuestras comprobaciones previas al vuelo. Todo tiene que estar perfecto allá arriba porque el mecánico más cercano está a unos mil quinientos metros abajo.

Tessa repasó la lista de verificación con Hermes. Primero la inspección de la envoltura: comprobar si la tela tenía desgarros o puntos débiles. Luego la corona donde se conectaban todas las

líneas de carga. Después los cables de vuelo. El sistema del quemador recibió especial atención porque, como a Tessa le gustaba decir a sus pasajeros, el fuego era un gran sirviente pero un terrible amo.

—Estas son las válvulas de ráfaga —Indicó los accesorios de latón—. Controlan cuánto propano llega al quemador. Demasiado poco y nos hundimos. Demasiado y subimos más rápido de lo que a tu estómago le pueda gustar.

Hermes asintió, pero su atención seguía desviándose hacia su móvil. Tessa reconoció esa particular tensión de distracción. Algún drama desarrollándose en el mundo digital, probablemente. Amor joven o caos en las redes sociales o lo que fuera que consumiera a la generación más joven hoy en día.

—Aquí está el indicador de temperatura —Tessa tocó el panel de instrumentos—. Altímetro. Variómetro para medir las tasas de ascenso y descenso. La navegación es principalmente visual, pero mantenemos el GPS como respaldo. Recuerda siempre: volar es como el embarazo. Siempre hay que tener un Plan B.

Eso normalmente provocaba una risa. Hoy fue una excepción. Tessa supuso que el sentido del humor en la familia de Hermes se había saltado una generación.

—Solo necesito revisar las líneas de combustible una vez más —Tessa dejó su café dentro de la cesta—. Vuelvo en un momento.

Hermes logró esbozar otra sonrisa fantasmal. Se descongelaría una vez que estuvieran en el aire. La mayoría de los pasajeros lo hacían. Es difícil permanecer taciturno con el mundo desplegándose debajo como un edredón de retazos.

Rodeó la cesta donde los depósitos de combustible de reserva descansaban en sus soportes. Todo parecía estar bien, pero no te mantenías vivo en este negocio dando las cosas por sentadas. Comprobó cada conexión, revisó los manómetros, verificó el mecanismo de liberación de emergencia. El reflejo del depósito le devolvió su propio rostro: piel curtida por el viento, cabello recogido

en una trenza práctica, ojos que habían visto demasiados amaneceres para contarlos.

Tiró con destreza de cada conexión, buscando cualquier holgura o movimiento. Nada se movió que no debiera. Un punto más a favor del mantenimiento rutinario.

—¿Casi lista, vieja amiga? —El globo no respondió. Nunca lo hacían. Esa era en parte la razón por la que Tessa pasaba sus días en uno.

Se dirigió de vuelta hacia la cesta, ya imaginando el lento ascenso, el planeo silencioso sobre las copas de los árboles y los campos de cultivo. No importaba cuántas veces volara, esa emoción del despegue nunca se desvanecía. Como un puño que se afloja dentro de su pecho.

Pero algo no cuadraba.

Hermes no estaba revoloteando cerca de la cesta donde Tessa la había dejado. Caminaba en círculos cerrados, con el teléfono pegado a la oreja. La mano que no sostenía el móvil estaba cerrada en un puño dentro del bolsillo de su sudadera.

Tessa frunció el ceño. No era el momento para charlar con el novio o para cualquier drama de TikTok que estuviera circulando por ahí hoy.

Se aclaró la garganta mientras se acercaba.

—¿Va todo bien?

Hermes se dio la vuelta tan rápido que su coleta se agitó. Sus ojos estaban abiertos de par en par y vidriosos, como si no estuviera viendo realmente lo que tenía delante.

—Sí... no... —Sacudió la cabeza como para aclararse—. Lo siento, es que...

Su teléfono volvió a vibrar, insistente. Hermes lo miró y luego volvió a mirar a Tessa. Su boca se movía, pero no salían palabras.

Tessa suavizó su tono. La chica parecía asustada de repente, más allá de los nervios habituales antes de volar.

—Oye, si te lo estás pensando mejor, no pasa nada. Le ocurre hasta a los mejores —intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora—. Siempre podemos reprogramarlo. Se supone que el tiempo estará perfecto toda la semana.

Hermes se limitó a mirarla fijamente, y luego un único sollozo estremecedor escapó de sus labios. El corazón de Tessa dio un vuelco. Tal vez esta pobre chica tenía un miedo terrible a las alturas. Después de un largo momento que pareció una hora, Hermes encontró su voz.

—Mi tío... lo han encontrado en un agujero. En una cantera a las afueras de la ciudad.

Un escalofrío recorrió la espalda de Tessa. Conocía el caso. Era difícil no hacerlo, con la forma en que las noticias lo habían estado voceando sin parar. Profesor local encontrado muerto en circunstancias misteriosas. Un asunto bastante turbio. El tipo de cosas que lees que le ocurren a otras personas en otros lugares. No aquí. No a alguien que conocías.

Se humedeció los labios mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Lo siento mucho. ¿Erais cercanos?

—Sí. Lo veía todo el tiempo. Ahora está... muerto.

Muerto. Una palabra tan simple para algo tan grande y feo.

Tessa asintió lentamente. Sabía una cosa o dos sobre pérdidas repentinas. Le sorprendía que aún pudiera hacer su broma sobre el embarazo después de todo lo que había pasado.

—¿Necesitas estar con tu familia ahora? Puedo avisar por radio a la oficina, que alguien te lleve a casa.

Hermes volvió a sacudir la cabeza, su coleta agitándose.

—La casa de mi madre está aquí al lado. Puedo ir andando.

—¿Estás segura? —Tessa no podía imaginar estar sola después de una noticia así. La muerte por causas naturales era una cosa. Caerse sobre unas rocas era otra. Pero el dolor tenía diferentes

caras, supuso. ¿Quién era ella para decirle a esta chica cómo llevar la suya?

—Sí —Hermes se frotó los ojos con el dorso de una mano enguantada—. Tú deberías volar igualmente. No dejes que yo también te fastidie el día.

El instinto de Tessa fue protestar. Insistir en llevar ella misma a la chica a casa, o al menos llamarle un taxi. Pero algo en la expresión de Hermes la detuvo. Una especie de determinación frágil, como si pudiera romperse por completo si la presionaban demasiado.

Así que simplemente asintió.

—Si estás segura. Necesito sacar a la vieja al aire. Tengo que volar al menos diez horas a la semana para mantener mi licencia de piloto.

Era una mentira piadosa pero necesaria. El globo sí necesitaba volar - tenía que llevarlo a un festival a tres provincias de distancia antes del anochecer. Pero Hermes no necesitaba saber los detalles. Era mejor dejarla creer que le estaba haciendo un favor a Tessa.

La chica logró esbozar una sonrisa temblorosa.

—Gracias. Por entenderlo.

—Por supuesto —Tessa luchó contra el impulso de abrazarla. Mantuvo la distancia, respetando el claro deseo de espacio—. Cuídate, ¿vale? Y si alguna vez quieres reprogramar ese vuelo, solo tienes que llamar a la oficina. Corre por cuenta de la casa.

—Lo haré. Gracias de nuevo.

Y con eso, Hermes se alejó a zancadas por el campo con los hombros encogidos como si intentara plegarse sobre sí misma. Tessa la observó hasta que desapareció tras una colina, sintiéndose como si acabara de presenciar un accidente de coche a cámara lenta. Había una razón por la que prefería volar a conducir.

Con un suspiro, se volvió hacia el globo. El espectáculo debe continuar y todo eso. Avisaría a la oficina una vez que estuviera en

el aire para informarles de la situación. Tal vez podrían darle a la chica un vale para un vuelo gratis más adelante. Un poco de buena suerte nunca viene mal.

Se subió a la cesta y comenzó las comprobaciones finales de vuelo. Indicador de combustible, comprobado. Altímetro, comprobado. GPS y radio, doblemente comprobados. Repasó la secuencia de forma automática.

Hora de volar. Tessa supuso que solo serían ella y su termo de café durante las próximas dos horas.

Había peores formas de pasar una tarde de miércoles, pensó, pero Tessa sabía que estaría dándole vueltas a lo ocurrido con esa pobre chica durante todo el vuelo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Felix parecía que un viento fuerte lo tumbaría, pero corría como alma que lleva el diablo. Se escabulló entre dos silos oxidados y desapareció detrás del granero principal. A su espalda, escuchó a Luca diciéndole al padre que se quedara quieto, seguido de un lenguaje que sugería que el viejo no estaba haciendo caso.

—Quédate ahí —le gritó a Luca—. Voy tras él.

No le dio a Luca la oportunidad de responder, pero vio de reojo cómo apuntaba con su arma al padre de Felix. Eso bastaba por ahora, así que se apresuró en persecución de Felix, tratando de predecir sus movimientos. Las quemaduras en sus piernas le enviaban punzadas de dolor por la columna con cada zancada, pero el dolor disminuyó cuando vislumbró a Felix intentando trepar una valla detrás del granero.

—¡Felix! ¡Quieto!

El sospechoso abandonó el intento, se bajó de la valla y huyó de nuevo. Ella aceleró en su persecución y descubrió que el barro quería quedarse con sus botas. Cada paso se sentía como correr por cemento húmedo. Felix se dirigió en línea recta hacia una pila de contenedores de pienso vacíos y los saltó con la gracia de alguien que lo había hecho antes. Ella llegó al mismo punto y se impulsó sobre los contenedores. Seis metros entre ellos. Cuatro. Entonces su bota resbaló en un charco de barro y el mundo se inclinó. Se apoyó contra un tractor antiguo y usó el impulso para lanzarse en una carrera más rápida.

—¡Última oportunidad, Felix! ¡Detente!

Podría acabar con esto ahora. Su mano rozó su arma, pero apartó el pensamiento. Demasiadas variables: edificios llenos de quién sabe qué y el riesgo omnipresente de un rebote en este

laberinto de metal y madera. Además, los muertos no cuentan historias sobre profesores muertos.

Él llegó a la puerta del granero y se sumergió en la oscuridad. Ella se detuvo en seco en la entrada. El olor la golpeó primero: heno, caballo y un siglo de vida en la granja comprimido en un puñetazo a los senos nasales. La débil luz del sol se filtraba por las grietas del techo. Motas de polvo bailaban en los rayos como estrellas descarriadas.

Movimiento arriba. Felix trepaba por una escalera hacia el pajar.

—¡FBI! No me hagas...

Una bala de heno se estrelló donde ella estaba. Se lanzó de lado y rodó detrás de una pila de cajas. Más balas siguieron, los golpes resonando por el granero como fuego de artillería. Si Felix no era su hombre —y tenía la corazonada de que lo era, porque la gente inocente no huye— lo tenía por agresión a un agente federal.

Buscó otra forma de subir. Las vigas de soporte del granero se entrecruzaban en lo alto como un gimnasio del infierno. Vio una escalera atornillada a una viga de soporte.

—Si no bajas, voy a subir.

La respuesta de Felix llegó en forma de otro misil de heno. Ella eligió su momento y corrió hacia la escalera. Subió, ignorando las protestas de sus piernas. Las quemaduras no se lo agradecerían mañana, pero ese era un problema para el futuro. En la cima, se izó sobre una viga mientras Felix desaparecía por la puerta del pajar.

La altura le dio una nueva perspectiva. El nivel superior del granero formaba un retorcido laberinto de madera y acero. Más pasarelas conectaban con los silos de grano contiguos. Maquinaria oxidada colgaba de cadenas como instrumentos de tortura medievales. Felix se deslizaba por todo ello con la facilidad de la práctica hasta que llegó a un cruce donde se encontraban tres pasarelas. Giró a la izquierda, pero Ella ya había leído sus movimientos. Cruzó por una viga paralela y cayó sobre su pasarela. Toda la estructura se balanceó. Diez metros de aire vacío esperaban

abajo. Un mal paso y sería noticia como la agente del FBI que murió luchando contra la gravedad.

Felix miró por encima del hombro y vio su oportunidad. Se giró y cargó directamente contra ella.

—Hijo de...

Su hombro la golpeó en las costillas. El dolor explotó en su pecho. Ella se tambaleó pero agarró su sudadera. Forcejearon en la estrecha pasarela, y toda la estructura se balanceaba con cada movimiento. Felix la golpeó en la cara, pero Ella lo bloqueó. Intentó girarlo para inmovilizarle el brazo, pero él se zafó. Sus piernas gritaban mientras cambiaba su peso. Él apuntó una patada a su rodilla. Ella se retorció para esquivarla, pero el movimiento la desequilibró. Su espalda golpeó la cuerda guía. Por un horrible segundo, se sintió inclinándose hacia el vacío.

Felix vio su oportunidad. Se lanzó hacia adelante para rematar el trabajo. Su puño pasó rozando su cabeza lo suficientemente cerca como para alborotarle el pelo. Hora de aficionados. El entrenamiento del Bureau entró en acción, y Ella atrapó su brazo extendido. Pero en lugar de seguir adelante, Felix se retorció y rompió su agarre.

No tan aficionado después de todo.

Felix rebotaba sobre las puntas de sus pies, joven, estúpido y convencido de su propia inmortalidad. Dos años derribando asesinos le habían enseñado a Ella algo mejor. Mantuvo su postura baja. Que viniera a por ella.

Él atacó. Esta vez, con la izquierda. Una finta. Su gancho de derecha siguió, pero ella había visto esa combinación en cientos de peleas en el gimnasio. Bloqueó el gancho y contraatacó con un golpe de palma en el esternón. El impacto le hizo retroceder tres pasos.

—¿Eso es todo lo que tienes? —dijo él. La sangre le corría de la nariz a la camisa negra—. Mi hermana pega más fuerte.

¿Hermana? Ella guardó ese detalle para más tarde. Felix volvió a arremeter contra ella. Energía bruta contra experiencia. Él tenía juventud y alcance, pero ella había luchado contra hombres más

grandes en espacios más reducidos. Esquivó sus puñetazos y esperó su momento.

Ahí. Felix se extendió demasiado en un cruce de derecha. Ella le clavó la rodilla en el estómago. El aire salió expulsado de sus pulmones. Le siguió con un codazo en la base del cráneo, no lo suficiente para matarlo, pero sí para aturdirlo, quizás dejándole una conmoción cerebral que podría hacerle soltar la lengua más tarde.

Felix se tambaleó. La pasarela se balanceó. Intentó un placaje desesperado, pero sus piernas le fallaron. Ella se apartó y le agarró del brazo. Todo su impulso se volvió contra él. Física básica con un toque de karma.

Un giro rápido. Un cambio de equilibrio. Los pies de Felix abandonaron la pasarela. Durante una fracción de segundo, quedó suspendido entre el cielo y la tierra. Justo el tiempo suficiente para darse cuenta de lo mucho que la había fastidiado.

Entonces la gravedad recordó su trabajo.

Felix golpeó las balas de heno de hombro. El impacto le sacó el poco aire que le quedaba en los pulmones, y luego rebotó una vez y rodó hasta el suelo embarrado.

Esta vez no hubo una recuperación elegante. Solo un saco de carne lleno de malas decisiones aprendiendo lo que se sentía al arrepentirse.

Ella le vio caer. No fue su derribo más limpio, pero cumplió su objetivo. Desde su posición, podía ver que Felix seguía respirando, y eso era todo lo que necesitaba. Había contenido su golpe en el último segundo, convirtiendo lo que podría haber sido una fractura en algo que solo le dejaría dolorido al día siguiente.

La cadena se sentía resbaladiza bajo sus palmas mientras se preparaba para el descenso. De repente, diez metros de altura parecían cien. Sus piernas ardían con solo pensar en aterrizar, pero no había tiempo para autocompasión. Felix yacía hecho un ovillo abajo, pero incluso los animales heridos podían morder.

Enrolló la cadena alrededor de su antebrazo una vez, dos veces, y dejó que su peso la tensara. El descenso envió sacudidas a través de sus hombros y piernas, pero habría tiempo para descansar una vez que Felix Blackwood estuviera esposado. De vuelta al suelo, Felix había logrado ponerse a gatas.

Entonces, sacó su pistola y le apuntó. Tiro limpio. Sin posibilidad de daños colaterales.

—Felix Blackwood, estás detenido —dijo ella.

CAPÍTULO VEINTE

El rostro de Felix Blackwood enmarcado por la ventanilla trasera del coche patrulla parecía un retrato de rebeldía juvenil que había salido mal. Su nariz ensangrentada se había secado formando una mancha color óxido, y su ropa negra le hacía parecer un cuervo que alguien hubiera metido en una jaula. Se había callado en el momento en que Ross le había metido en la parte trasera del coche, rompiendo su silencio solo para soltar algunos insultos escogidos sobre maderos y fascistas.

Un chico encantador. Todo un misterio por qué le habían echado de la NYU.

Mientras tanto, el anciano —el padre de Felix— estaba sentado en una bala de heno con aspecto de que alguien acabara de pegarle un tiro a su perro.

—¿Cómo van tus piernas? —preguntó Luca.

Después de aquella persecución por el granero, sus piernas se sentían como si hubieran pasado por una picadora de carne, pero ya habría tiempo para la autocompasión más tarde.

—Aún funcionan. ¿Y las tuyas?

Luca se inspeccionó el brazo.

—Duele. Pero lo único que hice fue apuntar a Clive con la pistola.

—¿Clive? ¿Sabes su nombre?

—Tuvimos tiempo de sobra mientras jugabas al pilla-pilla en las vigas. Nos pusimos a charlar.

—¿Averiguaste algo?

—Sí. Es fan de los Mets.

—No me refiero al fútbol —espetó Ella—. Digo sobre Felix.

—Ah. No. Y los Mets son de béisbol.

Ella le lanzó una mirada. Luca se calló.

—¿Estás listo? —preguntó ella.

Luca hizo un gesto hacia la puerta de la granja.

—La edad antes que la belleza.

Ella tomó la delantera. Apostaría su placa a que, si Felix era su asesino, en algún lugar de esta granja habría pruebas que lo confirmarían.

Dentro, el lugar parecía como si un tornado hubiera peleado con un rastro. Cajas por todas partes. Papeles esparcidos por todas las superficies. Las paredes necesitaban una mano de pintura desde hacía unos tres presidentes.

—Bonito sitio —dijo Luca—. Me sorprende que Servicios Sociales no haya hecho una visita.

Ella gruñó. El desorden no le impresionaba. Había visto cosas peores en las casas de ciudadanos respetables. Era asombroso cuántos esqueletos podían caber en el armario suburbano promedio.

—La peor pesadilla de Martha Stewart. —Ella examinó el caos. Platos incrustados con comidas antiguas llenaban el fregadero. La nevera zumbaba como si estuviera dando sus últimos coletazos. Una pila de periódicos junto a la puerta se remontaba al verano—. Revisa aquí abajo. Yo subiré arriba.

—A sus órdenes, capitán. —Luca desapareció en lo que alguna vez pudo haber sido una sala de estar antes de que la entropía se apoderara de ella.

Ella subió al son de tablas chirriantes y mano de obra deficiente. Todo el lugar tenía un ambiente como si estuviera en las últimas. Tal vez por eso el anciano parecía tan desgastado. Vivir en una casa así te envejecía prematuramente. Aunque tener un hijo como Felix probablemente tampoco ayudaba.

Arriba, el desorden se volvía personal. Ropa esparcida por el pasillo, más papeles, lo que parecían trabajos universitarios. Tres

puertas, todas cerradas. Probó la primera. Dentro, lo que Ella supuso que era el dormitorio del padre de Felix. La segunda se abría a un baño que no había visto lejía en su vida.

La tercera puerta tenía que ser la habitación de Felix.

—La encontré.

El espacio más allá gritaba juventud problemática tan fuerte que probablemente mantenía despiertos a los vecinos. Paredes negras, ropa de cama negra, banderas colgadas con logotipos de bandas que Ella nunca había oído hablar con nombres como Putrid Flesh y Goat Semen. Botellas de cerveza vacías alineadas en el alféizar. Más ropa en el suelo que en el armario. Un escritorio ahogado en papeles.

Y libros. Muchos libros.

—Sabes —le gritó a Luca—, siempre imaginé que los asesinos serían más ordenados de lo que son.

—¿Cómo es eso?

—Fetiche de la organización. Problemas de control.

—No digas eso —gritó Luca—. Estás sugiriendo que Felix no es nuestro hombre.

Ella apartó un montón de ropa con el pie.

—No estoy diciendo que no lo sea. Esto simplemente se parece a la habitación de todos los universitarios que han abandonado los estudios que he visto. ¿Has encontrado algo ahí abajo?

—Un cono de tráfico, si eso ayuda.

—No ayuda. A menos que tenga símbolos de alquimia.

—Negativo. Voy a subir.

Los pasos de Luca anunciaron su llegada. Silbó ante el caos.

—Joder, parece Hot Topic. Tal vez Felix sea minimalista. No todos los asesinos son acumuladores.

Ella escaneó la habitación, tratando de ver más allá del desorden superficial. Los asesinos eran una mezcla cuando se

trataba de limpieza. Por cada monstruo meticuloso como BTK, había una docena de cochinos contentos de revolcarse en su propia inmundicia. Joder, el apartamento de Jeffrey Dahmer olía tan mal que sus vecinos pensaron que el edificio tenía una fuga de gas. Resultó que el hedor provenía de la cabeza en descomposición en su nevera.

El punto era que no se podía juzgar a un psicópata por su apariencia. O por su montón de ropa sucia.

Se dirigió directamente al escritorio, esperando encontrar un diario o alguna prueba igualmente incriminatoria. No hubo suerte. Solo latas vacías de bebidas energéticas y bolsas de patatas fritas arrugadas.

—Oye, mira esto —dijo Luca lanzándole un libro de bolsillo. Ella lo atrapó con una mano y entrecerró los ojos para ver la portada.

—¿En serio? ¿"El oscuro abrazo de la pasión"?

—Lo encontré metido detrás de su colchón —dijo Luca moviendo las cejas sugestivamente—. Junto con pañuelos.

—Qué asco. Estamos buscando cualquier cosa relacionada con la alquimia, elementos. O cualquier conexión con las víctimas.

Él extendió las manos.

—La colección de material erótico de un hombre puede ser muy reveladora.

Ella tiró el libro de vuelta a la cama.

—Hay cosas que es mejor no saber. Sigue buscando.

—A sus órdenes —dijo él, haciendo un saludo militar burlón antes de volver a rebuscar en los cajones del escritorio—. Aunque tengo que decir que el gusto de este tío para los libros es tan malo como su gusto para la música.

Ella no le escuchaba. Un destello de luz había captado su atención entre el desorden del escritorio. Apartó las pilas de publicidad y sacó un pequeño marco de fotos.

La foto mostraba a Felix con el brazo alrededor de una chica, ambos sonriendo a la cámara. La chica tenía el pelo largo y oscuro, la piel pálida y una profunda cicatriz en la mejilla. Sus ojos estaban rodeados de suficiente delineador como para abastecer la tumba de un faraón. Guapa, al estilo de las chicas Suicide Girls.

Pero algo en su cara le resultaba familiar a Ella.

Luca se materializó a su lado.

—¿Quién es la Barbie gótica?

—No estoy segura. ¿Te suena de algo?

Él entrecerró los ojos mirando la foto.

—No. Me acordaría si la hubiera visto. Está buena.

Ella le lanzó una mirada.

—Algunos dirían —continuó Luca—. ¿Dónde está tu memoria perfecta cuando la necesitas?

—No funciona con caras. Ni con nada visual. Ya te lo he dicho.

—Lo siento. Debo haberlo olvidado. Qué ironía.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Has encontrado algo sobre alquimia?

—Nada. Lo mejor que puedo ofrecerte es un montón de novelas de mala calidad y... —dijo Luca cogiendo un libro de tapa dura—. "Más allá del velo" de Lydia Soulwright.

—¿Lydia Soulwright? Ni de coña es el nombre real de alguien —dijo Ella. Apartó la mirada de la fotografía y volvió a registrar el resto de la habitación.

—¿Una médium, eh? Parece que a nuestro amigo le va la pseudociencia. O las mujeres de mediana edad con el pelo cardado.

—No bromees con la pseudociencia. Estamos tratando con alguien que cree que se puede convertir el plomo en oro.

Luca tiró el libro a un lado y dijo:

—Quizás esta mujer debería predecir los números de la lotería en lugar de escribir libros. Sigamos buscando. Tiene que haber algo

por aquí.

El dormitorio no les dio mucho con lo que trabajar. Los cajones estaban libres de cualquier cosa sospechosa. No había ordenador ni portátil que Ella pudiera encontrar, y el armario estaba lleno de ropa negra. Solo quedaba la estantería que Luca ya había registrado.

—Bueno, si hay algo aquí, tiene que estar en esta estantería.

—O en algún otro lugar de la casa.

—No. Felix es reservado, discreto. No dejaría que nadie más supiera de su pequeño plan. Los asesinos con una misión siempre tienen una guarida, un centro de operaciones.

—No faltan sitios donde buscar. ¿Quizás trabajaba en uno de los graneros o cobertizos?

—Lo dudo. No se arriesgaría a que su padre lo encontrara.

—Cierto —dijo Luca mientras volvía a los libros. Él y Ella atacaron las estanterías con eficiencia policial. Ella trabajó de izquierda a derecha, escaneando títulos y marcando casillas mentales. Introducción a la Mineralogía. Cosas básicas. Principios de Geomorfología. Texto universitario estándar. Materiales terrestres. Nada especial.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Luca.

—Cualquier cosa que mencione alquimia. Ciencia medieval. Misticismo —dijo sacando Geología Física y hojeándolo. Páginas limpias, con mucho subrayado. Cosas normales de estudiante—. Filosofía antigua. Textos herméticos. Ese tipo de cosas.

—¿Se supone que debo saber cómo son? Porque no tengo ni idea.

—Yo tampoco. Básicamente, si ves símbolos o está escrito en otro idioma, ponlo en la pila de los que nos llevamos.

Siguiente estante. Geología Histórica. Sedimentología. Análisis Estructural de Terrenos Metamórficos.

—Bueno, todo lo que tengo aquí abajo son novelas románticas. Nuestro chico Felix tiene debilidad por los vaqueros sin camiseta.

—Yo también —dijo pasando a la siguiente fila. Geología Ambiental. Tectónica de Placas. Introducción a la Geoquímica. Libro tras libro, estante tras estante, nada más que textos universitarios estándar. El tipo de cosas que cualquier ex estudiante de geología tendría.

Sus piernas protestaron cuando se agachó para revisar el estante inferior. Más libros de texto. Más subrayados. Más callejones sin salida. Encontró algunos textos de filosofía, cosas básicas sobre Platón y Aristóteles. Nada sobre transformar elementos o sacrificar profesores.

—Esto es inútil —apartó otra pila—. Ni textos de alquimia ni antiguos grimorios.

—Bueno, yo he encontrado Harry Potter y la Piedra Filosofal. Y tiene un punto de libro.

—Dejémoslo. Iremos a hablar con Felix a comisaría, a ver si podemos sacarle algo útil.

Y fue entonces cuando un delgado volumen llamó su atención. Estaba encajado entre un libro de cálculo y una antigua copia de "Dune", tan poco llamativo que casi lo había pasado por alto.

Pero algo en él la hizo detenerse. Tal vez fuera la encuadernación de cuero agrietado, o la forma en que parecía retirarse a las sombras de sus compañeros de estantería. Como si intentara pasar desapercibido.

Lo sacó con cuidado para no romper las frágiles páginas. La cubierta no tenía marcas salvo una única línea de texto grabada en el cuero.

Orden Hermética de la Quinta Esencia.

Pasó a la primera página. Estaba llena de una escritura densa y apretada. No impresa por ordenador. Completamente manuscrita. Leyó por encima el primer párrafo:

—La conexión del hombre con los elementos trasciende la mera existencia física. Nacemos de la tierra, nos sustenta el agua, nos

mueve el aire y, finalmente, nos consume el fuego. El ciclo es eterno, inquebrantable.

Pasó otra página. Más divagaciones filosóficas sobre la naturaleza y la muerte. Dibujos toscos de figuras humanas fusionadas con árboles, con olas, con llamas. Oraciones o conjuros en lo que parecía un latín bastardo bordeaban los márgenes.

—La muerte no es el final, sino una transformación. La forma física regresa a su estado elemental. Solo mediante el sacrificio se puede revelar la verdad.

La electricidad estática le recorrió los antebrazos. La habitación parecía demasiado pequeña, demasiado oscura, como si las paredes se hubieran acercado mientras ella no miraba.

—¿Hawkins?

Su compañero se puso en pie y vio el libro en las manos de Ella.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Recuerdas que dije que los cultos no existían? —Las palabras salieron raspando de una garganta reseca como el desierto.

—¿Sí?

Ella levantó el cuaderno.

—Creo que me equivoqué —dijo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

La sala de interrogatorios de la comisaría 23 era exactamente igual a todas las demás cajas donde metían a los sospechosos: paredes desnudas, mesa metálica atornillada al suelo y un tipo de iluminación diseñada para hacer que todos parecieran culpables. Felix Blackwood estaba sentado dentro, mirando fijamente su reflejo en el espejo bidireccional como si intentara memorizar su propio rostro.

Ella estaba en la sala de observación contigua con el libro del culto quemándole las manos. Lo había devorado entero durante el viaje de vuelta desde Old Acre Farm, tratando de sacar algún sentido de los crípticos desvaríos que contenía. Pero era como intentar descifrar la lista de la compra de un loco: todo ingredientes aleatorios y medidas sin sentido, sin una receta clara a la vista.

"Los elementos no son meros bloques de construcción, sino puertas hacia un entendimiento superior. A través de ellos, trascendemos nuestra naturaleza básica y alcanzamos la perfección."

Más bien parecían tonterías perfectas. Sin embargo, algo del contenido del libro se le había clavado en el cerebro como una astilla. La caligrafía cambiaba a lo largo del texto. A veces pulcra y precisa, otras frenética, como si el autor hubiera estado corriendo para plasmar las palabras antes de que se evaporaran.

"La conexión del hombre con los elementos trasciende la mera existencia física. Nacemos de la tierra, nos sustenta el agua, nos mueve el aire y, finalmente, nos consume el fuego. El ciclo es eterno, irrompible."

Los dedos de Ella se apretaron sobre el libro. Apariencias aparte, este chico estaba metido hasta el cuello en algo oscuro. El tipo de oscuridad que dejaba cuerpos en lugares públicos y símbolos

tallados en piedra. Solo tenía que averiguar cuán profundo estaba y cómo sacarlo a la superficie antes de que muriera más gente.

—¿Qué demonios es eso? —La voz de Ross la hizo sobresaltarse. Tenía una carpeta en una mano y una expresión desconcertada en el rostro.

Ella lo levantó y le mostró el título arcano.

—Lo encontré en la habitación de Felix. Escondido entre su Asimov y su colección de porno.

Las cejas de Ross se elevaron. Cogió el libro con cuidado, como si pudiera morderle.

—¿Orden Hermética de Quinta Essentia? ¿Lo estoy pronunciando bien?

—Ni idea.

—Suena a grupo de rock progresivo.

Ella tomó el libro y lo abrió por una página al azar.

—Creo que es una especie de Biblia. Habla de elementos, conspiraciones y la verdadera naturaleza del ser humano. El tipo de cosas que encuentras en las librerías junto a las guías de sanación con cristales.

—¿Una Biblia? No me parece muy del estilo del Rey Jacobo.

—No. Pero ¿ese culto del que hablabas? —Ella agitó el libro—. Quizás no ibas tan desencaminado.

Ross se frotó la mandíbula.

—Joder, espero que tengas razón. Y si este Felix era miembro...

—Significa que podemos encontrar a los demás.

—Pero ese libro, ¿tiene algún símbolo? ¿Los de la escena del crimen?

—No. Eso también me desconcertó. La mayor parte son divagaciones filosóficas, pero hay un montón de cosas sobre los elementos. Apuesto a que Felix se tomó las cosas por su mano,

quizás se pasó un poco y progresó al asesinato. Al menos, espero que sea solo eso a lo que nos enfrentamos.

—Entonces —Ross caminó de un lado a otro—, Felix tiene una conexión con Marcus Thornton, además de un motivo para matarlo.

—Sí. Felix solicitó acceso a unos textos antiguos y Marcus se lo negó. Luego Marcus pilló a Felix intentando robar los textos y lo expulsó de la escuela.

—Entendido. ¿Y qué hay de la segunda víctima, Sarah Chen? ¿Algo que conecte a Felix con ella?

Ella negó con la cabeza.

—Aún no, pero si lo hay, lo encontraremos.

Ross volvió a mirar el libro.

—¿Qué demonios significa Hermética Quinta lo que sea, de todos modos?

—Es latín, pero no conozco los detalles. Podría ser real, podría ser fantasía. Es difícil saberlo hoy en día.

—Jesús. Dame un asesino tradicional cualquier día. Al menos tienen sentido.

El sonido de pasos anunció la llegada de Luca. Llevaba tres cafés en una bandeja de cartón y esa mirada específica que ponía cuando intentaba ocultar sus nervios tras el encanto. Sus quemaduras debían estar molestándole; Ella le vio favorecer su brazo izquierdo mientras repartía las bebidas.

—Uno negro, dos de azúcar —Le entregó una taza a Ella—. Y lo que sea que pase por café en este sitio para ti, detective.

Ross cogió su taza con un gruñido de agradecimiento.

—Bueno, el chico no dijo gran cosa durante el trayecto. Pero hizo una gran imitación de una estatua.

Ella digirió esa información. Por su experiencia, la gente inocente gritaba pidiendo abogados en cuanto salían las esposas. Los que se quedaban callados solían tener algo que ocultar. Aunque también había conocido a muchos delincuentes que se creían

demasiado listos para necesitar un abogado. El tipo de arrogancia que quedaba bien sobre el papel pero se desmoronaba rápidamente en una sala de interrogatorios. A través del cristal, Felix había pasado de mirar fijamente su propio reflejo a dibujar círculos en la mesa con el dedo. Su nariz había adquirido colores interesantes donde había conectado con el codo de Ella en la pasarela del granero.

—Ross, ¿podrías llamar a Harper en la NYU? A ver si podemos acceder a sus archivos restringidos. Veamos si encontramos exactamente lo que Felix estaba buscando. Si damos con alguna mención de esos símbolos allí, quizás podamos pillarlo aunque las pruebas materiales no estén a nuestro favor.

—Ya estoy en ello. El decano Harper está siendo... colaborador.

La forma en que lo dijo sugería que la colaboración había requerido cierta persuasión. Ella se hizo una nota mental para preguntar sobre eso más tarde.

Luca intervino:

—¿Lista para ver qué está dispuesto a contar el Aleister Crowley que tenemos aquí dentro?

Ella tuvo que pensar cómo abordar esto, porque según su experiencia, los delincuentes se dividían en dos categorías: los que no paraban de hablar y los que no soltaban prenda ni siquiera cuando caía la sentencia de cadena perpetua. Curiosamente, Felix Blackwood no parecía encajar en ninguna de las dos categorías. Simplemente parecía perdido.

—Creo que Aleister Crowley era un ocultista, no un alquimista —dijo ella.

—Patata, patata —dijo Luca, encogiéndose de hombros, sin arrepentirse.

Ella no se molestó en corregirle más. A pesar de toda su inteligencia, el conocimiento de su compañero sobre lo esotérico empezaba y terminaba con el Canal de Historia.

Recogió sus archivos y deslizó el libro "Quinta Essentia" dentro como un mago ocultando una carta. No había necesidad de mostrar sus cartas demasiado pronto. Que Felix pensara que aún andaban a tientas en la oscuridad.

Luego, cuando se sintiera cómodo, cuando empezara a sentirse arrogante e intocable... entonces ella tendería la trampa.

—¿Quieres que entre contigo? —preguntó Ross.

—No. Hawkins y yo nos encargamos de esto —dijo ella dirigiéndose hacia la puerta—. Aunque quédate por aquí. Algo me dice que esto se va a poner raro.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

En las entrañas de la comisaría 23, un reloj marcaba los segundos entre la verdad y la mentira. Ella estaba sentada frente a Felix Blackwood y se preguntaba cuál de las dos ganaría.

Las piernas de Ella palpitaban donde tenía las quemaduras. La gimnasia de la mañana había despertado cada terminación nerviosa desde la rodilla hasta el tobillo, pero el dolor tenía sus usos. Te mantenía alerta. Mientras tanto, Luca se apoyaba en la puerta detrás de ella. Era una pequeña técnica psicológica que aumentaba la claustrofobia del sospechoso.

El chaval frente a ella ya no parecía gran cosa. Su conjunto negro había perdido su filo, cubierto de restos del granero y manchado con su propia sangre. Bajo la luz de la sala de interrogatorios, Felix tenía la mirada perdida de alguien que se había metido en la historia equivocada. Su nariz dibujaba interesantes geografías de morados y azules.

—Empecemos por lo básico —dijo Ella abriendo su libreta, pero sin mirarla—. Cuéntame sobre ti, Felix.

Él se encogió de hombros. El gesto hizo que su sudadera holgada flotara alrededor de sus hombros.

—No hay mucho que contar.

—Inténtalo.

—Veintiún años. Vivo en Bedford Hills.

—Eres estudiante, ¿verdad?

—Ex estudiante —dijo Felix.

—Debe de ser un gran cambio. Pasar de la vida universitaria al trabajo en una granja.

Otro encogimiento de hombros. Felix se pellizcó una uña. Evitación clásica, pero algo en ello se sentía raro. La mayoría de los asesinos adoraban hablar de sí mismos, no podían esperar para explicar sus grandes teorías. Felix actuaba más como un niño pillado robando caramelos que como alguien que hubiera asesinado a dos personas.

—Háblame del Dr. Thornton.

Eso captó su atención. Levantó la cabeza un centímetro.

—¿Qué pasa con él?

—Tengo entendido que tuvisteis algunos problemas.

—Si quieres llamarlo así —los dedos de Felix se movieron hacia un hilo suelto de su manga—. Me pilló intentando acceder a unos libros. Me expulsaron.

Me expulsaron. Era gracioso cómo algunas personas podían convencerse de que su propio comportamiento criminal era culpa de otro.

—No, tú te buscaste la expulsión. El Dr. Thornton solo fue quien te pilló.

—Sí. Tienes toda la razón.

Responsabilidad. Una visión poco común en las salas de interrogatorios.

—¿Cómo te hizo sentir eso?

—¿Tú qué crees? Me deprimió, pero entendí su decisión. Las reglas son las reglas.

Ella observó su lenguaje corporal. No había aceleración en la respiración, ni tensión muscular, ninguna de las señales que solían acompañar a la mentira. No le gustaba. O Felix era un buen actor o realmente no guardaba rencor contra Marcus.

—Esos materiales restringidos. ¿Qué buscabas exactamente?

—Nada específico. Solo tenía curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Supongo. Todo ese conocimiento antiguo acumulando polvo. Parece un desperdicio.

—Aunque probablemente sea lo mejor. La mayoría de esas cosas son tonterías. Pseudociencia medieval.

El anzuelo estaba lanzado. Si Felix era su asesino alquimista, picaría. Ningún verdadero creyente podría resistirse a defender su fe.

Pero Felix simplemente asintió.

—Sí, probablemente.

Ella le lanzó una mirada a Luca. Él levantó una ceja una fracción de centímetro. Claramente estaba pensando lo mismo que ella. O Felix les estaba engañando, o algo no cuadraba.

Nuevo enfoque.

—¿Has visto al Dr. Thornton recientemente?

—Nadie lo ha visto. Está muerto.

Las palabras salieron con notable indiferencia. Aparte de intentar matarla en la granja, era la primera señal de potencial psicopatía que Ella había visto.

—No pareces muy afectado por el asesinato de tu antiguo profesor.

—Las noticias dicen que se cayó por un agujero —un músculo saltó en la mandíbula de Felix—. No me suena a asesinato.

—¿Le enviaste algún correo electrónico al Dr. Thornton recientemente? ¿Quizás con algunas fotografías interesantes?

—No —su nariz había empezado a sangrar de nuevo. Se la limpió con la manga, dejando otra mancha de color óxido—. Me mantengo alejado de internet.

—Porque es veneno —por primera vez, una emoción real se coló en su voz—. Todos conectados pero nadie hablando. Solo bots y propaganda. No refleja el mundo real.

Era la cadena de palabras más larga que había ofrecido hasta ahora. Ella lo archivó mentalmente: Felix tenía opiniones fuertes sobre la comunicación moderna.

—Bueno, si hubieras revisado las noticias, quizás habrías oído hablar del asesinato de Sarah Chen.

La frente de Felix se arrugó. Sin destello de reconocimiento, sin respiración acelerada, nada que sugiriera que estaba ocultando conocimiento sobre la segunda víctima.

—¿Quién?

—Bióloga marina. La encontraron muerta ayer.

—¿Se supone que debo saber quién es? —preguntó Felix.

Ella lo observó atentamente. El rostro humano era un pésimo mentiroso: microexpresiones, tics musculares, señales involuntarias que transmitían el engaño como una torre de radio. Pero el rostro de Felix seguía mostrando una genuina incomprensión.

—¿Me estás diciendo que no la conoces?

—No.

Luca se movió en su esquina. Habían desarrollado un lenguaje durante su breve asociación: un arqueo de ceja aquí, una leve inclinación de cabeza allá. En ese momento, le estaba diciendo lo mismo que su instinto ya sabía: Felix no mentía sobre Sarah Chen.

Lo cual no tenía sentido.

—Curiosa coincidencia, sin embargo —dijo ella inclinándose hacia delante—. Dos muertes en tres días. Ambas relacionadas con los elementos.

—¿Elementos? —la palabra se atascó en la garganta de Felix. Por fin, algo había quebrado su estudiada indiferencia—. ¿A qué te refieres?

—Tú eres el estudiante de geología. Dímelo tú.

Sus dedos volvieron a ese hilo suelto, jugueteando con él como si fuera una cuenta de rosario. —No lo entiendo.

—¿No? —dijo ella cogiendo su expediente—. Quizás esto te ayude a comprenderlo.

Era hora de jugar su as. Sacó del expediente el libro encuadernado en cuero. Hizo un suave sonido al golpear la mesa. Como algo antiguo tomando su primer aliento en años.

Felix se quedó inmóvil. El tipo de inmovilidad que precede a los terremotos. Su rostro perdió el color hasta confundirse con las paredes institucionales.

Orden Hermética de la Quinta Esencia.

—¿Quieres explicar qué es esto? —preguntó ella.

La boca de Felix se abrió y se cerró, pero no emitió sonido alguno. Parecía que alguien acabara de pasar sobre su tumba mientras él aún estaba en ella.

—El tiempo se agota —dijo ella—. ¿Te apetece ponernos al día?

—Eso es... privado. ¿Por qué lo tenéis?

Luca intervino. —Lo encontramos entre tus novelas románticas y tus vaqueros sin camiseta.

—Ya... pero... ¿qué tiene que ver con nada?

—Porque —dijo ella—, eres nuestro principal sospechoso de dos asesinatos. Tenemos pruebas circunstanciales, tenemos un motivo y tenemos este libro muy interesante que habla de elementos y transformación. Empieza a hablar.

—No es lo que piensas —la voz de Felix se había vuelto fina como el papel.

—¿No? Porque lo que yo pienso es que alguien mató a Marcus Thornton. Alguien que sabía lo suficiente de geología para atraerlo a esa cantera. Alguien que talló símbolos en piedra que se parecen mucho a los de este libro.

Felix intentó protestar agitando las manos, pero las esposas se lo impidieron. —¿Símbolos? ¿De qué narices estás hablando?

Ella se reclinó y cruzó los brazos. Lo miró de arriba abajo, diseccionando cada centímetro en busca de signos de engaño.

Movimientos oculares, postura, posición de las piernas.

Pero todo lo que vio fue a un hombre que no acababa de entender lo que estaba pasando, y esa idea no le gustaba nada. Se mantuvo en silencio. Los silencios incómodos eran el mejor aliado de un interrogador. La gente solía hacer cualquier cosa para llenar el silencio.

—No lo entiendes.

—Pues ayúdame a entender. Desde mi punto de vista, te echaron de la NYU y luego decidiste vengarte de Marcus Thornton usando sus conocimientos de geología en su contra. Me parece un caso bastante sólido.

—No —la voz de Felix se quebró—. Eso no es...

—Dos personas están muertas, Felix. Ambas asesinadas de formas que corresponden a fuerzas elementales. Tierra y agua —dijo inclinándose hacia delante—. Y este libro habla mucho de tierra y agua.

Las manos de Felix habían empezado a temblar. —Yo no maté a nadie. Ni siquiera escribí esa cosa. Admito que es mía, pero todos teníamos una.

Ella se mordió el labio. —¿Todos?

—No puedo... —cerró los ojos con fuerza—. Hay preguntas que no deberían responderse.

—La gente está muriendo, Felix.

—Y morirán más si sigues presionando —sus ojos se abrieron de golpe. Algo salvaje vivía ahora en ellos, algo que no estaba allí antes —. ¿Crees que estás resolviendo un crimen? No es así. Estás abriendo una puerta que debe permanecer cerrada.

—¿Qué puerta?

—Quiero un abogado.

—Es demasiado tarde para eso. Ya estás hablando —no era exactamente cierto, pero las leyes de Nueva York permitían a ella

estirar la verdad. Solo esperaba que Felix supiera menos sobre el protocolo de detención que sobre alquimia.

—No. Abogado. Ahora.

Ella abrió de nuevo su expediente y lanzó una serie de fotografías brillantes una por una. Los grafitis por la ciudad, los animales con símbolos pintados en sus cadáveres, las tumbas profanadas, los cuerpos de Marcus Thornton y Sarah Chen. —¿Te suena algo de esto, Felix? ¿Quieres pasar tu vida en prisión? Porque desde donde yo estoy sentada...

Felix se cubrió los ojos con el antebrazo y gritó: —¡Vale, basta!

Ella se reclinó y esperó a que Felix continuara. Él bajó el brazo, echó un vistazo rápido a las fotos y colocó las palmas sobre la mesa.

—Mira, te lo diré, pero...

—¿Pero?

—Lo que voy a decir va a sonar muy raro, pero tienes que creerme, ¿vale?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

La vieja Bertha sabía bailar con el viento. A mil quinientos metros de altura, se mecía como una chica en el baile de graduación, su envoltura roja y amarilla captando la luz del sol en todos los lugares adecuados. Tessa dio unas palmaditas al borde de mimbre de la cesta. Algunos pilotos daban a sus globos nombres extravagantes —Espíritu de Aventura, Carruaje Celestial—, pero Bertha le iba mejor a esta vieja. Fiable. Robusta. Con un toque de descaro cuando las corrientes térmicas se ponían juguetonas.

El río Hudson cortaba el paisaje como mercurio líquido y reflejaba el sol de primera hora de la tarde. Tres condados era un buen trecho para un globo, pero Bertha había hecho viajes más largos. Sin embargo, el comité del festival en el condado de Columbia no esperaría eternamente. Menos mal que el viento cooperaba: un trayecto directo por el valle les llevaría allí al atardecer.

—Hoy solo estamos tú y yo, preciosa —dijo Tessa ajustando el quemador. El familiar silbido de la llama envió otro pulso de aire caliente a la envoltura—. Aunque ojalá esa pobre chica se hubiera quedado.

Qué pena lo de la chica esta tarde, Hermes. Un nombre extraño para tiempos extraños. Pobre cría, enterarse así de lo de su tío. Ese profesor en la cantera. Tessa había visto la noticia en el telediario de la mañana, pero era diferente cuando la tragedia tenía un rostro conocido. Aun así, había que mover el globo, el recinto del festival no iba a venir a ella, y había peores formas de pasar una tarde de miércoles que bailando con las nubes.

Al menos, el tiempo era perfecto para volar. Cielos despejados, buena visibilidad. Ni rastro de la habitual contaminación que subía desde la ciudad. La presión atmosférica era más alta de lo normal

para noviembre, lo que significaba un viaje tranquilo. Volvió a comprobar sus instrumentos por costumbre. Los pilotos viejos llegaban a viejos manteniéndose paranoides.

El sol de la tarde pintaba el condado de Westchester en acuarelas. Desde aquí arriba, uno podía fingir que el mundo tenía sentido. Todo parecía perfectamente dispuesto: coches de juguete siguiendo sus carreteras, casas en miniatura salpicando sus calles sin salida, personas diminutas viviendo sus vidas diminutas. Sin detalles desordenados. Sin tíos muertos en agujeros.

—Al menos me di el capricho de comprar los buenos granos esta mañana —dijo Tessa mirando su termo vacío. El café previo al vuelo había valido cada céntimo de ese tueste de lujo. Cuando tu oficina era el cielo, aprendías a apreciar los pequeños lujos.

El puente Tappan Zee —se negaba a llamarlo por su nuevo nombre— brillaba en la distancia. Más allá, las Catskills se alzaban azules y brumosas en el horizonte. Su ruta la llevaría más allá de Croton Point, y luego hacia arriba a lo largo de la orilla este del río. Había hecho este recorrido docenas de veces, aunque normalmente con pasajeros que pagaban buen dinero por ver el valle pintado con los colores del otoño.

Un halcón de cola roja pasó volando, inspeccionando a este extraño vecino en su territorio. Tessa saludó.

—Buenos días, Frank —Había llamado Frank a todos los halcones locales. Hacía las cosas más sencillas.

El altímetro marcaba 1.585 metros. La altitud de crucero perfecta para esta hora del día. El pronóstico había prometido vientos suaves del noroeste, y por una vez los chicos del tiempo habían acertado. La vieja Bertha cabalgaba las corrientes como si hubiera nacido para ello, que técnicamente así era. Veinte años de vuelos y este cubo de mimbre y nylon aún se manejaba mejor que la mayoría de los exnovios de Tessa.

Volvió a comprobar sus instrumentos. La rutina lo era todo aquí arriba. Indicador de combustible estable. Variómetro contento. Temperatura de la envoltura justo donde debía estar. La mayoría de

los pasajeros pensaban que volar en globo aerostático era simplemente flotar donde el viento te llevara, pero había todo un arte detrás. Leer las capas de viento. Detectar las térmicas. Saber cuándo subir y cuándo descender.

—A diferencia de los pilotos comerciales —le dijo a Frank Dos mientras otro halcón investigaba su globo—, nosotros no tenemos piloto automático. Solo la buena y vieja... —La palabra se le escapó. Extraño—. Física. Eso es. Física.

Algo no iba bien. No con Bertha —el globo funcionaba perfectamente—. Pero la cabeza de Tessa se había vuelto borrosa por los bordes. Como si alguien hubiera rellenado su cráneo con algodón.

Tal vez el aire enrarecido le estaba afectando, aunque eso no debería ocurrir a esta altura. Podría ser el diferencial de temperatura —calor arriba por el quemador, frío abajo por el viento de noviembre —. Ese tipo de gradientes podían afectar al oído interno si no se tenía cuidado.

—Probablemente sea ese nuevo frente que se acerca —Su voz sonaba rara. Con eco—. La presión barométrica hace cosas raras con tu... cabeza.

Lo había visto antes. Los cambios en la presión del aire podían afectar tu equilibrio. Especialmente durante las transiciones estacionales. Eso era todo. Solo su oído interno adaptándose a su nuevo entorno.

El horizonte se inclinó.

—Vaya, vaya —dijo Tessa agarrando el borde de la cesta. Sus dedos se sentían gruesos, torpes—. Hoy estamos un poco juguetona, ¿eh, Bertha?

Podría ser una capa de inversión. El servicio meteorológico había mencionado algo sobre masas de aire atrapadas. A veces eso creaba efectos extraños: distorsiones visuales, problemas de equilibrio. Aunque en veinte años de vuelo, nunca había sentido que sus oídos estallaran como lo estaban haciendo ahora.

No había motivo para que le diera el mal de altura, pero la presión detrás de sus ojos sugería lo contrario. Abajo, los barcos del Museo Naval del Valle del Hudson parecían juguetes de niños en una bañera. Necesitaba comunicar su posición por radio al control de tierra —procedimiento habitual cada quince minutos durante los vuelos de tránsito. Pero, ¿en qué frecuencia? Los números flotaban en su cabeza como peces en aguas turbias.

Otra oleada de mareo la golpeó. Peor esta vez. El mundo se desdibujó como pintura húmeda.

—Vale —tanteó en busca de la radio—. Quizás deberíamos dar por finalizado este vuelo.

Pensar. Tenía que pensar. Los procedimientos de emergencia existían por una razón. Pero, ¿cuáles eran? El recinto del festival estaba en algún lugar delante —¿o era al oeste? Los controles bailaban ante sus ojos. Cada respiración era más lenta que la anterior. Una pequeña parte de su cerebro, la que aún se aferraba a veinte años de entrenamiento, gritaba que algo iba muy mal. Su mano no cooperaba. La radio no dejaba de escurrirse. ¿Siempre había sido tan difícil concentrarse?

La última corriente térmica les había empujado otros trescientos metros hacia arriba. La montaña Storm King se alzaba delante como un gigante gris, pero ahora el punto de referencia no significaba nada. Zonas de aterrizaje de emergencia. Debería recordarlas. Las había memorizado. Pero el conocimiento se escurría como agua entre sus dedos.

El sol parecía demasiado brillante. El cielo, demasiado azul. Incluso el viento parecía susurrar con demasiadas voces. Intentó alcanzar los controles del quemador, pero su brazo se movía como si perteneciera a otra persona.

—Control... —La palabra salió pastosa—. Aquí... aquí Webster. Estoy...

¿Qué era? El pensamiento se disolvió antes de que pudiera atraparlo. Manchas oscuras bailaban en los bordes de su visión. Sus rodillas se doblaron.

Lo último que Tessa vio fue su termo de café rodando por el suelo de la cesta. Luego, el cielo extendió sus manos gentiles y la arrastró hacia la oscuridad.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

—La Orden Hermética de la Quinta Esencia —dijo Felix—. Es un... grupo. Yo formaba parte de él, pero ya no.

Esto tiene que ser un sueño, pensó Ella. Durante años había estado diciendo a la gente que los cultos esotéricos clandestinos eran leyendas urbanas inventadas por personas con demasiado tiempo libre, pero ahí estaba ella, viendo cómo uno se materializaba justo delante de sus ojos. Quizás nunca había logrado salir de aquel incendio en el granero de Oregón.

—¿Un culto? ¿Una religión? ¿Qué es exactamente este supuesto grupo?

—Eso mismo. Un grupo de tíos que se juntaban. Una hermandad.

—¿Cuántos miembros?

—Nueve. Bueno, ocho ahora.

Luca abandonó su puesto junto a la pared y tomó asiento a su lado. Su curiosidad había ganado finalmente a su rutina de intimidación, y Ella no le culpaba. Este era el tipo de confesión que exigía un público. Preguntó:

—Vale, cuéntanos. Primero, ¿cómo encontraste este culto?

—No es un culto, y no los encuentras. Ellos te encuentran a ti.

Ella se rio. Exactamente el tipo de respuesta melodramática que esperaría de alguien así. Dio unos golpecitos al libro de Felix.

—Bueno, nosotros los hemos encontrado.

—Solo porque cometí un error. Debería haber destruido el libro.

—¿Cómo te uniste a ellos?

—Me encontraron por algo que publiqué en internet el año pasado. Escribí algo sobre una conspiración, sobre cómo el FBI y la

CIA contaminan los cielos, alterando efectivamente el orden natural de los elementos.

Ella luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco. Gente como esta le daba demasiado crédito al gobierno.

—En primer lugar, algunos de nuestros compañeros apenas saben guardar un PDF. No estamos envenenando los cielos. ¿Cómo te encontró este grupo?

Un tic recorrió el rostro de Felix.

—Me enviaron un mensaje, luego me ofrecieron la oportunidad de unirme a su hermandad, siempre que me probara a mí mismo.

Ella se detuvo en la palabra hermandad. Había estudiado suficiente dinámica de grupos para saber cómo funcionaba esto. Aislamiento. Adoctrinamiento. La lenta erosión de la identidad individual hasta que el grupo se convertía en todo. Lo había visto en células terroristas, bandas callejeras, extremistas religiosos.

Y ahora, cultos obsesionados con la alquimia.

Echó un vistazo a las fotografías aún esparcidas sobre la mesa. De repente, algunas piezas encajaron.

—¿Probarte a ti mismo? ¿Pintando paredes con spray? ¿Sacrificando animales? ¿Desenterrando tumbas?

—¿Qué? Sí. Bueno, más o menos. Una vez que pasas las pruebas, estás en la hermandad de por vida.

—El libro —Luca lo señaló con el dedo—. ¿Qué es esta cosa?

—Todo lo que la Orden cree está expuesto ahí. O, lo que se suponía que debíamos creer, en cualquier caso. A mí no me convenció demasiado.

—¿Y qué cree exactamente esta Orden? —Ella se volvió hacia su compañero y vio la curiosidad que emanaba de él. Podía leer su lenguaje corporal como un libro: la ligera inclinación hacia adelante, la intensa concentración. Cualquier cosa relacionada con lo oculto siempre sacaba a relucir su fan interior de Expediente X.

—Es todo un lío. Culto a la muerte, espiritualidad, los elementos como bloques básicos de la existencia. La eterna transformación de la materia y el espíritu. Pura locura, pero cuando estás dentro... cuando formas parte de ello... —Se interrumpió, perdido en algún recuerdo que no parecía ansioso por revivir.

Una parte de Ella quería gritar. Recordaba a su antiguo profesor de psicología mostrándole una vez imágenes de un "Simulador de Ictus", que presentaba un montón de objetos que habían sido editados y difuminados hasta hacerlos irreconocibles. Las palabras de Felix parecían el equivalente verbal.

Tenía que encontrar a un asesino, y toda esta tontería espiritual no estaba ayudando.

—¿Qué pasó después? Te encuentras con este culto, te adoctrinan, ¿y luego qué?

—Simplemente nos... reuníamos. Cada dos semanas.

—¿Y qué hacíais?

Felix se pasó una mano por la cara.

—Hablar, principalmente. Es como una terapia de grupo. Todo el mundo se sienta en círculo. Algunos hablan, otros se quedan callados. No salíamos a matar gente, si es eso lo que estás preguntando.

Luca encontró una foto de los símbolos en las rocas de la cantera. La deslizó por la mesa.

—Bueno, uno de vosotros salió a matar gente. Y dejó este mensaje.

—Seguís mencionando símbolos —dijo Felix mientras inspeccionaba la foto—, pero estos no son los símbolos de la Orden. Ni siquiera sé qué son estos. No son alquímicos ni espirituales, al menos que yo sepa. La Orden no hizo esto.

Ella preguntó:

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Porque dibujábamos los mismos símbolos cada vez. Tierra, fuego, agua, aire, transmutación, ascensión. No hicimos... esto.

Ella encontró una foto de una de las tumbas profanadas y se la pasó.

—Qué curioso, porque los símbolos en estas lápidas parecen idénticos a los de nuestras escenas del crimen.

Felix la inspeccionó y luego levantó las palmas en señal de rendición.

—Eh, un momento. La Orden no... desenterraría tumbas. Eso es una locura. No éramos ladrones de cadáveres.

Ella se reclinó e intentó darle sentido a todo. En algún lugar había un grupo de aspirantes a alquimistas y ocultistas con una devoción compartida por los elementos. Pintaban paredes con espray, mataban animales y puede que hubieran profanado tumbas y asesinado al menos a dos personas. No tenía ni idea de dónde terminaba la fantasía y empezaba la realidad, y por lo que sabía, el hombre frente a ella podría estar tomándole el pelo. Una parte de ella estaba ahora convencida de que Felix Blackwood no era su asesino, porque si este extraño culto no existía, sería la coartada más elaborada desde David Berkowitz y su perro demoníaco.

Pero aunque Felix Blackwood pudiera ser inocente de asesinato, uno de sus compañeros de culto podría no serlo.

Volvió a dar un golpecito al libro.

—Vuestra pequeña Biblia. ¿Quién la escribió?

—Ezra —dijo Felix—. Ezra Crowley.

Luca le lanzó a Ella una sonrisa que decía "te lo dije". Ella lo ignoró.

—¿Ezra Crowley? Dime que ese no es su nombre real.

—No, no lo es, pero no sé su nombre real. Lo mantuvo en secreto.

El estómago de Ella empezó a revolverse. Charles Manson. Jim Jones. Paul Mackenzie. Todos líderes de cultos que eventualmente

progresaron al asesinato. ¿Podría este tal Ezra Crowley haberse unido a las filas?

—Cuéntame sobre Ezra Crowley. Aspecto, personalidad, todo.

Felix dudó. Miró hacia la mesa y dijo:

—No sé. Parecía un tío normal. Pelo rubio largo, afeitado por los lados, como un vikingo. Un tipo grandote. Seguro que se metía anabolizantes. Quizás le afectaron a la cabeza.

Luca se acercó a Ella y susurró:

—Rabia de esteroides.

Ella lo desestimó con un gesto.

—¿Y de qué hablaba Ezra exactamente? ¿Algo que pudiera parecerse a dos cadáveres?

—Sí y no. Quiero decir, hablaba mucho, ¿sabes? Cosas cósmicas, iluminación, conocimiento oculto.

—¿Y tú te lo creías? —Ella observó su cara en busca de señales. Los tics nerviosos se iban acumulando.

—Al principio. Ya sabes cómo es. Estás perdido, buscando algo. Ezra tenía una forma de hablar que hacía que todo sonara profundo. Incluso las cosas más locas. —Felix soltó una risa que pertenecía a un manicomio—. Se ponía a hablar de los elementos durante horas. Como si estuviera revelando secretos que el resto del mundo es demasiado ciego para ver.

Ella nunca había tratado con miembros de cultos antes, ya fueran líderes, seguidores o ex miembros. Estaba cubriendo territorio nuevo con cada paso, y una parte de ella sentía que se había metido en aguas demasiado profundas para su comodidad.

—Dijiste que dejaste el grupo. ¿Por qué?

—No lo dejé como tal. Simplemente dejé de ir a las reuniones el mes pasado.

—¿Por qué?

—Vi hacia dónde nos dirigíamos. Al principio, pensé que todo era teatral. Solo filosofía. Pero luego vi cómo algunos de los otros lo miraban cuando hablaba de ello. Como si estuvieran listos para hacer cualquier cosa que les pidiera. Y entonces Ezra me pidió que...

Ella se cruzó de brazos. Otra pieza del rompecabezas encajó en su lugar.

—Este tipo, Ezra, te pidió que entraras en el archivo de la NYU, ¿no es así?

Felix mantuvo su mirada. Luego asintió.

—Sí. Fallé y no quería enfrentarme a su ira. Así que dejé de ir.

—¿Tenías miedo de su respuesta?

—Sí, quiero decir, no sé si te has dado cuenta, pero el tío está loco.

—Me he dado cuenta. ¿Y se ha puesto en contacto contigo desde entonces?

Felix se llevó una mano a su maltrecha nariz y luego hizo una mueca.

—He estado recibiendo cartas. Amenazantes, diciéndome que necesito presentarme a la próxima reunión. Una apareció justo en mi escritorio en casa. Sin sello.

Eso captó la atención de Ella.

—¿Alguien entró en tu casa y te dejó una carta amenazante?

Felix asintió.

—¿Qué decían exactamente estas cartas?

Felix se removió en su silla.

—Solo cosas sobre traición, abandono.

Era el viejo enfoque de la Cienciología, pensó Ella. Una vez que estabas dentro, estabas dentro de por vida.

Pero esto eran ocho tíos, no toda una organización.

Lo que significaba que Ella podría infiltrarse.

—¿Dónde tienen lugar estas reuniones? —preguntó.

—En Madame Butterfly's. Era una tienda de ropa vintage en Warren Street. Cerró hace años. Uno de los miembros tiene el alquiler.

—¿Cuándo se reúne la Orden?

—Cada dos miércoles.

Luca miró su reloj.

—Lo que significa esta noche.

—Sí. De 9 a 11 de la noche.

Ella estudió a Felix.

—¿Cómo podemos entrar?

—No podéis. Solo miembros.

—Entonces, ¿cómo se convierte alguien en miembro?

—Ya te lo dije, todos tienen que ser invitados personalmente. Además, no puedes simplemente entrar. Necesitas el uniforme.

—¿Que es?

—Sudadera negra, máscara de airsoft.

Luca preguntó:

—¿Qué es una máscara de airsoft?

Félix se cubrió los ojos y la nariz con la mano.

—Como una de esas mascarillas que usan los médicos. Tapa la mayor parte de la cara. La de la Orden era verde.

Ella sopesó sus opciones. Podían asaltar el lugar, pero eso dispersaría a los sospechosos potenciales como cucarachas. Las pruebas desaparecerían, las pistas se esfumarían y volverían a estar en el punto de partida. Además, no estaba segura de tener motivos suficientes para detener a un puñado de inadaptados del Club de la Lucha jugando a disfrazarse en una tienda abandonada.

Pero tenía una opción.

La idea le vino como un relámpago. Arriesgada, probablemente estúpida, pero a veces esas eran las únicas opciones que quedaban.

—Félix —dijo—. ¿Aún tienes ese uniforme?

—Sí. Está en mi armario. ¿Por qué?

Ella se volvió hacia Luca con una sonrisa. Ya podía ver cómo se desarrollaría todo en su cabeza. Una forma de entrar, de ver a ese Ezra Crowley de cerca, de averiguar si era su asesino o solo otro aspirante a mesías con demasiado tiempo libre y poca cordura.

—Porque creo que ya es hora de que nos unamos a una secta.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Las noticias del Canal 4 sonaban de fondo mientras el Alquimista medía el pentobarbital sódico en un vial de cristal. Dos décimas de mililitro de más. Vuelta a empezar. La voz del presentador de la mañana llevaba ese tono de falsa seriedad que usaban para accidentes de tráfico e incendios domésticos, pero aún nada sobre un globo aerostático.

Paciencia. Los elementos trabajaban según su propio horario, no el de la humanidad. El aire era el más impredecible de los tres hasta ahora, a diferencia de la tierra que aceptaba o el agua que abrazaba. El aire requería delicadeza. Cálculo.

El pentobarbital sódico dejaba rastros que la toxicología moderna podía detectar, pero solo si sabían qué buscar. El Alquimista había elegido el compuesto cuidadosamente, calculando la dosis según el peso corporal, los efectos de la altitud, las tasas metabólicas. Todo medido al microgramo. Los textos antiguos hablaban de precisión, de mediciones cuidadosas y tiempos exactos. Habrían apreciado las balanzas modernas, los termómetros digitales, los cromatógrafos de gases.

La mesa de trabajo contenía instrumentos tanto antiguos como modernos. Vasos de precipitados junto a alambiques de cobre. Medidores de pH digitales al lado de varillas de medición talladas a mano. Los antepasados habrían entendido este matrimonio entre lo viejo y lo nuevo; después de todo, la transformación no consistía en aferrarse al pasado, sino en trascenderlo por completo.

Las noticias del Canal 4 pasaron a los informes de tráfico. El Alquimista se inclinó más cerca, estudiando las imágenes del helicóptero en busca de alguna señal de vehículos de emergencia o patrones de búsqueda. Nada. El Canal 7 cubría un incendio en una casa en Queens. El Canal 12 diseccionaba el debate de alcalde de

anoche. Ninguna mención de globos desaparecidos o pilotos en apuros.

Quizás la transformación aún estaba en progreso. El aire se movía a su propio ritmo, como el aliento que animaba la carne o el viento que esculpía montañas. Los textos eran claros en este punto: cada elemento se manifestaba según su naturaleza. La tierra aplastaba. El agua ahogaba. El aire simplemente dejaba de existir.

Los textos decían que se necesitaban cinco pasos para lograr la Obra Magna, a veces llamada el elixir de la vida. Cinco pasos para desprenderse de la prisión de la carne y ascender a algo mayor. El Alquimista había llegado más lejos que nadie antes, había levantado el velo de los errores de Dios para vislumbrar el verdadero rostro de la creación.

Y qué rostro era.

Tres elementos completados. Tierra, destrozada y enterrada. Agua, ahogada y purificada. Aire, pronto a ser desatado. Solo quedaban el fuego y el elemento final. El Alquimista se subió la manga y expuso una piel moteada con quemaduras químicas y tatuajes caseros. Era un recordatorio de cuánto quedaba por hacer.

Las manos del Alquimista temblaban ligeramente, lo cual era algo nuevo. Los cambios habían comenzado después de la transformación de Marcus Thornton. Cosas pequeñas al principio: sentidos agudizados, momentos de claridad que rozaban la presciencia. Después de Sarah Chen, comenzaron las alteraciones físicas. La piel más sensible a la temperatura. Huesos que dolían con las tormentas que se acercaban. El cuerpo convirtiéndose en algo que cabalgaba entre múltiples estados del ser.

Las noticias pasaron a una historia de interés humano sobre una panadería local. El Alquimista cambió de canal. Aún nada sobre un piloto de globo desaparecido.

Paciencia. Los textos eran claros en este punto. La transformación requiere un tiempo perfecto. Apresura el proceso y la Obra fracasa.

Pronto, no habría necesidad de instrumentos ni mediciones. El conocimiento fluiría directamente, sin mediación de los toscos sentidos físicos. Los textos insinuaban esto: un estado del ser más allá de la mera carne. Los antiguos habían entendido la transformación como algo más que simple química. Sabían que cambiar la materia era cambiar la conciencia misma.

Pero primero, había que atender a la Orden.

El Alquimista sonrió ante la idea de la reunión de esta noche. Pobres almas perdidas jugando a comprender mientras la verdadera transformación ocurría justo bajo sus narices. Sin embargo, cumplían su propósito. Una pantalla perfecta. ¿Quién sospecharía que sus rituales infantiles ocultaban algo mucho más profundo?

El Alquimista necesitaba ser cuidadoso, sin embargo, porque esta era la primera reunión desde que había comenzado la transformación. ¿Alguno de ellos sería lo suficientemente perspicaz como para establecer la conexión entre su pequeño grupo y dos muertes locales? Posiblemente, pero probablemente no. Los otros miembros jugaban a la iluminación, coqueteaban con misterios que no podían comprender. La verdadera alquimia no trataba de teoría o filosofía. Requería acción. Sacrificio.

Estaban tan ciegos. Incluso Felix, antes de su crisis de fe, había pasado por alto las señales obvias.

El Alquimista comenzó a reunir los suministros para la reunión de esta noche. Los rituales de la Orden eran tediosos pero necesarios. Proporcionaban cobertura, creaban confusión, desviaban la atención del verdadero Trabajo. Que la policía perdiera el tiempo investigando su metafísica amateur. La verdadera transformación ocurría en otro lugar, en laboratorios y canteras, en embalses y cielos vacíos.

El Alquimista se puso una sudadera negra con capucha y revisó la máscara de airsoft para la reunión de esta noche. Que los demás jugaran sus juegos de iluminación. Pronto, nada de eso importaría.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Ella observaba fijamente los dos objetos sobre su escritorio que dos agentes habían recuperado de la granja de Felix. Una máscara de airsoft y una sudadera negra con el número «9» en la espalda. Las pruebas A y B en este circo de locura.

—Ni hablar, Ell —dijo Luca mientras daba vueltas por el despacho como un animal enjaulado—. Ni de coña. No vamos a hacer esto.

Había pasado una hora desde que Felix Blackwood lo había confesado todo y la cabeza de Ella aún seguía dando vueltas. Cada vez que miraba el supuesto uniforme, su cerebro intentaba rechazar la realidad de lo que habían descubierto.

—¿Por qué no?

—¿Porque es una estupidez? —Se detuvo lo suficiente para lanzarle su mejor mirada de «¿estás loca?»—. ¿Por qué no asaltamos el lugar directamente? ¿Traemos a todos para interrogarlos?

Ella cogió la máscara y comprobó su peso. No era gran cosa, solo plástico moldeado y correas elásticas. Costaba creer que algo tan simple pudiera ser un pase a un mundo de obsesión elemental y asesinato.

—Tres razones. Una, no podemos retener a ocho personas con pruebas circunstanciales. Dos, ¿y si no aparecen todos y nuestro asesino es el que se queda en casa? Y tres, ¿y si algunos huyen durante la redada?

—¿Desde cuándo eres tú la voz de la cautela?

—Desde que empezamos a tratar con un posible culto —dejó la máscara—. Necesitamos información antes de actuar contra esta gente. Información real, no solo lo que Felix nos está contando.

—Hablando de nuestro ocultista residente... —Luca se dejó caer en su silla. Las quemaduras en su brazo debían de dolerle, le pilló favoreciendo su lado izquierdo—. ¿Qué opinas de todo eso?

Ella se pellizcó el puente de la nariz. La última hora le había dado tiempo para procesar la confesión de Felix, pero eso no hacía que fuera más fácil de digerir.

—Un chaval se une a una hermandad rara porque busca sentido. Tiene lógica: joven, aislado, viviendo en una granja con su padre. El recluta perfecto.

—Hasta que decepcionó a su mesías.

—Exacto. No consigue entrar en los archivos de la NYU, se asusta, los deja tirados. Ahora recibe cartas amenazantes en su escritorio —extendió fotos de la escena del crimen por su mesa—. Los grafitis, los animales muertos... eran ritos de iniciación. Pero según Felix, nunca tocaron esas tumbas.

—¿Y los símbolos en nuestras escenas del crimen?

—Jura que no son de la Orden —Ella señaló la foto de la pared de la cantera—. Dice que sus símbolos eran más simples. Cosas básicas de alquimia.

Luca cogió la sudadera, examinando el número como si pudiera contener respuestas.

—¿Cuáles son las posibilidades de que nos esté engañando? Toda esta historia del culto podría ser una patraña. Quizás sea nuestro asesino intentando crear una duda razonable.

—¿Te parece Felix alguien capaz de atraer a un profesor de geología a su muerte? —Ella señaló la pila de pruebas que se acumulaba en su escritorio—. ¿De planear un asesinato tan elaborado? Por Dios, el tío tiene 21 años.

—Fue a la NYU.

—Hasta que le echaron por intentar colarse en su sótano.

—Buen punto —dijo Luca—. Tampoco tiene coartada.

—Ese es otro problema. Nunca he conocido a un asesino en serie que mate a alguien sin estar realmente allí. Eso es exactamente lo que nuestro desconocido le hizo a Marcus, así que a menos que algún sospechoso estuviera encerrado en una habitación vacía cuando se envió ese correo, no existe tal cosa como una coartada aquí.

—¿Qué hay de Sarah Chen?

—Aún tenemos que reconstruir sus últimos pasos. Averiguar cómo acabó en ese embalse —hojeó el libro de nuevo, escaneando pasajes sobre transmutación elemental y despertar espiritual. Las palabras se mezclaban en una ensalada de términos místicos.

Su mente volvió al interrogatorio de Felix. La forma en que había reaccionado al libro del culto, como si fuera radiactivo. La genuina confusión cuando le mostraron las fotos de las tumbas. O el chaval merecía un Óscar, o estaba diciendo la verdad sobre la Orden Hermética.

—¿Sabes qué me molesta? —Cogió de nuevo la foto del cuerpo de Marcus Thornton—. La complejidad. Estos asesinatos están bien planeados, son metódicos. Todo tiene un significado: los elementos, los símbolos, las ubicaciones. ¿Te suena como el mismo tío que huyó de nosotros esta mañana?

—Quizás sea mejor actor de lo que creemos.

—Quizás —Ella no estaba convencida—. Pero hay algo más. Las cartas que mencionó Felix. Alguien entrando en su casa para dejar amenazas en su escritorio. Eso no es solo intimidación, es demostrar poder. Probar que pueden llegar a él cuando quieran.

—¿Qué hay de este tal Ezra?

—Ezra Crowley —el nombre aún le sonaba falso—. Líder de una sociedad secreta obsesionada con los elementos y la transformación. ¿Cuáles son las probabilidades de que no esté involucrado?

—Podría ser una coincidencia.

—¿Cuándo fue la última vez que una coincidencia resolvió un caso?

Luca suspiró.

—Vale, entonces ¿cuál es el plan? ¿Enviar a Felix de vuelta al culto con un micrófono? ¿Quizás poner algunas cámaras, escuchar sus conversaciones?

—No. Felix no va a salir de esta comisaría —Ella dio un golpecito a la máscara—. Vamos a entrar nosotros mismos.

Luca arqueó las cejas.

—Perdona, ¿que vamos a hacer qué?

—Ya me has oído. Entramos, tomamos el pulso a esos chalados, vemos si alguno hace saltar las alarmas. Llamémoslo una investigación encubierta.

—¿Una investigación encubierta? Claro. Porque nunca sale mal cuando los policías se infiltran entre los locos.

—¿Tienes una idea mejor?

—Ell, esto es una locura. No podemos presentarnos en una reunión de una secta así por las buenas y esperar que todo salga bien.

—¿Quién lo dice? Felix ya nos ha allanado el camino. En el Madame Butterfly's, a las nueve en punto. Llegamos, decimos la contraseña y estamos dentro.

—¿Y luego qué? ¿Nos sentamos a cantar Kumbaya y esperamos a que el asesino confiese? Las sectas no funcionan así, Ell. Son todos unos paranoicos, y los paranoicos tienen olfato para los policías infiltrados.

Tenía razón, aunque a Ella le costara admitirlo. Las sectas eran herméticas, desconfiadas, más propensas a cerrarse en banda que a abrir sus puertas. Por suerte, Ella ya tenía un plan en mente.

—Entonces interpretaremos el papel de Felix nosotros mismos. Al fin y al cabo, tenemos su uniforme.

Luca la miró fijamente y luego estalló en carcajadas.

—Ell, ¿vas a hacerte pasar por Felix? No te pareces en nada a él.

—No —dijo ella con una sonrisa—. Pero tú sí.

CAPÍTULO VEINTISIETE

La sala de interrogatorios se había transformado en un improvisado camerino. Ella rodeaba a Luca como una escultora inspeccionando su obra, comparándolo con Felix Blackwood, que estaba sentado en su silla habitual.

El tinte negro para el pelo había funcionado bastante bien. No quedaba ni rastro del castaño natural de Luca. Era asombroso lo que se podía conseguir con una caja de Midnight Noir y el lavabo del baño de la comisaría. La máscara de airsoft le cubría la mayor parte de la cara, dejando solo visibles los ojos. Entre eso y la sudadera con capucha de Felix, parecía exactamente el tipo de persona que se uniría a un culto alquímico clandestino. Uno al lado del otro, Luca y Felix podrían haber sido hermanos.

—Date la vuelta —dijo Ella.

Luca giró, y el número 9 de su espalda brilló bajo la luz fluorescente. La pintura de tela se había agrietado en algunos puntos, dándole ese aspecto desgastado que no se podía fingir.

—Ahora camina.

Dio unos pasos e imitó el ligero encorvamiento de Felix. Habían pasado veinte minutos estudiando los movimientos de Felix: cómo adelantaba el hombro derecho, cómo sus pies se giraban ligeramente hacia dentro al caminar.

—La postura no es correcta —dijo Felix desde su silla—. No camino como si fuera a detener a alguien.

—Menos poli, más chico de pueblo —coincidió Ella—. Inténtalo otra vez.

Luca ajustó su postura y suavizó su porte habitualmente rígido por algo más casual.

—¿Qué tal así? Por cierto, los chicos de pueblo no caminan así. Yo lo fui.

—Mejor —asintió Ella—. Ahora vamos a oír el acento.

Luca se aclaró la garganta. Cuando habló, sus habituales inflexiones de Boston habían desaparecido, reemplazadas por pura actitud neoyorquina.

—Eh, ¿qué tal así?

Felix hizo una mueca.

—Quizás bájalo un veinte por ciento. Suenas como un taxista.

—Tiene razón —dijo Ella.

—¿Qué pasa, tío? Esta máscara me pica que te mueres. No es broma, es como si me estuviera dando un tirón un puñetero caballo. ¡Eh, que estoy andando por aquí!

Ella y Felix le miraron como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Qué? ¿Demasiado?

—Un poquito.

—Pues a mí me ha gustado —dijo Felix—. Mete algo de Jersey también. Es donde me crié.

—Joder. ¿Algo más? A lo mejor debería caminar como un cockney mientras estoy en ello.

—¿Cockney? ¿Qué es eso?

—Una zona de Londres donde viven los delincuentes —Luca probó su voz de nuevo, esta vez sonando marginalmente menos como un gánster de dibujos animados—. ¿Mejor así?

—Vas por buen camino. Solo recuerda: en Jersey las erres son suaves. Como si estuvieras demasiado cansado para terminar la palabra.

Luca se sacudió esta nueva personalidad y asumió su yo normal por un momento.

—Mira, si las cosas se descontrolan, simplemente empezaré a disparar. No debería necesitar una máscara y tinte para el pelo cuando llevo una pistola en la cadera.

Felix saltó de su asiento.

—No. Por favor, no les hagas daño.

—¿Qué? ¿Estos tíos te están enviando cartas amenazantes y tú te preocupas por su seguridad?

—Lo sé, pero... Detenlos, vale. Simplemente no mates a ninguno.

Ella guardó ese pequeño detalle para más tarde. Era extraño lo que el adoctrinamiento le hacía a una persona. Supuso que también había un elemento de síndrome de Estocolmo en juego.

—Haré lo que pueda. ¿Qué más necesito saber? Solo voy a hacer esto una vez, así que asegúrate de darme todos los detalles.

Felix se removió en su asiento, como si prefiriera estar en cualquier otro lugar. Pero Ella tenía que reconocérselo: estaba cooperando, aunque fuera bajo coacción. Tal vez aún hubiera esperanza para él.

—Hay una contraseña. Tienes que decírsela a Caleb. El tipo de la puerta.

—Vale, ¿cuál es la contraseña?

—Sanguine.

—¿Sanguine? ¿En serio?

—Es latín —dijo Ella—. Significa sangre.

Luca levantó las manos.

—Vale. Sanguine será. ¿Y luego qué?

—Todo el mundo entra. Forma un círculo. Ocho sillas, siempre colocadas de la misma manera —Felix dibujó la disposición con los dedos sobre la mesa—. Ezra se pone en el medio. A veces dibuja símbolos en el suelo con tiza. A veces solo habla.

—¿De qué?

—De todo. De nada. Evolución. Transformación.

—Genial. ¿Y si tengo que bajarme la capucha? ¿O quitarme esta estúpida máscara?

—No. Los miembros mantienen sus disfraces puestos todo el tiempo. Solo Ezra se quita el suyo. Es como una eliminación del yo. Como si todos fuéramos solo números, no humanos.

Ella empezaba a sentirse inquieta. ¿Era una buena idea? Ya no estaba segura.

—En las reuniones, yo solía ser el callado. No decía mucho, solo asentía. Pero tienes que prestar atención porque Ezra podría llamarte, preguntarte algo directamente.

—¿Qué hago si me pregunta algo específico sobre ti?

—No lo hará —dijo Felix, negando con la cabeza—. Él y yo no éramos cercanos. No me conoce tan bien.

Ella no estaba tan convencida. Según su investigación, los líderes de sectas hacían de conocerlo todo sobre sus seguidores su principal ocupación. Así era como mantenían el control y hacían que la gente dependiera de ellos. Pero se guardó sus dudas para sí misma. No había necesidad de poner a Luca más nervioso de lo que ya estaba.

—¿Y los otros miembros? ¿Alguno de ellos podrá darse cuenta de que soy un impostor?

—No si mantienes la capucha y la máscara puestas —dijo Felix mientras se rascaba la muñeca, donde el grillete había dejado una marca roja—. El Número Tres habla mucho. Un tipo muy filosófico. El Número Cinco también, pero con un estilo diferente. Más agresivo. El Número Seis tiene un tic raro. No lo menciones.

Luca recorría la habitación, calzado con un par de botas de Felix que habían traído de su casa. Ningún detalle era demasiado pequeño cuando uno se infiltraba en una secta. Luca miró a Ella con una pregunta en los ojos. Ella inclinó la cabeza hacia la puerta. Luca asintió y se volvió hacia Felix.

—Quédate tranquilo. Volvemos enseguida —dijo Luca.

Ella siguió a Luca al pasillo. Cerró la puerta tras ellos.

—Esto es más difícil de lo que parece —dijo Luca, tirando de la máscara donde le apretaba la nariz. La cinta elástica ya le había dejado una marca roja en la mejilla—. Sabes que esto es una locura, ¿verdad?

Ella le alisó la sudadera por los hombros. Luca era bastante más ancho que Felix, pero con suerte los otros miembros lo atribuirían a la ropa.

—Si no quieres hacerlo, no pasa nada. Simplemente acabaremos con este grupo por la vía oficial —dijo ella.

—Hemos llegado hasta aquí. Y si grabo todo lo que ocurre, quizás obtengamos buenas pruebas circunstanciales.

Ella estudió su rostro, recordando la granja, cómo se había quedado paralizado al ver aquellos graneros. Sí, quizás obtendrían buenas pruebas circunstanciales, pero no podía anteponer el trabajo a su compañero, a pesar de la frialdad que había entre ellos en ese momento.

—Eres un buen agente, Hawkins. Y un mentiroso aún mejor. Si alguien puede hacerlo, eres tú —dijo ella.

—Gracias. Si oyes disparos, esa es tu señal para venir corriendo.

—Entendido. Ross y yo estaremos esperando fuera.

—Bien.

—¿Estás listo del todo? —preguntó Ella—. La diversión empieza en un par de horas.

—Sí. Solo déjame practicar el acento y estaremos listos para irnos.

En algún lugar, en una tienda de ropa abandonada, ocho sillas esperaban en círculo. Ocho máscaras se reunirían para discutir misterios y transformación.

Y una de ellas podría estar matando gente en nombre de la sabiduría antigua.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Infiltrarse en una secta. Encontrar a un asesino. No ser descubierto en el proceso.

Simplemente otra noche de miércoles.

Luca encontró Madame Butterfly's escondido entre un local chino abandonado y lo que antaño fuera un videoclub. El edificio le recordaba a las fotos de una escena del crimen: todo preservado exactamente como había muerto. Tablones de contrachapado cubrían la mayoría de las ventanas como vendajes baratos sobre viejas heridas. Había pintadas que podían o no haber sido obra de la Orden. El cristal que quedaba albergaba una colección de maniquíes de ojos muertos que juzgaban a cualquiera lo bastante insensato como para merodear por esta parte de la ciudad después del anochecer.

Cuatro meses como Agente Especial. Cuatro meses de papeleo, fotos de escenas del crimen y ayudar a Ella a perseguir asesinos en serie. Y ahora, allí estaba, a punto de entrar en una sala llena de potenciales asesinos mientras fingía ser otra persona. La Academia del FBI tenía cursos sobre trabajo encubierto, pero nada te preparaba para lo real. Nada te preparaba para llevar la ropa de otro hombre mientras una grabadora de voz se te clavaba en las costillas como una pequeña mano fría.

Las botas de Felix le venían grandes. La sudadera le apretaba en los hombros y la máscara de airsoft hacía que cada respiración sonara como si estuviera muriéndose de tuberculosis. Pero lo peor era el silencio. Normalmente Ella llenaba estos momentos con bromas, datos curiosos o historias de cómo había hecho algo parecido antes y todo había salido bien. Esta noche no tenía más compañía que sus propios pensamientos.

Y ahora eran las nueve de la noche. Hora del espectáculo.

Calle arriba, el todoterreno de Ella se fundía con las sombras. Luchó contra el impulso de mirarlo directamente. Hasta los agentes novatos sabían eso: reconocer a tu respaldo era como llevar un cartel diciendo "Hola, soy policía". Pero saber que ella estaba allí con Ross ayudaba. Un poco.

Luca apagó el motor del Honda, salió y se dirigió calle abajo, pasando el videoclub. Noviembre en Nueva York no se andaba con chiquitas: iba directo al hueso y acampaba allí. Sus quemaduras palpitaban contra el frío. Dos semanas no eran suficientes para olvidar cómo se sentía el fuego.

Luca notó su Glock contra la cadera y la grabadora de voz contra el pecho. La última tecnología, según el Departamento de Policía de Manhattan. Fina como una tarjeta de crédito y buena para seis horas de grabación. La habían pegado cuidadosamente, probado una docena de veces, pero ¿y si fallaba? ¿Y si no captaba nada más que estática? ¿Y si hacía ruido?

Basta. Esto no ayudaba. Concéntrate en la misión. Entrar. Grabar todo. Salir. Sencillo.

Al menos este edificio era de ladrillo. Nada de madera, nada de paja, nada que pudiera incendiarse. Su mente no dejaba de volver a eso, por mucho que se dijera a sí mismo que esto no era Oregón.

Sí, sencillo. Igual que una cirugía cerebral. Fingir ser un tío diez años más joven que tú, que no se parece ni actúa como tú. Joder, ¿por qué Ella no podía tomar el camino fácil? ¿Por qué tenía que ser tan teatral con todo esto? La mujer había transformado su vida para mejor en los últimos meses, pero deseaba que a veces hiciera las cosas según las normas. Claro, las tácticas poco ortodoxas sonaban genial, hasta que el director te colgaba de las pelotas porque todas las pruebas que encontraste eran inadmisibles en el tribunal.

Luca llegó a su destino. Sin luces dentro. Sin señales de movimiento. Solo una vieja puerta de cristal con Madame Butterfly's Vintage Clothing grabado en letras doradas desvaídas. Debajo, alguien había arañado lo que parecían símbolos en el cristal.

Triángulos y círculos que le dolían los ojos si los miraba demasiado tiempo.

Solo otra alma perdida buscando significado, se dijo. Interpreta el papel.

Tocó su Glock de nuevo. Quince balas más una en la recámara. Si las cosas se torcían, tenía opciones. Opciones ruidosas y desordenadas que definitivamente arruinarían la noche de todos, pero opciones al fin y al cabo.

¿Cuál era el procedimiento aquí, de todos modos? Felix no había mencionado el protocolo. ¿Los miembros de la secta llamaban? ¿Simplemente entraban? ¿Había algún apretón de manos secreto que debería conocer? Maldito Felix. ¿No podría haberle dado un poco más de información? El manual sobre cómo infiltrarse en sociedades alquímicas era sorprendentemente escaso en detalles.

Pero entonces apareció un rostro en la ventana: una rodaja de luna pálida bisecada por un tajo verde. Una máscara, igual que la suya. Los ojos brillaban detrás del plástico. La mano de Luca se movió instintivamente hacia su arma antes de que pudiera detenerse.

Tranquilo, vaquero. Descubrir tu tapadera en los primeros treinta segundos sería un nuevo récord.

La puerta chirrió al abrirse, pero la figura no dijo nada. Simplemente se quedó allí, esperando, como el sustituto de la muerte.

La garganta de Luca se secó como un desierto. La contraseña. ¿Cuál era la contraseña? Algo de sangre. No, sangre en latín.

–Sanguine –dijo.

La palabra sonó ridícula al salir de su boca, como si estuviera haciendo una prueba para una producción de instituto de Macbeth. Pero la figura se apartó. Sin apretón de manos secreto. Sin respuesta cósmica. Solo un permiso silencioso para entrar en lo que una vez fue una tienda de ropa vintage.

El guardia, si es que lo era, se hizo a un lado. Sin cacheo, sin control de armas. O estos tíos eran muy confiados o muy idiotas.

Una última respiración profunda, un último momento de cordura.

Y estaba dentro. Había cruzado el umbral. No había vuelta atrás, al menos durante otras dos horas, o hasta que alguien le descubriera.

La parte delantera de la tienda aún contenía percheros con antiguos vestidos y trajes envueltos en plástico. Sus mangas vacías señalaban el camino hacia una habitación trasera, probablemente un almacén en la vida anterior del edificio. Luca avanzó, intentando aparentar que ya había hecho esto antes. La luz se filtraba alrededor de una puerta entreabierta, y Luca entró en un espacio que había sido despejado de todo excepto sillas dispuestas en un círculo perfecto.

Cinco ya estaban ocupadas.

Cada persona parecía idéntica: capucha negra, máscara verde, postura militar erguida. No había forma de distinguir quién era quién excepto por los números en sus espaldas. Luca hizo un rápido recuento. Dos. Tres. Cinco. Seis. Siete.

¿Cuál de ellos es el asesino?

Algunos asintieron cuando entró. Otros permanecieron inmóviles. Todos sus instintos le gritaban que memorizara detalles, pero eso no es lo que haría Felix. Felix simplemente tomaría asiento, mantendría la cabeza baja y esperaría instrucciones.

Así que eso es lo que hizo Luca.

Cada respiración a través de los filtros de la máscara sonaba demasiado fuerte. Luca sentía los ojos sobre él a través de máscaras idénticas. ¿Lo sabían? ¿Podían percibir al impostor entre ellos? Le picaba la mano por tocar su arma, pero se mantuvo quieto. En cualquier momento, alguien se daría cuenta de que no era Felix. En cualquier momento todo se iría al garete y tendría que abrirse paso a tiros.

Pero nadie se movió. Nadie habló. El silencio tenía peso, como algo en lo que te podías ahogar. Los únicos sonidos eran la respiración y el lejano aullido de las sirenas; esto seguía siendo Nueva York después de todo, incluso en este rincón de irrealidad.

Dos figuras más entraron juntas. Cuatro y ocho, a juzgar por los números en sus espaldas. Iban cogidos del brazo como novios adolescentes, y Luca solo podía imaginar qué tipo de relación se caracterizaba por la participación en una secta. Tomaron asiento uno al lado del otro. Según el recuento de Luca, eso hacía ocho cuerpos en la habitación hasta ahora.

Su entrenamiento se activó, aunque dudaba en utilizarlo. Estudia los objetivos. Anota detalles. De manera discreta.

Tres era alto y delgado. Cinco tenía antebrazos gruesos visibles bajo las mangas remangadas. Seis no paraba de tocarse el cuello como si le estuviera ahogando. El zapato derecho de Siete tenía un arañazo en la punta. Cuatro tenía un tatuaje en la muñeca y escamas de piel en la máscara y el hombro. Aparte de los detalles superficiales, no podía distinguir mucho más.

Luca sentía los ojos sobre él a través de máscaras idénticas. ¿Lo sabían? ¿Podían percibir al impostor entre ellos? Le picaba la mano por tocar su arma, pero se mantuvo quieto.

Lo saben. El pensamiento se coló sin invitación. Pueden notar que no eres Felix.

Pero eso era la paranoia hablando. Tenía su pistola. Tenía a Ella y Ross fuera. Tenía un entrenamiento que ninguno de estos aspirantes a ocultistas podía igualar.

Sus quemaduras eligieron ese momento para avivarse como si supieran que se estaba mintiendo a sí mismo. De la misma manera que le habían gritado en la granja, justo antes de que se quedara paralizado.

Esta vez no. Ya no era ese novato.

Aun así. Algo en el silencio le ponía los pelos de punta.

La temperatura bajó. O quizás era solo la imaginación de Luca trabajando horas extra. Pero algo cambió en el aire. Los otros también lo percibieron. Pasos resonaron desde algún lugar más allá de las estanterías. Las espaldas se enderezaron. Las cabezas se giraron hacia la puerta.

Apareció como una aparición.

Ezra Crowley no se parecía en nada a los demás. Sin máscara, sin capucha, pero no necesitaba una máscara para parecer inhumano. Un metro noventa de músculo esbelto envuelto en lo que parecía equipo táctico de diseñador. El pelo rubio le caía por los hombros, los lados afeitados revelaban tatuajes que podrían haber sido placas de circuito o runas antiguas. Llevaba lo que parecían gafas de soldar modificadas con múltiples lentes que reflejaban la luz como ojos de insecto. Tenía un rostro que pertenecía a monedas antiguas, con ángulos afilados y mejillas hundidas.

Su ropa era toda de líneas limpias y cuero oscuro, más mesías ciberpunk que líder de secta tradicional.

Un murmullo recorrió a los fieles reunidos. Luca mantuvo su postura neutral, pero su mente trabajaba a toda velocidad. Esto no era lo que había esperado. Se había imaginado a algún aspirante a mago con túnicas, soltando tonterías sobre chakras y energía de cristales. En su lugar, se enfrentaba a alguien que parecía haber salido de un futuro donde la tecnología y el misticismo se habían fusionado en algo nuevo.

Ezra levantó las manos.

—Hermanos. Tenemos mucho que discutir. Pero primero, dejad vuestras herramientas en el suelo. Aquí todos estamos a salvo.

¿Herramientas en el suelo? ¿Qué narices significaba eso?

Las palabras no cobraron sentido hasta que apareció la primera.

Cada miembro del culto metió la mano en bolsillos, cinturones y chaquetas y sacó una cosecha letal.

Armas.

Un sudor frío recorrió la espalda de Luca mientras las armas repiqueteaban contra el hormigón. Formaron un anillo de acero alrededor de su círculo. Una semiautomática, dos revólveres, una Smith & Wesson, una Beretta.

Joder. Felix no había dicho ni una palabra sobre esto. Ni una puñetera palabra sobre que todos irían armados. Si le descubrían como agente federal, esto no solo se iba a torcer, se iba a convertir en un pelotón de fusilamiento con él como invitado de honor.

No había forma de avisar a Ella. Ni de indicar que estaba sentado en una habitación con suficiente potencia de fuego como para iniciar una pequeña guerra. De repente, tuvo la vívida imagen de su esquela: Agente novato del FBI acribillado mientras jugaba a disfrazarse con unos sectarios.

Ezra giró hacia él esas gafas con ojos de insecto. Los instintos de Luca le gritaban que corriera, que luchara, que hiciera cualquier cosa menos quedarse allí plantado como un conejo a la sombra del halcón.

—Bienvenido de nuevo, Hermano Nueve. La Orden perdona. Pero, por favor, deja tus herramientas en el suelo. Aquí todos somos familia.

Mierda, mierda, mierda. Felix, maldito cabrón, ¿no podías haber mencionado este pequeño rito de iniciación? La mente de Luca corría a toda velocidad, buscando desesperadamente una salida, una excusa, cualquier forma de evitar esta prueba de fe retorcida.

Pero no había ninguna. La mirada de Ezra le taladraba, le atravesaba, despojando la carne del hueso y la mentira de la verdad. Lentamente, sintiendo como si se moviera a través de melaza, Luca alcanzó su pistola.

La colocó en el suelo con las otras, intentando mantener sus movimientos suaves, practicados, como si hiciera esto cada miércoles por la noche.

Siete armas más la suya hacían ocho. Ocho oportunidades para que todo esto saliera monumentalmente mal.

Ahora estaba en la boca del lobo, desarmado, sin nada más que su ingenio y su voluntad vacilante para salir adelante. Esto no era para lo que se había apuntado. Esto no era para lo que ninguno de ellos se había apuntado.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Ella había olvidado lo mucho que la vigilancia encubierta se parecía a esperar a que estallara una bomba de relojería. La estática crepitaba a través de los altavoces del todoterreno mientras ella y Ross se acurrucaban en la oscuridad. Desde su posición ventajosa a una manzana de distancia, Madame Butterfly's era solo una sombra más entre las sombras.

El auricular de Ross colgaba alrededor de su cuello; se había quejado de la retroalimentación a los diez minutos.

—¿Herramientas al suelo? —preguntó Ella—. ¿Qué narices significa eso?

Ross se encogió de hombros. Su corbata se había aflojado y el cuello de su camisa estaba desabrochado como si hubiera tirado la toalla.

—Quizá sea algún tipo de jerga de secta. A estos grupos les encanta su vocabulario especial.

—Ya, pero ¿herramientas? —Ella subió el volumen. La transmisión crepitaba con estática y respiraciones ahogadas. Había insistido en el mejor equipo disponible, pero la tecnología tenía la manía de fallar justo cuando más la necesitabas.

A través de los pequeños altavoces del portátil, la voz de Ezra Crowley resonó como un trueno en una iglesia vacía.

—Hermanos y hermanas. Los elementos no esperan a nadie. El tiempo fluye como el agua, quema como el fuego, nos ancla como la tierra, nos eleva como el aire.

Más tonterías metafísicas. Ella golpeaba repetidamente el volante siguiendo un ritmo que coincidía con su pulso, alrededor de 120 pulsaciones por minuto. No debería haber enviado a Luca allí

solo. Cuatro meses como su compañero, y ya lo había echado a los leones. Menuda mentora estaba hecha.

—Deberíamos entrar ya —dijo ella—. Equipo táctico completo. Asalto y limpieza.

Los ojos de Ross permanecieron fijos en la pantalla.

—¿Con qué motivos? Ser raro no es ilegal.

—No, pero dos de nuestras víctimas tenían esos símbolos tallados junto a sus cuerpos. —Alargó la mano hacia su teléfono y luego se detuvo. Con una llamada a Edis podría tener un equipo SWAT aquí en quince minutos. Pero entonces, ¿qué? Se dispersarían como cucarachas, destruirían pruebas, se ocultarían más profundamente. Y si uno de ellos era su asesino, sería una oportunidad desperdiciada.

Además, si herramientas significaba armas, entonces irrumpir podría ponerse feo.

—Los textos antiguos hablan de transformación —continuó la voz de Ezra a través de la transmisión—. No de metal en oro, sino de conciencia en formas superiores. Los elementos no son meros bloques de construcción, son puertas.

Una sirena sonó en la distancia. El latido de Nueva York, regular como fuego de artillería. La transmisión captó sonidos de roce: gente moviéndose en sus asientos, tela contra tela.

—¿Por qué no conseguimos también imagen? —preguntó Ross.

—Demasiado arriesgado. —Ella sacó el plano del edificio en su teléfono. Tres salidas, incluyendo la puerta principal. Sin sótano según los registros, aunque nunca se sabía con lugares tan antiguos —. Todo podría irse al garete en un abrir y cerrar de ojos. Solo hace falta un loco con un arma.

—¿Quién de vosotros ha tocado el vacío entre estados? ¿Quién ha sentido la materia transformarse bajo sus manos? Los antiguos lo sabían. Los textos preservaron su sabiduría.

Más roces. Alguien tosió. La transmisión captó lo que podrían haber sido páginas pasando.

—Este tío habla mucho y no dice nada —murmuró Ross.

—No me digas, pero ¿qué esperas de alguien que monta su propia secta? Trastorno narcisista de la personalidad más un complejo de mesías.

—Los elementos hablan a quienes escuchan. La tierra susurra sus secretos. El agua revela verdades ocultas. El aire lleva mensajes en cada brisa. El fuego purifica todo lo que toca.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ella. Las palabras estaban demasiado cerca de su caso: cuerpos transformados por tierra y agua. Pero el tono de Ezra no contenía malicia, ni indicio de que supiera sobre Marcus Thornton o Sarah Chen. Solo la divagación filosófica de un hombre que había leído demasiados textos medievales.

—¿Crees que lo hizo él? —preguntó Ross.

—Cuanto más habla, más pienso que esconde algunos cadáveres en el armario. Pero no lo sé. Nuestro asesino está tomando estas ideas literalmente, usando elementos reales para asesinar a la gente. Ezra está hablando de filosofía.

—Filosofía que ha matado a dos personas.

—Tal vez. O tal vez alguien en esa habitación se tomó sus metáforas demasiado en serio.

La voz seguía zumbando.

—No estamos separados de los elementos, hermanos. Somos ellos. Tierra en nuestros huesos. Agua en nuestra sangre. Fuego en nuestras mentes. Aire en nuestro aliento. La Gran Obra no trata de cambiar la realidad, sino de recordar lo que realmente somos.

La Gran Obra. Ella tomó nota mental de lo que fuera que significara eso.

Los cultistas murmuraron su acuerdo. El sonido le recordó a Ella el viento entre hojas muertas.

Ross miró su reloj.

—¿Cuánto suelen durar estas cosas?

—Dos horas, según Felix. Pero no podemos sacarle ahora. No sin provocar un baño de sangre.

—Hermano Nueve. —La voz de Ezra resonó—. Vuelves a nosotros después de abandonar el camino. ¿Por qué?

El corazón de Ella dio un vuelco. Agarró a Ross por la muñeca.

—Escucha. Está hablando con Luca.

Este era el momento. Su oportunidad de brillar. Habían ensayado respuestas, preparado preguntas, pero nada podía prepararte realmente para mentir a una sala llena de verdaderos creyentes.

—El vacío me llamó de vuelta —la voz de Luca llevaba la mezcla perfecta de vacilación y reverencia. Incluso su acento de Jersey se mantuvo firme—. Estaba... perdido sin la Orden.

El silencio se extendió por la transmisión. Ella contuvo la respiración. Una palabra equivocada, un desliz en su personaje, y toda esta operación se iría al traste.

—El vacío siempre llama a sus hijos a casa —dijo Ezra con satisfacción en su tono—. Pero el camino requiere dedicación. Sacrificio. ¿Estás preparado para recorrerlo de nuevo?

—Sí —Simple. Directo. Perfecto.

—Hawkins lo está llevando con calma —dijo Ross.

Ella le mandó callar. Cada palabra importaba ahora. Cada frase podía ser una pista sobre quién, entre los seguidores de Ezra, había convertido los delirios filosóficos en asesinato.

—Buscaste conocimiento en lugares prohibidos. Cuéntanos lo que aprendiste.

Ella contuvo el aliento. Esto no formaba parte del guion. No se habían preparado para preguntas directas sobre el intento de Felix de acceder a los archivos restringidos.

—¿Tú... fracasaste?

—Sí, lo hice. Lo siento —dijo Luca.

Otro momento de silencio. Ella contuvo la respiración. Se encontró extendiendo instintivamente la mano hacia el pomo de la puerta.

—Pero el Hermano Ocho insistía en que esos textos eran accesibles.

—Pues no lo eran. ¿Qué quieres que te diga?

—Ahora no, Hawkins —gritó ella al portátil—. Guarda ese sarcasmo para cuando salgas de allí.

—Sin embargo, lo intentaste. La búsqueda en sí tiene valor. Comencemos —Se oyó el ruido de páginas pasando.

Crisis evitada.

Ella soltó el aire. Cuatro meses de colaboración y aún subestimaba a Luca. Nunca le había fallado, incluso cuando le pedía que hiciera cosas estúpidas como esta. Quizás no merecía a alguien con un corazón tan noble como el suyo.

—Esta noche hablamos de transmutación. De pasar entre estados del ser. Los textos antiguos nos dicen que la materia no se crea ni se destruye, simplemente se transforma.

Física básica disfrazada de lenguaje místico. Ella reconoció la táctica: los líderes de sectas a menudo retorcían principios científicos convirtiéndolos en revelaciones profundas. Hacían que sus seguidores se sintieran especiales por entender verdades básicas.

—Nos reunimos esta noche bajo la mirada vigilante de Hermes, el gran conductor de almas, el que camina entre mundos. Los elementos están en flujo, el velo se vuelve fino. ¿Podéis sentirlo?

A través de los altavoces, Ezra continuaba su sermón. Ella miró su reloj. Apenas habían pasado quince minutos desde que Luca entró en esa habitación, pero parecía que habían sido horas. Todo lo que podía hacer era escuchar. Y esperar. Y rezar para no haber enviado a su compañero a una trampa mortal.

CAPÍTULO TREINTA

Dos horas se sintieron como veinte cuando estabas escuchando a un lunático con gafas de ciberpunk predicar sobre la conciencia cósmica. A Luca se le había dormido el trasero hacía una hora, y su vejiga estaba organizando una revolución en toda regla. Ella le había advertido sobre las vigilancias, sobre quedarse quieto durante horas, pero nunca le había mencionado cómo era ver a un hombre con equipo táctico de diseñador dibujando círculos en el suelo mientras soltaba una ensalada de palabras cósmicas.

Ezra no había parado de moverse en todo el tiempo. Merodeaba por el círculo como un tiburón probando el cristal del acuario, pontificando sobre elementos y energía y cosas que hacían que Charles Manson sonara como Gandhi. Un minuto hablaba de espíritus de la tierra y al siguiente de física cuántica. El tipo probablemente podría venderle la iluminación al mismísimo Buda.

En un momento dado, Ezra había sacado un cuenco de cobre lleno de lo que parecía mercurio. Les había hecho respirar los vapores mientras cantaban algo en latín. Luca lo había fingido, conteniendo la respiración mientras se preguntaba si el envenenamiento por mercurio estaría cubierto por el seguro médico del FBI.

Si una de estas figuras enmascaradas era su asesino, no se estaban delatando. Todos interpretaban su papel a la perfección: asintiendo en los momentos adecuados, murmurando su acuerdo cuando Ezra alcanzaba sus picos dramáticos. Eran como niños de teatro que habían cambiado a Shakespeare por lo oculto.

Y durante todo esto, la vejiga de Luca se había vuelto cada vez más insistente. Quizás esto era lo que significaba cumplir treinta: tu cuerpo se volvía contra ti, un órgano a la vez.

Ezra levantó las manos hacia el techo. Sus gafas de soldar modificadas captaron la luz y la convirtieron en pequeñas explosiones.

—La hora se hace tarde, hermanos. Los elementos descansan, y nosotros también debemos hacerlo.

Luca exhaló un suspiro. Lo había logrado. Dos horas viviendo en un mundo bizarro, rodeado de siete cultistas armados y un tipo híbrido de vikingo-ciberpunk que parecía estar en un perpetuo viaje de ácido.

Y a través de todo ello, nadie había sospechado que el papel de Felix Blackwood estaba siendo interpretado por Luca Hawkins.

Gracias a Dios que había terminado. Los riñones de Luca estaban a punto de solicitar el divorcio.

—No hay deberes esta semana. Tomaos el tiempo para meditar sobre los misterios. Pero preparaos para la próxima reunión. El velo se adelgaza, el eclipse se acerca. Nuestro momento llega —la voz de Ezra llevaba ese tono específico que hacía que todo sonara profundo.

Los demás asintieron como si realmente entendieran de qué hablaba este Neo de saldo. Se levantaron de sus sillas en perfecta sincronía, como si lo hubieran ensayado. Uno por uno, recogieron sus armas del suelo. Luca esperó hasta que varios otros hubieran recuperado las suyas antes de hacer su movimiento. No había necesidad de llamar la atención. Una vez que todos estuvieron suficientemente armados de nuevo, Luca recuperó su Glock. Hizo como que la revisaba, como si no se hubiera sentido desnudo como un recién nacido sin ella toda la noche.

El impulso de salir corriendo de repente era fuerte. Tenía su arma de vuelta en la mano, su próstata estaba tocando el xilófono en su vejiga, y no había sacado nada en claro de esta pequeña aventura.

Pero aun así, Luca había llegado hasta aquí. No tenía sentido abandonar antes de haber exprimido al máximo su estancia.

—¿Ezra? —la voz chillona del Número Cuatro llevaba ese tono reverente que los cultistas parecían perfeccionar—. ¿Puedo usar el baño?

Ezra sonrió. Incluso eso parecía ensayado.

—Por supuesto. Como es arriba, es abajo. Los elementos fluyen a través de todos nosotros.

¿En serio? El tipo no podía ni hablar de ir al baño sin convertirlo en filosofía.

Aun así, Luca no iba a perder su oportunidad. Levantó la mano.

—Sí, yo también. Necesito mear como un caballo de carreras.

Las palabras salieron puro Nueva Inglaterra, nada parecido al acento de Jersey Shore de Felix.

Algunas máscaras se volvieron hacia él. Sintió sus miradas a través de idénticos agujeros para los ojos. Incluso la mirada con gafas de Ezra se detuvo medio segundo de más.

Hora de aficionados, Hawkins. Cuatro meses en el Bureau y ni siquiera podía mantener su maldito acento. El tipo de error que hacía que los policías encubiertos aparecieran en contenedores de basura. Forzó sus hombros a mantenerse relajados, rezando para que su cara no estuviera tan roja como se sentía bajo la máscara.

Pero entonces Ezra dio su permiso con un gesto. Luca siguió al Número Cuatro hacia la parte trasera de la tienda, pasando por viejos percheros que parecían esqueletos de acero. Un pasillo estrecho conducía a lo que debía haber sido el baño de empleados cuando este lugar vendía vestidos vintage en lugar de cosas místicas.

El Número Cuatro desapareció dentro. Luca se balanceó sobre sus talones mientras esperaba. Una larga mesa dominaba una pared, apilada con libros que le darían pesadillas a un conservador de biblioteca. Volúmenes encuadernados en cuero con lomos agrietados. Libros de bolsillo tan gastados que sus títulos habían desaparecido. Una copia de ese libro que había visto en la habitación

de Felix - Más allá del Velo de Lydia Soulwright. Luca supuso que era un best-seller del que aún no había oído hablar.

Pero entonces un volumen diferente llamó su atención: un tomo enorme encuadernado en cuero rojo. Letras doradas deletreaban «Corpus Hermeticum: El Divino Poimandres de Hermes Trismegisto». El latín de Luca estaba más oxidado que un naufragio, pero reconocía lo suficiente para saber que aquello no era una lectura ligera.

Luca hojeó rápidamente. Las páginas parecían a punto de desmoronarse al menor roce. Diagramas, símbolos, texto denso en múltiples idiomas. No estaba seguro de lo que buscaba.

Hasta que la esquina doblada lo llevó directamente a ello.

Su estómago dio un vuelco como si hubiera perdido un peldaño en la oscuridad, porque allí, extendidos en dos páginas amarillentas, estaban los mismos símbolos que le habían atormentado desde que comenzó este caso.

No similares. No inspirados en.

Los mismos patrones intrincados que habían encontrado tallados en la piedra de la cantera y pintados con espray en las rocas del embalse. Cinco símbolos que parecían retorcerse en la página. El triángulo dentro del círculo, la espiral que se mordía la cola, los otros que desafiaban la descripción pero que hacían que la electricidad le recorriera la piel. El texto debajo era un galimatías de latín y griego, pero las ilustraciones le dejaron sin aliento. Cada símbolo había sido dibujado con precisión mecánica en tinta que hacía mucho tiempo se había vuelto del color de la sangre seca.

No era una reproducción moderna. Ni una interpretación. Esta era la fuente. El paciente cero de cualquier locura que hubiera infectado la mente de su asesino.

Se sintió como si hubiera chocado de frente contra un cable eléctrico. Esto no era una simple coincidencia. Su asesino no había inventado estos símbolos: los había encontrado justo aquí, en este libro que parecía más antiguo que las montañas. Necesitaba

enseñárselo a Ella, conseguir a alguien que pudiera leer realmente estas cosas.

Entonces sonó la cisterna, y la puerta del baño se abrió con un chirrido. Luca metió el libro bajo su sudadera mientras el Número Cuatro se acercaba a él. Solo otro engranaje en la máquina, esperando su turno para vaciar la vejiga. Nada que ver aquí, circulen. Pasaron sin hablarse, manteniendo la ficción del anonimato, y Luca decidió seguir a su compañero cultista de vuelta por el pasillo y fuera de la puerta. El libro le presionaba las costillas mientras su vejiga se rebelaba, pero había una solución para ambos problemas: largarse de allí.

—¿Te vas a alguna parte?

Ezra se materializó al final del pasillo como algo salido del mañana. El otro cultista, quienquiera que fuese, ya había escapado a juzgar por el timbre de la puerta.

—Solo necesitaba mear —dijo Luca. El acento se le escapó de nuevo. No era suficientemente de Jersey. No era suficientemente Felix.

—¿En serio? —Los ojos de Ezra, tras las gafas, le taladraron—. Los servicios están justo ahí.

—He cambiado de idea.

Ezra se acercó más, extendió la mano y alisó una arruga en la sudadera de Luca en un gesto extrañamente paternal. Un poco demasiado cerca para su comodidad, demasiado cerca del libro que había robado.

—Bienvenido a casa, Felix. Te hemos echado de menos.

Luca permaneció en silencio. Todos sus instintos le gritaban que corriera, pero Felix no correría. Felix se mantendría firme. Presionó el libro contra sus costillas con el antebrazo, sintiéndose de repente como un mago intentando esconder un truco.

—Gracias.

—El camino de la sabiduría nunca es recto. A veces debemos desviarnos para encontrar el camino de vuelta.

¿Qué se suponía que debía decir? ¿Algo igualmente vago? Se ajustó la máscara un poco, asegurándose de que sus rasgos definitorios estaban cubiertos.

—Debemos. Pero ahora he vuelto.

—Me alegro. Y debo elogiar esa habilidad psíquica tuya.

—¿Ah, sí? —dijo Luca. No tenía ni idea de lo que Ezra estaba hablando.

—En efecto. Te perdiste la última sesión, en la que dije a todos que se armaran para esta sesión. Y sin embargo, lo hiciste. Estoy impresionado.

Mierda. Ahora tenía sentido. Felix no había mencionado las armas porque no sabía de ellas. La mente de Luca buscó desesperadamente una excusa.

Interpreta al verdadero creyente. Canaliza a tu cultista interior.

—Los elementos hablan a quienes escuchan —Luca dejó que su voz cayera en ese registro místico que había oído toda la noche—. Fluyen a través de todos nosotros, ¿verdad? Tal vez conectaron nuestras... conciencias.

¿Era esa la palabra correcta? ¿O siquiera una palabra? Luca no lo sabía, y una parte de él esperaba que Ezra descubriera su verdadera identidad para tener una excusa para llevarlo a comisaría ahora mismo.

No. Necesitaba consultar con Ella primero.

—Has crecido en tu ausencia. Quizás la separación fue necesaria para tu evolución.

Luca quería reír. Ahí estaba él, con una pistola bajo la chaqueta, un libro robado contra sus costillas, soltando una ensalada de palabras metafísicas a un tipo con gafas de steampunk. La Academia del FBI definitivamente no le había preparado para esto.

—Mejor me doy prisa. Tengo cosas que hacer —Luca pasó junto a Ezra y se apresuró por el pasillo sin detenerse a mirar atrás. Justo cuando Luca agarró el pomo de la puerta, Ezra gritó:

—Gracias por venir esta noche... Felix.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Había cosas más divertidas que hacer en una habitación de hotel a medianoche que traducir textos antiguos, pero ahora no era momento para tales frivolidades, porque Ella tenía el libro.

El libro. El que Luca había mangado de la reunión del culto. Había pasado casi dos días diseccionando esos símbolos mientras buscaba una explicación, y Hawkins había tropezado con sus orígenes mientras esperaba para ir al servicio. Sus páginas exhalaban ese aliento polvoriento característico que solo emanaba del papel realmente viejo, y ahora llevaba una hora traduciéndolo mediante una aplicación.

Apuntar, sacar foto, comprender misterios antiguos. ¿Qué tan difícil podía ser?

Más difícil de lo que había pensado, al parecer. Del latín al español. Del griego al español. De algún idioma que ni siquiera podía identificar al español. Hasta ahora, había descubierto revelaciones profundas como "la esencia fluye a través de toda la materia" y "la transformación requiere una alineación perfecta". El tipo de tonterías místicas vagas que podrías encontrar en cualquier librería esotérica.

—La quintaesencia fluye a través de los recipientes de carne —dijo entornando los ojos mientras miraba su móvil—. ¿Qué narices significa eso?

—Significa que deberías dormir un poco —dijo Luca desde su cama. Aún no se había quitado el disfraz de Felix, solo se había despojado de la máscara y la sudadera. El tinte negro del pelo había empezado a correrse, haciendo que pareciera que se había metido la cabeza en un charco de aceite.

—No puedo dormir —dijo mientras sacaba otra foto de un párrafo particularmente denso. La aplicación procesó durante unos

segundos antes de escupir más basura metafísica—. Esto podría cambiarlo todo.

—¿Todo? —Luca intentó incorporarse sobre sus codos, pero sus quemaduras debían dolerle porque rápidamente abandonó la idea—. ¿Te emociona un montón de filosofía medieval escrita por tipos que pensaban que el plomo podía convertirse en oro?

—Esos símbolos estaban en este libro siglos antes de que nuestro asesino los usara —dijo haciendo zoom en otro pasaje—. Eso significa...

—Eso no significa nada, Ell. ¿Por qué no volvemos y detenemos a Ezra ahora? El motivo no importa si sabemos quién es el asesino.

Antes de salir del lugar de reunión de la Orden, habían apostado a un agente fuera para vigilar el lugar y seguir a Ezra Crowley una vez que saliera. Pero según su falta de notificaciones, Ezra no había abandonado el lugar de la reunión. Empezaba a pensar que vivía allí.

—Joder, encaja perfectamente en el perfil —continuó Luca—. Es un capullo sediento de poder. Tiene un pie en la realidad y otro en su mundo de fantasía. Condiciones perfectas para engendrar a un asesino en serie.

—Y tiene un libro con nuestros símbolos.

—Exacto. Entonces, ¿cuál es la duda?

Ella se frotó los ojos cansados. En este juego, aprendías a confiar en tu instinto, y algo le decía que Ezra Crowley era un sospechoso demasiado conveniente.

—Si podemos encontrar una conexión entre Ezra y las víctimas, entonces tendremos motivos para traerlo. Sin pruebas, realmente no podemos retenerlo. Entonces corremos el riesgo de que huya.

Luca se acercó y dio un golpecito al libro.

—¿Esto no es una prueba? Me dejé la piel para conseguirlo. ¿Sabes lo nervioso que estaba allí? Si esos tipos se hubieran vuelto contra mí, ahora podría estar en una losa.

—Lo hiciste increíblemente bien. Es solo que...

—¿Solo qué? Porque yo no quería entrar allí. Tú me obligaste, y si fue todo para nada, entonces...

—No. No lo decía en ese sentido. En serio. Yo no podría haber hecho lo que tú hiciste. Solo quiero estar segura.

Luca se tumbó de nuevo en la cama.

—Pues yo digo que ataquemos rápido, porque no pudiste encontrar nada sobre esos símbolos en ninguna parte, y Ezra los tenía expuestos sobre la mesa como si quisiera que alguien los encontrara.

Y ahí estaba el problema, pensó Ella, pero se guardó sus preocupaciones para sí misma porque el pobre Hawkins había arriesgado su vida esta noche.

—Siento haberte pedido que entraras allí. Si hubiera sabido que estaban armados...

—Sí, bueno, tuve que sentarme allí mientras un adulto hablaba de respirar con el universo. Tuve que fingir que cantaba en latín mientras inhalaba lo que probablemente era residuo tóxico. Tuve que fingir que entendía qué demonios significaba transmutación, todo mientras miraba un montón de armas a mis pies. Piensa en eso la próxima vez que me pidas hacer algo estúpido que podría no valer la pena por los resultados.

Luca se dio la vuelta y le dio la espalda a Ella. Las palabras le dolieron más de lo que esperaba. A veces olvidaba que todo esto era nuevo para él. Que hace cuatro meses, había sido un novato con cara de niño que nunca había mirado a la muerte a los ojos. Ahora había estado encubierto, se había infiltrado en un culto, se había enfrentado a ocho sospechosos armados. Y ella lo había lanzado a todo eso sin pensarlo dos veces.

—Luca...

—No te molestes. Duerme un poco. El libro seguirá siendo una locura por la mañana.

Sabía que no tenía sentido seguir con esta conversación. Miró fijamente la montaña de mantas que ocultaba a su novio y de

repente deseó haber hecho esto de otra manera. Había presionado demasiado, esperado demasiado. Un error de principiante para una mentora. Y a pesar de toda su precipitación, poniendo a Luca en una situación de vida o muerte donde los resultados ni siquiera estaban garantizados, Luca aún había encontrado oro entre el plomo. Quizás él era el verdadero alquimista aquí.

Pero como siempre, tenía razón. Si Ezra Crowley era su asesino, entender su obsesión con estos símbolos no marcaría la diferencia. Un motivo sólido podría añadir unos años más a su condena, pero lo importante era llevarlo ante un juez en primer lugar.

Si tan solo pudiera encontrar una pequeña cosa que lo vinculara con cualquiera de las víctimas, podría arrastrarlo a los calabozos y mantenerlo allí.

Aunque había un problema.

Aún no conocía su verdadero nombre.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El fuego no era como los otros elementos. El agua fluía donde quería; el aire vagaba libre; la tierra perduraba. Pero el fuego consumía y transformaba. El fuego convertía todo lo que tocaba en versiones de sí mismo.

El Alquimista se remangó e inspeccionó las fotografías dispuestas sobre la mesa de trabajo. Fotos policiales frías, de esas que nadie quiere que le hagan. Un profesor de geología mirando fijamente a la cámara. El carné de personal de una bióloga marina con sus ojos brillantes y su optimismo. Una foto publicitaria de una empresa de globos, mostrando aventura y posibilidades.

Y ahora esta: un artesano trabajando, absorto en el arte de la creación. La foto había sido recortada de una revista especializada. El rostro del sujeto no era importante. Lo que importaba era cómo sus manos manipulaban las materias primas, cómo entendían que la destrucción y la creación eran la misma fuerza vista desde ángulos diferentes.

El Alquimista había elegido cuidadosamente. Semanas de observación, de comprobar y volver a comprobar según los criterios de los textos. El recipiente debía entender la naturaleza dual del fuego: su capacidad de creación y destrucción. Debía vivir entre el orden y el caos.

Como los otros. Marcus había pasado su vida estudiando los secretos de la tierra. Sarah se había dedicado a los misterios del agua. El recipiente del aire había entregado su vida al cielo y al viento. Y el sacrificio de mañana vivía en el abrazo del fuego.

Cada uno perfecto en su elemento.

Simetría perfecta. Transformación perfecta.

Las manos del Alquimista temblaron ligeramente al medir el pentobarbital sódico en un vial de cristal. Los cambios se habían acelerado después de la tercera transformación. Sentidos agudizados. Momentos de claridad que rayaban en la presciencia. El cuerpo se convertía en algo que abarcaba múltiples estados del ser.

Los textos también habían predicho esto. Las alteraciones físicas precederían a la transformación final. La carne se estaba preparando para la trascendencia.

El Alquimista guardó las fotos. Encariñarse no ayudaba a nadie. Ya no eran personas, eran portadores de esencia elemental esperando ser liberados. Los nombres no importaban. Los rostros eran irrelevantes. Solo su conexión con los elementos tenía significado.

Aun así, una última revisión del espacio de trabajo. Los vasos de precipitados brillaban mientras una balanza digital parpadeaba indicando que estaba lista. La mezcla debía ser perfecta: cualquier variación en la composición química comprometería todo el proceso. Tres éxitos hasta ahora demostraban que la fórmula funcionaba, pero el fuego requería un manejo especial. Consumía sin discriminación y lo convertía todo en cenizas si se le daba la más mínima oportunidad.

La reunión aún resonaba en la mente del Alquimista. Ocho máscaras en círculo, jugando a comprender mientras la verdadera transformación ocurría justo bajo sus narices. Sus rituales eran tediosos pero necesarios: proporcionaban cobertura, creaban confusión, desviaban la atención del verdadero Trabajo. Que cantaran sus frases sin sentido y dibujaran sus círculos. La verdad vivía en la acción, no en la metáfora.

Una sirena aulló en algún lugar de la ciudad. El Alquimista hizo una pausa, escuchó, se relajó. Solo una ambulancia, no la policía. Aunque a estas alturas ni siquiera importaría ser descubierto. Tres elementos ya se habían transformado. El cuarto esperaba como una crisálida, listo para abrirse. Y después de eso, solo quedaba un recipiente antes de la culminación.

Había que organizar la mesa de trabajo. Todo en su lugar, cada herramienta dispuesta según su propósito. No se trataba de ritual o ceremonia, sino de precisión. Eficiencia. La mezcla tendría que hacerse in situ mañana, lo que significaba transportar los componentes por separado. No había margen de error al tratar con acelerantes.

Pero algo más exigía atención primero. El Alquimista recuperó un cuaderno encuadernado en piel. En su interior, las observaciones llenaban páginas con una caligrafía precisa. Detalles sobre recipientes, tiempos, condiciones ambientales. El método científico aplicado a la transformación.

La entrada de esta noche sería diferente. La mano del Alquimista se deslizó por la página:

El sujeto muestra una ligera diferencia de altura. Marcha alterada. Variaciones ocasionales de acento que sugieren un origen de Nueva Inglaterra en lugar de nativo de Nueva Jersey. La masa muscular y la anchura de los hombros indican entrenamiento físico regular.

La policía finalmente les había alcanzado. Estaba bien. Incluso era de esperar. Perderían el tiempo persiguiendo conexiones metafísicas mientras el verdadero Trabajo continuaba. Que estudiaran símbolos y entrevistaran testigos. Cuando lo entendieran, ya sería demasiado tarde.

El Alquimista sonrió y añadió una última nota:

El impostor demostró habilidad en el engaño, pero se delató a través de sutiles indicios. El entrenamiento sugiere un trasfondo en las fuerzas del orden. Identidad no confirmada pero irrelevante para la finalización de la fase actual.

La pluma arañó un punto final en la página. Mañana traería el fuego, y el fuego lo cambiaba todo. Pero esta noche había traído su propia revelación, porque la persona que llevaba la máscara del Hermano Nueve esta noche ciertamente no era Felix Blackwood.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Ella se despertó con el sonido de una catástrofe disfrazada de televisión matutina.

Sentía el cuello como si alguien hubiese reemplazado su columna vertebral por una barra de acero, y su lengua parecía haber criado pelo. Tenía papeles pegados a la mejilla: la maratón de investigación de anoche convertida en almohada. Se había quedado dormida en el escritorio del hotel en algún momento entre traducir un pasaje sobre la quintaesencia y buscar la descripción de Ezra Crowley en todas las bases de datos a las que tenía acceso.

La habitación dio un giro lento mientras se despegaba de la improvisada almohada. Recordaba fragmentos de la investigación de anoche a través de una neblina de agotamiento. Horas de toparse con callejones sin salida, de cruzar registros de propiedades, de introducir textos antiguos en aplicaciones de traducción que escupían galimatías. Alrededor de las 3 de la madrugada, había intentado encontrar a Ezra Crowley en internet sin éxito.

Ni rastro de su verdadera identidad en ninguna parte. El tipo era un fantasma que de alguna manera había conseguido acceso a una tienda de ropa abandonada. Lo que significaba o bien un ocultamiento de identidad a nivel experto o que Ella no había investigado lo suficiente.

El libro —Corpus Hermeticum: El Divino Poimandres de Hermes Trismegisto— aún yacía abierto donde lo había dejado. Más de sus símbolos se habían revelado durante la noche: diagramas de transformaciones elementales que le hacían doler la cabeza. La aplicación de traducción había logrado descifrar algo de latín, pero era el equivalente medieval de una tesis doctoral escrita bajo los efectos del ácido.

El recipiente debe encarnar el elemento en que se convierte.

Los símbolos deben aplicarse después de la transformación cuando el recipiente ha alcanzado su estado elemental.

La Gran Obra no puede precipitarse.

Algo molestaba su conciencia. Un sonido que la había sacado de un sueño inducido químicamente. Parpadeó para quitarse el sueño de los ojos e intentó concentrarse.

Televisión. Noticias de la mañana.

—Estás despierta —dijo Luca.

La voz de Luca la hizo dar un respingo. Estaba sentado en el borde de su cama como una estatua a la que alguien hubiese vestido con ropa informal del FBI. Su atención estaba fija en la televisión como si contuviera todas las respuestas de la vida.

—Define despierta —intentó recuperar la sensibilidad en las piernas. Las quemaduras se habían endurecido durante la noche, convirtiendo el simple movimiento en un ejercicio de masoquismo—. ¿Qué hora es?

No hubo respuesta. Solo esa mirada perdida hacia el televisor.

—¿Hawkins?

Seguía sin decir nada.

Eso llamó su atención. Luca tenía dos modos: hablarte hasta marearte o quedarse en silencio sepulcral. El segundo solía significar que había un problema.

Siguió su mirada hacia la televisión. Las noticias del Canal 4 tenían ese tono específico que usaban cuando algo horrible había sucedido pero necesitaban llenar tiempo de emisión hasta que llegaran más detalles. Una toma desde helicóptero mostraba vehículos de emergencia reunidos alrededor de la base de Storm King Mountain como buitres en un funeral.

La voz del presentador tenía ese tono de falsa seriedad que hacía que todo sonara peor:

—...el globo fue descubierto esta mañana temprano por excursionistas cerca de Storm King Mountain. El cuerpo de la piloto

Tessa Webster, de 32 años, fue encontrado dentro de la góndola. Los testigos informan haber visto la aeronave volando erráticamente ayer por la tarde antes de perder altitud...

Las imágenes cambiaron a una toma que le quitó el aliento a Ella. Un globo yacía desinflado sobre el terreno rocoso como un gigante caído. El nailon rojo y amarillo se extendía en un círculo de treinta metros. La cesta estaba tumbada de lado, con una lona azul cubriendo un extremo.

—La fallecida ha sido identificada como una experimentada operadora comercial de globos con más de diez años de tiempo de vuelo. Las fuentes dicen que la señora Webster estaba trasladando el globo a un próximo festival en el condado de Columbia cuando se perdió el contacto...

La mente de Ella se enfocó de golpe. Sabía lo que Luca diría antes de que abriera la boca. El mismo pensamiento probablemente estaba ardiendo en sus dos cerebros en ese momento.

—Ell, tenemos tierra, agua...

—Y ahora aire.

Pero ¿cómo? ¿Cómo podría alguien provocar el accidente de un globo aerostático? Esto no era atraer a alguien a una cantera o un embalse. Esto era un nivel completamente nuevo de organización.

—¿Crees que es nuestro tipo? Storm King Mountain está a unos, ¿qué, dieciséis kilómetros de aquí?

Ella agarró su teléfono y marcó el número de Ross. Contestó al primer tono.

—Ella. ¿Qué ocurre?

—El accidente del globo aerostático. En las noticias. ¿Has oído hablar de ello?

—¿Oído hablar de ello? Estoy en la escena ahora mismo.

—¿Estás allí? —Ella respiró hondo—. ¿Y a nadie se le ocurrió llamarnos?

—No. ¿Por qué deberíamos?

—Tenemos a un sujeto desconocido que ataca a personas con vínculos a los elementos y estáis todos ahí parados en un accidente de globo sin siquiera considerar... —Se contuvo, forzó su voz a calmarse—. ¿Cuánto tiempo llevas allí, Ross?

—Llegamos hace una hora. La limpieza está en marcha. Parece un accidente grave.

—No —protestó. Ya estaba cogiendo su chaqueta. Incluso Luca debería haberla despertado para esto. Menudo compañero estaba hecho—. Echa un vistazo alrededor. Podría ser nuestro hombre.

Un momento de silencio. —Lo dudo. Solo hay un cuerpo aquí. Por muy bueno que sea nuestro hombre, no es adivino. No puede hacer que un...

—Busca símbolos. En las rocas, en el globo, en cualquier parte.

—Ya lo hice. No hay ninguno. Nada tallado, pintado, arañado... nada como en las escenas de la cantera o el embalse.

Ella apartó el teléfono de su oreja. Su pulso se aceleró mientras intentaba asimilar la información para darle sentido. ¿Podría ser una coincidencia extraña? ¿Estaba viendo cosas donde no las había?

Echó un vistazo a las traducciones que había garabateado en su libreta la noche anterior. Todo pasó ante sus ojos en un borrón de galimatías sin sentido, pero de repente algo encajó. Una chispa se encendió en el fondo de su mente y rápidamente cobró fuerza.

Los símbolos deben aplicarse después de la transformación, cuando el recipiente haya alcanzado su estado elemental.

En el caso de Marcus Thornton, el asesino había dejado sus marcas antes de su muerte.

Pero con Sarah Chen, el asesino debió haber visitado la escena después del asesinato para dejar su marca.

Lo que significaba que, si este era su asesino, necesitaría llegar también a este lugar del accidente. En persona.

—Ross —espetó—, asegura el perímetro. Ni prensa, ni civiles, nadie se acerca a ese globo.

—¿Qué? ¿Por qué? Mira, tengo que irme ya. Puedo reunirme contigo en comisaría en...

—No. Confía en mí. ¿Cuánta gente hay allí?

—No lo sé. Un montón. Ha atraído a una multitud.

—Bien. Mantenlos allí. No dejes que nadie se vaya porque nuestro asesino podría ser uno de ellos.

Ella colgó y se volvió hacia Luca, que ya estaba vestido con su mejor ropa.

—Hawkins, tenemos que ir allí.

—Sí. Por suerte llevo una hora listo. Date prisa.

Ella miró la hora. Las 8 de la mañana. Por supuesto, Hawkins ya estaba impaciente por salir. Podría avergonzar a un soldado con su rutina disciplinada.

—¿A qué distancia está Storm King Mountain?

—A cuarenta minutos si nos saltamos todas las normas de tráfico de aquí a allí. Pero ¿es nuestro asesino lo bastante tonto como para colarse en una escena del crimen llena de policías?

Ella ya se estaba poniendo la chaqueta.

—¿Tú qué crees?

—Tú conoces mejor que nadie a los asesinos ritualistas. Dímelo tú.

—Es una compulsión por completar el patrón —dijo ella mientras corría por la habitación cogiendo lo que necesitaba—. Su necesidad de terminar la secuencia anula la evaluación normal del riesgo. Es como un TOC con esteroides. Para él, dejar el ritual sin terminar invalidaría todo el proceso. Mira a BTK. Se coló en escenas del crimen después de los hechos solo para colocar correctamente a sus víctimas. No soportaba la idea de que su "obra" estuviera incompleta.

Luca estaba en la puerta.

—Menos mal que me he puesto las zapatillas de correr. ¿Y si nuestro asesino no puede terminar su trabajo?

—Entonces todo el patrón se desmorona. Cinco elementos, cinco símbolos, cinco víctimas. Rompe la cadena y rompes el hechizo —dijo mientras abría la puerta—. Lo que significa que se arriesgarán a cualquier cosa para poner esos símbolos en la cesta del globo.

—Incluso a entrar en una escena del crimen llena de policías.

—Especialmente eso —dijo ella, que ya estaba a mitad del pasillo—. Porque para ellos, no somos fuerzas del orden. Solo somos obstáculos.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

El Valle del Hudson amaneció con la muerte, y Ella tenía asiento de primera fila. Condujo su todoterreno por la sinuosa carretera hacia Storm King Mountain, esquivando furgonetas de noticias y curiosos ansiosos por vislumbrar la tragedia. Luca apenas había dicho nada desde que salieron del hotel, y Ella no le culpaba. Probablemente seguía enfadado con ella por lo de anoche, y nada mataba una conversación como un cadáver inesperado.

Ella pisó el freno. Delante, el lugar del accidente se extendía por la cara este de la montaña, donde un globo aerostático había descubierto que la gravedad siempre gana al final. La cinta amarilla ondeaba con el viento, como la meta de una carrera que nadie ganó. Ella y Luca bajaron del coche y se dirigieron hacia allí. Las credenciales de Ella les permitieron pasar los controles del perímetro y a los mirones con sus móviles en alto y los reporteros intentando parecer preocupados para sus cámaras.

—Esto es lo que pasa cuando te estrellas en propiedad municipal —dijo Luca, señalando con la barbilla hacia la multitud de reporteros—. Imagínate si se hubiera caído en un sitio tranquilo.

Ross les encontró antes de que dieran diez pasos. Tenía esa mirada conmocionada que ponían los policías cuando habían visto algo que les perseguiría en sus cafés de las tres de la madrugada.

—Habéis llegado rápido.

Los ojos de Ella recorrieron los restos. La envoltura se había desplomado en un charco de nailon de treinta metros de ancho, enterrando la cesta debajo. Bultos cubiertos con lonas salpicaban el paisaje: escombros o partes de cuerpos. Era difícil adivinar cuál era cuál.

—Sí, así es. ¿Puedes explicarnos lo que ha pasado?

—No realmente. No quiero ser borde, pero esta no es vuestra escena. Demonios, ni siquiera es mi escena. Una vez que descartemos el juego sucio, Delitos Graves se largará de aquí.

—Entonces déjanos ayudarte a descartar el juego sucio.

Ross se encogió de hombros. —Vale, pero los jefes ya están hablando de jurisdicción, así que hacedlo rápido, ¿eh?

—Tan rápido como quieras —dijo Luca.

Ross sacó su bloc de notas y consultó sus apuntes. —La víctima se llama Tessa Webster, 32 años. Piloto comercial de globos. Estaba llevando este trasto a un festival al norte del estado cuando desapareció del radar ayer alrededor de las dos de la tarde. La última transmisión de radio conocida la situaba en algún lugar sobre Storm King. Unos excursionistas la encontraron al amanecer.

Ella preguntó: —¿Causa de la muerte?

Ross la miró como si acabara de escupir en su café. —¿Causa de la muerte?

—Sí.

—Odio ser el Capitán Obvio, pero se estrelló contra una montaña.

—Tiene razón, Ell —dijo Luca.

—Ya, pero ¿paro cardíaco? ¿Desangramiento? ¿Qué?

Ross dijo: —No lo sabemos. El forense aún no ha llegado.

—¿Podemos echar un vistazo?

Ross miró alrededor con cautela, luego se acercó. —Vale, pero no toquéis nada, no mováis nada. He examinado cada centímetro de esos restos y no hay símbolos, ¿de acuerdo? Además, con todas estas cámaras alrededor...

Ross se calló, pero Ella captó el mensaje. Un accidente de globo era noticia de primera plana durante un par de días. Un accidente de globo causado por un asesino en serie era noticia de primera plana hasta que los medios decidieran que ya no lo era.

Ella asintió en señal de acuerdo y se dirigió hacia el lugar del accidente con Luca detrás. La cesta había abierto una zanja de diez metros en el suelo de la montaña antes de detenerse contra un grupo de abedules. El impacto había retorcido su estructura, pero la construcción de mimbre había absorbido la mayor parte de la fuerza.

Dentro, Tessa Webster seguía sentada exactamente como la muerte la había encontrado. Sin sangre, sin trauma evidente. Solo una mujer que había dejado de existir en algún punto entre la tierra y el cielo. Aún no la habían movido, siguiendo el protocolo para casos de sospecha de incidentes médicos.

Ella examinó el campo de escombros y rápidamente concluyó que algo no cuadraba. Los globos aerostáticos no caían así del cielo. Había visto accidentes antes, y normalmente implicaban más fuego y gritos. Esto parecía casi pacífico en comparación. Como si la piloto se hubiera echado una siesta a trescientos metros de altura y se hubiera olvidado de despertar. Un cadáver perfectamente normal en un lugar perfectamente anormal.

—Tal vez simplemente... se apagó —dijo Luca—. Un ataque, un infarto. Podrían ser mil razones.

No así, pensó Ella. No cuando encajan en un patrón.

—¿Sabes algo sobre globos aerostáticos? —preguntó Ella.

—Nada. ¿Y tú?

—Mi padre me llevó en uno cuando tenía unos cinco años. Ahí empieza y termina mi conocimiento.

Examinó el interior de la cesta. A juzgar por los leves zumbidos mecánicos, algunos de los instrumentos de vuelo aún funcionaban. Dos tanques de propano descansaban en sus soportes y un termo de acero había rodado contra la pared lateral.

Ross se acercó y tocó el hombro de Ella. —Ya que insistes tanto, echa un vistazo a esto. Lo encontré en el bolsillo de la piloto —Ross le entregó una pequeña libreta.

Ella abrió el cuaderno resistente al agua. Registros de mantenimiento, registros de vuelo, notas de estudiantes. Pasó

páginas de datos rutinarios.

—¿Registro de vuelo?

—Eso parece. Todas sus citas.

Ella encontró la entrada más reciente. Fechada ayer a la una de la tarde.

Entonces sintió un vuelco en el estómago.

13:00 - vuelo de instrucción, pax 1 - Hermes C.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Hermes.

Igual que el libro que Luca había encontrado. Corpus Hermeticum: El Pimandro Divino de Hermes Trismegisto.

—Hawkins, mira —dijo, poniéndole el libro bajo la nariz, pero él miraba al vacío—. La última cita de la víctima era con alguien llamado Hermes.

—Ell...

Ella se volvió hacia Ross.

—Es demasiada coincidencia para ser casual. ¿Podemos revisar las cámaras del lugar de despegue del globo? ¿O los registros de pago de la víctima? Seguro que un estudiante tendría que pagar por adelantado, así que quizás podríamos...

—Ell... —Luca tiró de la manga de su compañera, pero ella estaba demasiado absorta en sus pensamientos, uniendo fragmentos para formar una imagen que no quería ver. Tierra. Agua. Ahora aire. Tenía que ser obra de su asesino porque, uno, los pilotos experimentados no se desmayaban en pleno vuelo, y dos, nadie nacido después de 1800 se llamaba Hermes.

—No hay nada de eso —dijo Ross—. Tessa era autónoma, pero tenía que registrar todos sus vuelos con una empresa llamada Cloud Nine. Ellos actuaban como su control de misión, pero nada más. Ella se encargaba de todo personalmente, al parecer.

Un profesor, un biólogo marino, una piloto de globo. Su sospechoso había conseguido aislar a estas personas y matarlas de diferentes formas cada vez, algo que Ella nunca había visto antes. No se le ocurría un solo asesino histórico que hubiera empleado un modus operandi diferente para cada víctima.

Y la pregunta más importante ahora era: ¿cómo consiguió matar a Tessa Webster mientras estaba sola en medio del cielo?

—¡Ell! —dijo Luca.

Ella le devolvió el libro a Ross.

—¿Qué?

—¡Mira!

Pero entonces vio su cara. Esa expresión específica que significaba que el mundo era demasiado ordenado o demasiado caótico. Siguió su mirada más allá del cordón policial, más allá de las furgonetas de noticias, hasta donde los espectadores se apretujaban contra la cinta.

Y allí estaba él.

Sobresaliendo por encima de los turistas y lugareños que se habían reunido para presenciar las secuelas de la muerte. Su largo pelo rubio brillaba bajo la luz de la mañana como oro hilado. Tatuajes que parecían circuitos decoraban los lados afeitados de su cabeza. Un metro noventa de puro músculo.

Ella no lo había visto en persona, pero no necesitaba los comentarios de Luca para saber a quién estaba mirando.

—¿Es ese...?

—Sí. A las dos en punto. Abrigo negro. Es nuestro cabecilla.

Ezra Crowley. Su principal sospechoso. De pie a plena vista en la escena de su propio crimen.

Vuelto para marcar sus símbolos. Para completar su ritual.

—Maldito cabrón —la mano de Ella encontró su arma—. Ross, ¿ves esto?

—¿El tipo alto con el pelo ridículo? Difícil de pasar por alto.

—Ese es Ezra Crowley. Tenemos que separarnos —una muralla de espectadores se interponía entre ellos y el sospechoso—. Rodeémosle antes de que nos vea.

—Un problema —Ross ajustó su radio—. Si le asustamos, se escabulle entre la multitud.

—Entonces no le asustemos —Ella evaluó el terreno. La pendiente de Storm King Mountain creaba un embudo natural. Una barandilla marcaba el borde de un precipicio de doce metros. Dos coches patrulla bloqueaban la salida norte—. Hawkins, toma el lado oeste. Ross, ve al este. Avisa por radio a tu gente que bloqueen el perímetro, pero diles que mantengan la distancia.

—¿Y tú?

—Directa por el medio.

La mano de Luca rozó su arma.

—¿Solo otra agente federal admirando la vista?

—Exacto. Acorrálalo en silencio. No te hagas el héroe. ¿Listos?

—Listos —dijeron Ross y Luca al unísono y se separaron. Ella se deslizó entre la multitud como humo. Sus quemaduras palpitaban con cada paso, pero el dolor era un viejo amigo a estas alturas; sabía cuándo callarse y dejarla trabajar.

Crowley sobresalía por encima de la multitud. Esta era su primera mirada real al hombre que se hacía llamar el líder de la Orden de la Quinta Esencia. Estaba de pie en la línea de la cinta como cualquier otro espectador; su alta figura se recortaba contra el granito y el cielo. Pero algo en su postura entonaba notas discordantes. No era la satisfacción de un asesino admirando su obra, era algo más. Algo que hurgaba en la cerradura de sus instintos.

La distancia se acortó. Cuatro metros y medio. Lo suficientemente cerca para ver más tinta subiendo por su cuello. La multitud se movía y se agitaba a su alrededor; turistas hambrientos

de tragedia, reporteros desesperados por declaraciones, lugareños que habían venido a curiosear la muerte.

Respiraciones tranquilas. Los ojos en el objetivo.

Ezra aún no se había percatado de su presencia. Estaba hipnotizado por los restos del accidente como si contuvieran las respuestas a todas las preguntas que se había hecho jamás. Luca se acercaba por la derecha. Cuatro metros y medio del objetivo. Ross venía por la izquierda.

De repente, la cabeza de Ezra se giró como un lobo captando el primer olor de la trampa.

Dos metros y medio.

El generador de una furgoneta de noticias se encendió en algún lugar detrás de ellos con un gruñido mecánico.

Y de pronto Ezra se tensó y se giró hacia Ella. El mundo se ralentizó mientras ella observaba cómo las piezas encajaban detrás de sus ojos: la trampa, los jugadores, partida terminada en un instante. Algo salvaje cruzó su rostro, el tipo de sonrisa que no pertenecía fuera de una jaula.

—¡FBI! ¡Alto! —gritó Ella.

La multitud estalló. Los cuerpos chocaron mientras la gente se dispersaba. Los móviles cayeron al suelo. Ella se lanzó tras él, pero la marea humana la empujó hacia atrás, amenazando con hacerla caer. Vislumbró la cabeza rubia de Ezra moviéndose entre el caos mientras se dirigía hacia la línea de árboles.

—¡Abrid paso! —La voz de Luca cortó el pandemonio. La multitud se apartó lo justo.

Ella se abrió paso por el hueco. Sus piernas ardían con un dolor renovado al pisar el terreno irregular. La pizarra suelta se movía peligrosamente bajo cada pisada y el aire frío de la montaña le quemaba los pulmones, pero ella se esforzó más, dejando que la gravedad y el impulso la llevaran cuesta abajo.

Este era el momento. El enfrentamiento final. Maldita sea, ¿por qué no había atrapado a Ezra anoche cuando tuvieron la oportunidad?

Apartó el arrepentimiento a un lado cuando vio a Ezra desviarse hacia un camino de mantenimiento. Un movimiento inteligente: la tierra compacta le daría mejor tracción que esta inestable pendiente. Pero el cambio de ruta le costó segundos preciosos.

El entrenamiento de Ella se activó. La geografía de la montaña se desplegó en su mente como un mapa táctico. El camino de mantenimiento zigzagueaba por la pendiente, pero una ruta más empinada la atravesaba directamente. Alto riesgo, alta recompensa.

Giró a la derecha, lanzándose por una sección casi vertical. Las rocas afiladas se clavaron en sus palmas mientras bajaba medio corriendo, medio deslizándose por la pendiente. Un mal paso y rodaría directamente por la cara de Storm King. Al final, Crowley se subía a la barandilla.

—¡Alto! —Su pistola apuntó al centro de masa—. ¡Manos arriba!

Crowley se quedó inmóvil con una pierna sobre la barandilla. Tan cerca podía ver cada línea de circuito grabada en su cráneo. Esas manos se alzaron lenta y firmemente.

—La otra pierna de vuelta. Ahora.

Obedeció. Sin tonterías místicas. Sin pronunciamientos crípticos. Solo un hombre que sabía cuándo el juego había terminado.

—De rodillas.

Luca se materializó por la izquierda mientras Ross se acercaba por la derecha. Su trampa había funcionado perfectamente. Quizás demasiado perfectamente.

—Hawkins, espósalo —dijo Ella manteniendo su puntería firme.

Algo brilló en el rostro de Ezra, no miedo ni ira, sino algo más cercano a la apreciación. Como un jugador de ajedrez reconociendo una jugada inteligente.

—Bien jugado —dijo Ezra—. Me habéis pillado.

Ella observó cómo Ross pedía transporte por radio. A su alrededor, los móviles grababan todo como buitres digitales. Su asesino atrapado; su caso cerrado. Misión cumplida.

Pero mirando a esta alta y delgada criatura de la noche, esa sensación inquietante volvió.

Algo en todo esto parecía demasiado fácil.

Y en la experiencia de Ella, fácil solía significar que se estaba perdiendo algo importante.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

El fuego vivía en los huesos de Victor Ashford. Cincuenta años soplando vidrio lo habían convertido en algo mitad humano, mitad fragua; una criatura más a gusto con las llamas que con el aire fresco.

El taller ocupaba un viejo edificio de ladrillo a veinticinco kilómetros de cualquier lugar que mereciera la pena mencionar. Argamasa desmoronándose entre ladrillos antiguos, techo de metal que goteaba cuando llovía. Pero el alquiler era barato y los vecinos escasos. Solo Victor, su horno y la forma que el vidrio decidiera adoptar. El viento de noviembre se colaba por las grietas del viejo edificio, pero el horno mantenía el invierno a raya, igual que lo había hecho durante tres décadas transformando arena en arte.

La boca del horno ardía a mil grados. Victor recogió vidrio fundido en su caña y lo rodó como lo había hecho un millón de veces antes. El vidrio se movía como caramelo a esa temperatura, vivo de una manera que solo otros sopladores de vidrio entendían. Una vez intentó explicárselo a su ex mujer. Intentó hacerle ver cómo algo podía ser sólido y líquido al mismo tiempo; cómo bailaba entre estados. Ella simplemente lo tachó de loco y lo añadió a su lista de razones para marcharse.

—Vamos, bonita. Muéstrame lo que quieres ser —dijo.

El calor le quemaba la cara mientras trabajaba el vidrio. El sudor corría a raudales a pesar del frío de noviembre que se colaba bajo la puerta del taller. La pieza estaba casi lista, solo necesitaba clavar la transición del transparente al cobalto antes de que el cliente pasara en unas horas a recogerla. Un tipo de Manhattan quería una "pieza de conversación" para su ático. A Victor le daba igual cómo lo llamaran. El dinero era dinero, y nadie le pagaba por tener opiniones.

Giró la caña y el vidrio respondió como un animal adiestrado. Ya no quedaba mucha gente que hiciera este tipo de trabajo: demasiadas máquinas, demasiados atajos. Hoy en día se podía imprimir casi cualquier cosa en 3D, pero no se podía imprimir alma. No se podían fabricar las pequeñas imperfecciones que hacían especial al vidrio soplado a mano.

La pieza necesitaba otro toque de la boca del horno. Los hombros de Victor protestaron mientras volvía a meter la caña en el horno. La edad era una cabrona en ese sentido: se te echaba encima cuando no mirabas y luego te hacía pagar alquiler por un cuerpo que creías que era tuyo.

Su espacio de trabajo parecía sacado de la revolución industrial. Paredes de ladrillo manchadas por décadas de humo. Herramientas que pertenecían a un museo. Un banco pulido por generaciones de artesanos. El horno lo dominaba todo: una bestia de acero y cerámica que devoraba propano y cagaba arte.

La reciente ola de frío le había fastidiado las articulaciones, pero siguió moviéndose. El movimiento era vida en este negocio. Si te parabas, el vidrio se te adelantaba; si empezabas a pensar demasiado, perdías el ritmo. Su padre le había enseñado eso cuando aún tenía su nombre sobre la puerta del taller.

La camisa de Victor se le pegaba a la espalda mientras trabajaba. La pieza le estaba dando guerra hoy. A veces lo hacían, desarrollaban personalidades propias. Esta quería ser otra cosa. Algo salvaje. Pero el fuego era el esclavo, no el amo, y hacía falta mano firme para doblegarlo a tu voluntad.

Necesitaba agua. El pack de seis botellas de Pure Life estaba en su mesa de trabajo, donde lo había dejado aquel comercial. Buen chaval, o al menos lo parecía. Difícil saberlo hoy en día. Tenía no sé qué historia sobre estudios de mercado, nueva fórmula mineral, muestras gratis para negocios locales. Victor no había hecho demasiadas preguntas. Lo gratis, gratis era.

—¿No hay más talleres por aquí? —había preguntado el comercial—. ¿Nadie más que quiera probar nuestra nueva mezcla?

Victor se había reído de aquello. El vecino más cercano estaba a ocho kilómetros carretera arriba, y el viejo Johnston no abría su puesto desde el verano.

Cogió la botella medio vacía y la apuró. El agua sabía raro, pero todo sabía raro después de horas junto al horno. El calor te jugaba malas pasadas con los sentidos. Hacía que el mundo se desdibujara por los bordes.

Victor comprobó su línea de burbuja y la encontró correcta. La forma del jarrón emergía con cada giro de la caña. Llevaba haciendo esto el tiempo suficiente como para leer el vidrio como un libro. Esta pieza empezaba a portarse bien ahora, no como la última que se había agrietado justo al final.

El vidrio brillaba con más intensidad. Casi listo.

Pero ahora sus manos habían empezado a temblar.

—Ahora no —dijo. Retiró la caña. El jarrón se tambaleó como un borracho intentando bailar—. Ni se te ocurra.

El vidrio no debería bailar así. Victor parpadeó con fuerza y el mundo se estiró como miel caliente. Algo iba mal con el aire del taller, quizás una fuga de gas. Ya las había tenido antes, cuando los reguladores eran tan viejos como los ladrillos.

—Concéntrate —dijo. La palabra salió espesa. Pegajosa. Su lengua se movía como si perteneciera a otra persona.

El jarrón requería atención. El vidrio no esperaría mientras él luchaba contra lo que fuera que estuviese ocurriendo. Pero la habitación había empezado a hacer cosas que las habitaciones no deberían hacer: estirarse por las esquinas, respirar al ritmo del horno. Incluso el glory hole parecía distinto. Más voraz.

—Solo necesito terminar... —Pero, ¿qué estaba terminando? La forma de su caña ya no tenía sentido. El vidrio transparente se fundía con el cobalto como una herida que no cicatrizaba.

Sus rodillas flaquearon. El suelo de hormigón parecía flotar. Victor se aferró al banco y el metal le quemó frío en la palma de la

mano. Mal. Todo se sentía mal. El horno le observaba con su ojo ancestral mientras el sudor le corría por el cuello.

Algo se removió en sus entrañas. No era náusea, era algo más profundo. Como si sus órganos internos se estuvieran reordenando sin su consentimiento. Las herramientas en su banco se multiplicaron y luego se dividieron. Dos pares de alicates se convirtieron en cuatro, luego en ocho.

La caña resbaló. Un vidrio que valía dos meses de alquiler se precipitaba al suelo. Victor lo atrapó por puro reflejo, pero el rescate le salió caro. Sus piernas olvidaron su función, y apenas pudo alcanzar la esquina para vomitar.

Intentó recordar qué venía después. Procedimientos de seguridad. Protocolos de emergencia. Cosas que aprendías para evitar que el fuego te devorase vivo. Pero sus pensamientos fluían como ese vidrio estirado, alargándose y rompiéndose. Los fragmentos de vidrio de la pieza arruinada brillaban cerca. Parecían estrellas. Como trozos de cielo atrapados en ámbar.

El calor del glory hole le acosaba. ¿Siempre había sido tan brillante? Los colores cambiaban en los bordes de su visión: el cobalto se fundía con el transparente en algo que no tenía nombre. Victor era vagamente consciente de que estaba vomitando o ya había vomitado y esperaba que su cuerpo se adaptase.

Entonces un movimiento captó su visión que se desvanecía. Una figura estaba junto a la puerta, solo una sombra contra la luz de noviembre.

—Tú...

El representante de ventas no se había marchado. Nunca se había ido.

La comprensión llegó demasiado tarde. Las piernas de Victor se doblaron como papel mojado. El hormigón se alzó para recibirle mientras la oscuridad se agolpaba. Su último pensamiento fue sobre el vidrio, cómo vivía entre estados, cómo bailaba entre la forma y el caos.

La oscuridad se lo llevó antes de que pudiera terminar el pensamiento.

El fuego había vivido en los huesos de Victor durante cincuenta años. Ahora era el momento de que reclamara lo suyo.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Fuera de las celdas de detención en la Comisaría 23, Ella se apoyó contra un archivador mientras Luca caminaba de un lado a otro haciendo surcos en el suelo. Tres metros de hormigón les separaban de Ezra Crowley, y por primera vez en días, Ella sintió algo parecido al alivio.

Ahora era el momento de examinar las pruebas.

—Encaja —dijo ella, enumerando los puntos con los dedos—. Trastorno narcisista de la personalidad con tendencias mesiánicas. Alta inteligencia mezclada con delirios de grandeza. Aptitud técnica para la planificación compleja. Incluso su aspecto grita maniático del control, ¿viste cómo sus tatuajes se alinean perfectamente con los músculos del cuello?

—Además de todo el rollo de la secta —Luca dejó de caminar el tiempo suficiente para crujirse los nudillos—. Formar un séquito, manipular a personas vulnerables. Dinámica de poder clásica.

—Exacto. La mayoría de los asesinos en serie son líderes de sectas fracasados. Él simplemente tuvo éxito donde los demás fallaron.

El perfil encajaba como anillo al dedo. Crowley tenía el ego, el carisma, la necesidad de dominar a los demás. Incluso su forma de vestir era puro teatro. Todo en él estaba diseñado para crear una imagen e inspirar devoción.

Luca dijo:

—Los símbolos también. Aparte de estar convenientemente en una de las escenas del crimen, los símbolos son nuestra mejor baza para acusar a este tío. ¿Crees que me reconoció?

—Pronto lo sabremos.

—Aunque es raro. Anoche en la reunión parecía el Señor de los Anillos. Hoy simplemente parecía...

—¿Asustado?

—Normal —Luca se encogió de hombros.

—Los psicópatas son los mejores actores. Ted Bundy daba clases en la escuela dominical. BTK era diácono de la iglesia. Nadie sospechaba que tenían una casa de verano en el país de los locos.

Ella no podía negar la evidencia que tenía delante. Una parte de ella no quería aceptar que Ezra fuera su sospechoso, quizás por orgullo, porque lo había pasado por alto la noche anterior. Pero al verlo en esa montaña, a pocos metros de la víctima número tres, los dados habían caído en la peor combinación.

—Sí, pero...

El zumbido de la puerta de la celda interrumpió su hilo de pensamiento. Ross salió con cara de haber ganado la lotería.

—Tengo algo —blandió una carpeta manila—. El verdadero nombre de Ezra Crowley no es Ezra Crowley, para que os enteréis.

—¿Cuál es?

Ross sacó una foto del DNI.

—Su verdadero nombre es Todd Peterson. Nacido en Newark, se mudó a la ciudad hace diez años. Sin antecedentes excepto una multa de aparcamiento de 2019.

Luca resopló.

—¿Qué? ¿Todd? ¿En serio?

—En serio.

—Ya veo por qué lo cambió.

Ross continuó:

—Pero hay más. Adivinad dónde trabaja nuestro amigo Todd cuando no está jugando a ser Charles Manson.

—¿Dónde? —preguntó Ella.

—Cloud Nine Aviation Services. Es su oficial de cumplimiento de seguridad.

Ella se quedó sin aliento.

—¿Cloud Nine? ¿La empresa de despacho de Tessa Webster?

—La misma. Habría conocido su plan de vuelo, su ruta, todo.

Un vínculo. Por fin una conexión concreta entre su sospechoso y una víctima. Cloud Nine. La empresa que había estado coordinando el vuelo de Tessa Webster. Con la que había estado en contacto por radio hasta su gran zambullida en el olvido.

Y Todd Peterson trabajaba allí. El mismo Todd Peterson que se hacía pasar por Ezra Crowley, sumo sacerdote alquímico y chiflado integral. No era una prueba definitiva, pero era un montón de pólvora en un mismo lugar.

El alivio golpeó a Ella como un trago de whisky: suave al principio, luego ardiendo todo el camino.

Luca silbó y dijo:

—Vaya. Tenemos una conexión genuina con una víctima. Con un vínculo así, probablemente podamos conseguir una orden para registrar su casa y ver qué más tiene escondido.

Pero Ross no había terminado. Metió la mano en su chaqueta y sacó una pequeña bolsa de pruebas. Dentro había un trozo de papel, doblado y arrugado como si lo hubieran metido en un bolsillo y olvidado.

—Hay más —Ross sacó una hoja de papel de notas—. Encontramos esto cuando le registramos. Metido en su cartera detrás de una tarjeta de fidelidad de la juguetería local, para que os enteréis.

Ella lo cogió. El papel parecía caro: grueso, con bordes irregulares. Alguien había escrito TESSA WEBSTER en letra cursiva, rodeado de cinco símbolos familiares.

—Maldita sea —murmuró Ella.

Luca se asomó.

—Los símbolos. Esto es lo que había venido a plantar en la escena.

Ella sostuvo el papel a contraluz. No había duda. Eran idénticos. Triángulos encerrados en círculos. Espirales devorándose a sí mismas.

—Pero, ¿por qué los tiene en un trozo de papel?

—¿Quizás como recordatorio de cómo dibujarlos? Son bastante complejos. Yo apenas recuerdo cómo dibujar un monigote.

Ross dijo:

—Afirma que no es lo que pensamos, pero no dio más detalles.

—Todos dicen eso. ¿Qué más le encontrasteis?

—No mucho. Teléfono, cartera, llaves. Ningún arma.

—¿Mencionó la reunión de su secta de anoche?

—Lo insinué, pero lo negó todo.

—Sí, sobre eso —Luca se rascó el cuello—. Todo lo de la reunión está un poco borroso ahora. Quizás sea mejor no mencionárselo.

Ella se volvió hacia su compañero.

—¿En serio? Has pasado dos horas respirando vapores de mercurio con el tío.

—Lo que podría explicar por qué lo veo todo borroso —dijo él extendiendo las manos—. Mira, puede que Ezra sea nuestro sospechoso, y eso está muy bien. Pero también tiene siete chalados que se arrastrarían sobre cristales rotos por él, y todos van armados.

—Estaréis a salvo. Sois del FBI —dijo Ross.

—De donde yo vengo, FBI todavía significa Familia Bien Italiana. Si pudieron asesinar a nuestro antiguo director, pueden asesinarme a mí.

—Buen argumento —dijo Ella—. En cualquier caso, necesito hablar con este tipo. ¿Quieres venir, Hawkins?

—No especialmente, pero iré.

Ella asintió. Dos pares de oídos eran mejor que uno, sobre todo cuando alguien intentaba colarte una trola.

—Quédate fuera de su vista si quieres. Solo escucha. A ver si nuestro hombre mete la pata.

—De acuerdo.

—Ross, déjanos pasar, por favor.

Era hora de averiguar quién era realmente Todd Peterson. Y si Ezra Crowley era solo una fachada o algo peor.

En cualquier caso, alguien había matado a tres personas en nombre de la sabiduría antigua. Ella tenía la intención de saber si el individuo de la celda tres se había ganado su plaza en una prisión federal.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Ella pensó que Ezra Crowley —o Todd Peterson— no se parecía en nada a un asesino en serie. Los asesinos solían ser enclenques y poco imponentes, como bolsas de plástico con forma humana.

Pero el hombre al otro lado de los barrotes tenía algo especial. Presencia, quizás, e incluso se atrevería a decir que un toque de carisma, aun sentado allí como un vikingo que hubiese tropezado a través del tiempo y aterrizado bajo custodia policial. Ese pelo rubio le caía por debajo de los hombros de una manera más propia de la portada de un álbum que de una foto policial. Tatuajes de circuitos decoraban los lados afeitados de su cabeza en patrones geométricos precisos que seguían la curva de su cráneo con exactitud militar. A pesar de lo que los documentales sobre crímenes reales querían hacernos creer, los asesinos en serie no tenían ni una pizca de carisma.

Ella se quedó de pie fuera de los barrotes mientras Luca permanecía en las sombras.

—¿Estás cómodo? —preguntó ella.

Ezra se encogió de hombros.

—He estado en sitios peores.

—¿Cuándo?

—En vidas pasadas.

—No te pongas filosófico conmigo. Otra vez.

—¿Otra vez? ¿Nos hemos conocido antes?

—No en persona. Pero vamos a hacer algunas preguntas de verdad: ¿por qué estabas en la escena del crimen hoy?

Ezra miró al techo como si su excusa estuviera escrita allí en moho.

—No era el único que estaba allí.

—Cierto. Pero algo me dice que no estabas allí para conseguir la exclusiva.

El sospechoso trazó un patrón en su rodilla y luego se encogió de hombros de nuevo.

—¿No hablas? —preguntó ella—. Qué curioso, porque por lo que he oído, normalmente te encanta el sonido de tu propia voz.

Eso captó su atención. Levantó la cabeza como si alguien hubiera tirado de una cuerda.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Transmutación. Transformación. Alquimia. Los elementos fluyen a través de todos nosotros. ¿Te suena familiar? Eres todo un filósofo cuando te pones a ello.

Peterson se levantó del banco con un movimiento fluido. Se acercó a los barrotes y miró hacia las sombras más allá. Luego su rostro se partió en una sonrisa.

—Ah, ahora lo entiendo. Este era el tipo que fingía ser Felix anoche. Muy bueno.

Un repentino escalofrío recorrió cada terminación nerviosa de Ella. Sintió a Luca tensarse detrás de ella. Joder, ¿qué había hecho? Un comentario descuidado y había pintado una diana en la espalda de su compañero. Ocho cultistas armados que ahora sabían exactamente quién se había infiltrado en sus filas. Todos los cursos sobre asesinos en serie en Quantico, y acababa de romper la regla más básica: nunca le des ventaja al objetivo.

—Menuda actuación —la sonrisa de Ezra se ensanchó—. Aunque tu acento neoyorquino necesita trabajo.

Demasiado tarde ya. Cuanto más se demorara en ello, más molesto se pondría Luca. Y si Ezra era su asesino, entonces la noticia de la infiltración de Luca podría no llegar nunca a los demás.

—No estamos aquí para hablar de acentos —Ella sacó su libreta. A la antigua usanza, pero los sospechosos tendían a hablar más

cuando pensaban que estabas anotando cosas—. Estamos aquí para hablar de tres asesinatos.

—Entonces estás perdiendo el tiempo.

—Hablemos de esta mañana. ¿Qué hacías en el lugar del accidente?

—Porque, genio, recibí un mensaje diciéndome que comprobara cómo estaba Tessa.

—¿Un mensaje? ¿Qué tipo de mensaje?

—Esa nota que encontró tu detective. La que tenía el nombre de Tessa y los símbolos —volvió al banco—. No es mía. Alguien la dejó para mí.

Ella podía sentir cómo la red de mentiras comenzaba a tejerse. Excusas sobre coincidencias. Tenía a Ezra en la horca, y todo lo que tenía que hacer era seguir dándole cuerda.

—¿Quién la dejó?

—No lo sé.

—¿Alguien de tu culto?

—La Orden no es un culto. Y sí. Después de que todos se fueran.

—Explícate.

Peterson suspiró como un profesor lidiando con estudiantes lentos.

—Estaba limpiando. Encontré un trozo de papel en el suelo. El nombre de Tessa, algunos símbolos que no reconocí.

—¿Y pensaste qué? ¿Que alguien te estaba enviando un telegrama cósmico?

—Uno de nuestros miembros más... dotados a veces recibe mensajes.

Ella no pudo evitarlo. Se rió.

—¿Qué, ahora los miembros de tu culto son psíquicos?

—Uno de ellos lo es.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras en el agua. Ella sintió a Luca moverse detrás de ella, probablemente luchando contra el impulso de gritar que era una chorrada en voz alta. No podía culparlo. Años de estudiar a asesinos le habían enseñado que venían en dos sabores: los que creían en sus propios delirios y los que usaban las creencias de otros en su contra. Aún no estaba segura en qué categoría caía Ezra.

—Claro. Y yo soy la amante del Papa —plantó los codos en las rodillas y se inclinó más cerca de los barrotes—. Vamos a fingir por un segundo que me creo esta basura. ¿Cómo sabías dónde estaba Tessa Webster esta mañana?

—Porque trabajo en Cloud Nine. Es mi trabajo saberlo. Estuvimos monitoreando el paradero de Tessa durante todo el día de ayer. Incluso informamos de su desaparición alrededor de las tres de la tarde.

—Parece una coincidencia muy grande, ¿no crees?

—No. Nuestro sistema ADS-B mostró que el transpondedor de Tessa se había apagado sobre Storm King ayer. La señal volvió brevemente alrededor del amanecer de hoy, probablemente cuando los restos se movieron. Para cuando llegué allí, los excursionistas ya la habían encontrado.

Ella observaba su rostro en busca de señales. A la mayoría de los asesinos les encantaba esta parte: explicar su brillantez, revelar cómo habían orquestado todo. Pero Ezra solo parecía cansado. Como un hombre que había visto algo que deseaba no haber visto.

—¿ADS-B?

—Vigilancia Dependiente Automática-Radiodifusión. Todas las aeronaves transmiten datos de localización —habló como si estuviera explicando física a un niño—. Incluso los globos recreativos llevan transpondedores ahora. Cuando pierden la señal, normalmente significa que están por debajo de la cobertura del radar o...

—O que se han estrellado.

—Sí.

Ella procesó esta información. Tessa Webster habría sido una víctima conveniente para Ezra Crowley, pero en ese momento, todavía no tenía ni idea de cómo exactamente había sido asesinada Tessa Webster.

Así que tuvo que hacer una pregunta muy tonta. Pero con suerte, una sobre la que Ezra no pudiera mentir.

—Desde tu oficina, ¿puedes...? —No estaba segura de cómo expresarlo.

Pero Ezra simplemente se rio. Claramente había captado su línea de pensamiento.

—¿Controlar globos? No. Al menos no el de Tessa. Algunos globos tienen pilotaje remoto. El de Tessa no.

Eso puso un abrupto final a su nueva teoría.

—¿Por qué no llamaste a la policía?

—Lo hice. Comprueba los registros del 112. Llamé en cuanto recibí esa señal. Alrededor de las 7 de la mañana.

—¿Y no pensaste en mencionar esta nota cuando te pusimos las esposas en la montaña?

—Oh, claro —se burló Ezra—. Porque eso habría sido genial. "Lo siento, agentes, sé que esto parece malo, pero juro que soy inocente. Solo encontré esta misteriosa nota diciéndome que comprobara lo de la mujer muerta. No, no sé quién la escribió. No, no puedo explicar los símbolos. Pero confiad en mí, soy honesto". ¿Cómo crees que me habría ido?

Ella lanzó una mirada a Luca. Claramente estaba tan dividido como ella en este asunto. Por un lado, el perfil psicológico encajaba con Ezra Crowley como un guante. Por otro, parecía haber demasiadas variables que no encajaban del todo. Se aseguraría de comprobar los registros del 112, pero incluso si Ezra informó a la policía del accidente de Tessa, eso no le hacía inocente. Solo significaba que había cubierto bien sus huellas para crear una duda razonable.

Su cabeza empezó a dar vueltas. La historia de Ezra era inverosímil en extremo. Una nota misteriosa, un fallo del sistema en el momento justo, una carrera frenética hacia el lugar del accidente.

Pero.

También sonaba lo suficientemente loca como para ser cierta. Los asesinos, en la experiencia de Ella, intentaban minimizar su implicación. Alegaban ignorancia, señalaban con el dedo, tejían redes de mentiras para distanciarse de sus crímenes. No se insertaban en la narrativa con historias descabelladas de mensajes secretos e intentos de rescate de última hora.

Ese tipo de giro solo venía de alguien que o bien estaba diciendo la verdad o trabajaba con un guion tan alejado del libro que Ella ni siquiera podía ver las páginas.

Era hora de cambiar de estrategia.

—Hablemos de Marcus Thornton —sacó su teléfono y encontró la foto de la facultad del profesor—. Profesor de Geología. ¿Te suena de algo?

—Solo lo que he visto en las noticias.

—¿Y Sarah Chen?

—¿Quién?

—Bióloga marina. Apareció en el embalse de Kensico ayer por la mañana.

Ezra agitó las manos y dijo:

—Nunca he oído hablar de ella.

—¿No? Quizás algunos de tus seguidores sí.

Eso agrietó su máscara.

—Mis seguidores no harían daño a nadie. Estudiamos el conocimiento antiguo, no la violencia.

—Pero la mutilación de animales y el robo de tumbas está bien, ¿verdad?

Ezra frunció los labios y la miró como si hubiera hecho una pregunta sin respuesta.

—Marcamos animales que ya están muertos. Nunca hemos robado tumbas. Incluso la Orden tiene reglas. Deberías leer nuestro manual.

—Lo he leído. Apenas entendí una palabra.

—Entonces quizás, agente, es por eso que no entiendes a qué te enfrentas aquí.

Ella se acercó a los barrotes. Eso era. El comentario casual que revelaba que Ezra sabía más de lo que dejaba ver.

—Ezra, Todd, como te llames, si nos estás ocultando algo, será mejor que empieces a hablar, o irás a la cárcel por obstrucción a la justicia como mínimo.

Ezra se levantó y se acercó. También agarró los barrotes, lo suficientemente cerca como para que Ella sintiera el calor de su cuerpo.

—Esa nota que alguien me dejó. Tal vez no fue uno de mis seguidores quien la dejó después de todo.

—¿Cómo dices?

Ezra inclinó la cabeza para poder ver a Luca.

—¿Quién dice que no estáis intentando incriminarme? Estuviste en la reunión de la Orden anoche. Podrías haber dejado ese mensaje, sabiendo que lo encontraría.

—¿Crees que plantamos pruebas contra ti? No seas ridículo. Si fuera tan fácil, te habríamos arrestado anoche. Y no te hagas el inocente aquí. Sabemos que enviaste cartas amenazantes a Felix.

—¿De dónde sacáis esas tonterías? —Los nudillos de Ezra se volvieron blancos alrededor de los barrotes—. Nunca amenacé a Felix. La gente es libre de dejar la Orden cuando quiera. No retenemos a nadie como rehén.

Ella mantuvo su mirada, buscando la mentira, buscando al monstruo detrás del hombre. Pero todo lo que podía ver era una

imagen borrosa que podría haberse perfilado en cien cosas diferentes.

—Si todo esto es cierto, entonces tienes que ayudarnos. Danos algo. Nombres, ubicaciones, cualquier cosa que pueda apuntar en la dirección correcta —dijo ella.

Todd levantó la mirada. —¿Te refieres a...?

—Una lista. De cada miembro de tu pequeño club. Para que podamos descartarlos.

Y así, sin más, se cerraron las persianas.

—No. De ninguna manera.

—Ezra, puedes ayudarnos o podemos rastrear a tus seguidores por las malas. Tú eliges.

—¿Crees que voy a entregar a mi gente? Ni hablar.

Ella sintió que su paciencia se agotaba. —Cuanto menos cooperes, peor pinta esto para ti. ¿Lo entiendes, verdad?

—Me da igual cómo pinte —se irguió—. Confían en mí. Ponen su fe en mí. No les traicionaré sirviendo sus cabezas en bandeja.

Escuchó a Luca murmurar una palabrota a tres metros de distancia. Estaba inclinada a estar de acuerdo.

Pero tenía una carta más por jugar. Una pieza más del puzle que podría sacudir algo.

—Corpus Hermeticum —dijo, esperando estar pronunciando el latín correctamente—. ¿Quieres contarme sobre eso?

Ezra arqueó una ceja rubia. —¿El Corpus Hermeticum? ¿Qué pasa con él?

—Tú dímelo.

—Nunca lo he leído. Dudo que mucha gente viva lo haya leído.

Ella no estaba segura de qué juego estaba jugando Ezra ahora. Luca había encontrado una copia de este mismo libro en su posesión. —Supongo que soy una de las pocas afortunadas, porque lo he leído. No puedo decir que entendiera mucho.

—Sí, claro. Las copias del Corpus Hermeticum se venden por unos diez mil euros. Sin ánimo de ofender, inspectora, pero no creo que tú...

—Oh, no podría permitirme uno, no. Pero claramente tú sí podías, porque encontramos una copia en vuestro lugar de reunión.

Ezra negó con la cabeza, como si acabara de escuchar que todo lo que alguna vez supo era una mentira. —Tengo muchos libros de alquimia. Créeme, sabría si tuviera el Hermeticum, y no lo tengo.

Ella buscó en su móvil, encontró una foto de la portada del libro. La sostuvo frente a los barrotes de la celda. —¿Te suena?

Ezra se acercó, entrecerró los ojos. —Ese no es mío.

—Entonces, ¿por qué estaba en tu mesa?

Él soltó una risa burlona. —Debo decir que me siento halagado. Realmente comprasteis una copia del Corpus Hermeticum solo para incriminarme por asesinato. Un esfuerzo bastante caro.

—Bueno, tal vez podrías decirme por qué los símbolos exactos de este libro se encontraron en nuestras escenas del crimen. ¿Y en tu nota? ¿Y por qué el último cliente de Tessa Webster fue alguien llamado Hermes, alias el autor de ese librito?

Ezra la atravesó con la mirada. —Inspectora, ¿sabes qué es el Corpus Hermeticum?

—No tengo ni idea. No pude encontrar nada sobre él en Internet, ni nada sobre el autor.

—Bueno, no lo encontrarías. El libro fue prohibido hace un siglo.

Ella no pudo negar su curiosidad. —¿Por qué?

—Porque no trata sobre alquimia. Trata sobre sacrificio. Pseudociencia que incluso el mundo de la alquimia consideró demasiado extrema.

Se volvió hacia su compañero y esperó que estuviera asimilando esto. —¿A qué te refieres?

—No se sabe mucho sobre él, pero la premisa general era que el sacrificio a través de los elementos podía cambiar tu conexión con

la tierra. No se trata del Magnum Opus como otros principios de alquimia. Se trata de juventud, salud, riqueza, estatus. Hermes creía que el sacrificio podía curar enfermedades.

Las palabras llevaban un peso que hizo que Ella reconsiderara todo. Sintió que la investigación se tambaleaba bajo sus pies como un barco haciendo agua. Todo lo que había parecido sólido hace una hora —Ezra como su asesino, la conexión con el culto, el libro— se estaba disolviendo en preguntas.

—El autor. Hermes Trismegisto. ¿Qué puedes contarme sobre él?

Ezra se rio. —Ahí está tu primer error.

—¿Qué error?

Él se dirigió de vuelta al banco y se sentó. —He terminado de hablar. Quiero hablar con un abogado.

—¿Nos darás una lista? ¿O tenemos que rastrearlos nosotros mismos?

Ezra se estiró en el banco como si fuera un diván en un festín romano. —Todo lo que diré es que ninguno de mis hermanos es un asesino. ¿Entendido?

Un zumbido señaló la llegada de alguien nuevo al área de celdas. Ella se giró y vio el cuerpo de Ross llenar el umbral.

—Dark, Hawkins. Aquí fuera. Ahora.

Ella se dio la vuelta y salió. No confiaba en sí misma para decir nada más a Ezra, porque lo peor no era que pudiera ser inocente. Lo peor era que aún podría no tener ni idea de a qué se enfrentaba exactamente.

En el pasillo, el rostro de Ross tenía ese tono específico que la policía adquiría cuando la cosa se ponía fea. Significaba una de dos cosas: o Ross había encontrado algo que confirmaba la inocencia de Ezra Crowley, o un factor externo lo había hecho.

—Acabo de recibir una llamada —dijo Ross.

Luca hizo una mueca.

—No lo digas. Por Dios, no lo digas.

—Lo siento, agentes. Tenemos un cuarto cadáver. Un soplador de vidrio en Bedford Hills.

Tierra, agua, aire.

Ahora el fuego había reclamado lo suyo.

Su principal sospechoso estaba sentado a seis metros de distancia en una celda, lo que significaba que o bien Ezra Crowley era el mejor ventrílocuo del mundo o acababan de perder un tiempo valioso interrogando al hombre equivocado.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Bedford Hills en noviembre no debería sentirse como la superficie del sol, pero el estudio de Victor Ashford recibió a Ella con una oleada de calor que le recordó su reciente encuentro con el infierno. Incluso a través de la puerta, las olas de aire abrasador se extendían hacia el césped y distorsionaban el mundo como un espejismo del desierto.

Sus piernas se tensaron cuando la memoria muscular se activó. El fuego tenía la costumbre de reescribir tu ADN.

—Joder —masculló Luca, quedándose atrás cerca del coche. Sus quemaduras probablemente cantaban la misma canción que las de ella, pero apenas le había dirigido la palabra desde que salieron de la comisaría. No podía culparle. Había traicionado su confianza para ganar puntos en un interrogatorio, y ahora tenía que pagar el precio con la ley del silencio.

—¿Lista? —preguntó Ross desde la puerta.

No. No estaba lista. No para lo que fuera que les esperaba dentro de aquella fortaleza de fuego y cristal. Pero estar preparada no formaba parte de la descripción del trabajo.

El olor la golpeó primero: madera quemada y arena derretida, y algo más. Algo que pertenecía a los crematorios, no a los estudios de arte. El lugar se extendía por lo que una vez fue un almacén industrial. Las paredes de ladrillo se elevaban hasta las vigas de acero cubiertas de telarañas. Ventanas antiguas dejaban pasar una luz mortecina, y las herramientas colgaban de tableros como instrumentos quirúrgicos. Algunas piezas a medio terminar salpicaban las mesas de acero: jarrones, cuencos y estatuillas.

Y allí, sobre el horno que dominaba la pared del fondo, cinco símbolos se extendían por el viejo ladrillo en trazos negros.

Los mismos patrones intrincados con los que se había familiarizado en los últimos días.

Pero había una pequeña diferencia. El último símbolo a la derecha —el triángulo dentro del círculo— estaba parcialmente incompleto. Luca también debió notarlo.

—A nuestro tipo se le olvidó un trazo —dijo.

—Quizás la pifió. O alguien le interrumpió.

—Sí —Luca escaneó el taller—. ¿No hay cuerpo?

Ross se secó la frente. Su corbata se había aflojado y su cuello ya estaba empapado. Señaló hacia el horno. —Sí que lo hay.

El estómago de Ella se retorció. —Dios, no.

El horno industrial se alzaba como la puerta al infierno mismo. Ella se acercó lentamente, y podía sentir el calor que irradiaba a tres metros de distancia. —¿Cómo narices lo abrimos sin quemarnos las manos?

—Por suerte vine preparado —dijo Ross. Se puso un par de guantes resistentes y agarró un tenedor ennegrecido de la colección de herramientas de la víctima. Ross enganchó el tenedor alrededor del mango del horno y tiró. La puerta se abrió de golpe y trajo consigo el fuego del infierno.

Ella retrocedió. En sus años cazando monstruos, había visto su cuota de espectáculos de horror. Había memorizado fotos de escenas del crimen que daría cualquier cosa por olvidar. Pero lo que apareció frente a ella era un nivel de horror que aún no había presenciado. Esto no era rabia o lujuria o cualquiera de los motivos habituales que convertían a las personas en asesinos. Esto era ciencia. Precisión clínica. Su desconocido había reducido a un ser humano a cenizas con la misma eficiencia fría que habían usado para enterrar a Marcus en la tierra seca, ahogar a Sarah en su elemento, o enviar a Tessa en espiral desde el cielo.

—El tipo se llama Victor Ashford —dijo Ross.

Lo que quedaba de este pobre hombre se había retorcido sobre sí mismo como un boceto de carboncillo. El cuerpo se enroscaba en posición fetal, atrapado para siempre en ese último momento cuando el fuego había reclamado la victoria sobre la carne. El hueso se mostraba en lugares donde la carne se había quemado y los dientes brillaban en un cráneo que nunca volvería a sonreír. Luca se cubrió la cara con el antebrazo y retrocedió unos pasos.

—¿Cómo lo encontraste? —Necesitaba detalles. Algo sólido en lo que centrarse además del olor a matadero que llenaba sus pulmones.

Ross consultó su bloc de notas. —El cliente apareció para recoger un encargo alrededor de las diez. Puerta abierta, sin rastro de Ashford. El tipo esperó una hora y luego lo denunció. Uno de mis hombres reconoció los símbolos y me contactó de inmediato.

—¿Dónde está el cliente ahora?

—Uno de mis hombres lo sacó de aquí antes de que llegarais.

—Probablemente sea lo mejor. ¿Cronología?

Ross se encogió de hombros. —¿Cómo demonios establecemos una cronología de esto? El cuerpo está carbonizado. Podría haber estado ahí dentro tres días o tres horas.

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad? ¿Cuándo fue la última vez que alguien habló con la víctima?

—Aún estamos trabajando en ambas cosas, pero dudo que haya muchas cámaras por aquí. Nuestro tipo vivía en la Edad de Piedra. Tampoco tenía sistema de alarma. El vecino más cercano está a ocho kilómetros por la carretera. Justo cerca de esa granja Blackwood.

Aislamiento perfecto. Terreno de caza perfecto. Su desconocido había elegido a sus objetivos con precisión quirúrgica: cada uno conectado a su elemento, cada uno vulnerable a su manera. ¿Cómo lograba el asesino seguir haciendo esto?

—Tengo algo que podría ayudar con esa cronología de la que habláis —dijo Luca. Ella y Ross se acercaron a su posición. Luca

señaló un charco de vómito amarillento en la esquina.

—Nuestra víctima vomitó —dijo Ross—. ¿Cómo ayuda eso?

—Ross, puedo sentir cómo se me secan los ojos y solo llevo aquí unos minutos. ¿Cuánto tiempo crees que durará un pequeño charco de líquido?

—Entonces, ¿esta víctima fue asesinada hace qué... unas pocas horas?

Ella escuchaba el intercambio, absorta en sus pensamientos. Luca tenía razón en que cualquier líquido aquí se secaría rápidamente, pero el charco de vómito planteaba otra cuestión: ¿por qué vomitaría la víctima? Entre ser asesinado y metido en un horno, ¿cuándo habría tenido la víctima tiempo para vomitar?

La idea no sugería una emboscada. Sugería que el asesino estaba solo. Que el asesinato ocurrió sin nadie más presente.

Y eso apuntaba a un tipo de asesino diferente del que ella creía haber estado persiguiendo hasta ahora.

—Ezra aún podría ser responsable de esto —dijo Ross—. Lo hemos tenido encerrado durante dos horas. Podría haber venido aquí esta mañana.

—No es que vaya a quedar ninguna prueba. No queda nada que examinar, ¿verdad?

Tenía razón, por mucho que a Ella le costara admitirlo. El horno había hecho su macabro trabajo, reduciendo a Victor Ashford a poco más que carbón y fragmentos de hueso. Cualquier evidencia, cualquier pista sobre la identidad de su asesino, se había quemado.

No. Siempre quedaba algo. Los asesinos siempre dejaban algo atrás, físico o no.

Inspeccionó el taller mientras Luca y Ross debatían sobre la cronología. El lugar parecía normal, si por normal se entiende hornos de dos mil grados y herramientas que pertenecerían a un museo. Nada sugería una pelea. No había signos de entrada forzada.

Entonces vio las botellas de agua.

Un paquete de seis Pure Life en el banco de trabajo. Quedaban cinco botellas llenas, aún envueltas en plástico suelto. Pero algo en ellas llamó su atención.

—Agua —dijo.

—Es lógico que tenga agua aquí —dijo Ross.

Ella volvió a inspeccionar el taller. Había un fregadero en una esquina y un grifo con manguera en la otra. No faltaba agua allí, y el agua embotellada habría hervido a esta temperatura. Ella no veía ninguna nevera tampoco.

Algo en ellas no encajaba.

Rompió el plástico y sacó una.

—Eh, ¿deberías estar tocando eso? —preguntó Ross—. Podría haber huellas.

Ella sostuvo la botella a contraluz, y de repente, la escena de lo que había ocurrido aquí se recreó en su mente.

Inspeccionó la siguiente botella. Y la siguiente.

Ahí. Y ahí. Y ahí.

Todos los sellos rotos. Los anillos de plástico partidos.

Alguien había estado ocupado jugando al barman con estas botellas.

El teléfono de Ross vibró. Se apartó, mantuvo una breve conversación y luego volvió con cara de que alguien acababa de reescribir su manual.

—Era el laboratorio —guardó su teléfono—. El análisis toxicológico de Sarah Chen ha vuelto. Encontraron rastros de algo llamado sodio tio-no-sé-qué en su sistema.

—Pentobarbital sódico —las palabras salieron de la boca de Ella.

—Eso es. No tengo ni idea de qué es.

—Es... —comenzó Ella, pero se detuvo. Su mente de repente estalló en una cascada de fuegos artificiales neuronales. Detalles que habían acechado en su visión periférica de repente se enfocaron

con nitidez: la cuidadosa precisión de cada asesinato, la metodología clínica, la forma en que su sujeto desconocido se acercaba a las víctimas sin levantar sospechas. Cinco mil casos de conocimientos de perfilación se realinearon en su cabeza como átomos encontrando una nueva estructura molecular, y uno de los mayores detalles que creía saber sobre este asesino sufrió una violenta reorganización.

—Joder —las palabras se le escaparon antes de poder detenerlas.

—¿Qué? —preguntó Luca. Parte del hielo se había derretido en su voz. Cualquier enfado que tuviera hacia ella, el trabajo seguía siendo lo primero.

No podía negar la evidencia. Los detalles menores. Las pequeñas cosas que parecían insignificantes en su momento pero que ahora brillaban con un nuevo significado.

—Chicos, no creo que Ezra Crowley sea nuestro hombre.

—¿No? —las cejas de Luca se arquearon—. ¿Por qué no?

—Porque ningún hombre es nuestro sospechoso —Ella cogió de nuevo la botella de agua, examinó el sello roto—. Nuestra asesina es una mujer.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Fuera del estudio de Victor Ashford, el viento transportaba el aroma dulzón de carne humana quemada. Ella se mantuvo de espaldas al edificio y observó una bandada de cuervos que sobrevolaba en círculos, atraída por la muerte y la tragedia como el equipo de limpieza de la naturaleza.

El mundo se redujo a este único punto en el tiempo: a este aparcamiento de hierba, a Ross con aspecto de haber perdido una pelea contra una hormigonera, a Luca usando esas puertas de acero como barrera entre él y todo lo que esperaba dentro. Pero más allá del horror inmediato de los últimos momentos de Victor Ashford, la mente de Ella ardía con algo que se sentía como una revelación.

—Explícate, Ella. ¿Qué hace que este asesino sea una mujer? —dijo Ross.

—El método. Cada asesino tiene una firma, pero hemos estado mirando estos asesinatos al revés. Vimos tierra, agua, aire, fuego, pero esos eran solo los resultados finales. La verdadera firma estuvo ahí desde el principio.

—¿Cuál es? —preguntó Luca. Al menos ahora la miraba a los ojos cuando le hablaba. Progreso.

—Matar a distancia.

Ross frunció el ceño. —Explícate.

—Sabemos que nuestro sujeto desconocido no estuvo presente en los asesinatos de Marcus Thornton y Tessa Webster. Probablemente tampoco en el de Victor Ashford, al menos hasta la eliminación. No sabemos sobre Sarah Chen, pero podemos suponer que siguió el mismo modus operandi.

—Vale. ¿Y?

—El análisis toxicológico de Sarah Chen dio positivo en pentobarbital sódico. Un anestésico antiguo, apenas usado ya. El tipo de cosa que te dejaría inconsciente antes de que supieras qué te golpeó.

—De acuerdo.

—En el accidente de Tessa, miré en su cesta y vi un termo de acero. No le di importancia, pero ahora tiene sentido. Nuestra asesina, esta persona Hermes, envenenó su bebida antes del vuelo, probablemente con pentobarbital sódico. Lo cronometró perfectamente: esperó a que alcanzara suficiente altura, y luego se apagaron las luces. Sin lucha, sin desorden, sin posibilidad de que el cuerpo fuera encontrado hasta que fuera demasiado tarde.

—Eso es estirar demasiado la teoría.

—¿Lo es? —Señaló con el pulgar hacia el infierno que acababan de dejar—. Victor Ashford vomita antes de morir. No durante una pelea, no mientras lo forzaban a entrar en ese horno. Antes. Porque alguien le trajo un atento regalo de agua embotellada. Se quedó para ver el efecto del veneno, luego volvió más tarde para terminar de montar la escena.

Las implicaciones empezaron a calar. Podía verlo en la cara de Ross, esa lenta revelación de que habían estado siguiendo el rastro equivocado. Luca también lo captó. Se apartó de la pared y se acercó, la curiosidad profesional ganando a los rencores personales.

—Por eso no había símbolos en el lugar del accidente de Webster —continuó Ella—. Nuestra asesina no podía saber dónde caería ese globo. Tuvo que esperar hasta que se encontrara el cuerpo antes de marcarlo.

—Vale —Ross se pasó los dedos por el pelo que necesitaba un corte hace tres semanas—. Digamos que tienes razón. ¿Qué nos dice esto sobre el asesino?

—Todo —Ella sintió que las piezas encajaban más rápido ahora —. Hemos estado perfilando a un sospechoso masculino. Alguien físicamente capaz de dominar a las víctimas, de mover cuerpos. Pero

el veneno es un juego completamente diferente. Se trata de control, de distancia, de asegurarse de que tus víctimas nunca lo vean venir.

—¿Y eso significa que nuestra asesina es una mujer?

—Piénsalo —Ella empezó a caminar, quemando la energía que venía con el avance—. Las asesinas en serie femeninas son raras, pero cuando matan, siguen patrones específicos. Belle Gunness envenenó a sus maridos por el dinero del seguro. Amy Archer-Gilligan acabó con residentes de su asilo. Kristen Gilbert mató a pacientes con inyecciones de epinefrina.

—La clase de estadística es fascinante —dijo Ross—, pero...

—No son solo estadísticas. Es psicología. Las mujeres eligen métodos que minimizan la confrontación física. Métodos que les dan control total sobre la situación. Nuestra asesina necesitaba ese control, necesitaba que cada muerte representara su elemento perfectamente. El veneno le permitió orquestar todo hasta el último detalle.

La expresión de Luca cambió. —La reunión del culto. Crees que...

—¿Cuántas mujeres había allí, Hawkins? Bajo esas máscaras, esas capuchas, ¿cuántas podrían haber sido mujeres?

—No podía distinguirlo. Todos parecíamos iguales.

—Exacto. Cobertura perfecta. Manera perfecta de esconderse a plena vista —Se volvió hacia Ross—. Y explica algo más. Ezra me dijo en las celdas de detención: "Ninguno de mis hermanos es un asesino".

—Hijo de puta —dijo Luca.

—Exacto. No dijo nada sobre sus hermanas.

El viento arreció y trajo humo de leña de chimeneas distantes. Ella vio cómo la comprensión amanecía en las caras de ambos hombres. El caso se estaba realineando alrededor de este nuevo eje, todas las piezas cambiando para acomodar una nueva perspectiva.

—Esa mujer, quienquiera que sea, es nuestra asesina. Dejó esa nota para que Ezra la encontrara, la que tenía el nombre de Tessa Webster. Plantó el Corpus Hermeticum para nosotros, para hacernos pensar que era de Ezra. Lo ha estado incriminando desde el principio.

Ross parecía como si le hubieran abofeteado con un pez mojado.

—¿Pero por qué? ¿Cuál es su motivo?

—No lo sé —admitió Ella—. ¿Celos? ¿Venganza? ¿Algún retorcido sentido de competición? —Los motivos vendrían después, una vez que tuvieran un sospechoso al que interrogar—. Pero sé una cosa: los asesinos no pueden ocultar su psicología. Un hombre simplemente habría disparado a estas personas, las habría apuñalado, les habría aplastado la cabeza. Pero ¿veneno? Esa es un arma de mujer de principio a fin.

Podía ver todo el siniestro proceso desarrollándose en su mente. No había sido una matanza impulsiva por diversión ni el resultado de un brote psicótico. Esto era una masacre fría y calculada. La obra de una mente precisa y obsesiva.

Y se les acababa el tiempo para detenerla, porque según los cálculos de Ella, aún quedaba una víctima.

La voz de Luca la interrumpió.

—Tenemos que hablar de nuevo con Ezra. Conseguir los nombres de sus seguidoras. Si nos está dando pistas crípticas así, es que sabe quién es la asesina.

Pero Ross ya estaba negando con la cabeza.

—Imposible. El abogado de Crowley acaba de presentar una moción para suprimir sus declaraciones. Tendremos que esperar al menos cuarenta y ocho horas antes de poder siquiera pensar en interrogarle.

Ella maldijo por lo bajo. Se temía algo así. Ezra podría ser un egomaníaco delirante, pero era lo bastante listo como para saber cuándo cerrar el pico y dejar que su abogado hablase por él.

—Cuarenta y ocho horas. Podría atrapar a otra víctima para entonces.

—Bienvenida al sistema. A veces las ruedas de la justicia necesitan un empujón.

Podrían esperar, intentar reunir pruebas suficientes para acusarle como cómplice, pero eso podría llevar días que no tenían.

La mente de Ella repasaba opciones a toda velocidad. Necesitaban nombres, caras, alguna forma de identificar a las mujeres del retorcido club filosófico de Ezra. Incluso si consiguieran una lista de seguidoras, localizarlas llevaría un tiempo del que no disponían. ¿Cómo podían resolver ese enigma sin alertar a su verdadera presa?

La idea le golpeó como un rayo.

—Felix Blackwood —agarró el brazo de Luca. Él se sobresaltó un poco—. Está fuera de custodia. De vuelta en esa granja.

—¿Qué pasa con él?

—Le soltamos esta mañana —dijo Ross—. No podíamos retenerle más tiempo.

Ella ya estaba buscando sus llaves.

—Si Ezra no me da los nombres, quizás Felix lo haga. Su granja está a solo unos dieciséis kilómetros de aquí.

Luca se acercó.

—¿Quieres que vaya contigo?

Ella recordó la reacción de su compañero la última vez que fueron a la granja. Ya le había cabreado una vez esta mañana. No necesitaba añadir otra transgresión a la lista.

—No. No tardaré mucho. Puedes volver a la comisaría. Quizás podrías seguir traduciendo ese libro para mí. La víctima final representará el quinto elemento. Espíritu, éter, quintaesencia, como quiera que lo llamasen. Podría haber pistas sobre a quién atacará después.

—Vale. Ten cuidado —dijo Luca.

Se subió a su todoterreno y arrancó el motor. En el retrovisor, Luca y Ross se redujeron a puntos. Pero la mente de Ella ya iba por delante, hacia lo que le esperaba en la granja de los Blackwood. Hacia las respuestas que Felix podría proporcionar. Hacia la asesina que había estado escondida a plena vista todo el tiempo.

Que esté en lo cierto. Que Felix sea la clave. Y que encuentre a esta tía antes de que mate de nuevo.

CAPÍTULO CUARENTA

Dos mil grados. Eso era lo que hacía falta para reducir a un hombre a sus elementos básicos.

Carbono, calcio, fósforo. Polvo de estrellas y sentimentalismo, como les gustaba decir a todos esos tipos de la Nueva Era. Pero esa era la parte fácil. ¿Reorganizar esos elementos en algo nuevo, algo mejor? Eso requería más que fuego. Requería visión.

El cristal tintineó contra el cristal mientras La Alquimista guardaba su laboratorio. Envolvió todo en periódicos viejos, viendo cómo las fórmulas químicas desaparecían bajo titulares sobre personas desaparecidas y muertes misteriosas. La ironía no le pasó desapercibida. Esto fue una vez un templo de precisión, pero ahora era solo un granero vacío.

Ya se había deshecho del pentobarbital sódico. Un vial a la vez, observando cómo el líquido transparente se arremolinaba por el desagüe. El resto seguiría: el pentobarbital, los otros compuestos que había recolectado durante meses de cuidadosa preparación. Sin pruebas, sin rastros. Igual que las transformaciones mismas.

El último vial de pentobarbital sódico tintineó en su bolsillo: una última celebración, cuidadosamente medida. Había guardado el lote más puro para esta noche. La última transformación exigía perfección. A diferencia de los otros, este recipiente requería un manejo especial. Al fin y al cabo, ¿qué había más delicado que el espíritu mismo?

Los textos antiguos habían advertido sobre este momento. Sobre la tentación de guardar trofeos, de mantener alguna conexión con la Obra. Pero ella sabía más. Todo tenía que desaparecer: los vasos de precipitados, las básculas digitales, las notas cuidadosas que detallaban dosis y tiempos. Que la policía encontrara el ocultismo de tienda de disfraces de Ezra. Que perdieran el tiempo

descifrando sus delirios metafísicos mientras ella completaba su transformación.

El periódico crujió mientras envolvía otro juego de vasos. El sonido le recordó los últimos momentos de Marcus Thornton, de la tierra aceptando lo suyo. Había seguido el rastro del correo electrónico como una polilla a la llama, sin sospechar nunca que la geología sería su perdición. Los detectives aficionados siempre se creían más listos de lo que eran.

Sarah. La bióloga marina había sido tan dócil, tan confiada. Una bebida adulterada, el abrazo de un embalse, y luego nada más que el lento y frío trabajo del cambio elemental. El agua borraba más que huellas dactilares. Con el tiempo suficiente, lo borraba todo.

Los textos eran más difíciles de abandonar. Había recorrido el mundo en busca de estos volúmenes enmohecidos, intercambiado favores y amenazas, gastado dinero que debería haber ido al alquiler en pergaminos desmoronados y tinta desvaída. Los libros de Ezra eran una broma en comparación: reimpresiones de mercado masivo y tonterías de la Nueva Era. Pero ¿estos? Estos eran los auténticos. Sabiduría de los antiguos. Ya había tirado su volumen más importante –el Corpus Hermeticum– en Madam Butterfly's. Por suerte, el conocimiento de ese texto antiguo ya estaba guardado en su cabeza. El Corpus Hermeticum había sido su guía y evangelio. Su autor había prometido que los elementos contenían la clave para la transformación definitiva, para despojarse de la carne imperfecta y emerger como algo superior. Algo perfecto.

Al horno fueron. Uno por uno, liberando sus secretos a la llama. La Crisopea de Augurello, el Introitus apertus de Filaletes, el Libro de las Figuras Jeroglíficas de Flamel. Siglos de pensamiento alquímico, reducidos a humo y cenizas. No es que realmente se hubiera conectado con ellos de todos modos. Simplemente los había coleccionado en su viaje hacia su nueva vida. El único libro que importaba era el Corpus Hermeticum.

La policía no tenía nada. Ni huellas dactilares, ni ADN, ni testigos. Había sido meticulosa. Habían perseguido la sombra de

Ezra, arrestado a Todd Peterson el hombre de familia, no a Ezra Crowley el mesías falso. Para cuando desenredaran esa maraña, ella sería una nueva persona. Intocable.

Tessa había sido la verdadera apuesta. Tantas variables en juego: velocidad del viento, condiciones atmosféricas, la tolerancia del piloto a los sedantes. Pero al final, el aire había reclamado lo suyo. Un termo drogado y un ángel somnoliento cayendo en espiral hacia la tierra con alas de cera.

Aún tenía los gráficos. Altitud frente a tiempo, masa corporal contra concentración química. El destino de Tessa había quedado sellado en el momento en que le entregó su frasco a Hermes.

Y el fuego había sido mucho más simple de lo que imaginaba. Todo lo que había hecho falta era un poco de ayuda de otro elemento, y luego el fuego había hecho el resto.

Se había protegido bien a través de todo esto. No quedaban rastros en el cuerpo de Marcus: la tierra se había encargado de eso. Ninguna huella dactilar había sobrevivido a la transformación de Sarah: el agua purificaba todo lo que tocaba. Los guantes la habían mantenido separada del café de Tessa, de las botellas de agua de Victor. Y esta noche, bueno, esta noche tenía acceso ilimitado. La coartada perfecta. El final perfecto para la secuencia.

Solo quedaba la quinta essentia. El extraño nitrógeno del alma que unía todo lo demás.

El Espíritu, así lo llamaban. La chispa divina. El eje sobre el que giraban los elementos. La Alquimista sabía más. El espíritu no era más que otra forma de materia, como arriba, así abajo. Transforma uno y el otro sigue; una llamada y respuesta oculta tan antigua como el tiempo mismo.

Se había atrevido a lo que ninguno de los viejos maestros había osado. Esos viejos necios con sus huevos y sus atanores. Rozando apenas los bordes de la verdad última, nunca lo bastante audaces para apoderarse del todo. Se habían detenido en la materia burda, sin percatarse jamás de que el verdadero oro estaba en reorganizar

el cuerpo sutil. La crisopea era cosa de necios. La apoteosis, eso sí que era lo trascendental.

Cuatro elementos, cuatro sacrificios. Cuatro pasos hacia la gloria. Había demostrado su devoción, ganado su lugar entre los inmortales. Ahora era el momento de reclamar su recompensa.

Porque tras esta noche, jamás tendría que apartar la mirada de su reflejo.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

El camino hacia Old Acre Farm no se había vuelto más suave desde la última vez que Ella bailó con la muerte en el granero de Blackwood. Frenó en seco frente a la vieja verja desgastada, y el cielo gris plateado colgaba tan bajo que parecía rozar su vientre contra el alambre de espino mientras los cuervos graznaban desde arriba. Noviembre en el norte del estado de Nueva York: como el purgatorio, pero con mejor follaje.

Ella apenas se molestó en poner el todoterreno en punto muerto antes de saltar fuera. El caso era como un cubo de Rubik a pocas vueltas de completarse, y Felix Blackwood era una de las dos personas que podían ayudarla a alinear perfectamente los colores. La otra no hablaría, lo que significaba que no se iría de esta granja hasta haber sonsacado hasta el último detalle a Felix sobre las mujeres miembros de la Orden. Si el montón de cenizas que antes fue Victor Ashford servía de indicación, Ella tenía un reloj haciendo tictac en su cabeza hasta que el elemento final de la secuencia se volviera crítico.

Necesitaba respuestas, y las necesitaba con tiempo suficiente para poner fin de una vez por todas a esta historia de la Piedra Filosofal.

La granja se agazapaba en sus hectáreas, tan acogedora como el espantapájaros medio derrumbado que presidía un campo de malas hierbas muertas en la parte trasera. La casa miraba a Ella a través de ventanas legañosas mientras ella se apresuraba hacia el porche.

Sus nudillos apenas habían tocado la madera cuando la puerta principal se abrió chirriando por sí sola.

—¿Felix? —la voz de Ella resonó en la penumbra, burlándose de ella con acusaciones de demasiado poco, demasiado tarde—. ¡Felix!

¿Hay alguien?

Nada más que un silencio petrificado y el débil tictac de un reloj sepultado en telarañas. La granja, a pesar de su estatus, era bastante pequeña, así que si alguien estuviera aquí, la habría oído. Ella salió de la casa. No tenía sentido perder el tiempo allí: Felix no era precisamente el tipo que se acurrucaba con un buen libro esperando que la muerte lo encontrara. Los terrenos se extendían como un cementerio de agricultura, donde la maquinaria agrícola venía a morir y las malas hierbas a prosperar.

Cruzó el patio trotando. Tres graneros se encorvaban contra el horizonte, y una ráfaga de viento trajo algo que no encajaba. No era exactamente humo, ni exactamente químico, más bien como si alguien hubiera intentado quemar un juego de química. Ella se ajustó más el abrigo y siguió su olfato. El olor la llevó más allá de una cosechadora que era más óxido que metal, a través de parches de hierba rala que se agarraban a sus tobillos.

El rastro se intensificó. Definitivamente algo quemándose, pero con un matiz que hablaba de algo más complejo que papel o madera. Lo había olido antes, cuando la Oficina la enviaba a redadas de laboratorios de drogas. El tipo de olor que viene de quemar cosas que no estaban destinadas a ver el fuego.

El granero más grande se alzaba frente a ella. La abertura exhalaba ese aliento químico, más fuerte ahora. Reciente.

Ella sacó su arma y se deslizó dentro. La luz del día se filtraba por los huecos del techo y pintaba rayas en un suelo de hormigón que había visto su cuota de manchas de aceite. En la esquina más alejada, el calor ondulaba sobre un bidón de aceite modificado, el tipo de incinerador improvisado que gritaba "destrucción de pruebas" a cualquiera que hubiera trabajado en Narcóticos.

Alguien había perforado agujeros de ventilación en la parte inferior y había instalado una parrilla oxidada a media altura. Rudimentario pero eficaz.

Ella se acercó con cautela. El calor irradiaba de la piel metálica mientras el humo se retorcía en el aire, no el blanco limpio del papel

ardiendo, sino algo químico. Dentro, las cenizas y fragmentos de papel ennegrecido aún irradiaban suficiente calor como para hacerle pensar que se había perdido el equipo de limpieza por minutos. Se agachó y sacó un bolígrafo para hurgar con cuidado entre los restos. Trozos de papel carbonizado se desprendieron. Demasiado frágiles para distinguir algún texto, pero el grosor del papel y los bordes irregulares contaban su propia historia.

Libros. Alguien había estado quemando libros.

Algo crujió bajo sus pies, un sonido que no tenía cabida en un granero. Miró hacia abajo y distinguió una franja de fragmentos de vidrio.

Ella se echó hacia atrás sobre sus talones mientras sus engranajes mentales giraban. Un niño desaparecido, una granja vacía y una quema clandestina de libros.

Alguien había estado aquí recientemente. Y ese mismo alguien se había marchado con prisa.

El viento arreció fuera, haciendo que algo metálico golpeara contra el exterior del granero. Ella giró, arma en mano, pero el sonido era solo el clima haciendo lo que mejor hacía: poner nerviosos a los policías en el momento menos oportuno.

El tiempo se sentía como arena escapándose entre sus dedos. En algún lugar ahí fuera, un asesino se preparaba para su transformación final. Y aquí estaba ella, rodeada por las cenizas de pruebas que podrían haber llevado directamente hasta ellos.

Necesitaba a Félix. Necesitaba nombres, caras, algo para identificar cuál de las seguidoras de Ezra había decidido convertir la alquimia en arte performativo. Pero ¿por qué este asesino estaría quemando pruebas en la granja de Félix? O Félix estaba involucrado más profundamente de lo que habían pensado, o alguien cercano a él lo estaba.

Se dirigió a la entrada del granero, tratando de no pensar en los momentos finales de Victor Ashford o en quién podría ser el siguiente en la lista de objetivos elementales del asesino.

Tres edificios más por registrar. Tres oportunidades más para encontrar a Félix antes de que se acabara el tiempo.

***

Luca se encontraba en algún lugar a las afueras de Bedford Hills. La carretera se extendía ante él, pero sus ojos no seguían las líneas amarillas dobles ni los carteles de «última gasolinera en 80 kilómetros».

No, el agente especial Luca Hawkins, el chico de oro del FBI, estaba demasiado ocupado dándose una paliza mental por haber dejado que su compañera se marchara sola a enfrentarse a su única pista.

—Buen trabajo, Hawkins —se dijo—. Dejar que Ella libre esta batalla sola mientras tú te quedas de brazos cruzados angustiándote por una persecución digna de Scooby-Doo. Menudo compañero estás hecho.

Debería estar allí con ella, cubriéndole las espaldas, no haciendo de recadero en una búsqueda inútil de algún libro místico perdido lleno de sabiduría de pacotilla. Pero no, Ella «puedo con todo» Dark le había dado órdenes, y como un buen soldadito había respondido con un enérgico «sí, señora» y había salido pitando antes de que las palabras tuvieran tiempo de enfriarse.

Había pasado los últimos treinta kilómetros intentando comprender en qué se había convertido su investigación, y lo único que había conseguido era darse cuenta de que pensar demasiado mientras conducía era una forma estupenda de perderse la salida.

—Venga, Hawkins. Céntrate. Ella es mayorcita, puede manejar a un canijo gótico.

Claro. Porque ningún agente del FBI se había metido nunca en problemas persiguiendo una pista en solitario. No es como si hubiera un muro entero en Quantico dedicado a ese tipo de optimismo.

Las muelas de Luca volvieron a su baile mientras el todoterreno devoraba kilómetro tras kilómetro de paisaje vacío. Sus dedos le picaban por hacer algo más que estrangular el cuero sintético.

Lo estaba haciendo otra vez: dando vueltas mentales como un hámster con sobredosis de cafeína, persiguiendo su propia cola en círculos cada vez más cerrados hasta desaparecer por su propio trasero. Necesitaba concentrarse, canalizar su yo de Quantico y empezar a pensar como un verdadero agente del FBI.

El libro. Tenía que encontrar el libro.

Porque al parecer su criminal se había inspirado en algún místico muerto hace tiempo con fijación por la tabla periódica. Y Ella, en su infinita sabiduría, había decidido que la clave para resolver este caso no estaba en la aburrida ciencia forense o en las declaraciones de los testigos, sino en traducir un montón de galimatías medievales del idioma original de los locos al inglés moderno.

¿Y quién mejor para encargarse de esa tarea que un servidor?

—Sí, aprenderé latín en un momento —murmuró—. Quizás algo de griego. Probablemente domine el sánscrito para la cena.

Lo que había empezado como un simple caso de personas desaparecidas se había convertido en una búsqueda del tesoro infernal de elementos, completa con asesinatos rituales, fanáticos de sectas y más pistas falsas que en un bar de sushi comunista.

Y ahora Ella quería que lo resolviera. Que encontrara alguna pista sobre el elemento final: espíritu, quintaesencia o como quiera que lo llamaran. Pero la tarde se estaba desangrando y lo único que tenía para mostrar era fatiga visual y el comienzo de una migraña.

Luca miró por la ventana y vio un cartel de la Universidad de Nueva York. Su mente volvió a su primera visita allí, a la decana Harper en su despacho de roble. A lo que había dicho sobre su colección restringida.

El recuerdo le golpeó como un destello de claridad.

Tenemos una colección de materiales en nuestro archivo, en el sótano. Libros antiguos. Principalmente las traducciones al inglés.

En un segundo, Luca se había detenido. Ya tenía el teléfono en la mano antes de que el motor se apagara.

Era una posibilidad remota. El tipo de jugada desesperada que solo haces cuando se acaba el tiempo y te has quedado sin mejores opciones.

Pero si la NYU tenía una traducción al inglés de esa cosa, podría salvar una vida.

Marcó antes de que pudiera convencerse de lo contrario. El teléfono sonó una, dos, tres veces.

—Despacho de la decana Harper.

Luca tomó aire y se preparó para salvar el día o hacer el ridículo por completo. Otra vez.

Al menos esta vez no llevaría puesta una máscara de airsoft mientras lo hacía.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Una granja sin granjeros no era más que tierra esperando morir. Ella había registrado cada centímetro de las veinte hectáreas de Old Acre y no había encontrado más que entropía en acción.

El gallinero estaba vacío. Unas pocas cabras la observaban con sus pupilas rectangulares. Tres gatos que parecían lo suficientemente salvajes como para tumbar a un coyote.

Pero ni rastro de Felix Blackwood. Ni señal de su padre. Solo animales ocupándose de sus asuntos mientras sus dueños jugaban al escondite con el FBI.

Las piernas de Ella ardían después de una hora de búsqueda. Había recorrido cada metro cuadrado de tierra cultivable y revisado dependencias que parecían a punto de derrumbarse si respiraba demasiado fuerte. Incluso había subido al pajar del granero donde ella y Felix habían jugado al gato y al ratón el día anterior.

Nada. Solo polvo y la sensación de que se le estaba acabando tanto el tiempo como las opciones.

El laboratorio improvisado en el tercer granero había revelado sus secretos, pero estos solo llevaban a más preguntas. Alguien había estado cocinando allí, alguien que conocía bien la química y entendía cómo deshacerse de las pruebas.

¿Pero quién? ¿Felix? ¿Su padre? ¿Algún otro jugador en este juego de elementos y sacrificio?

Entonces, un pensamiento intrusivo se apoderó de ella. ¿Podría Clive, el padre de Felix, estar involucrado en esto? No sería la primera vez que Ella veía cómo el rollo de "los pecados del hijo" llegaba a su sangrienta conclusión. La naturaleza y la crianza eran unas puñeteras tramposas, siempre dispuestas a arrastrar a un padre desprevenido en el viaje del tren de la locura.

No importa. Ella descartó las especulaciones. Clive, Felix, el cartero. Todos son solo piezas del rompecabezas. Concéntrate en encontrar los bordes, ya te preocuparás de encajarlos después.

Un sabio consejo, sacado directamente del culo de Quantico. Pero eso no cambiaba el hecho de que se estaba quedando rápidamente sin terreno que registrar.

Como no había encontrado nada en ningún otro sitio, la casa de la granja la atraía de nuevo como un imán. Último recurso o simple desesperación, ya no estaba segura.

La puerta mosquitera seguía abierta, aún golpeando con el mismo ritmo contra el marco. Dentro, nada había cambiado. Los mismos platos fosilizados en el fregadero. El mismo correo acumulándose en la encimera.

—¿Felix? ¿Señor Blackwood? ¿Hay alguien? —dijo Ella al entrar.

El salón estaba vacío excepto por algunos muebles podridos. La cocina aún parecía como si sus ocupantes se hubieran evaporado en medio de la rutina. La mesa del comedor estaba puesta para fantasmas que nunca se presentaron a cenar.

Arriba entonces. Una última pasada antes de tener que admitir la derrota y probar otra vía.

El baño era una copia exacta de todos los baños descuidados que había visto. Demasiado óxido, no suficiente blanco. Toallas que parecían poder mantenerse en pie por sí solas. Nada que sugiriera una partida apresurada.

Dormitorio principal: despojado de todo excepto de los muebles pesados demasiado grandes para mover rápidamente. El armario del señor Blackwood estaba abierto, mostrando perchas vacías y estantes desnudos. Una vida reducida a espacio vacío y polvo acumulado.

Ella se detuvo en seco. ¿El padre también? Primero Felix se queda en silencio, y ahora el armario de su padre parecía como si alguien hubiera evacuado a toda prisa. ¿Qué demonios les había

asustado tanto a ambos como para largarse? Los Blackwood sabían algo, algo que les hizo huir.

Luego, la habitación de Felix. Paredes negras, ropa de cama negra, banderas con logos de bandas que Ella suponía que eran de heavy metal dadas las tipografías apenas legibles. Papeles en el escritorio, libros tirados en las estanterías y la cama. Nada había cambiado desde que vino ayer. Joder, el libro de psíquicos seguía en la cama donde Luca lo había dejado. La portada mostraba a una mujer con suficiente pelo para tres personas mirando fijamente una bola de cristal que probablemente venía de una tienda de disfraces.

Ella lo cogió de la cama y, quizás por algún impulso masoquista, hojeó las primeras páginas. Parecía de producción barata, con el tipo de papel que se amarillea si lo miras demasiado.

Y allí, en la página del título, había algo que llamó su atención.

Más allá del Velo.

Lydia Soulwright.

Luego, en una nota manuscrita: Sanguine, Felix. Con cariño, Lydia.

El corazón de Ella dio un vuelco. Se le puso la carne de gallina en el antebrazo.

Una dedicatoria personal. No una simple copia comprada en la librería.

Y Luca le había dicho que había visto este mismo libro en el lugar de reunión del culto.

Ella encajó las piezas en su cabeza, moviendo hechos y caras como fichas de ajedrez en un tablero.

Tierra. Aire. Fuego. Agua. Cuatro menos, queda uno. El esquivo Quinto Elemento, la quintaesencia, el principio unificador que enlazaba a todos los demás. El espíritu en forma, la voluntad en carne.

—Joder... —murmuró Ella mientras buscaba su móvil y luego maldijo el campo y su pésima cobertura. Buscó el número de Luca,

pero entonces un crujido desde la puerta la dejó helada.

Se dio la vuelta, llevando la mano a su Glock.

Pero en lugar de un psicópata ritualista o un asesino en serie con una misión, vio una cara conocida.

—¿Felix?

El chico la miraba desde la puerta, pero no era el joven enfadado que había luchado con ella en el granero. Ni el sospechoso taciturno que se había sentado en el interrogatorio.

Este Felix parecía vacío, como si algo vital hubiera sido arrancado de su pecho y reemplazado por sombras.

Entonces su rostro se desmoronó y las lágrimas comenzaron a brotar.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Luca se había metido y salido de un montón de situaciones complicadas antes —embaucando a testigos, engatusando a camareras, incluso encandilando a la secretaria de cara agria de la central—, pero colarse en los archivos de la NYU era un nuevo nivel de astucia, incluso para él.

La mujer que se le acercó parecía haber sido envasada al vacío en tweed. Se presentó como la Dra. Patricia Warner, y su pelo entrecano estaba tan tirante que a Luca le dolía el cuero cabelludo de solo verla.

—El decano Harper me dijo que le esperara —dijo Warner. Sus gafas descansaban en la punta de su nariz como si estuvieran imantadas—. Aunque debo decir que el FBI no suele interesarse por nuestra colección restringida.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Su ofensiva de encanto con el decano Harper había funcionado mejor de lo esperado. Su resistencia se había derretido ante el asalto combinado de credenciales oficiales y lo que la madre de Luca llamaba su lengua de plata. Harper incluso había agilizado el papeleo, aunque Luca sospechaba que eso tenía más que ver con el deseo del decano de mantenerse a buenas con el Bureau que con un verdadero deseo de ayudar.

Ahora, aquí estaba, siguiendo a Warner por una escalera de caracol que parecía sacada de una historia de fantasmas victoriana.

—Estos textos son bastante delicados —dijo Warner mientras se ponía un par de guantes blancos de algodón al pie de las escaleras. Le ofreció un par idéntico—. Algunos tienen cientos de años.

—Los trataré como si fueran recién nacidos.

—Asegúrese de hacerlo. ¿Busca algo en concreto?

La archivera tenía esa mirada que Luca reconocía de una docena de tipos intelectuales. De esos que preferirían pasar sus días comunicándose con poetas muertos que con personas normales vivas.

—Sí, en realidad. Pero no sé qué —mintió Luca. No iba a decir el nombre del libro en cuestión, por si la Orden tenía oídos por estos lares. Por lo que sabía, aún podían quedar siete cultistas por ahí que podrían abatirlo por órdenes de Ezra Crowley.

—Muy bien. ¿Alguna sección en particular? —preguntó Warner.

—La sección de alquimia, si es que existe tal cosa.

Warner abrió la puerta del sótano con una llave cómicamente grande y la empujó. —No hay sección de alquimia, pero hay muchos libros relacionados con magia, misticismo, astrología. Los libros están ordenados por tema y período, así que quizás tenga que buscar un poco para encontrar lo que busca.

—Entendido. ¿Tienen traducciones al inglés aquí?

—Muchas. Recuerde que la mayoría de estos volúmenes son irremplazables. Algunos son las únicas copias supervivientes en Norteamérica. La Universidad se toma muy en serio su conservación.

—Seré un perfecto caballero.

La expresión de Warner sugería que ya había oído eso antes. Le condujo al interior, pasando estantería tras estantería de volúmenes encuadernados en piel donde el latín medieval daba paso al italiano renacentista. Textos griegos brotaban entre traducciones alemanas. Algunos puramente en inglés, gracias a Dios.

—Le dejaré solo. Estaré fuera si necesita algo.

Luca asintió en señal de agradecimiento, se volvió hacia las estanterías y comenzó su búsqueda. La sección restringida se extendía ante él como el sueño febril de un bibliófilo. Esta no era una biblioteca moderna y estéril con sus filas ordenadas y su organización perfecta. La colección habitaba una especie de caos organizado que probablemente solo tenía sentido para sus conservadores.

Los ejemplares más delicados parecían estar en vitrinas de cristal contra las paredes. Volúmenes de cuero descansaban sobre cojines de terciopelo, sus lomos ostentando títulos en dorado desvaído que Luca apenas podía distinguir. Algunos volúmenes parecían a punto de desmoronarse al menor toque.

Las principales unidades de estanterías formaban un laberinto en el centro de la sala. Madera oscura en lugar de metal institucional, con placas de latón marcando las diferentes secciones. A diferencia de los ejemplares conservados en sus ataúdes de cristal, estos libros se apretujaban hombro con hombro en las estanterías. Algunos se inclinaban borrachos contra sus vecinos. Otros yacían planos, demasiado frágiles para mantenerse en pie.

Vitrinas salpicaban el espacio entre las estanterías. Una contenía lo que parecían pergaminos sellados en cajas con clima controlado. Otra contenía páginas sueltas cubiertas de ilustraciones que podían ser cartas astronómicas o los delirios de místicos medievales o cualquier cosa intermedia.

Empezó por las vitrinas de la pared. Los guantes hacían que sus dedos fueran torpes mientras anotaba títulos. Picatrix. La Clave de Salomón. Arbatel de magia veterum. Nada parecido a lo que necesitaba.

Las estanterías independientes fueron las siguientes. Aquí los libros mostraban su edad más abiertamente: lomos agrietados, páginas amarillentas, esquinas suavizadas. El sistema de organización parecía seguir una lógica arcana que se le escapaba. Textos latinos vecinos de traducciones griegas, que lindaban con volúmenes en idiomas que ni siquiera podía identificar.

Luca trabajaba metódicamente, estante por estante, sección por sección. Se sumergió en la búsqueda y pronto sintió dolor en el cuello de tanto mirar lomos. Algunos volúmenes estaban encuadernados en materiales en los que prefería no pensar. Otros llevaban extraños símbolos grabados en sus cubiertas: pentagramas, signos astrológicos, patrones geométricos. Encontró estanterías

enteras dedicadas a la alquimia, pero los libros estaban ordenados por fecha en lugar de por autor.

Veinte minutos después, su optimismo comenzó a desvanecerse. Había revisado quizás un tercio de la colección. Los textos se mezclaban en una sopa de letras de misticismo y metafísica. Theatrum Chemicum. Splendor Solis. Mutus Liber. Títulos ostentosos que no significaban nada para sus ojos modernos.

Luca notaba cómo los preciosos minutos se escapaban mientras examinaba página tras página mohosa. En algún lugar, un asesino estaba preparando la fase final de su transformación y él estaba aquí, sumergido hasta los codos en la versión de la Ivy League de un montón de libros de saldo.

La frustración aumentaba con cada estantería vacía. Había sacado docenas de volúmenes prometedores, hojeado pasajes incomprensibles, y luego devuelto cada uno exactamente como lo había encontrado.

La siguiente sección trataba sobre misticismo oriental. Textos en sánscrito que podrían haber contenido los secretos del universo, si tan solo pudiera leerlos. Traducciones de obras alquímicas chinas. Pergaminos japoneses en vitrinas selladas.

Una estantería entera de libros sobre magia ceremonial no produjo más que frustración. Luego vinieron los textos astronómicos: cartas estelares y tablas planetarias que le hacían dar vueltas la cabeza. La sección del zodíaco podría haber abastecido la biblioteca de un astrólogo.

Le dolía la espalda. Sentía el cuello como si fuera de hormigón. Las luces fluorescentes habían quemado imágenes residuales en sus retinas. Pero siguió adelante, porque ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Volver con Ella con las manos vacías?

No había señal aquí abajo, pero la hora en su móvil marcaba las 16:47. En algún lugar, un asesino probablemente estaba seleccionando a su próxima víctima, y aquí estaba él jugando a ser bibliotecario. Debía haber unos 3.000 libros aquí, así que probablemente encontraría lo que buscaba alrededor de Navidad.

Piensa, Hawkins. ¿Qué haría Ella?

Su compañera tenía un don para encontrar pistas en los lugares más insospechados: un cabello perdido, una mancha de tierra, un recibo arrugado. Ella diría que cada escena contaba una historia; solo había que aprender a leerla.

Excepto que esto no era una escena del crimen. Era solo una habitación enorme llena de libros.

Ella habría revisado estas estanterías en minutos. Tenía un truco: algo sobre dejar que su subconsciente hiciera el trabajo pesado. Luca recordaba fragmentos de su explicación, captados entre expedientes y carreras por café. La mente consciente solo podía procesar unos cuarenta bits de información por segundo, pero el subconsciente procesaba millones.

La había visto hacerlo cientos de veces. Su dedo recorriendo las palabras como una vara de zahorí, la información fluyendo directamente más allá de su mente consciente hacia esa memoria suya como una trampa de acero. Ella había intentado explicárselo una vez: algo sobre ocupar la parte analítica del cerebro para que los sistemas de reconocimiento de patrones pudieran trabajar sin impedimentos.

—Solo deja que tu dedo haga el pensamiento —había dicho ella. En aquel entonces, él estaba demasiado ocupado admirando su melena sedosa como para prestar verdadera atención.

Luca se sentía idiota mientras presionaba su dedo enguantado contra los lomos. Como un niño aprendiendo a leer. Pero de todos modos recorrió la fila, dejando que los títulos fluyeran ante sus ojos sin intentar analizarlos.

Una estantería. Luego otra.

Joder. Funcionaba. O quizás solo estaba prestando más atención, y esto era algún tipo de efecto placebo. De cualquier manera, los nombres se registraban más rápido ahora, su cerebro los agrupaba en categorías sin esfuerzo consciente. Manifiestos en

latín. Comentarios griegos. Traducciones árabes. Su dedo se movía más rápido, llevándolo más profundo en las estanterías.

Entonces su corazón se detuvo.

El lomo era de cuero negro liso, sin dorados ni decoraciones. Pero las palabras enviaron electricidad a través de su sistema nervioso.

Corpus Hermeticum: El Divino Poimandres de Hermes Trismegisto.

Su pulso martilleaba en su garganta mientras sacaba el volumen de su lugar de reposo. El mismo libro. Exactamente el mismo libro que habían encontrado en la reunión del culto. Pero este llevaba una pequeña etiqueta: Colección Restringida de NYU - Traducción al Inglés.

Luca dejó el libro en un escritorio cercano, con las manos temblorosas a pesar de los guantes de algodón. El cuero parecía cobrar vida bajo sus dedos, como si aún guardase vestigios del conocimiento que contenía. Abrió la introducción y volvió a usar el truco de Ella. Dejó que su dedo hiciera el trabajo mientras su subconsciente absorbía las palabras.

Lo leyó de nuevo. Y una tercera vez.

El corazón de Luca latía con fuerza contra sus costillas, como si quisiera salirse del pecho. La sangre en sus venas parecía efervescente, burbujeando con adrenalina mientras las palabras se grababan en su cerebro.

Yo, Hermes, antaño deforme y rechazado, he utilizado los elementos primordiales para transformar mi carne miserable. A través del ritual y el sacrificio, he trascendido esta forma imperfecta y logrado el verdadero Magnum Opus: la purificación tanto del cuerpo como del alma. Así como un metal base puede transmutarse en oro puro, también el recipiente humano puede ser reforjado en un estado más exaltado.

Luca no sabía si era su consciente o su subconsciente el que trabajaba, pero daba igual.

Porque de repente supo exactamente quién era este asesino.

Su móvil no tenía cobertura. Claro, estaba prácticamente en una tumba de hormigón. Luca cerró el libro de golpe y corrió hacia las escaleras. Marcó el número de Ella mientras salía precipitadamente por la puerta.

Una barra. Dos barras. Tres.

—Venga, venga, cógelo...

Pero la única respuesta fue la voz grave de su compañera, pidiéndole que dejara un mensaje después de la señal.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

—Empieza a hablar —Felix Blackwood parecía que la muerte ya se lo había llevado. Su ropa negra colgaba suelta sobre un cuerpo que se había vuelto más delgado desde la última vez que Ella lo había visto. Las oscuras ojeras bajo sus ojos sugerían que no había dormido desde su pelea en el granero. Ella mantenía su Glock apuntando al centro de su cuerpo.

—Tenemos... que irnos todos. No es seguro aquí.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué no es seguro?

Su mano se movió hacia su chaqueta. El dedo de Ella se tensó sobre el gatillo, pero en lugar de acero, sacó papel.

—Encontré esto hace una hora. En mi escritorio. Otro mensaje de la Orden. No van a parar. Nunca pararán. Ezra me está amenazando.

Ella mantuvo el arma apuntándole con la mano derecha mientras con la izquierda tomaba el sobre de sus dedos temblorosos.

Los elementos exigen completarse. La transformación no puede detenerse.

Ella bajó su arma un centímetro.

—Ezra Crowley está detenido. Lo arrestamos esta mañana.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Así que a menos que lo enviara por correo ayer, esto no vino de él. Pero sé quién podría haberlo enviado.

—¿Quién?

—Cuéntame sobre la Orden. Necesito una lista de vuestras miembros femeninas.

Felix cambió su peso, y por un momento Ella pensó que podría salir corriendo de nuevo. Sus hombros se encorvaron como si

estuviera tratando de encogerse sobre sí mismo, volverse lo suficientemente pequeño para desaparecer por completo.

—¿Miembros femeninas? ¿Por qué querrías...?

—Porque puede que vuestro intrépido líder esté en la cárcel, pero alguien sigue enviando cartas amenazantes. Alguien que sabe sobre los elementos. Alguien que es una mujer.

La boca de Felix se abrió un centímetro. Las lágrimas se congelaron de repente.

—¿Una mujer? No. Eso no puede ser.

—Te aseguro que sí puede.

—Pero... solo hay dos mujeres en la Orden, y...

Su teléfono empezó a vibrar en su bolsillo. Debía haber encontrado algo de cobertura a esta altitud. Ella lo sacó, sin apartar los ojos de Felix. Miró hacia abajo y vio el nombre de Luca parpadeando en la pantalla.

—Siéntate. No te muevas —Ella señaló la cama con su pistola, luego contestó la llamada—. Hawkins. Dime.

—Ell, escúchame. He encontrado algo —la voz de Luca tenía ese tono específico que adoptaba cuando había encontrado oro.

—Suéltalo. Estoy mirando a Felix Blackwood ahora mismo y como se mueva le vuelo las rodillas.

—Vale. Fui a los archivos de la NYU y encontré una copia en inglés del Corpus Hermeticum. Escucha esto. Es de la introducción. Está escrito por el autor, Hermes Trismegisto. Y adivina qué: es una mujer.

Otro punto en la columna de que el sujeto desconocido era mujer.

—¿Qué dice la introducción? No traduje esa parte. Fui directamente a la charla sobre los elementos.

—Lo sé, pero ¿esta autora? Está desfigurada. Dice: "Yo, Hermes, una vez deforme y repudiada, he usado los elementos primordiales para transformar mi carne miserable".

Los primeros hilos de comprensión comenzaron a tejerse en la mente de Ella. Una mujer. Una mujer desfigurada, lo suficientemente desesperada como para matar.

Luca continuó a toda velocidad.

—Si nuestra sospechosa se identificó tanto con este libro, lo más probable es que ella también esté desfigurada y quiera arreglarlo.

Las piezas del rompecabezas se estaban reordenando, formando una imagen que Ella no quería ver pero de la que no podía apartar la mirada.

—Hay más —Luca sonaba como si hubiera corrido una maratón —. En la reunión. Vi a uno de los miembros, el número cuatro. Al principio pensé que era un hombre, pero la complexión no encajaba. Era una mujer, Ell. Y tenía esta afección en la piel. Escamas cayendo de su cara sobre su máscara.

Ella apenas lo escuchó por encima del repentino rugido en sus oídos. Una mujer. Desfigurada. Piel como pergamino.

Y así, sin más, la última pieza encajó y el candado se abrió de par en par.

La claridad la golpeó de repente como un rayo. Tres días de imágenes, conversaciones e información de pronto se alinearon con exacta precisión. Detalles que había visto pero pasado por alto en su momento ahora adquirían un nuevo significado, y Ella sintió como si ella —o Luca— hubieran arrancado la máscara y estuvieran vislumbrando el verdadero rostro debajo.

Y un rostro desfigurado, además.

—Dijiste que las asesinas en serie tienen motivos diferentes a los hombres. Con los roles de género cambiando, ¿crees que eso podría cambiar en el futuro?

Ella había visto a esta asesina en persona hacía tres días. Había estado allí mismo, en la quinta fila, mientras daba una charla a estudiantes con ojos brillantes sobre la vida como Agente Especial del FBI. La chica gótica, la chica vestida toda de negro. La que

llevaba tres capas de maquillaje y una cicatriz en la mejilla, una cicatriz que Ella ahora se daba cuenta de que intentaba ocultar. La estudiante de aspecto inocente con un tatuaje en la muñeca que parecía un triángulo dentro de un círculo.

Uno de los símbolos que Ella había visto en cuatro escenarios del crimen diferentes.

Entonces la mirada de Ella se posó sobre la foto en el escritorio de Felix: él con el brazo alrededor de una chica. Una chica guapa, bajo las mismas capas de maquillaje, pero con la cara girada hacia un lado para ocultar la cicatriz en su mejilla.

—Eso es todo lo que tienes. Mi hermana pega más fuerte.

Hermana.

—¿Ell? ¿Sigues ahí?

Ella volvió de golpe al presente. Estaba en un dormitorio en el norte del estado de Nueva York. Un dormitorio en la casa de un asesino en serie.

—Hawkins. Reúnete conmigo en la comisaría.

—Entendido, pero, Ell, ¿quién es esta mujer? ¿Y cómo la encontramos?

Ella se sumió de nuevo en sus pensamientos. Conocer la identidad de un asesino era una cosa, pero detenerlo antes de que matara de nuevo era otra muy distinta.

Por el rabillo del ojo, vio el libro que había tirado sobre la cama.

Más allá del velo de Lydia Soulwright.

Una médium. La encarnación del espíritu, por vago que fuera ese concepto.

Sanguine, Felix. Con cariño, Lydia.

Solo había dos mujeres miembros de la Orden, había dicho Felix.

Ella no podía negar las matemáticas.

—Simplemente ve a la comisaría. Sé exactamente quién es esta asesina y quién será nuestra última víctima —dijo.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

El Teatro Gramercy rezumaba esa falsa opulencia que hacía que Amelia se estremeciera. El local de la época victoriana le iba como anillo al dedo a Lydia: toda esa arquitectura neorrenacentista gritaba iluminación mística al tipo de gente que se gastaría sesenta pavos para escuchar a una mujer de mediana edad hablar sobre chakras y conciencia universal. Otro templo más a la autoilusión, abarrotado de payasos aferrados a sus cristales.

No es que Amelia estuviera juzgando. Al fin y al cabo, se había unido al pequeño círculo de Lydia por una razón. La Orden necesitaba su elemento espiritual, ¿y quién mejor que una mujer que afirmaba poder atravesar el velo entre mundos?

Amelia se tocó la mejilla, donde el tejido cicatricial había empezado a suavizarse. Las quemaduras del laboratorio la habían marcado durante años, un subproducto de manejar los venenos de otras personas. Pero ahora empezaban a desvanecerse.

Los textos antiguos habían prometido transformación y, como siempre, no habían mentido. Cada sacrificio la había cambiado, célula a célula. La tierra había fortalecido sus huesos. El agua había purificado su sangre. El aire había limpiado sus poros. El fuego había quemado la imperfección.

Ahora, el espíritu completaría la obra.

Nadie miró dos veces a la joven guapa con las cicatrices. Estaban demasiado ocupados enfocando luces, probando micrófonos, repasando señales. Amelia podría haber brotado cuernos y bailado desnuda y no habrían pestañeado.

Que era exactamente como ella lo quería.

Según la investigación de Amelia, el Teatro Gramercy podía albergar a 2.900 personas, pero el evento de esta noche solo

llenaría la mitad. Lydia no era lo suficientemente famosa como para llenar la sala, pero atraía a un público decente. Lo suficiente para que el viejo teatro se sintiera vivo sin abrumar su intimidad. El público más reducido significaba menos testigos, menos variables a tener en cuenta.

Amelia merodeaba entre bastidores, empapándose del caos. Los técnicos pasaban apresuradamente con bobinas de cable sobre sus hombros. Los técnicos de iluminación se gritaban entre sí a través de auriculares crepitantes. Todo el lugar bullía con la energía maniática de un inminente comienzo de espectáculo.

Amelia podía oler la desesperación. Se filtraba por cada poro: el equipo, los voluntarios, toda la triste pandilla corriendo para que esta paja mental espiritual saliera sin contratiempos.

Amelia esquivó a un chaval de aspecto agobiado que hacía malabares con botellas de agua. Probablemente un becario, a juzgar por su mirada de ciervo deslumbrado y su total falta de idea. Esta era la gente de Lydia Soulwright. El tipo de tontos de la Nueva Era que pensaban que cantar mantras podía curar el cáncer. Amelia había crecido rodeada de gente así: cabezas huecas obsesionadas con los chakras que preferían consultar una bola de cristal antes que a un médico.

Bueno, Lydia les prometía milagros. Amelia estaba aquí para cumplirlos.

Amelia se abrió paso entre los camerinos hasta que encontró su puesto.

Hablando del rey de Roma.

—¡Millie! ¡Gracias a Dios! —Lydia salió disparada de su camerino en un revoloteo de pañuelos y pachulí. La charlatana agarró el brazo de Amelia como si no se hubieran visto anoche. Los brillantes centelleaban en las uñas postizas de Lydia.

Millie. Siempre había odiado ese apodo. Pero se atrapan más moscas con miel que con hiel.

—¡Lydia! ¡Tan radiante como siempre!

—Oh, para ya —Lydia se abanicó. Era una odalisca de mediana edad goteando joyas de imitación. Amelia siempre había sentido lástima por ella—. Estoy hecha un desastre. Un desastre absoluto. ¿Has visto la multitud ahí fuera?

—He echado un vistazo por la cortina. Bastante buena afluencia para una vidente en la era de los móviles inteligentes.

—Qué traviesa —Lydia le dio un manotazo en el brazo—. Que sepas que el interés por las artes espirituales está en su punto más alto. La gente por fin está despertando a la magia que les rodea.

En efecto. Y Lydia era la que sostenía la varita, pensó Amelia. Pero no podía expresar su escepticismo, porque Amelia tenía que interpretar el papel de amiga devota y miembro de la Orden hasta el final.

—¿Entonces qué hay en el menú esta noche? ¿Canalizar a Cleopatra? ¿Regresión a vidas pasadas? ¿Quizás John Lennon se pasará por aquí?

Lydia resopló, con las plumas alborotadas.

—Nada tan burdo. Esto trata sobre expandir la conciencia. Aumentar la percepción. Abrir al público al potencial infinito que hay dentro.

A Amelia le dolían las mejillas por el esfuerzo de no poner los ojos en blanco.

—Suena alucinante.

—Te ríes, pero esto es algo poderoso. No son solo abracadabras y trucos de conejo. Hay todo un mundo de maravillas ahí fuera, justo al borde de la percepción. Todo lo que tenemos que hacer es abrir los ojos.

Amelia estudió el rostro de Lydia, buscando un guiño, un gesto revelador, cualquier indicio de que todo esto fuera una especie de broma.

Pero los ojos de la mujer brillaban con el fervor del verdadero creyente. Realmente se creía sus propias mentiras.

Quizá así era como daba charlas a mil personas cada noche. Pura y absoluta convicción. Los incautos hacían cola alrededor de la manzana para soltar dinero a cualquiera que pudiera venderles la salvación con cara seria.

Bueno, hora de dar un empujón a las cosas.

—Así que, Lyds, estoy aquí para ayudar. ¿Qué necesitas? —dijo Amelia, poniendo su mejor sonrisa de chica para todo—. ¿Café? ¿Cambio de vestuario?

La broma le arrancó una risa seca.

—Nada tan dramático, querida. Aunque me vendría bien un par de manos extra por aquí y por allá. ¿Podrías montar mi mesa de libros? Voy a firmar algunos después del espectáculo.

—Claro. Solo dime dónde está la mercancía.

—Eres un ángel. ¿Y podrías asegurarte de que mi camerino esté listo? Ya sabes que no puedo hacer estas maratones sin hidratación —dijo Lydia, lanzándole una mirada que pretendía ser cómplice pero que se quedó en algo parecido a estreñida.

—Camerino. Entendido. Hidratación —anotó Amelia diligentemente—. ¿Qué vas a tomar esta noche? ¿Pepsi Max?

—Solo agua mineral embotellada, cariño. Con dos botellas debería ser suficiente. A mi edad, mi vejiga me está traicionando. Casi me meo encima en la reunión de anoche.

—¿Tu edad? Vivirás para siempre —se rio Amelia—. ¿Algo más?

—Solo tenme en tus pensamientos. Y cruza los dedos para que este público sea tan receptivo como el último —dijo Lydia, lanzándole un beso al aire cerca de la mejilla de Amelia y poniéndole una mano en el hombro. Amelia se estremeció. Era mejor evitar el contacto físico—. No sé qué haría sin tu ayuda para organizar estos eventos. Tienes ojo para los detalles.

Si tú supieras, pensó Amelia.

—Siempre dispuesta a ayudar a un miembro. Y amiga.

Lydia giró y se dirigió al otro lado del backstage, ya buscando a su siguiente acólito adulador. Amelia observó cómo se alejaba la mujer. Lydia Soulwright, la mismísima Decana de la Ilusión.

Pero no por mucho tiempo más.

Amelia salió al escenario a paso ligero. No quedaba más que un equipo mínimo. Un tipo trasteando con los altavoces, unos cuantos palurdos con chalecos de seguridad barriendo los pasillos. El equipo de iluminación colgaba sobre todo ello. Los cables se entrecruzaban por el escenario, serpenteando entre las cajas de transporte y pegados con cinta hasta el último centímetro. Amelia saltó por encima de ellos, buscando su objetivo.

Allí.

El grupo de botellas de agua goteando bajo las luces. Una fila de soldados esperando órdenes.

Amelia se acercó con naturalidad, se aseguró de que nadie miraba, y las cogió.

Las escondió bajo su chaqueta y se dirigió a la cocina.

Vacía.

Amelia dejó las botellas, las destapó con una mano y sacó el vial de pentobarbital sódico de su bolsillo. La ironía no se le escapaba. La misma clase de químicos que la habían destruido ahora completarían su transformación.

Solo un sorbo, eso era todo lo que haría falta.

Amelia vio su reflejo en un espejo desgastado del backstage. Ni una sola cicatriz a la vista, ni un solo defecto estropeando el paisaje. Sus mejillas rebosaban salud, sus ojos brillaban como piedras pulidas. Incluso su pelo había perdido esa textura quebradiza de paja.

Era tal como los textos habían prometido. La quinta essentia fluía por todas las cosas, animando la materia, uniendo mente y forma. Había descifrado el código, resuelto el enigma que había eludido a los buscadores durante siglos.

Olvídate de la Gran Obra. Esta era la Obra más Grande imaginable. A la porra convertir el plomo en oro. Ella había ido un paso más allá que la piedra filosofal y había transformado la carne en divinidad.

El espejo no mentía. Por primera vez en su miserable vida, podía mirarse a los ojos sin estremecerse. Demonios, quizás pintaría un autorretrato cuando todo esto acabara.

La Alquimista sonrió. Para cuando encontraran el cadáver de Soulwright envuelto en gasa, ella estaría disfrutando del resplandor de la apoteosis. Que se rompieran la cabeza con los detalles. Ezra había cumplido su propósito, porque cuando la policía irrumpiera en el complejo de la secta, encontrarían una auténtica casa de los horrores. Todas las pruebas necesarias para cerrar el caso y darle a la ciudad un nuevo monstruo reluciente que colgar en su pared.

Nadie miraría dos veces a la discreta Amelia Blackwood.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Ella irrumpió en la oficina y encontró a Luca y Ross esperándola. Tiró sus cosas sobre la mesa y repasó todo con vívido detalle. Su cabeza zumbaba con la clase de claridad que normalmente solo llegaba con una botella de whisky o una epifanía oportuna.

Ross se inclinó sobre el escritorio.

—Ella, cuéntanos —dijo.

Ella recuperó el aliento y se lanzó a un discurso que había estado ensayando inconscientemente mientras venía a toda prisa.

—Amelia Blackwood. La hermana de Felix. Es nuestra sospechosa.

¿Cómo no lo había visto? Todo este tiempo, la asesina había estado allí mismo, sentada tranquilamente en la quinta fila mientras Ella se desahogaba en el escenario.

—¿Su hermana? No sabía que tenía una —dijo Ross.

—Tiene razón —dijo Luca—. En la reunión del culto, vi una figura con la piel escamosa en la cara.

Ella asintió frenéticamente.

—Sí. Estaba en mi conferencia en la NYU hace unos días, lo que significa que debe ser estudiante allí, por lo que conoce a Marcus Thornton. Tenía una cicatriz en la mejilla pero había intentado cubrirla con maquillaje. Lo mismo con su condición de piel. También tenía un tatuaje en la muñeca, una especie de híbrido entre triángulo y círculo.

—Uno de los cinco de nuestra escena del crimen. La persona que vi en la reunión también tenía tatuajes en la muñeca —dijo Luca.

—Felix confirmó que solo había dos mujeres en la Orden. Su hermana era una de ellas —añadió Ella.

Ross se frotó la barbilla.

—Bien, así que tenemos un nombre. ¿Qué hay del motivo?

—¿Ese libro que encontró Luca? La autora estaba desfigurada. Usó la alquimia para transformarse en algo perfecto. Amelia está siguiendo el mismo guion —explicó Ella.

—¿Pero por qué matar a la gente? —preguntó Ross.

—Se lo preguntaremos cuando esté esposada —dijo Ella—. Y recordad esas notas amenazantes que alguien dejaba en el escritorio de Felix. Pues bien, Amelia vive en la granja con él. Podría haberlas dejado allí fácilmente. Ya sea para incriminar a Ezra o a su hermano por los asesinatos.

—El enfoque del veneno también encaja —Luca recorrió la pared de pruebas—. Una mujer trabajando sola no podría dominar físicamente a las víctimas. Pero podría acercarse a ellas, ganarse su confianza.

Ross dijo:

—¿Y Felix nunca mencionó que su hermana formaba parte del grupo?

—No. En secreto quería que desmanteláramos el culto y liberáramos a su hermana de su influencia. Al parecer, ella estaba obsesionada con ello —respondió Ella.

—Tiene sentido —dijo Ross—. Pero si no pudiste encontrar a esta mujer Amelia en la granja, ¿dónde demonios está?

—Permitidme presentar la Prueba A —Ella cogió el libro que había robado de la habitación de Felix—. Este es Más Allá del Velo de Lydia Soulwright.

Ross se frotó la cara.

—Oh, Dios. No me digas que es esta payasa.

—¿La conoces? —preguntó Ella.

—Sí. Desgraciadamente sí.

—Bueno, Hawkins aquí ha tenido trato con ella porque es miembro de la Orden —Ella pasó las páginas y les mostró a Ross y Luca la inscripción firmada—. Felix lo confirmó también. Por eso tiene un mensaje personal de ella.

—Vi ese libro en la reunión de la Orden también —añadió Luca.

Ross tomó el libro y dijo:

—Mi mujer adora a esta mujer. Va a ver uno de sus espectáculos esta noche.

Las orejas de Ella se aguzaron.

—¿Espectáculos? ¿Esta noche?

—Creo que eso dijo. En algún teatro del centro —respondió Ross.

Luca ya estaba en su portátil. Tecleó furiosamente y luego dijo:

—Lydia Soulwright, alias Margaret Walden. Nacida en 1970 en Peoria, Illinois. Dice aquí que está haciendo un espectáculo en directo en Gramercy, más una firma de libros después.

—Vale. ¿Y qué pasa con ella? ¿Qué tiene que ver con esto? —preguntó Ross.

—Porque ella es el elemento final. Hemos tenido tierra, agua, aire y fuego. El único que falta es espíritu, o éter, como quieras llamarlo —explicó Ella.

—Quinta essentia —dijo Luca.

Ella chasqueó los dedos. Ni siquiera ella había hecho esa conexión.

—Perfecto, Hawkins. ¿Cuánto falta para que empiece el espectáculo de Lydia?

Luca miró su reloj.

—Quince minutos. Empieza a las seis de la tarde.

Una electricidad familiar recorrió la sangre de Ella mientras sacaba su Glock. Debía ser el mismo consuelo que siente un cirujano

al agarrar un bisturí o un violinista al acunar su arco. Sacó el cargador, contó quince soldados de latón en posición de firmes, y lo volvió a meter. Una en la recámara hacía dieciséis oportunidades de acabar este caso sin dolor.

—Entramos a lo grande. Asegurémonos de que Lydia está a salvo, y luego registramos el lugar en busca de Amelia. ¿Qué os parece? —propuso Ella.

—Cristalino —dijo Ross.

—Lo mismo digo —dijo Luca.

Pensó en las víctimas. Marcus Thornton, enterrado vivo por el trabajo de su vida. Sarah Chen ahogada en las aguas que se había dedicado a comprender. Tessa Windham, cayendo del cielo que había llamado hogar. Victor Ashford, consumido por los fuegos de su arte.

Y ahora Lydia Soulwright, profeta del espíritu, a punto de ser martirizada por la causa.

No mientras ella estuviera de guardia. No mientras hubiera aliento en su cuerpo y una bala en su pistola.

La Alquimista había transmutado por última vez. Era hora de presentarle el único elemento que no podía controlar.

La furia de una mujer en una misión.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

A dos manzanas del Teatro Gramercy, Ella dijo:

—Ross, apaga la sirena. No queremos asustarla.

Ross obedeció y luego maldijo el tráfico que tenían delante.

—¿Cuál es el plan? Nunca he interrumpido un espectáculo de médiums.

La verdad era que Ella no sabía qué se encontraría en el Teatro Gramercy. ¿Sería su asesina lo suficientemente audaz como para llevarlo a cabo frente a una multitud? ¿Ya habrían acabado con Lydia Soulwright antes de que subiera al escenario? Eran las seis y diez, y hasta ahora nadie había inundado el teléfono de Ross con informes sobre una médium muerta.

—La prioridad es poner a Lydia a salvo. Si hacemos que el objetivo final sea inalcanzable, podría hacer que Amelia salga de su escondite. Se desesperará, hará algo imprudente, y eso significa cometer errores.

En el asiento trasero, Luca gritaba instrucciones por teléfono. Ella lo observó por el retrovisor mientras colgaba.

—He avisado al local de que vamos para allá. Les he dicho que tengan médicos preparados y que estén atentos a cualquiera que coincida con la descripción de Amelia.

—¿Alguna pista? —preguntó Ross.

—No lo sé. El gerente del local va a pasar la descripción a seguridad.

—¿Está cerrado el recinto?

—A cal y canto. Les he dicho que dejen entrar a la gente, pero no salir.

Ella intentó formular un plan de acción, pero le resultaba difícil sin ver la escena en persona. Un lugar público complicaba las cosas: demasiadas variables, demasiadas víctimas potenciales si todo se torcía. Pero los asesinos en serie nunca se alejaban demasiado de un esquema psicológico específico, y si Amelia era como los otros asesinos de su categoría, el impulso de completar su ritual prevalecería sobre el instinto básico de supervivencia.

—Allí —señaló Ross a través de los huecos en el tráfico. La fachada del Gramercy se alzaba frente a ellos; luz dorada derramándose por ventanas arqueadas, querubines de piedra vigilando la calle. La marquesina brillaba en lo alto, anunciando LYDIA SOULWRIGHT: MÁS ALLÁ DEL VELO en letras de neón sangrante.

—Aparca aquí —dijo Ella—. Será más rápido si vamos corriendo.

—Tú mandas.

Ross subió a la acera y encendió las luces de emergencia. Ella, Luca y Ross saltaron del coche y se apresuraron calle abajo, pasando junto a grupos de neoyorquinos boquiabiertos, hasta llegar a las cuatro columnas frente al Gramercy. Las enormes puertas se abrieron bajo manillas de latón que parecían más antiguas que América. Dos guardias de seguridad se materializaron desde los nichos, tipos ex-militares con auriculares y mirada inexpresiva. El más alto dio un paso adelante y levantó la mano.

—FBI —la placa de Ella apareció antes de que pudiera hablar—. Y Ross, de la policía de Nueva York.

El guardia tocó su auricular.

—Sí, nos avisaron. El gerente dijo que vendrían. ¿Quieren que paremos el espectáculo?

A través de la puerta, Ella captó fragmentos de lo que les esperaba dentro. Luces moradas del escenario pintaban el vestíbulo de colores amoratados mientras la voz de una mujer se deslizaba por los pasillos de mármol, el tipo de cháchara pseudo-mística que separaba a los incautos de su dinero.

—Aún no. Primero necesitamos evaluar la situación. ¿Cuánto tiempo lleva en el escenario?

—Unos diez minutos. El programa dice que termina a las ocho, luego hay una firma de autógrafos hasta las diez.

—¿Alguna señal de nuestra sospechosa?

—No que yo haya visto, pero hay unas mil personas ahí dentro.

Ella asintió agradecida y luego se volvió hacia Ross y Luca.

—La prioridad es Lydia. Una vez que esté a salvo, buscaremos a Amelia por todo el lugar. Ross, trae a toda la policía de Nueva York si es necesario.

—Entendido. ¿Sabes cuánto nos va a odiar la gente por cerrar este espectáculo?

—Diles que fue culpa mía —dijo Ella—. ¿Listos para decepcionar a mil personas?

Luca la agarró del brazo. Era el primer contacto físico que tenía con él en días.

—Ell, espera.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Qué pasa?

—¿Recuerdas lo que dijiste? Sobre la verdadera firma en este caso.

—¿El veneno?

—No —dijo Luca—, porque Marcus no fue envenenado. La verdadera firma es que mataba a distancia.

Ella se tomó un momento, miró alrededor del vestíbulo y vio un cartel que decía ANFITEATRO POR AQUÍ.

Su compañero tenía razón.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. Si Amelia está aquí, no va a estar en primera fila. Querría mantener las distancias, ¿no?

Ella podría haberlo besado. Confiaba en que Luca Hawkins mantuviera la cabeza fría cuando todos los demás iban directos a lo obvio. Por supuesto, Amelia no se arriesgaría a ser atrapada en su propio final: querría una vista perfecta de su obra maestra sin ninguna posibilidad de mancharse las manos.

—Tú ve a la caza —continuó Luca—. Ross y yo pondremos fin a este espectáculo.

—¿Estás seguro?

Luca miró a través de las puertas hacia el auditorio.

—Una sala llena de mujeres de mediana edad. Estoy acostumbrado a decepcionarlas.

Ella intentó no reírse, pero fracasó. Se inclinó hacia delante, lo besó en la mejilla y luego salió corriendo. En algún lugar de este laberinto de arquitectura victoriana, una alquimista estaba preparando su transformación final.

Era hora de reventar el verdadero espectáculo.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Amelia se acomodó en el anfiteatro mientras las lonas formaban un capullo improvisado que mantenía alejadas las miradas indiscretas. Ofrecía una vista perfecta de la última actuación de Lydia Soulwright.

La lona azul ocultaba todo excepto lo esencial: la cara empalagosa de Lydia, las miradas vacías del público y esas botellas relucientes en la mesa de atrezo. Abajo, Lydia Soulwright se pavoneaba y presumía sobre energías curativas y vibraciones espirituales. Hacía media hora, Lydia le había dicho que esta noche se trataba de iluminación y conciencia, pero la vieja tonta no pudo resistir la tentación de incluir algunas tonterías sobre bolas de cristal.

Aunque Amelia tenía que admitir que su hermana en la alquimia sabía cómo manejar a un público. Tejía una ensalada de palabras de la nueva era que la audiencia devoraba como si fuera oro en paño. Se aferraban a cada sílaba, todas esas divorciadas desesperadas y amas de casa aburridas anhelando un atisbo de lo divino en sus vidas insulsas.

Bébete el maldito agua de una vez.

Recipientes tan simples para un cambio tan profundo. El pentobarbital sódico actuaría rápido con esa dosis. Tres minutos hasta la inconsciencia. Otros dos para el fallo respiratorio completo. Para cuando el público se diera cuenta de que su preciada médium había cruzado realmente el velo, el quinto elemento estaría asegurado.

Solo un sorbo. Eso era todo lo que se necesitaba. Un brillante trago y Lydia ascendería a un plano superior. El acto de desaparición definitivo, con Amelia allí para atrapar su alma en su camino hacia la puerta.

Espíritu en espíritu. Como es arriba, es abajo.

La voz de Lydia flotó desde el escenario.

—Estoy percibiendo... ¿la madre de alguien? Me está mostrando un jardín. Rosas, creo. ¿Esto significa algo para alguien?

Una docena de manos se alzaron. Por supuesto que sí. Todo el mundo tenía un pariente muerto al que le gustaban las flores.

Amelia había presenciado suficientes de estas actuaciones durante su tiempo en la Orden. Había visto a Lydia servir las mismas tonterías de lectura en frío a salas llenas de incautos desesperados. Tu ser querido está en paz. Quieren que seas feliz. Siempre te están vigilando.

Expediciones de pesca básicas disfrazadas de profunda revelación.

La psíquica merodeaba por el escenario descalza con una mano enjoyada presionada contra su sien.

—El espíritu se está volviendo más claro ahora. Me está mostrando... un cumpleaños. ¿Algo sobre un pastel especial?

Más manos. Más jadeos. Más idiotas pagando sesenta pavos para que les dijeran que sus parientes muertos recordaban sus preferencias de cumpleaños.

Amelia se inclinó hacia adelante. Lydia llevaba quince minutos seguidos soltando tonterías, así que seguramente su garganta anhelaría un alivio pronto. Las manos de Lydia revolotearon y se hundieron, luego sus dedos rozaron las tapas de las botellas en una provocación accidental.

Vamos, farsante. Cállate y bebe.

Abajo, Lydia se lanzó a otro discurso. Algo sobre los registros akáshicos y las frecuencias vibracionales. La multitud exclamaba como focas amaestradas. Amelia apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. Su tejido cicatricial hormigueaba bajo el corrector que de repente se sentía espeso como pasta.

Un movimiento repentino en la mesa de atrezo. Lydia se abalanzó sobre la botella. A Amelia se le cortó la respiración, pero

entonces Lydia cambió de rumbo en el último segundo y agarró un puñado de cartas de hadas en su lugar.

Maldita sea.

Lydia se volvió hacia su público con las cartas en la mano.

—Esperad... hay alguien más que se está manifestando. Un hombre joven. ¿Alguien aquí reconoce el nombre... Michael?

El espectáculo llevaba quince minutos. Mucho más, y el calendario se vería alterado. Había calculado todo al minuto: dosis, tasa de absorción, factores metabólicos. Cuanto más se demorara Lydia, más variables entrarían en la ecuación.

Nadie levantó la mano, así que Lydia retrocedió. Dejó caer las cartas sobre la mesa y se abalanzó de nuevo sobre el agua. Esta vez en serio.

Este era el momento. El instante en que la teoría se convertía en realidad, cuando la sabiduría antigua florecía en un milagro moderno. Las manos de Amelia temblaban mientras se aferraba a la barandilla del balcón. Su reflejo se reflejaba en el latón: un rostro transformado por cuatro elementos, esperando que el quinto completara la secuencia.

Lydia levantó la botella. Las luces del escenario captaron el agua en su interior y la convirtieron en cristal líquido.

Sí. Vamos. Hazlo.

El público permanecía fascinado, sin darse cuenta de que estaban a punto de presenciar magia real. No los trucos baratos de salón en los que Lydia traficaba, sino una transformación genuina. El tipo de cambio profundo que los alquimistas medievales solo habían soñado con lograr.

Lydia echó la cabeza hacia atrás.

Abracadabra, cariño.

Amelia podía oír el agua tocando los labios de su amiga. Podía imaginarla fluyendo por su garganta mientras el pentobarbital sódico hacía su magia en los órganos internos.

Esto debía de ser lo que se sentía en una experiencia extracorporal, porque Amelia se perdió en la alucinación. Por un instante estaba en otro lugar, y el mundo dejó de tener sentido para su cerebro racional. El mundo adquirió nuevos tonos y colores, y estaba casi segura de que oía cosas que no pertenecían a este mundo. Esto era trascendencia. El objetivo alquímico final. Era abrumadoramente dichoso, y Amelia tuvo que cuestionarse si todavía estaba en la Tierra, en este teatro, porque la escena frente a ella había cambiado.

Lydia Soulwright ya no estaba sola. Dos cuerpos adicionales se habían unido al escenario y, en un parpadeo, estaban de pie en cada extremo de la plataforma. Y al siguiente, estaban derribando a la pobre Lydia Soulwright contra el suelo.

La botella de agua describió un arco a través de los focos, girando sobre sí misma antes de estrellarse contra las tablas del suelo.

La realidad de Amelia se quebró con ella.

—No. No. Dios mío, no —murmuró.

El público estalló. Lydia graznó con indignación nada iluminada. Su micrófono captó el golpe de su cuerpo contra el suelo y emitió un chirrido ensordecedor a través de los altavoces que se sintió como piquetas de hielo en el cráneo de Amelia.

El pentobarbital sódico se empapó en las tablas del suelo, llevándose consigo sus sueños de perfección. El producto de meses de planificación, de medición cuidadosa, de sincronización precisa... todo destruido por estos dos hombres.

¿Qué demonios estaba pasando?

Esto no está sucediendo. Estoy soñando, alucinando. O quizás por fin he alcanzado la gnosis y he trascendido completamente este plano mortal.

Pero no. El Gramercy seguía obstinadamente sólido a su alrededor. Esto era real.

Amelia agarró la barandilla con tanta fuerza que pensó que sus huesos podrían romperse. Uno de los hombres escoltó a Lydia fuera del escenario mientras el otro se dirigía al público sin micrófono. Amelia no podía oír lo que decía, pero algo en él le resultaba familiar. Había visto ese par de ojos y esa frente lisa ayer.

El falso Felix.

Una furia pura ardió por su sistema nervioso. ¿Quién se creía que era este tipo? ¿Arruinar su plan perfecto, negarle la consumación que tanto merecía? Iba a encontrarlos, a rodear sus cuellos con sus manos y apretar hasta que algo se rompiera. Al diablo con el veneno. Esta gente necesitaba morir sin importar el método.

El instinto le gritaba que corriera. Había una salida de emergencia al final de la fila.

Sal de aquí, recalibra, termina el ritual más tarde.

Podría haber gritado. Podría haber llorado de frustración. Pero entonces una voz detrás de ella le heló la sangre.

—Quieta. FBI.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

La Glock de Ella no tembló mientras apuntaba con el cañón a Amelia Blackwood. La mismísima Alquimista, atrapada como una rata. La única salida estaba a quince metros de altura.

—Enséñame esas bonitas manos, Amelia. Despacito —dijo Ella.

Los ojos de Amelia ardían con una furia más intensa que su elemento ígneo. Pero obedeció, alzando unos dedos pálidos que mostraban la misma piel escamosa que sus mejillas y frente. La gruesa capa de maquillaje en su rostro se agrietaba como pintura vieja.

—Tú. La zorra de la NYU —escupió Amelia.

—Has acertado a la primera —el pulso de Ella se mantuvo firme —. Y ya que antes preguntaste tan amablemente, responderé a tu pregunta. Las asesinas en serie no están cambiando. Son las mismas de siempre. Tú eres la prueba.

La mirada de Amelia saltaba de un rincón a otro. Echó un vistazo por encima de la barandilla, hacia el suelo de hormigón del auditorio.

—No soy una asesina en serie —dijo Amelia.

—¿Ah, no? Cuatro cadáveres dicen lo contrario.

El labio de Amelia se curvó.

—No lo entiendes. No es tan simple.

—Entonces ilumíname. ¿Qué hace una chica como tú en un culto como este?

Eso tocó una fibra sensible. Las manos de Amelia se crisparon como si quisiera rodear el cuello de Ella. Esta dio unos pasos más hacia su presa. Podría dispararle en la pierna ahora mismo, pero aún había mil personas abajo. Ella distinguía vagamente a Luca

dirigiendo el tráfico allí abajo. Una bala perdida podría ser catastrófica.

—Te crees muy lista. Tú y tus perfiles, tus teorías de manual. Pero no sabes lo que es. Mirarte al espejo y ver a una extraña devolviéndote la mirada —dijo Amelia.

El pulso de Ella retumbaba en sus oídos. Mantenla hablando. Gana tiempo para los refuerzos. Cuando llegaran suficientes agentes, Amelia entendería que la única salida de aquí era en un coche patrulla.

—Las cicatrices. De eso se trata —dijo Ella.

—¿Crees que esto es por vanidad? ¿Por el aspecto?

—Sí. Creo que estás siguiendo a tu ídolo. Hermes Trismegisto.

—No. Solo encontré a Hermes porque tuve que hacerlo —el control de Amelia se resquebrajó—. Una vez fui normal. Incluso guapa. Luego el accidente... los productos químicos...

Algo hizo clic en la mente de Ella. Una conexión que debería haber hecho antes.

—¿Los productos químicos? Manejaste tiopental sódico.

—Sí, lo hice, genio.

La comprensión golpeó a Ella como un mazazo. El tiopental sódico, el arma que Amelia había usado, era lo que originalmente la había desfigurado. Había convertido su trauma en un arma. No existían asesinos en serie únicos.

El dedo de Ella se tensó en el gatillo, deseando acabar con este perro rabioso. Pero necesitaba una confesión, no un cadáver. Había iniciado esta investigación por la necesidad de encontrar a una persona desaparecida, y ahora tenía que conocer cada detalle de la psicopatología y motivación de esta mujer. Por el rabillo del ojo, percibió movimiento. Guardias de seguridad flanqueando el balcón, manos en las pistoleras, esperando la orden. Quince metros más abajo, los espectadores boquiabiertos se habían percatado del altercado en el palco.

—Pase lo que pase, Amelia, no vas a salir de aquí. Tenemos pruebas que te vinculan a cuatro víctimas de asesinato. Sabemos que intentaste inculpar a Ezra. Sabemos que atormentaste a tu propio hermano —dijo Ella.

—¿Y qué?

—Así que te vas de aquí esposada. Tenemos guardias en todas las salidas.

Algo se quebró tras los ojos de Amelia. La máscara de control se hizo añicos revelando algo crudo debajo. Había estado tan cerca de completar su ritual solo para verlo desmoronarse en la línea de meta. Sus manos se crisparon como si pudiera desgarrar la realidad en confeti.

—¿Crees que has ganado? No has detenido nada. Nada puede retenerme —dijo Amelia.

Entonces Amelia se movió con la velocidad líquida de una mamba al atacar. Golpeó la barandilla como un defensa embistiendo la línea y pasó una pierna por encima. La pistola de Ella se sacudió en sus manos.

Su estómago dio tres vueltas.

Cuando los asesinos con una misión se veían acorralados, respondían de una de dos maneras. A tiros o por la vía cobarde.

—No lo hagas, Amelia. Vuelve aquí —la mente de Ella retrocedió al día anterior cuando había tirado al hermano de Amelia de una pasarela en un granero. Pero esto era mucho más alto y con un aterrizaje más permanente. El hormigón no daba mucho margen.

—Pues dispárame. Dispárame o salto —dijo Amelia.

El dedo de Ella se tensó en el gatillo, pero la lógica se impuso al instinto. Un movimiento en falso y la gravedad terminaría lo que la alquimia había empezado. ¿Había un desenlace preferible aquí? ¿Suicidio por policía o suicidio por hormigón?

—Amelia, no tienes adónde ir. No seas estúpida —dijo Ella.

—¿Estúpida? ¿Hablas en serio? Soy licenciada por la NYU, la primera de la clase, y lo único que quería era no parecer un monstruo —Amelia se clavó el dedo en la cara.

—Piensa en Felix. Tu hermano. Tu padre.

—Felix nunca lo entendió. Ninguno de vosotros lo hizo —Amelia se balanceaba sobre la delgada barandilla de latón como una gimnasta en su ejercicio final—. Los textos tenían razón. A veces hay que romper algo para rehacerlo.

—Esos textos son antiguos. No significan nada. Nada de esto es real.

—No. La transformación debe completarse. Como es arriba, es abajo.

—Esta no es tu transformación. Morirás —dijo Ella.

—Cuerpo por alma. Materia en energía. El sacrificio final.

El cerebro de Ella daba vueltas como ruedas sobre una carretera helada. Amelia tenía esa mirada, esa mirada vacía de alguien que había desconectado de la realidad y se había metido de lleno en la vía rápida de la desesperación absoluta. Razonar sería malgastar el aliento. Negociar también. Esta tía iba a saltar, y no había nada que Ella pudiera hacer para evitarlo sin ser arrastrada ella misma por el borde.

Así que hizo lo único que le quedaba. El Ave María desesperada que nunca enseñaban en el entrenamiento de rehenes.

Bajó su arma. Extendió su mano libre, con la palma hacia arriba. La postura del suplicante.

—Amelia, escúchame. No es...

Demasiado tarde. Amelia extendió los brazos como el mismísimo Ángel Oscuro y se lanzó hacia el abismo.

—¡No! —La palabra se desgarró de su garganta. Ella se abalanzó hacia la barandilla, pero Amelia ya había desaparecido, engullida por las fauces codiciosas de la gravedad. La última transmutación del Alquimista.

El pandemónium estalló. Guardias de seguridad, policías, espectadores. Gritos y chillidos se mezclaron en una cacofonía de horror. Algún gracioso entre el público finalmente se dio cuenta de que habían recibido más filosofía de la que habían pagado esa noche.

Pero Ella apenas oía el estruendo. Su pulso retumbaba en su cráneo mientras se preparaba para el impacto. Para el golpe húmedo de carne y hueso contra el hormigón implacable y un montón de sangre y órganos internos que limpiar. Ella pensó en Marcus Thornton —la víctima que la había traído aquí en primer lugar— y en cómo la muerte desde las alturas sería el punto final perfecto para este lamentable caso. Cinco muertes, entre paréntesis por caídas al vacío.

Habría sido poético si no fuera porque el golpe de carne contra hueso nunca llegó.

Imposible.

Ella se arriesgó a echar un vistazo por encima del borde.

Pero el suelo de abajo estaba impoluto. Ni salpicaduras, ni arte abstracto desordenado. Solo un círculo de espectadores y una delincuente cabreada, viva y forcejeando en un familiar par de brazos.

Luca Hawkins, novato extraordinario, había logrado de alguna manera atrapar a Amelia en el aire. Ahora luchaba con cuarenta y cinco kilos de rabia escupidora y arañadora mientras la inmovilizaba contra el suelo. Una clásica reducción del Bureau: cara contra el suelo, brazo retorcido hasta los omóplatos. Romper la articulación o quebrar la voluntad.

Ella se aferró a la barandilla mientras observaba asombrada. Debía de haberla visto ir hacia la barandilla. Debía de haber calculado la trayectoria y llegar a tiempo.

Un Luca sin aliento se puso de pie, plantó su pie en la espalda de Amelia. El novato lo había vuelto a hacer. Dios sabe cómo lo

hacía, pero siempre aparecía en el momento justo. Ella deseaba tener la mitad de su sincronización perfecta.

Un círculo de espectadores se había agolpado alrededor del espectáculo. Luca les hizo señas para que retrocedieran, luego buscó la mirada de Ella en el palco.

—Asesina atrapada, médium viva —jadeó Luca lo suficientemente alto para que Ella lo oyera—. Eso es lo que yo llamo un término medio aceptable.

Ella se desplomó en una silla y exhaló un suspiro de alivio.

Fin del juego.

CAPÍTULO CINCUENTA

El anfiteatro del Teatro Gramercy parecía el asiento más barato del purgatorio. Ella se hundió en su butaca mientras el caos se desataba abajo, donde un grupo de agentes uniformados sacaba a rastras a una Amelia Blackwood que maldecía y escupía.

La obra maestra de la Alquimista, interrumpida por la mano veloz de la justicia. O, en este caso, los reflejos de defensa de Luca.

Algunas lecciones se aprenden a la fuerza en este oficio. Como que los callados suelen ser los más peligrosos. O que la venganza puede adoptar mil máscaras. Una mujer destruida por los mismos productos químicos que luego convertiría en arma. Había poesía en ello, si te gustaban los versos escritos con sangre. Amelia había buscado la transformación en textos antiguos de la misma manera que la gente aquí esta noche había buscado significado en las divagaciones de una falsa vidente. La desesperación tenía rostros diferentes, pero los ojos siempre mostraban la misma mirada.

Cuatro cuerpos. Cuatro elementos. El camino de una mujer hacia la perfección.

El público se había marchado rápidamente una vez que se percató de que esto no formaba parte del espectáculo. Al parecer, no había devoluciones por presenciar un intento de suicidio. Unos pocos incondicionales se quedaron, con los móviles en alto, probablemente esperando captar algo que mereciera la pena publicar en Internet. Aún no había visto a Lydia Soulwright, pero según Ross, estaba bien. Solo había ingerido una pequeña cantidad de veneno, no lo suficiente para ser letal.

La mente de Ella volvió a Amelia. El perfil estaba ahí, claro como el agua, ahora que todas las piezas habían encajado. Un alma perdida lo bastante desesperada como para creer que las tonterías

medievales podían arreglarle la cara. Cuatro asesinatos rituales que progresaron de lo impersonal a lo íntimo. Tierra, agua, aire, fuego.

Y el espíritu habría sido el quinto, si Luca no se hubiera convertido en superhéroe y hubiera arrebatado la victoria de las fauces de la gravedad.

Hablando del rey de Roma.

Unos pasos se acercaron desde su izquierda, trayendo consigo ese familiar aroma a colonia. Su compañero se dejó caer en el asiento a su lado con una gracia que desmentía sus recientes acrobacias.

—Sabes —dijo—, si esta mujer Soulwright fuera tan buena, habría visto venir esto de lejos.

Entonces algo burbujeó en el pecho de Ella. Podría haber sido histeria o alivio. Tal vez ambos. De repente, Ella estalló en carcajadas. Ni siquiera era tan gracioso, pero se sentía bien reír. Liberar la tensión que se había acumulado en sus entrañas durante días.

Se limpió los ojos y dijo:

—Hablando de ver venir las cosas, ¿cómo la atrapaste? Debió de ser una caída de unos doce metros ahí abajo.

—No fue para tanto. Solo tuve que echar mano de Rodman.

—¿De quién?

Luca imitó una atrapada de baloncesto.

—Dennis Rodman. Maestro del rebote. El Especial Rodman.

Ella no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero se lo agradecía de todos modos.

—Bueno, funcionó. Si no hubieras estado allí...

—Pero estaba —se encogió de hombros como si atrapar asesinas que caían fuera solo otro día en la oficina—. Os vi a las dos peleando en los asientos baratos. Supuse que podría intentar algo dramático. Estos tipos teatrales no pueden resistirse a un gran final.

Ella estudió su perfil en la tenue luz. Cuatro meses como compañeros y ya podía anticipar sus movimientos, predecir cómo podría desarrollarse una situación. Tal vez las pruebas psicológicas de la Oficina no eran una completa basura después de todo.

—Bueno, me has impresionado. Y estoy agradecida. Si no fuera por esas manos mágicas tuyas, estaríamos lidiando con otro cadáver. Y no sé tú, pero yo ya he tenido suficientes muertos por una temporada.

—Tú y yo —Luca se reclinó y entrelazó las manos detrás de la cabeza—. Pero, oye, lo bueno es que hemos pillado a la mala. O mala chica, supongo. Amelia va a pasar mucho tiempo entre rejas. Una lástima. Una chica tan joven. Pero nuestro trabajo aquí está hecho.

Ella parpadeó. Tenía razón. Por primera vez en lo que parecían años, no había un reloj haciendo tictac. Ninguna pista enfriándose. Solo un bendito y hermoso cierre.

—Supongo que sí. Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿Quieres ver Central Park? Tal vez comer una de esas pizzas que se doblan por la mitad.

—Resolver un caso, llenarse la panza. Una tradición consagrada por el tiempo.

—Podríamos fingir que somos de aquí.

Luca resopló.

—¿De aquí? ¿Has oído mi acento neoyorquino? Ni hablar.

—Es mejor que el mío.

—Cierto. Pero digo que volvamos a D.C. antes de que pase algo más raro. Si salimos ahora, podríamos llegar a casa antes de la última ronda.

—Música para mis oídos.

La mano de Luca encontró su rodilla. El contacto envió una descarga eléctrica a través de terminaciones nerviosas que ella creía muertas por el agotamiento. Era la primera vez que la tocaba así en

días. No el apretón profesional en el hombro o el roce apropiado en el brazo, sino algo real. Algo que le recordaba que eran más que solo compañeros con placas.

Ese era el problema, ¿no? Había empezado a ver cada caso a través de dos perspectivas: cómo afectaba a su agente y cómo afectaba a su novio. Cuando se había quedado paralizado en la granja, cuando lo había enviado de incógnito, cuando habían descubierto su tapadera... cada vez había actuado como su supervisora en lugar de su pareja.

No era de extrañar que se hubieran estado distanciando. El trabajo tenía una forma de devorar las relaciones, y aquí estaba ella, sirviendo la suya en bandeja.

Durante un instante, simplemente existieron juntos, compartiendo la calma que sigue al caos. Ella anhelaba más momentos como este. Los quería en casa, a salvo, donde los asesinos en serie y la alquimia antigua no pudieran alcanzarles. Donde no tuviera que elegir entre proteger a su compañero y amar a su novio.

Quizás ese había sido el problema desde el principio. Se había centrado tanto en mantener las cosas vivas en el trabajo, que se había olvidado de mantenerlas vivas en casa.

—Hay algunos periodistas fuera —dijo Luca—. Solo quiero hablar con uno antes de irnos.

—¿Tú? ¿Hablando con periodistas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Bueno, ya sabes cómo los asesinos contactan con los medios para difundir sus versiones, ¿no? Siempre me he preguntado por qué nosotros no hacemos lo mismo —dijo Luca.

Ella lo meditó. Años persiguiendo monstruos y nunca se le había ocurrido usar sus propias tácticas contra ellos.

Confía en un novato para ver lo que los veteranos pasan por alto.

Bajaron por las entrañas del teatro. Pasaron junto a la cinta policial y los acomodadores en estado de shock. Pasaron por los accesorios abandonados de Lydia Soulwright y salieron al aire nocturno.

Hace cuatro meses pensaba que tenía este trabajo dominado: perseguir a los monstruos, resolver los enigmas, pasar al siguiente caso. Pero a veces las mejores lecciones vienen de lugares inesperados. O de compañeros inesperados.

Quizás esa era la verdadera alquimia. Convertir la oscuridad en luz, una historia a la vez.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

A nueve mil metros sobre la costa este, Ella observaba cómo se formaban nubarrones bajo el avión. Una rápida exhibición de las credenciales del FBI en la puerta de embarque les había conseguido a ella y a Luca un par de asientos en primera clase, cortesía de la escasez de pasajeros. Alguien tenía que ocuparlos, había dicho el encargado de la puerta.

Ella aprovechaba al máximo el espacio extra para las piernas, y por una vez, ningún expediente del caso ocupaba la mesa entre ella y su compañero. Solo el New York Times con un titular que le provocaba a la vez ganas de reír y de gruñir.

ELEMENTAL, QUERIDO WATSON.

Luca no había dejado de sonreír desde que compró su ejemplar en LaGuardia. No podía culparle, al fin y al cabo era obra suya. Él le había dado ese titular al periodista frente al Teatro Gramercy.

—Estás orgulloso de ese titular, ¿verdad? —dijo ella.

La sonrisa de Luca podría haber iluminado Manhattan.

—Quizás un poco —dijo él.

—¿Un poco?

—Vale, mucho. Se me ocurrió cuando le puse las esposas a Amelia.

La noticia tampoco estaba mal. Sin sensacionalismo, sin especulaciones descabelladas sobre cultos satánicos. Solo hechos ensamblados para acercarse a la verdad. Cuatro víctimas elegidas para representar los elementos clásicos. Una asesina con delirios de transformación. La unidad de análisis de conducta del FBI salva el día.

Habían acertado en la mayoría de los detalles, lo cual era un pequeño milagro en el periodismo moderno. Lo que no habían

publicado era aún mejor. Amelia Blackwood había cantado como un canario en cuanto Ross la metió en la sala de interrogatorios. Tal vez fue el alivio de ser finalmente atrapada. Tal vez el peso de cuatro cuerpos se había vuelto demasiado pesado para cargarlo sola.

La conexión con la biología marina había sido la clave. Amelia Blackwood trabajó junto a Sarah Chen durante dos años como ayudante de laboratorio a tiempo parcial en el Instituto de Investigación Marina. Allí se había quemado: un accidente con tiopental sódico mientras ayudaba a Sarah. Cuando Sarah testificó que el incidente se debió a la negligencia de Amelia, se denegó la reclamación de compensación. La despreocupada destrucción por parte de Sarah tanto del rostro como del futuro de Amelia le había ganado un puesto en la lista.

El trabajo perfecto desde dentro: ¿quién sospecharía de la callada técnica de laboratorio con la cara marcada?

La conexión con la NYU explicaba lo de Marcus Thornton. Amelia era estudiante de biología marina allí, y conocía la pasión de Marcus por las rocas a través de su hermano, Felix. El agujero en la cantera que se cobró la vida de Marcus había sido cortado con la sierra de hormigón del padre de Amelia, un equipo industrial pesado capaz de cortar la piedra caliza como si fuera mantequilla. Otra herramienta que Amelia había reconvertido para su retorcida alquimia.

Felix también había sido quien reclutó a Amelia para el culto, muy a su pesar. Habían encontrado el veneno en los sistemas de Sarah, Tessa y Victor; el mismo veneno que encontraron en las botellas de agua sobre la mesa de Lydia Soulwright. Amelia también había plantado botellas de la misma marca en el baño de Madam Butterfly. Luca había visto a alguien entrar allí justo antes que él. El Cultista Número Tres, confirmado por varias personas como Amelia Blackwood. Este había sido el intento de Amelia de inculpar a Ezra Crowley por los asesinatos, sugiriendo que él ya había envenenado las botellas antes de que Lydia las consiguiera. De esa manera, la

policía aún podría encontrarlo culpable aunque estuviera encerrado en una celda.

Los robos de tumbas también cobraban sentido ahora. Amelia había confesado que había estado practicando con los muertos antes de pasar a sujetos vivos. Cada tumba profanada había sido una oportunidad para perfeccionar su ritual antes de atacar a víctimas reales. Los huesos antiguos habían sido sus conejillos de indias.

—¿Sabes qué me sorprende? —dijo ella—. Toda esa planificación. Todos esos asesinatos perfectos. Y luego lo tira todo por la borda con un salto de doce metros.

—Supongo que hasta los asesinos en serie tienen ansiedad escénica —dijo Luca recogiendo el periódico y guardándolo en su equipaje de mano como si fuera un trofeo. El gesto era puro Hawkins: sincero, entusiasta y de alguna manera entrañable a pesar de sí mismo. O quizás por ello mismo.

El estómago de Ella hizo esa cosa que había empezado a hacer cada vez que lo miraba demasiado tiempo. Un aleteo que no tenía nada que ver con la altitud y todo que ver con el hombre que literalmente había atrapado a una asesina en plena caída porque pensó que ella podría necesitar ayuda.

No lo merecía. No después de lo que había hecho en la comisaría esa misma noche.

—Escucha. Sobre lo de antes. Con Ezra. No debería haber mencionado lo de la infiltración. Te puse en peligro —dijo ella.

—No pasa nada —respondió él.

—Sí que pasa. Todavía hay siete cultistas armados ahí fuera que ahora conocen tu cara. Me dejé llevar por el momento y...

Luca extendió la mano y agarró su muñeca.

—Dark, está bien. Resulta que esos sectarios no eran unos maníacos homicidas. Solo uno de ellos lo era.

—Lo sé, pero aun así.

—Aun así nada, pero hay algo de lo que tenemos que hablar.

Tenemos que hablar. Cuatro palabras que bastaron para que a Ella se le hiciera un nudo en el estómago.

—¿De qué? No me digas que te estás echando atrás.

—Qué va. Es solo que... —Luca miró por la ventana—. No sé cuánto tiempo más podré seguir haciendo esto.

—¿Haciendo qué?

—Esto. Nosotros. Trabajar juntos. Se supone que somos compañeros, Ell. Pero en este caso ha parecido que estábamos en bandos opuestos.

A Ella se le encogieron los pulmones. Bandos opuestos. El eufemismo de vestuario para esto no funciona. Preferiría haberse tirado por ese balcón con Amelia antes que oír esto de él.

—¿A qué viene esto?

—Venga, Ell. Ya sabes de qué va. Cada vez que trabajamos en un caso, estoy pendiente de ti en lugar del sospechoso. Y tú haces lo mismo conmigo.

—Eso es lo que hacen los compañeros.

—Sí, pero hay compañeros y luego están los compañeros.

—Vale, entonces ¿qué quieres decir?

—Digo que quizás deberíamos replantear nuestra situación. Ser compañeros en el trabajo y... lo que sea que somos. Complica las cosas.

Una parte de ella sabía exactamente a qué se refería. Cada vez que salían juntos al campo ahora, parte de su cerebro seguía sus movimientos, calculando sus riesgos. El tipo de distracción que hacía que la gente muriese en su línea de trabajo.

—Entonces, ¿cuál es la alternativa?

—Elegimos una. Compañeros en casa o... —Hizo un gesto entre ellos—. Compañeros en el trabajo. No podemos tener ambas. Necesitamos distancia.

El corazón de Ella se partió en dos. Distancia. La sentencia de muerte de todas las relaciones que había tenido.

Ella buscó las palabras adecuadas para desactivar esta bomba emocional, pero su lengua se había convertido en plomo. Siempre había puesto el trabajo primero. Siempre elegía la caza sobre el corazón. Pero desde que había conocido a Luca Hawkins hacía cuatro meses, todo eso había cambiado. No iba a volver a ser la antigua Ella, la que obligaba a los ex novios a huir al otro lado del país por miedo a sus vidas. Ya había tenido otro novio que murió en el trabajo, otro compañero que murió en el trabajo.

—Prefiero tenerte en casa que en la oficina —dijo sin pensarlo dos veces—. No quiero distancia.

—Igual yo.

—Bueno, entonces. Estamos de acuerdo.

—Supongo que sí.

El avión viró, dirigiéndose hacia la luna. Hacia casa, lo que fuera que eso significara ya. Pero con Luca a su lado, Ella pensó que quizás lo descubriría.

EPÍLOGO

LA ELEMENTAL, MI QUERIDO WATSON.

Gracioso. Muy gracioso. Leyó el titular en una pantalla agrietada mientras la lluvia caía como agujas heladas. Era el tipo de titular que probablemente hacía que la agente Dark se pavoneara como un pavo real por el heroísmo de su compañera. El tipo de titular que hacía que los policías se sintieran inteligentes mientras se felicitaban por otro caso resuelto.

Pero los casos nunca se cerraban realmente. No en este juego.

La noticia debajo lo explicaba todo, pero a ella no le preocupaban demasiado los detalles. Aun así, la archivaría junto con todas sus otras piezas sobre la ilustre carrera de la agente especial Dark. Ya tenía una buena colección.

Centró su atención en la casa al otro lado de la calle. Una vivienda modesta, pintada de un beige anodino que se fundía con la noche. No brillaba ninguna luz desde dentro, no había señales de vida. Solo otra vivienda anónima en una manzana llena de ellas.

Pero ella sabía más.

Llevaba semanas vigilando esta casa. Aprendiendo sus ritmos, sus secretos. Las idas y venidas de su única ocupante. Una mujer mayor, de pelo plateado y encorvada. Insignificante en todos los sentidos.

Excepto por la compañía que frecuentaba. Si esos chapuceros del Times tuvieran idea de lo que su preciada agente Dark era realmente capaz, saldrían corriendo y gritando. Los tratos que había hecho, las líneas que había cruzado. Todo en nombre de la justicia, por supuesto. La palabra mágica que absolvía todos los pecados.

Pero ella conocía la verdad. Sabía que la única diferencia entre Ella Dark y los monstruos que cazaba era la placa enganchada a su

cinturón. Una placa que quedaría estupenda clavada en la pared de su sótano.

El artículo mencionaba el «perfil revelador» de Ella Dark que llevó a la captura de Amelia. La niña prodigio de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI, sumando otro éxito a su expediente impecable. Sus dedos rozaron el contorno de un pequeño frasco en un bolsillo y un trapo en el otro. Muy pronto, la agente Dark aprendería que algunos enigmas no estaban hechos para ser resueltos.

Los faros atravesaron la penumbra cuando un Mercedes subió despacio por la calle. Su pulso se aceleró, no por miedo o anticipación, sino por la pura mecánica de la caza. Esto era solo otra secuencia de movimientos, como un baile aprendido de memoria.

Justo a tiempo. La anciana siempre iba a casa de su hermana los jueves. Siempre volvía a casa justo antes de medianoche. Como un reloj.

La gente era curiosa en ese sentido. Pensaban que la rutina significaba seguridad. Creían que si vivían sus vidas según un patrón, nada malo podría ocurrirles. Pero la rutina era solo otra palabra para previsible. Y las personas previsibles eran tan fáciles de cazar.

El coche aparcó. Se encendió una luz interior. La mujer salió agarrando bolsas de la compra, forcejeando con un paraguas. Una escena tan corriente. Una noche tan normal. El tipo de noche que ocurría mil veces en mil lugares.

Observó a la anciana avanzar con dificultad por el camino. Mediados de los sesenta. Pelo plateado cortado en una sensata melena. El uniforme sin florituras de los jubilados y los recluidos. Desde este ángulo, parecía frágil, casi doblada por el peso de sus compras. Era difícil creer que una vez hubiera sido el pilar de la agente Dark en esta ciudad. Difícil creer que supiera las cosas que sabía.

La anciana llegó a su puerta. Tintinearon las llaves. Entonces acortó la distancia en unos pocos pasos como un depredador sobre

una presa desprevenida. Tres pasos. Dos. Uno.

La puerta chirrió al abrirse, pero una mano enguantada en cuero tapó la boca de la anciana antes de que pudiera dar un paso dentro. El trapo empapado en cloroformo encontró su objetivo con perfecta precisión. La empujó hacia el interior y cerró la puerta de una patada. Las bolsas de la compra golpearon el suelo de hormigón con un ruido sordo y húmedo mientras unos brazos fuertes se cerraban alrededor de sus frágiles costillas.

La lucha duró poco. Siempre era así con los civiles. Unos cuantos espasmos, un gorgoteo ahogado por el trapo, y luego nada más que peso muerto. Esperó diez segundos extra —tal como le había enseñado su mentor— antes de dejarla caer al suelo del pasillo.

Era hora de ponerse manos a la obra.

En algún lugar en la oscuridad, Ella dormía, ajena a la pesadilla que ya estaba en marcha. Ajena a que sus jaulas estaban hechas de papel y sus victorias de arena. Y que cada monstruo que había encerrado era un espejo.

No podía esperar a su reencuentro. Por el momento, todo encajaba a la perfección.

Al fin y al cabo, toda buena heroína necesitaba una villana.

CHICA BUSCADA

(Un thriller de suspenso FBI de Ella Dark—Libro 24)

La agente del FBI Ella Dark ha estudiado a asesinos en serie desde que aprendió a leer, devastada por el asesinato de su propio padre, y ha adquirido un conocimiento enciclopédico sobre asesinos.

Cuando coleccionistas de lo macabro son asesinados, y sus preciados artefactos desaparecen con ellos, la agente del FBI Ella Dark se adentra en la retorcida psique de un asesino cuyos crímenes reflejan las rarezas que codician. ¿Podrá descifrar este enigma letal antes de convertirse en parte de su grotesca colección?

"Una obra maestra de suspenso y misterio."

—Reseñas de libros y películas, Roberto Mattos (sobre Una vez desaparecido)

CHICA, BUSCADA (Un thriller de suspense del FBI de Ella Dark) es el libro número 24 de una esperadísima nueva serie del autor número 1 en ventas y bestseller del USA Today, Blake Pierce, cuyo bestseller Una vez desaparecido (descarga gratuita) ha recibido más de 20.000 reseñas y calificaciones de cinco estrellas.

La agente del FBI Ella Dark, de 29 años, recibe la gran oportunidad de cumplir el sueño de su vida: unirse a la Unidad de Delitos Conductuales. Su obsesión oculta por adquirir un conocimiento enciclopédico sobre asesinos en serie la ha llevado a ser reconocida por su brillante mente y a ser invitada a unirse a las grandes ligas.

Pero esta vez, Ella se encuentra en una búsqueda sin salida, y debe preguntarse si está cazando, o si es el perseguido...

Un thriller policial apasionante y desgarrador protagonizado por una brillante y torturada agente del FBI, la serie ELLA DARK es un

misterio fascinante, lleno de suspense, giros inesperados, revelaciones y un ritmo vertiginoso que te mantendrá pasando las páginas hasta altas horas de la noche.

Los próximos libros de la serie estarán disponibles próximamente.

¡Un thriller que te mantiene en vilo en una nueva serie que te mantiene en vilo! ...Tantos giros inesperados y pistas falsas... ¡Estoy deseando ver qué pasa después!

—Reseña de un lector (Su Último Deseo)

"Una historia contundente y compleja sobre dos agentes del FBI que intentan detener a un asesino en serie. Si buscas un autor que capte tu atención y te haga adivinar, pero que a la vez intentes atar cabos, ¡Pierce es el autor ideal!"

—Reseña de un lector (Su Último Deseo)

"Un thriller de suspense al más puro estilo Blake Pierce, con giros inesperados y una montaña rusa de sorpresas. ¡Te hará pasar las páginas hasta la última frase del último capítulo!"

—Reseña de un lector (Ciudad de Presa)

"Desde el principio, tenemos un protagonista inusual, nunca antes visto en este género. La acción es incesante... Una novela muy evocadora que te mantendrá pasando las páginas hasta bien entrada la madrugada."

—Reseña de un lector (Ciudad de Presa)

"Tiene todo lo que busco en un libro… una trama genial, personajes interesantes y que te atraiga al instante. El libro avanza a

un ritmo vertiginoso y se mantiene así hasta el final. ¡Ahora, a por el segundo libro!"

—Reseña de un lector (Girl, Alone)

"Un libro emocionante, trepidante, que te mantiene en vilo… ¡una lectura imprescindible para los amantes del misterio y el suspense!"

—Reseña de un lector (Girl, Alone)

CHICA BUSCADA

(Un thriller de suspenso FBI de Ella Dark—Libro 24)

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor más vendido de USA Today de la serie de misterio RILEY PAGE, que incluye diecisiete libros. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, que comprende catorce libros; de la serie de misterio AVERY BLACK, que comprende seis libros; de la serie de misterio KERI LOCKE, que comprende cinco libros; de la serie de misterio MAKING OF RILEY PAIGE, que comprende seis libros; de la serie de misterio KATE WISE, que comprende siete libros; del misterio de suspense psicológico CHLOE FINE, que comprende seis libros; de la serie de thrillers de suspense psicológico JESSIE HUNT, que comprende treinta y ocho libros (y contando); de la serie de thrillers de suspense psicológico AU PAIR, que comprende tres libros; de la serie de misterio ZOE PRIME, que comprende seis libros; de la serie de misterio ADELE SHARP, que comprende dieciséis libros, de la serie de misterio acogedor EUROPEAN VOYAGE, que comprende seis libros; del thriller de suspense FBI LAURA FROST, que comprende once libros; del thriller de suspenso ELLA DARK FBI, que comprende veinticinco libros (y contando); de la serie de misterio acogedor A YEAR IN EUROPE, que comprende nueve libros, de la serie de misterio AVA GOLD, que comprende seis libros; de la serie de misterio RACHEL GIFT, que comprende quince libros; de la serie de misterio VALERIE LAW, que comprende nueve libros; de la serie de misterio PAIGE KING, que comprende ocho libros; de la serie de misterio MAY MOORE, que comprende once libros; de la serie de misterio CORA SHIELDS, que comprende ocho libros; de la serie de misterio NICKY LYONS, compuesta por ocho libros; de la serie de misterio CAMI LARK, compuesta por diez libros; de la serie de misterio AMBER YOUNG, compuesta por ocho libros; de la serie de misterio DAISY FORTUNE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio FIONA RED, compuesta por trece libros; de la serie de misterio FAITH BOLD, compuesta por veinte libros (y contando); de la serie de misterio JULIETTE HART, compuesta por cinco libros; de

la serie de misterio MORGAN CROSS, compuesta por trece libros; de la serie de misterio FINN WRIGHT, compuesta por siete libros; de la serie de suspense SHEILA STONE, compuesta por diez libros; de la serie de suspense RACHEL BLACKWOOD, compuesta por ocho libros; de la serie de suspense psicológico THE GOVERNESS, compuesta por nueve libros (y contando); y de la nueva serie de misterio JENNA GRAVES, compuesta por ocho libros (y contando). Blake es un lector ávido y fanático de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, a quien le encanta recibir noticias suyas, así que no dude en visitar www.blakepierceauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.

Table of Contents

Title page
PRÓLOGO
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
CAPÍTULO CUARENTA
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES
CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO
CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS
CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE
CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO
CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE
CAPÍTULO CINCUENTA
CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO
EPÍLOGO